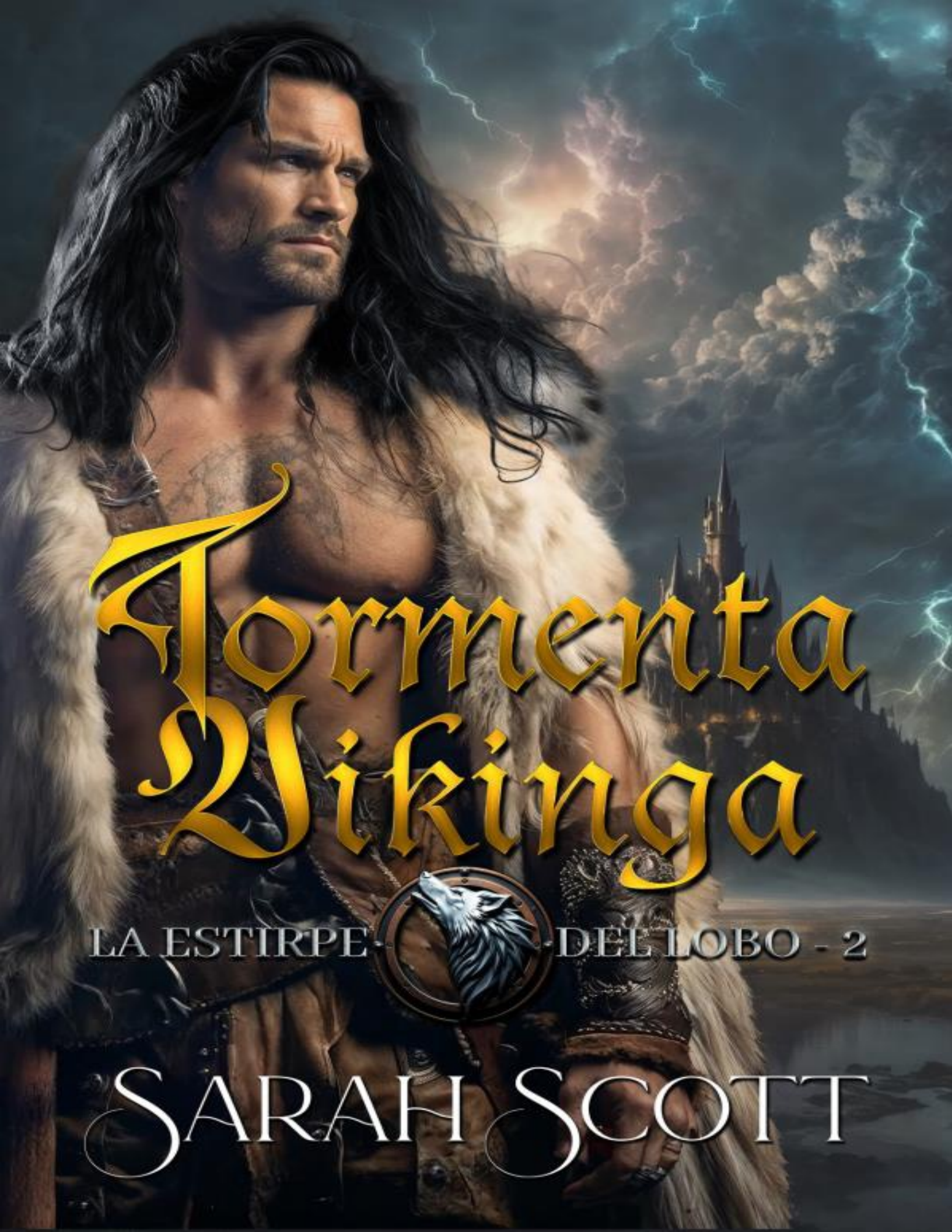

Tormenta Vikinga
LA ESTIRPE DEL LOBO - 2
SARAH SCOTT

Tormenta Vikinga

SARAH SCOTT



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Aunque todo indicaba que él era su enemigo, su corazón le dictaba todo lo contrario.

Como guerrero vikingo, Stefan debía limpiar su honor y matar al hombre que había secuestrado a su prometida. Para ello se embarca en una misión que lo lleva a las lejanas tierras de Escocia y a Margrey. Una mujer que no se parece a su prometida y que le hace tener sentimientos que jamás había experimentado.

Margrey no es una mujer corriente. Quizás por eso no huyó cuando se encontró con el guerrero vikingo. Ahora parece que los vikingos han saqueado y matado en tierras escocesas y ella, al intentar salvar su reino de sus asaltantes, se encuentra cautiva de Stefan.

Secretos escondidos, un inmenso tesoro y un complot los pondrán en peligro. Para salvarse tendrán que confiar el uno en el otro y a aprender a reconocer sus sentimientos.

?? No te pierdas esta segunda entrega de la serie La estirpe del lobo. Una serie llena de emoción, aventuras y romance.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Siguiente libro de la serie
Notas

Capítulo 1

Reino de Thornsgate Tierras Altas de Escocia A.D. 626

Un relámpago brilló sobre el cielo oscurecido por la tormenta de la cañada escocesa, iluminando al guerrero solitario que estaba de pie al borde del bosque. Una fina lluvia caía como plata. El viento le arremolinaba el pelo negro de los hombros y le azotaba la ropa contra el cuerpo. Al igual que los robles que se alzaban a su alrededor, parecía impermeable a las inclemencias del tiempo.

Alto, formidable, con los brazos en alto y el ceño fruncido, miraba a su alrededor como si supiera que ella estaba allí escondida, espiándole. Abrazada al tronco de un enorme árbol, Maigrey, hija de Morcar, lo observó a través de la fina niebla y la densa maleza otoñal.

La barba incipiente de hacía varios días le desdibujaba la mandíbula y la barbilla, pero no hacía nada por suavizar sus rasgos afilados y angulosos. Al igual que las sombrías nubes que pronosticaban el final de la tarde, su semblante oscuro y serio reflejaba la furia de la tormenta que se avecinaba. La asustó.

Una ráfaga de aire, que soplaba con renovada furia, ondeó al viento, abriendo su negro manto al mismo tiempo que una cuchilla de relámpago rebanaba hacia abajo desde el cielo.

Su brillante resplandor se reflejó en los cierres de plata de la faja de cuero negro que llevaba, en la daga de esmalte negro y en la espada con empuñadura de plata que llevaba atadas a la cintura.

La cota de malla plateada se extendía con fuerza sobre sus anchos hombros y su enorme pecho. Sus brazos eran puro músculos. Bajo la cota de malla de manga corta llevaba una camisa negra de manga larga. Unos pantalones ajustados, del mismo color que la camisa, ceñían unas piernas tan musculosas como sus hombros. Sin embargo, era un hombre delgado, tan duro y resistente como la vaina de cuero negro que llevaba a su lado. Su postura, su físico, su semblante, todo denotaba poder y fuerza.

Se volvió en su dirección, su mirada pareció centrarse en ella. Maigrey recuperó el aliento, pero no se movió. Lo observó y rezó para que regresara pronto a su barco y así poder interrogar a los pocos habitantes que había cerca y saber más sobre lo que le había traído a Thornsgate y por qué había anclado su temible nave en una de las calas poco frecuentadas del reino.

Finalmente, el guerrero bajó las armas, se dio la vuelta y caminó hacia el lago. Emitiendo un largo suspiro, Maigrey se apoyó contra el tronco del árbol. Como si la hubiera oído, se giró bruscamente y su mano volvió a la empuñadura de la espada. Se agachó más.

Largas y decididas zancadas lo llevaron de nuevo hacia ella. El ruido sordo de sus pisadas

sobre el endurecido sendero sonaron amenazadoras. El viento era frío y cortante, pero un brillo de transpiración cubría su cuerpo. Esperaba que el ralo follaje fuera suficiente para protegerla de la penetrante mirada del guerrero. No se atrevió a moverse por miedo a que el menor ruido lo alertara de su presencia. Estaba a seis pasos de ella cuando se detuvo. Maigrey se apretó contra el tronco del roble y tembló.

Finalmente, oyó el suave crujido de las hojas, el chasquido de las ramitas. Él volvía a alejarse de ella. Respirando hondo, asomó la cabeza por el árbol, manteniendo la mirada fija en él mientras se deslizaba hacia atrás entre los árboles.

Bruscamente se detuvo, el vello erizándosele en la nuca. Alguien, o algo, la estaba observando. Escalofríos la recorrieron de arriba abajo. Su corazón latía tan deprisa que se sentía mareada.

Con cautela, deslizó los brazos por debajo de su manto. Había sido entrenada para defenderse con un látigo y unas dagas, pero como no tenía ni idea de que necesitaría su látigo para protegerse, lo había guardado en su alforja y lo había enviado con sus compañeras. En su lugar, tendría que confiar en su daga. Metió la mano en la vaina de cuero que llevaba ceñida a la cintura y extrajo una pequeña daga de plata, una de las veinte que guardaba allí dispuestas con precisión. Fabricadas por el mismo orfebre, eran idénticas en diseño, medidas y grabados. Armada, giró sobre sí misma... y contempló el rostro gruñón de un lobo blanco plateado. Sus ojos estaban fijos en ella y le mostraba los dientes. Por un momento, el miedo congeló a Maigrey en su sitio.

Tragó saliva y luego susurró:

—No pretendo hacerte daño, lobo. Muévete y déjame seguir mi camino.

El lobo gruñó más profundamente en su garganta. Sus dientes parecían hacerse más largos y puntiagudos, su sonrisa más amenazadora.

La transpiración mojó la frente de Maigrey. Gruñendo más fuerte, el lobo se agazapó, listo para saltar.

—¡*Sit*! —ordenó una voz baja y masculina.

Maigrey dio un respingo. El lobo dejó de gruñir y relajó su postura, aunque mantuvo su mirada clavada en ella.

Una ráfaga de relámpagos, como de humo, surgió de detrás de unas pesadas nubes, seguida de un sordo retumbar de truenos. El guerrero avanzó hacia ella.

El dobladillo, ricamente bordado de su manto, golpeaba contra sus botas altas hasta la rodilla.

—¿Por qué estás merodeando, mujer? —le preguntó. Su voz era baja, pero Maigrey oyó el timbre del hierro en ella. Aunque hablaba gaélico con fluidez, detectó un ligero acento e intuyó que no era su lengua materna.

—No estaba merodeando. —Aferrándose a su daga, con el corazón latiéndole tan fuerte que Maigrey se preguntó si el desconocido podría oírlo, miró el rostro cubierto de barba—. Aunque estuviera al acecho, aquí es donde vivo y tengo derecho a estar aquí. —Su tono cuestionaba su propia presencia allí.

Sus ojos la recorrieron antes de posarse en su rostro. Era tan grande y formidable que

podría haber sido tallado en piedra.

Miró por encima del hombro hacia el barco oculto en la cala. Tenía un aspecto tan feroz como el guerrero que estaba delante, tan amenazador como los hombres que habían desembarcado antes.

—Ese es un barco de guerra, sire, su proa con cabeza de dragón está diseñada para infundir miedo en los corazones de la gente.

—Tengo mis razones para estar aquí —respondió él, sin negar su acusación—, pero la guerra no está entre ellas. No necesitas tu arma. No te haré daño. —Alcanzó su daga.

Maigrey retiró la mano.

—Hasta que esté convencida de que no la necesito, señor, me la quedaré.

—¿Sabes usarla?

—Dejaré que sea usted quien juzgue eso.

Maigrey levantó la solapa del estuche de cuero y sacó cuatro dagas más. Hábilmente, equilibró una en su mano derecha entre el pulgar y el índice. Con un giro de muñeca, un movimiento de la mano, la lanzó. En un borrón plateado, la hoja giró por el aire y se clavó en la tierra con la empuñadura erguida, justo al lado de la puntera de la bota del desconocido. Con la misma rapidez, le siguieron las otras cuatro cuchillas hasta que toda la mitad delantera de su pie quedó perfilada.

El hombre miró hacia abajo, luego se puso en cuclillas y arrancó cada hoja del suelo. Las sostuvo en la palma de la mano, estudiándolas.

—Son pequeñas.

—Son lo suficientemente grandes para mí, y magníficamente trabajadas —respondió Maigrey. Aún arrodillado, pasó la mano por la suela de su bota.

—No está dañada.

—No —estuvo ella de acuerdo—, no hay ni una marca en ella.

Él se levantó, dio un paso adelante y le devolvió las dagas. Ella se encontró mirando unos sorprendentes y vivos ojos azules enmarcados por largas y oscuras pestañas. Su vivacidad y belleza la atrajeron, pero también la inquietaron. Eran fríos y carentes de emoción, tan afilados y cortantes como las hojas de sus dagas.

—Eres buena con un blanco inmóvil —indicó—. ¿Qué tal con uno en movimiento?

Haciendo a un lado sus aprensiones, ella se burló de forma sueve:

—Corra, sire, y le demostraré mi habilidad.

El guerrero rio, el rico sonido la envolvió, adormeciendo su aprensión.

—Creo que ya he tenido suficiente demostración por hoy, mi señora.

De repente, Maigrey tuvo la sensación de que le había visto antes en algún lugar. Algo en sus ojos, en su rostro... en su postura... en su voz. Pero no pudo fijar su imagen en un lugar o un momento concretos. Seguramente lo habría recordado si se hubiera encontrado antes con un hombre tan frío y duro.

—¿Por qué me estás mirando? —le preguntó.

—Su rostro me resulta familiar. ¿Quizá ha hecho una peregrinación religiosa a la Piedra del Refugio?

—Viajo con frecuencia —respondió él—, pero no hago peregrinaciones religiosas, y no recuerdo haber oído hablar de esa Piedra del Refugio.

—Es un lugar sagrado, sire, un puente de piedra natural excavado en la montaña al principio de los tiempos por los dioses gemelos Noche y Día.

—Ah. Lo recuerdo, señora. —Se dice que es uno de los santuarios más ricamente dotados de toda la tierra. Los peregrinos se caracterizan por dejar a los dioses regalos muy valiosos.

Preocupada porque asociaba riqueza y no culto con el santuario, Maigrey dijo:

—La gente deja regalos a los dioses como en cualquier santuario sagrado. La Piedra del Refugio es venerada por los pictos, los escoceses, los Thornsgateianos, los athdarianos... por todos los habitantes de las Tierras Altas, independientemente de la tribu a la que pertenezcan o de los dioses que adoren. Incluso gente de tierras del otro lado del mar ha viajado hasta aquí para bañarse en el agua bendita.

—Estoy seguro de que su santuario es todo lo que ha dicho, señora, pero nunca he estado allí antes. Esta es mi primera visita a su tierra.

Maigrey levantó la solapa de su alforja, devolviendo las dagas a sus lazos de cuero. Cuando ella levantó la cabeza, él se tocó la garganta, llamando su atención sobre su cuello. De tres cuerdas de plata trenzadas colgaba una cruz negra esmaltada.

—Lleva la cruz de los norteños —masculló ella.

—Los norteños la llaman «el martillo». Es el signo de Thor, nuestro dios del trueno y el relámpago. Son los cristianos quienes han tomado nuestro símbolo del martillo como suyo y lo han llamado «cruz».

—¿Usted es un norteño, un saqueador del mar?

—Saqueador del mar… —repitió en voz baja—. Algunos me describirían como tal, pero yo me llamo Stefan Vaderfjord, un forastero que pertenece a todas las tierras.

—Para ser un forastero, sire, viaja usted con una gran escolta —observó Maigrey seca—. Un barco lleno de guerreros y todos ellos vestidos para la batalla.

—Nunca se es demasiado cuidadoso en tierras extranjeras, señora.

—Y una nunca puede ser demasiado cuidadosa cuando los extranjeros entran en su propia tierra sin avisar —contraatacó ella.

Los ojos de Stefan se entrecerraron; su ceño se frunció.

—Usted y su pueblo no tenéis nada que temer. Estoy aquí con un único propósito: encontrar al hombre que me robó a mi prometida. —Su voz se había vuelto tan fría como sus ojos azules.

Maigrey se estremeció y se alegró de no ser ella la persona a la que Stefan Vaderfjord buscaba.

—¿Está ese hombre aquí, en Thornsgate?

Tras una pausa, dijo:

—No, en el norte de Escocia.

—Pero ha desembarcado en Thornsgate.

Stefan frunció el ceño.

—No pudimos encontrar los puntos de referencia que nos describieron. ¿Estamos lejos de nuestro destino?

Aliviada, y deseando que este hombre y sus guerreros salieran de Thornsgate lo antes posible, Maigrey estaba ansiosa por indicarles el camino.

—Unos seis días de viaje si cabalgan desde el amanecer hasta el atardecer, moviéndose por los caminos marcados.

—¿Hay una ruta más corta?

—Sí, una por tierra y otra por agua, pero ambas rutas están sin señalizar. Necesitaría un guía.

Era cierto que la segunda ruta por tierra, la más rápida y fácil de recorrer, no estaba bien marcada. Decidió no contárselo, ya que le llevaría demasiado cerca del claustro y desconfiaba de él.

—¿Podría guiarnos? Estaría dispuesto a pagarle bien por las molestias.

—No conozco la vía fluvial. Y aunque lo hiciera, no puedo. Soy uno de los cuatro juglares del claustro, llamados los Dagas de Plata, y yo…

—Un juglar —lo interrumpió.

Sus labios se inclinaron en una sonrisa plena. Por primera vez, Maigrey vio la agitación de la lujuria en sus ojos. Sí, desde que viajaba como juglar, suficientes hombres la habían mirado con la misma mirada que ahora la reconocía.

Se preguntó qué estaría pensando el norteño. ¿Supondría él, como la mayoría de los hombres que había encontrado durante sus viajes, que una juglaresa errante como ella era una puta? Los hombres viajaban a menudo como juglares sin mancillar su reputación, así que ¿por qué no una mujer? Sin embargo, una mujer juglar siempre era considerada una mujer de virtud fácil.

Quizá, con el tiempo, eso cambiaría. Maigrey fue la primera sacerdotisa de la Piedra del Refugio en convertirse en juglar del claustro. Su papel era diferente al de los juglares ocasionales errantes, a menudo ladrones y charlatanes, que vagaban por el campo.

Maigrey había sido invitada a unirse a las Dagas Plateadas en un momento de su vida en el que buscaba un nuevo propósito. Poco antes, el rey Ido había roto su compromiso matrimonial con un guerrero llamado Brieve. Humillada, enfadada y dolida, Maigrey había protestado contra la acción del rey y rogado a su prometido que hiciera lo mismo. Pero Brieve no lo había hecho. Pidió perdón a Maigrey, pero le dijo que debían hacer lo que el rey deseaba. Cuando poco después Brieve se casó con la hija del rey, Maigrey se dio cuenta de que Brieve no la había amado. Había amado el poder y la posición que el rey le prometía.

En un arrebato de ira, ante todos los que se habían reunido para el banquete nupcial, Maigrey había jurado que un día vengaría su honor, que los dioses maldecirían a Ido y a toda su

familia por el mal que le habían hecho. Y entonces el Consejo de Sacerdotes la eligió candidata a las Dagas de Plata. Su padre adoptivo, Morcar, se había sentido honrado, pero también triste. Él y sus dos amigos más íntimos, Kinner y Blar, también sacerdotes del santuario, le habían rogado a Maigrey que lo reconsiderara, advirtiéndole del difícil papel que asumiría, de los prejuicios y la condena a los que inevitablemente se enfrentaría.

Maigrey había sopesado sus consejos, pero tras una larga consideración, había elegido convertirse en juglar del claustro. Estaba contenta de haberlo hecho. Había comprobado que al principio la gente suponía lo peor de ella, pero a medida que se beneficiaban de su ayuda y disfrutaban de los cantos y hazañas con los que les entretenía, iban ganando a aceptarla como realmente era.

—Enterarme de que eres juglar es una agradable sorpresa —masculló Stefan, adoptando ahora un trato más informal—. No había imaginado encontrarme con uno aquí.

—Sí, sire. También soy sacerdotisa.

—¿Cómo es posible que seas ambas cosas?

—Una vez que entramos en el claustro, sire, todos nos convertimos en sacerdotisas y sacerdotes guerreros —explicó—. Unos pocos llegan a ser bardos. Un número aún menor son elegidos juglares del claustro. Nosotras no podemos ser consideradas para este honor especial hasta que hayamos completado toda nuestra formación. Y entonces debemos ser elegidas por el Consejo de Sacerdotes y aprobados por Morcar, nuestro sumo sacerdote y el Anciano de las Noches y los Días.

—Debes estar orgullosa de haber sido elegida de tal manera.

—Es un gran honor ser elegida, sire, ya que nos permite prestar servicio a los demás —confirmó ella—. Porque estamos dedicados a los dioses, viajamos por la tierra, sin obstáculos, llevando noticias y aprendiendo todo lo que podemos... sobre medicina, trueque, siembra, cosecha, política. Compartimos nuestros conocimientos con los demás y repartimos regalos a los necesitados. Atendemos a los enfermos y a los moribundos.

—Y los entretenéis —indicó él, sus ojos azules recorriéndola con descaro, haciendo que se alegrara de que su cuerpo estuviera oculto tras los pliegues de su capa.

—Sí, cantamos, bailamos, hacemos malabares y acrobacias. —Hizo una pausa—. Y como todas somos maestras de la espada, realizamos proezas con la daga.

Omitió de forma deliberada hablarle de su habilidad para blandir el látigo. Si era un hombre deshonroso, ese conocimiento podría jugar a su favor.

—Me gustan mucho los juglares —dijo—. Durante mis viajes he visto y oído a muchos.

Ella no dijo nada. Quizá el norteño no era como los demás y no daba por sentado que todas las juglaresas eran putas.

Pero sus siguientes palabras desmintieron esa idea. Su voz cargada de insinuaciones dijo:

—Según mi experiencia, de todos los artistas, las juglaresas son las más divertidas...

No, se dio cuenta; él era como todos los demás.

—He dicho juglar, sire, y eso es lo que quería decir. Ni más ni menos.

—Sé lo que es un juglar y sé lo que hace.

Sonrió, atrayendo la atención de Maigrey hacia su boca. Sus labios, como todo lo demás en él, eran duros y masculinos, pero también sensuales. Sus ojos brillaban divertidos, como si supiera que ella estaba intrigada por él. Avergonzada, quiso apartarse de él, pero no pudo. Él la mantenía embelesada.

—No soy una puta, sire.

—No —dijo él con suavidad—, ninguna de las juglaresas que he conocido eran... putas. Eran bardos, bailarinas y… artistas.

La burla en sus ojos y el sarcasmo en su voz robaron la sinceridad a sus palabras.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Maigrey, hija de Morcar

—Maigrey, hija de Morcar —repitió, y rio con suavidad.

—Sí.

—Afirmas pertenecer a un grupo de juglares errantes, pero he registrado la zona y no he encontrado pruebas de que un grupo numeroso haya pasado por aquí.

—Tampoco encontró pruebas de que yo haya pasado por aquí —replicó Maigrey—. Como miembros del claustro, a todos se nos ha enseñado a movernos por el bosque sin dejar rastro de nuestra presencia, sire. Solo se nos sigue si deseamos ser seguidos.

—Sin embargo, te encontré.

Maigrey miró al enorme lobo plateado que yacía dócil al lado de su amo.

—No, sire, su bestia me encontró. Siguió mi olor.

El guerrero asintió con una sonrisa torcida y un encogimiento de hombros.

—Es excepcionalmente inteligente, y solo tiene olfato para las mujeres hermosas. Fui yo quien le enseñó a rastrear a las mujeres hermosas. —Los ojos azules brillaron y el corazón de Maigrey dio un vuelco—. ¿Por qué no me lo agradeces?

—Gracias.

Stefan le apartó un mechón de pelo de la mejilla. Se lo pasó por detrás de la oreja, rozando con el dedo el sensible lóbulo. Avivó el fuego que ya había encendido en ella, y este se instaló en la parte baja de su estómago, ardiendo caliente y pesado. Ella respiró hondo.

—Me gustaría algo más que palabras.

—Es todo lo que obtendrá, sire.

Su miedo aumentó de nuevo, Maigrey miró con fijeza su semblante ensombrecido.

—En verdad, sire, mis amigos viajan delante de mí. Me quedé para poder recoger hierbas para mi padre. Como sumo sacerdote del Santuario de Piedra, necesita muchas raíces y hierbas sagradas con las que preparar medicinas para los enfermos y pociones para los sacrificios del claustro. Es demasiado viejo y enfermizo para viajar y debe depender de otros para recoger las plantas que no crecen cerca del claustro.

Stefan había cruzado los brazos sobre su enorme pecho. Su expresión era escéptica.

Su miedo rozaba la desesperación, pero disciplinó sus emociones errantes y dijo con

calma:

—Ahora estoy sola, pero viajo con otros.

El guerrero se acercó más.

—Me alegro de que te quedaras atrás, Maigrey, hija de Morcar, de lo contrario no habríamos hablado.

Aunque el seductor retumbar de su voz y el oscurecimiento de sus ojos llenaron de aprensión a Maigrey, también despertaron en ella una excitación que no había experimentado durante sus veinte inviernos.

—Esta noche necesito entretenimiento —añadió Stefan.

Ella respiró de forma entrecortada, preguntándose cómo podría escapar del guerrero... preguntándose si de verdad quería escapar de él.

—Entonces, sire, ¿por qué no viajan usted y sus hombres al claustro de la Piedra del Refugio y nos ven entretenernos? No está tan lejos como para no poder cabalgarlo en dos días o navegarlo en uno. Estoy segura de que mi padre adoptivo les daría la bienvenida a usted y a sus guerreros.

—No quiero esperar dos noches —respondió, con voz sensual—. Quiero que me entretengas ahora.

Esforzándose por mantener el nerviosismo de su voz, Maigrey dijo:

—Le he dicho que no soy una…

Él le puso un dedo sobre la boca.

—No he dicho nada de que seas... algo. Solo te he pedido que me entretengas... como entretiene un juglar. —El corazón de Maigrey tronó en su pecho.

—Es mejor vernos actuar juntos, sire.

—Por el momento eres la única que me interesa.

Él estaba ahora lo bastaba cerca para que ella viera que su ropa no era negra, como ella había pensado en un principio, sino de un azul profundo, el color del cielo a medianoche.

—Eres una mujer hermosa, Maigrey, hija de Morcar.

Con lentitud, su mirada se desplazó por el rostro de ella. Acarició el extremo de su única trenza, que colgaba sobre un hombro.

—Inusualmente bella con tu pelo color rojizo y tus ojos de oro leonado. —La miró a los ojos con tal intensidad que Maigrey sintió como si se fundiera con su alma—. Me recuerdan a los ojos de un gato. Provocadores, seductores y misteriosos.

Traicionándose a sí misma, Maigrey sintió que un temblor la recorría. Con palabras y miradas, este guerrero la estaba seduciendo. Y ella lo estaba permitiendo, incluso disfrutando.

Su respiración se hizo corta y entrecortada. Desconcertada por su reacción, intentó apartarse, pero uno de sus brazos rodeó suavemente su cintura, acercándola. Su corazón latió más deprisa. Debería resistirse a él, pero no quería. Él torció el dedo bajo su barbilla, inclinando su cara hacia arriba.

Ella vio las líneas y los ángulos de su rostro, la textura de su piel. La lluvia brumosa formaba gotitas de agua en su frente y sus mejillas. Quiso alzar las yemas de los dedos hasta la barba negra que le confería una virilidad robusta.

—Normalmente, no encuentro atractivas a las mujeres pequeñas y bajitas como tú. Pero te adaptas a la perfección a mis brazos y disfruto abrazándote.

—Puede que sea esbelta, pero no soy baja —señaló Maigrey—. Mido seis manos y media de altura.

—Me pareces pequeña, y me excitas.

Durante toda su vida adulta, Maigrey había oído hablar de las intimidades entre un hombre y una mujer, pero nunca las había experimentado ella misma... No había querido hacerlo hasta hoy. Sus palabras, sus miradas y su cercanía la hicieron sentir emociones nuevas y excitantes y desear sentirlas de nuevo…con él.

Mientras estaba en el círculo de sus brazos, sintió su dureza, su fuerza, y recordó que era un guerrero de las Tierras del Norte. Era fácil para ella pensar que Stefan Vaderfjord estaba hecho del mismo metal que su espada, forjado en el calor del horno y templado hasta ser tan peligroso como la larga hoja de plata que tenía a su lado.

Pero mientras él la abrazaba, ella supo que estaba hecho de carne y hueso. Su aliento, cálido y con un ligero olor a bayas de montaña, sopló contra sus mejillas sonrojadas. Sin poder evitarlo, Maigrey se arrimó más a él.

—Ah, Maigrey, mi cuerpo responde con rapidez a tu contoneo.

Maigrey se tensó. Sintió la fuerza sobresaliente de su excitación y jadeó.

—Te estás sonrojando. Eso me gusta. —Luego se inclinó y apretó sus labios contra la frente de ella—. Estoy esforzándome por no tenerte aquí... ahora.

El leve movimiento de sus labios contra su piel, su amenaza —¿o era una promesa?—, atrapó a Maigrey una vez más. Se quedó quieta, casi sin atreverse a respirar. Él levantó la cabeza y la miró a la cara. Sus labios se curvaron en una hermosa y seductora sonrisa. Se cernían sobre los de ella.

—Pero eso no nos proporcionaría el mayor placer a ninguno de los dos, ¿verdad? —murmuró.

Ella sintió su aliento en la cara; se convirtió en su aliento. Él le enmarcó la cara con las manos. Sus guantes de cuero eran suaves y lisos contra su piel.

Los almizclados olores del cuero y del hombre llenaron sus fosas nasales. Sus dedos encendieron una vez más un fuego que se propagó por su cuerpo y ardió en sus secretos. Con suavidad, le dijo:

—Ah, pequeño juglar, esta noche sí que necesito tu entretenimiento. Del tipo que solo tú puedes proporcionar.

El viento hizo ondear sedosos mechones de su pelo contra su cara mientras él se inclinaba y colocaba su boca sobre la de ella. El contacto encendió una explosión instantánea en Maigrey. Su sangre bombeó por sus venas. Simultáneamente, la asustó y la excitó, despertando un profundo anhelo.

Levantó con tiento los labios.

—¿Has disfrutado antes del placer carnal, Maigrey, hija de Morcar?

—No.

—Yo puedo darte ese placer. —Le rozó la boca con besos.

—Sí, sire, seguro que cree que puede. Cada hombre que conozco presume de ser mejor en la cama que el siguiente.

Stefan levantó la cabeza.

Maigrey se apartó de su aflojado abrazo.

—No es que crea que pueda darte placer, es que sé que puedo—. Su voz era suave y tersa, pero Maigrey percibió su enfado.

Deseó que las cosas fueran diferentes entre ellos. Le gustaba cuando él la estrechaba entre sus brazos y apretaba su cuerpo contra el de ella. Le encantaban los sentimientos que le evocaba. Nunca se había sentido tan viva. Su cuerpo hormigueaba con una nueva conciencia de sí misma como mujer deseable, del hombre que la sostenía como varón deseable.

—¿Quieres hacerme creer que no ardes en deseos por mí, Maigrey?

Sin tocarla, la mantuvo cautiva con sus ojos, su voz, el calor y la vitalidad de su cuerpo. Maigrey estaba asustada por el vínculo invisible que sentía con él, pero no podía negar su presencia.

—No, sire, sería mentira. Ardo por usted.

Capítulo 2

La confesión de Maigrey fue una sorpresa para ella tanto como, evidentemente, un placer para él. Sonrió y sus ojos brillaron de triunfo.

—Ven conmigo a mi campamento. —La cogió de la mano y tiró de ella.

—No, sire. —Tirando de su agarre, ella dio un paso atrás.

—¿No? —Su voz se endureció, sus labios se afinaron—. ¿Te estás burlando de mí?

—He dicho que le deseo, pero no que me acostaría con usted.

Su irritación se convirtió en perplejidad.

—Si esto es un juego de seducción que has aprendido durante tus viajes, no me gusta.

—No, sire, es la verdad sin rodeos.

Inclinándose hacia atrás, la miró a los ojos.

—¿Por qué no te acuestas conmigo? ¿Crees que miento sobre darte placer?

—Creo que dice la verdad tal como la ve —respondió ella—. Pero no me acostaré con usted porque no nos conocemos.

Su repentina sonrisa la desarmó.

—Maigrey, no hay mejor manera de conocerse.

Ella suspiró.

—No. Un acoplamiento carnal como este, sire, no es de mi agrado.

Él la estudió.

—¿Te ha hecho daño algún hombre antes, durante el apareamiento?

—No.

—Entonces, ¿tienes miedo... de mí? —Cuando ella asintió, él dijo con suavidad—: No lo tengas, Maigrey. No te haré daño—. Pero él podía hacerle daño. No porque quisiera o pretendiera hacerlo, sino porque la hacía vulnerable. Aunque era virgen, conocía las intimidades sexuales entre un hombre y una mujer, el placer y el peligro. No había estado sin pretendientes durante sus veinte inviernos —de hecho, había estado prometida a uno de los guerreros más valientes de Thornsgate—, pero no había sentido por ninguno de ellos lo que sentía por este desconocido. Sí, estaba asustada. De sí misma. Se sentía atraída por este desconocido y no tenía ningún deseo de rechazarlo. Pero debía... debía hacerlo.

Stefan alargó la mano para tocar su trenza. Ella apartó la cabeza.

—No... por favor.

—Me recuerdas a un gatito, Maigrey, un gatito asustado que necesita caricias y mimos.

Que la comparasen con un gato era un cumplido entre los montañeses. Maigrey se preguntó si el guerrero plateado lo sabía... Ella lo dudaba.

—Tal vez sea un gato adulto, sire. —Su mirada burlona dijo que no la creía—. Me han acusado de ser salvaje y revoltosa como el gato montés de las Tierras Altas.

—Tanto si eres una gata como un gatito, Maigrey, me pareces excitante. Y si eres salvaje y revoltosa, me gustaría ser yo quien te domase.

—¿Ha estado cerca de gatos antes, sire? —Stefan negó con la cabeza—. Entonces tiene mucho que aprender sobre ellos. Pueden ser capturados y enjaulados, pero no domesticados.

—Ah, Maigrey, he visto demasiados de esos domesticados como mascotas falderas como para estar de acuerdo contigo.

—No, sire, los gatos no son domesticados por la gente. Son ellos los que domestican a las personas. Si un gato elige amar a alguien, domestica a esa persona.

—¿Es así contigo, mi salvaje y fogosa Maigrey, hija de Morcar?

—No lo sé. He cantado sobre los hombres y el placer que dan a las mujeres, pero no sé nada del amor ni del sexo entre un hombre y una mujer. —Ella sondeó la profundidad de sus ojos—. ¿Y usted, sire?

Él negó con la cabeza.

—No. Pero he descubierto que la pasión es un sustituto placentero del amor. Seguramente, Maigrey, si eres una juglar errante, habrás descubierto lo mismo.

—No, no lo he hecho.

—Si aún no has experimentado el place que acompaña al placer carnal —dijo Stefan—, te has perdido mucho, Maigrey. Yo puedo enseñarte.

Como si le hubiera quitado la capa y ella estuviera desnuda ante él, miró despacio hacia abajo por su cuerpo y luego hacia arriba con la misma minuciosidad. Su caricia visual era tan potente como su tacto y dejaba a su paso un calor abrasador.

—Si me lo permites, puedo hacerte ronronear de satisfacción. Haré de nuestro encuentro una experiencia nueva y maravillosa para ti. —Ella oyó la risa burlona en su voz cuando añadió —: Y con mucho gusto dejaré que me hagas gruñir.

—Sospecho, sire, que solo le haré gruñir de rabia... no de satisfacción. También sospecho, sire, que sisearé y arañaré más de lo que ronronearé.

Él se rio.

—Sisear y arañar suena mucho más excitante que ronronear. No me había atrevido a esperar tanta pasión, pero no querría menos de un gato montés de las Highlands.

—Sire, nada de lo que diga me hará cambiar de opinión. Por mucho que desee acostarme con usted, no lo haré.

—¿No?

—No. —El norteño se echó hacia atrás sobre sus talones y la miró fijamente.

—¡Stefan! —gritó una voz masculina en nórdico—. ¿Dónde estás?

—Por aquí, Einar —respondió Stefan en su lengua nativa.

Como bardo, Maigrey había sido educada para hablar varios idiomas diferentes, el nórdico entre ellos. Entendió lo que decían los dos guerreros.

—Sire Stefan —dijo Maigrey en gaélico—. mis amigos me estarán esperando.

Él enarcó una ceja, pero ella no podía permitir que la amedrentara.

—Si no me reúno con ellos en breve, vendrán a buscarme.

En realidad, no la esperarían hasta mañana por la tarde. Thornsgate era un reino pacífico y lo había sido durante cientos de años. Como ella le había dicho a Stefan, todos los montañeses, sin importar a qué tribu pertenecieran ni a qué dioses adoraran, veneraban el Santuario de Piedra del Refugio y consideraban Thornsgate tierra sagrada. Ninguno se atrevería a luchar allí. No, pensó Maigrey, las Dagas de Plata no se preocuparían demasiado si ella no llegara durante varios días. Pensarían que aún estaba recogiendo hierbas y raíces para su padre.

Stefan sonrió.

—¿Me estás amenazando con unos trovadores?

—Con cuatro guerreros —le corrigió Maigrey.

Otro norteño de aspecto tan grande y poderoso como Stefan se abrió paso entre la maleza y rodeó uno de los enormes robles. Se detuvo en seco cuando vio a Maigrey. Aunque este guerrero parecía ser tan oscuro e imponente como Stefan, su pelo y sus ojos eran de color marrón dorado. Dijo en nórdico:

—¿Dónde la encontraste?

—La encontró el lobo —respondió Stefan, y luego volvió al gaélico—. Mi señora Maigrey, hija de Morcar, me gustaría presentarle a mi jefe, Einar Ingerssonn.

Ignorando la presentación, Einar dijo:

—Es hora de dejar atrás a la muchacha y de dejarse de juegos, Stefan. Lang está listo para partir.

—No estoy jugando, amigo mío. —El brillo burlón había desaparecido de los ojos de Stefan—. Y no me propongo dejarla atrás. Nos estaba espiando y me temo que informará a otros de lo que ha visto. Cuantos menos sepan de nuestra presencia aquí, mejor. Vinimos a estas costas para vengar un agravio, no para librar batallas con gente inocente.

Maigrey escuchó atenta mientras Stefan y su amigo hablaban. Quería saber todo lo que pudiera sobre ellos. Sin darse cuenta de que entendía su idioma, hablaban con franqueza entre ellos.

Stefan miró a Maigrey por encima del hombro. Ella le devolvió la mirada con lo que esperaba que fuera una expresión inocente.

—Esta mujer podría difundir rumores infundados que perturbarían al pueblo —continuó Stefan—. Podrían forzarnos a una batalla no deseada e impedirnos cumplir nuestros objetivos.

—Si no quieres dejarla —dijo Einar—, solo tienes dos opciones: matarla o llevártela… y

no puedes llevártela contigo.

Stefan sonrió.

—¿No puedo llevármela?

El corazón de Maigrey dio un vuelco. En su interior gritó; «*¡No, no puedes!*», pero no dijo nada en voz alta.

—Es una juglar, Einar.

A Maigrey no le gustó lo que dijo Stefan.

—Una juglar errante —aclaró Stefan.

Al sentir la mirada de Einar recorriendo su cuerpo, Maigrey se alegró por segunda vez de que el manto la ocultara de sus miradas lascivas.

—Llevamos mucho tiempo sin mujeres —indicó Stefan.

El lobo se tensó, levantó las orejas y miró a su alrededor. Gruñó por lo bajo.

—Silencio, Ulf —ordenó Stefan.

—Sí, así es —aceptó Einar a regañadientes—, pero...

Gruñendo de nuevo, UIf se levantó.

—¡Siéntate! —espetó Stefan.

Obediente, el lobo se agachó, pero siguió gruñendo de forma suave.

—Es una puta, Einar. ¿Por qué no deberíamos llevárnosla con nosotros?

—¡Puta! —explotó Maigrey, su papel de fisgona quedó al descubierto. No le importaba si sabían que hablaba su idioma. Stefan Vaderfjord no había creído ni una palabra de lo que ella había dicho.

Sorprendidos, ambos hombres la miraron con fijeza.

Ella volvió al nórdico.

—¡No me importa qué idioma hables, Stefan Vaderfjord, no soy una puta en ninguno de ellos! Y no seré tratada como tal.

—No, sire —dijo una joven voz masculina—. No lo es. Maigrey es una virgen consagrada a los dioses Noche y Día y al Claustro de Piedra del Refugio.

—¡Rob! —Maigrey miró más allá de los dos guerreros de las Tierras del Norte hacia el joven que se abría paso a empujones entre una mata de maleza densa. Ramitas y hojas crujían bajo sus botas.

Todavía gruñendo, y con los dientes fuera, Ulf adoptó una postura amenazadora.

—¡Siéntate! —ordenó Stefan.

El lobo obedeció, pero mantuvo la mirada fija en el guerrero que avanzaba hacia ellos.

Con la espada desenvainada, Rob avanzó hasta interponerse entre Maigrey y los dos norteños. Su corto pelo rubio era una masa de rizos y se había atado una cinta a cuadros alrededor de la frente. Llevaba pantalones anchos, las perneras embutidas en botas hasta la rodilla. Sobre la camisa de lana de manga larga llevaba un chaleco de cuero.

Rob se rio.

—Te he cogido por sorpresa, ¿verdad, forastero?

—Es un poco pronto para reírse, muchacho —advirtió Stefan.

Maigrey se unió a su primo en una suave carcajada.

—Norteño, debería haber escuchado a la bestia. Intentó advertirle.

—Sí, debería haberlo hecho. —Los ojos azules de Stefan se clavaron en los de ella y preguntó—: ¿Sabías que tus amigos estaban cerca?

—No, sire —dijo ella, y luego añadió—: Algunos afirman que somos invisibles, porque podemos movernos por el bosque sin hacer ruido ni dejar rastro. Nadie puede vernos a menos que deseemos ser vistos.

—Empiezo a creerte, Maigrey.

—Después de divisar su barco navegando hacia esta cala poco frecuentada —añadió Rob —, dimos media vuelta para buscar a Maigrey.

—Guarda tu arma —dijo Stefan—. No puedes ni empezar a competir con dos guerreros experimentados como Einar y yo, y no tengo ningún deseo de quitarte la vida.

—Puede que tenga razón, sire —respondió Rob sin vacilar en ningún momento con la mirada—, pero lucharé hasta la muerte por el honor de mi prima.

La mano de Stefan se apoyó en la empuñadura de su espada.

—¿Estás tan convencido de su honor, muchacho, que darías tu vida por defenderlo?

—Sí, sire, lo estoy y lo haría.

—Por favor, sire —señaló Maigrey—, este es Rob, mi joven primo y Daga de Plata. Solo ha visto diecisiete inviernos.

Stefan le lanzó una mirada mordaz.

—Viajas por la tierra con una banda de niños.

—Puede que sea joven, sire, pero soy un guerrero honorable y digno de respeto.

Stefan dirigió a Rob una mirada comedida.

—Sí —convino—, lo has demostrado hoy.

Otra voz masculina llegó del bosque a la derecha de Stefan.

—Rob es el más joven de la troupe de juglares, sire, y Maigrey es su prima. Es su derecho y su elección luchar por su honor. —Todos se giraron para ver a un hombre mayor, enorme y corpulento, salir de detrás de un árbol—. Soy Dettra, y también viajo con las Dagas de Plata. No se equivoque, sire, no soy un muchacho ni un guerrero sin experiencia.

—Yo tampoco. —Otro gran guerrero emergió—. Me llamo Bhaltair.

Stefan, balanceándose sobre sus talones, miró a los tres Dagas Plateadas que se abrieron en abanico frente a él y Einar.

—¿Qué se siente al verse amenazado por juglares, sire? —se burló.

—Supongo que la otra Daga de Plata también estará merodeando por ahí, ¿no? —adivinó

Stefan.

—No, sire —respondió Dettra—. Cuando divisamos su barco esta mañana, envié a Fagan al claustro para informar al sumo sacerdote de su presencia.

—Stefan —Einar se inclinó cerca de su caudillo—, ellos son una amenaza para nosotros. Debemos acabar con todos ellos.

Como si su jefe no hubiera hablado, Stefan dijo a Dettra:

—Si liberamos a Maigrey, ¿se irán los cuatro y nos dejarán con nuestros asuntos?

—¿Liberarla? No, Stefan, debemos garantizar nuestra seguridad.

Stefan hizo un gesto a Einar para que guardase silencio.

—Eso depende de cuáles sean esos asuntos —señaló Dettra.

—Busco al hombre que me robó a mi prometida —indicó Stefan—. No tengo pleito con nadie más que con él. Debo vengar la vergüenza que ha traído sobre mi nombre y honor. Seguramente, guerreros y juglares de la Piedra del Refugio como vosotros lo entendéis.

Todos los guerreros vivían según la ley de la venganza sin importar su lealtad o su reino. Uno de los crímenes más atroces era el robo de una prometida o la novia a un hombre.

—Que siga su camino, Dettra, y que abandone nuestro reino —expuso Maigrey. Los tres guerreros la miraron—. Thornsgate nunca ha conocido el derramamiento de sangre. No seamos los primeros en derramarla.

Suspirando, Dettra asintió y bajó su espada.

—Ve rápido, Norteño.

—No —dijo Rob—, tenemos nuestra propia disputa que resolver con este hombre. Insultó a Maigrey llamándola puta.

—La mayoría de las mujeres que viajan en compañía de juglares son putas, Rob —señaló Maigrey con la esperanza de calmar al muchacho.

—Pero las Dagas de Plata son diferentes.

—Sí, eso lo sabemos, pero el forastero no. —Maigrey se volvió hacia Stefan—. Sire, gracias por liberarme. Las Dagas de Plata y yo viajaremos al claustro de la Piedra del Refugio. Para llegar al reino del norte de Escocia, viajaremos hacia el noroeste. En dos días estaremos en el claustro, y en tres cruzaremos la frontera de Thornsgate hacia Athdara.

—¿Y el juglar que fue enviado antes al claustro? —preguntó Stefan.

Dettra respondió por Maigrey.

—Fagan le dirá a Morcar que vimos un barco dragón navegando hacia la cala. Morcar esperará más noticias nuestras antes de actuar.

—¿No avisará al rey de la llegada de extraños?

—Debido a que mucha gente peregrina al Santuario de Piedra del Refugio, Thornsgate ve más forasteros que la mayoría de los reinos —respondió Maigrey—. Morcar es un hombre sabio, poco dado a las decisiones precipitadas. No queriendo preocupar innecesariamente al rey Ido, Fagan esperará nuestro informe. —Hizo una pausa y luego añadió—. Sea prudente, Sire, el

claustro está a más de medio día a caballo de la aldea del rey.

Maigrey le aseguró a Stefan que estaría a salvo fuera de Thornsgate para cuando pudieran reunirse guerreros para perseguirle a él y a sus hombres.

Volvió a hablar para darle indicaciones que acelerarían su viaje.

—Cuando encuentre los tres robles que se enroscan de tal manera que crea que son uno solo, habrá cruzado al territorio de Athdara. Desde allí, girará hacia el este y viajará durante tres días. Athdara es un país salvaje y escasamente poblado, por lo que se encontrará con poca gente. Cuando llegue al río, busque un montículo doble de piedras. Cruce por ese punto y estará en el norte de Escocia. Un día más de viaje os llevará a la aldea del rey.

—Sire —apuntó Dettra—, no soy marino, pero si le interesa, tal vez pueda guiarle por otro camino por agua. Ralentizaría su viaje porque tendría que volver sobre sus pasos antes de poder empezar en la dirección correcta, pero aceleraría su partida. Cuando haya completado su misión, llegará a su barco en un día y podrá salir directamente al mar, ahorrándose varios días de viaje por tierra a través de Athdara y Thornsgate.

Sí, pensó Maigrey, elogiando a Dettra por su rapidez mental. Si el norteño tomaba esa ruta, no volvería por Thornsgate en absoluto.

—Vuelva al mar por donde ha venido —indicó Dettra—. Luego, navegue hacia el sur hasta que llegue al primer río. Es estrecho, pero si su capitán tiene cuidado, podrá navegarlo. Cuando llegue a tierra, estaréis en la frontera entre Athdara y el norte de Escocia.

—Gracias —dijo Stefan.

—¿Irá por tierra o por mar, sire? —preguntó Maigrey.

—Aún no lo he decidido.

Maigrey le tendió la mano. Aunque se sentía aliviada de que se fuera, también le entristecía no poder conocerlo mejor ni verlo de nuevo.

—Adiós, sire. Que los dioses le sean propicios. —Le cogió la mano, su guante de cuero suave al tacto.

—¿Cuánto tiempo estarás en el claustro antes de emprender de nuevo tus viajes?

—Una luna. —Stefan le levantó la mano. Sus labios rozaron las puntas de sus dedos, enviando un escalofrío de placer a través de su cuerpo.

—Tal vez, Maigrey, cuando mis asuntos terminen en el norte de Escocia, regrese al Claustro de Piedra del Refugio y te vea actuar.

—Quizás, sire, sus asuntos en el norte de Escocia acaben con usted.

—¿Eso crees, Maigrey?

—Yo digo que el hombre que os robó a vuestra prometida era el mejor guerrero. —Los ojos de Stefan se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas.

—Eso aún está por demostrar. —Bajando la voz para que solo ella pudiera oírle, añadió—: Estate pendiente de mí, Maigrey, hija de Morcar. Volveré. —Se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas con el lobo plateado trotando tras sus talones.

—Vamos —manifestó Dettra—, debemos darnos prisa. Se acerca una tormenta.

Un único hilo de relámpago surcó el cielo; le siguieron los truenos. Una ráfaga de viento onduló el manto azul noche alrededor de Stefan antes de que la niebla lo envolviera por completo a él, a su jefe y al lobo. No, pensó Maigrey mientras contemplaba su figura en retirada, la tormenta ya está aquí.

Capítulo 3

Stefan contempló el cielo ennegrecido.

—Se avecina una tormenta. Debemos darnos prisa.

—Has cometido un error del que te vas a arrepentir —replicó Einar.

—Tal vez. —Caminaron unos cuantos pasos más antes de que Stefan dijera—: Pero sabemos dónde estamos y adónde debemos ir.

—Si puedes confiar en la mujer.

—Sé que puedo confiar en ella.

—¿Como confiaste en que estaba sola?

—Sabía que las Dagas de Plata estaban allí. Recuerda que me entrené en lucha a ciegas contigo. —Apartándose el pelo mojado de la cara, Stefan miró a Einar.

—¿Sabías que estaban allí?

Sonriendo, Einar negó con la cabeza.

—Me distrajo tu anuncio de que pretendías llevarte a la mujer con nosotros. —Stefan se rio —. Estabas bromeando sobre eso, ¿no?

—¿Sobre llevarme a Maigrey conmigo?

Einar asintió.

—No, ella me intriga.

Un guerrero mayor, tan macizo y musculoso como Stefan, salió de entre la niebla.

—Ah, Stefan —dijo Einar—, es tu padre y parece enfadado. Me alegro de que seas tú quien se enfrente a él y no yo. —El pelo oscuro de Lang, plateado en las sienes, le colgaba suelto hasta los hombros. También lucía una barba oscura. Iba ataviado con una camisa clara y unos pantalones ajustados a sus musculosas caderas y piernas. Su manto colgaba de sus hombros como si no le afectara el frío.

—Ya era hora de que volvieras —exclamó Lang—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Una mujer —respondió Einar.

—Dime la verdad —exigió el hombre mayor.

—Es verdad, padre—. Stefan se arrodilló y tomó la cara del lobo entre sus manos, rascándole detrás de las orejas. —Encontré a una doncella, aunque más bien fue UIf quien la encontró, merodeando entre los arbustos, espiándonos.

—¡Por el martillo de Thor! —juró Lang—. Este viaje ha estado maldito desde el principio. Nos hemos confundido de puntos de referencia. No sabemos dónde estamos ni…

Levantándose, riendo suavemente, Stefan rodeó con un brazo los hombros de su padre.

—No te enfades, Lang. Gracias a la mujer, ahora sé dónde estamos. En Thornsgate. Y sé qué dirección tomar para llegar al norte de Escocia.

—¿Qué hiciste con ella?

—Dejé que siguiera su camino.

Lang se quedó boquiabierto por la sorpresa.

—Sí, Lang —dibujó Einar—. Ha perdido el juicio.

Stefan abofeteó de forma juguetona a su amigo.

—Es una sacerdotisa barda en un claustro llamado la Piedra del Refugio. Según ella, todos los montañeses consideran sagrado el santuario y sagrado este reino. Lo mejor era dejarla marchar.

Aun así, Stefan no podía quitarse a la belleza de las Tierras Altas de su mente. Su manto le había ocultado su cuerpo, pero nunca olvidaría su vibrante cabello color rojizo y sus ojos de oro leonado. Incluso ahora, recordaba el melodioso ritmo de su risa. Cuando la tuvo en sus brazos, había sido suave y flexible, y había olido a limpio y femenino. Incluso ahora, la sutil fragancia de su aroma herbal permanecía en su mente. Pero no podía permitirse distraerse con pensamientos sobre la mujer. Necesitaba tener la cabeza despejada para cumplir su misión.

Volviendo su atención a asuntos más inmediatos, Stefan dijo:

—Estamos a unos seis días a caballo del reino del norte de Escocia.

—Y de Lachlann mac Gordon —añadió Lang.

—Sí —convino Stefan—. Pronto, padre, habré saldado nuestra deuda y restaurado el honor de la Casa de los Lobos.

—Y podremos abandonar estas Tierras Altas.

—Sí.



Mientras Stefan permanecía en la orilla del río escocés contemplando el agua de color aguamarina, pensó en la ironía de que fuera él quien tuviera que vengar el honor de su padre. El propio Stefan ni siquiera había conocido a su prometida, Lady Astrid de Einarland. Había estado de viaje cuando Lang y el moribundo marido de la mujer habían redactado dos contratos: uno para los esponsales y el otro para el matrimonio. Tras la muerte del marido de Astrid, Lang había cumplido su parte del primer acuerdo. Por poder había prometido a Stefan con la viuda.

Luego, lady Astrid había solicitado una ruptura honorable de los esponsales para poder casarse con el caudillo de las Highlands Lachlann mac Gordon. Lang, sabiendo que Stefan no

tenía ningún interés personal en el matrimonio, había accedido. De acuerdo con las costumbres y la ley, también había estipulado la cantidad de oro y plata que Astrid y Lachlann debían pagar por una ruptura honorable de los esponsales.

Según todos los indicios, Lachlann mac Gordon había proporcionado magnánimamente la dote de ruptura, pero nunca había llegado a Northland. No mucho después de que el barco de Lang, repleto de tesoros, hubiera partido de la costa del norte de Escocia para su viaje de regreso a casa, los guerreros de Lachlann lo habían atacado. Despojaron a los hombres de sus riquezas personales y robaron la dote de ruptura, luego dieron por muertos a todos los guerreros de Lang. Solo uno sobrevivió. Posteriormente, fue rescatado y vivió lo suficiente para contar los espantosos detalles del asalto e identificar al hombre que había dirigido el ataque: Magnus mac Niall, el padrino de Lachlann.

Cuando Stefan regresó de su viaje y se enteró de la incursión y la masacre, hizo un juramento de sangre a Thor de que mataría al hombre que había traído la deshonra a Lang de los Lobos. Y lo haría. Stefan se enorgullecía de ser un hombre de palabra.

—Lord Lang.

El grito de un joven guerrero sacó a Stefan de sus cavilaciones. El joven, vestido con cota de malla, pero con el casco en la mano, corría hacia Stefan y su padre.

—Mi sire, ¿empezamos a descargar nuestro equipo? —preguntó.

—Sí —dijo Stefan—. Que los hombres preparen sus monturas. Cabalgaremos en breve.

—¿Por qué no tomar la ruta del agua? —preguntó Einar.

—Haremos ambas —respondió Stefan—. Encárgate de la descarga, Einar. Padre, venga conmigo. Quiero hablar con el capitán.

Unos pasos enérgicos llevaron a padre e hijo al barco, el Lobo de Mar, donde el capitán estaba hablando con otro guerrero. Lang y Stefan se unieron a ellos. Stefan se dirigió a su baúl y extrajo una gran cartera de cuero endurecido. Sacó varias láminas finas de madera, que colocó planas sobre la cubierta. Con un cilindro delgado y puntiagudo de hierro, empezó a hacer muescas en la madera. Lang y el capitán se inclinaron a su lado.

—Esto —le dijo Stefan al capitán, señalando una línea curva—, es el lago donde nos encontramos ahora. Debéis tomar el barco con la pequeña tripulación que dejo a bordo y desandar nuestro camino. Acabarán aquí. —Señaló otras hendiduras en la hoja de madera—. Mi padre y yo conduciremos al resto de los hombres a través de estos dos territorios, para terminar aquí, en el norte de Escocia. Si lo que han dicho los juglares es cierto, en nuestro viaje de regreso nos encontraremos con usted aquí.

El capitán asintió.

—Esto está bien. Tardaremos más en llegar porque tendremos que dar la vuelta, pero será más corto cuando partamos.

—Sí. Una vez que lleguéis al destino —indicó Stefan—, mantened la nave oculta y a todos fuera de la vista. No provoquéis ningún problema. Esperadnos de vuelta en el barco después de diez amaneceres.

—¿Y entonces?

—Volveremos a casa.

Mientras Stefan se alejaba, un joven se acercó al capitán.

—¿Cree que volverá en ese tiempo, sire?

—Sí.

El capitán se tiró ligeramente de la barba.

—Stefani Vaderfjord es un hombre de palabra. Cuando dice algo, lo dice en serio.

Lang observó a Stefan mientras salía del barco.

Aunque Lang era el mismo un hombre alto y corpulento, su hijo era más alto y formidable. Desde niño, Stefan había sido obstinado, siempre dispuesto a hacer lo que quería, sin importarle lo que los demás pensaran de él.

También había estado inusualmente dotado de una fuerza y una sabiduría que superaban las de la mayoría de los niños de su edad. Había destacado en competiciones físicas, en resistencia y agilidad, en fuerza. Pero Lang, siendo un hombre sencillo, no podía apreciar la curiosidad intelectual de su hijo y su interminable búsqueda del conocimiento.

A pesar de la desaprobación de Lang, Stefan se había educado a sí mismo. Había aprendido a leer y a escribir las runas, y disfrutaba registrando sus viajes a tierras extrañas. Durante sus viajes, había aprendido a hablar y a escribir en varios idiomas.

Para alegría de Lang, Stefan también había demostrado ser un poderoso guerrero. Sí, Lang estaba orgulloso de su hijo. Verdaderamente Stefan era el próximo jefe de la Casa del Lobo.

Stefan se alejó y Lang se volvió para ver a los norteños transferir sus pertenencias personales de sus baúles de mar a sus mochilas de cuero.

Sabiendo que debía hacer lo mismo, cruzó la cubierta y se unió a los hombres. Pronto los caballos y los animales de carga estuvieron listos para el viaje por tierra. Stefan desembarcó del barco y se dirigió a su corcel, un magnífico semental blanco. Lang, a horcajadas sobre su corcel negro, cabalgó hasta el lado de Stefan.

—Hombres del Norte —gritó Stefan a los veinte hombres que había elegido para acompañarle—, cabalgamos hacia el norte de Escocia, donde vengaré la deshonra infligida a la Casa de los Lobos.

Sacando su espada de la vaina y sujetando la empuñadura con ambas manos, la levantó hacia el cielo. La larga y gruesa hoja brillaba plateada bajo la inquietante luz del color de la tormenta.

—Thor, dios del trueno y del relámpago, y guardián de los juramentos, escúchame hoy. Cumpliré el juramento que te he hecho. Muerte al hombre que trajo deshonra a mi padre y a nuestro nombre.

Como si el propio Thor reconociera el juramento de Stefan, un trueno aplaudió con fuerza. Los relámpagos cruzaron el cielo oscurecido y parecieron tocar la punta de la espada, llenando a Stefan con su corriente brillante y mortal.

—Muerte a Lachlann mac Gordon —gritaron los norteños, entrechocando sus armas en el *vápnatak*[1], un voto de acuerdo entre los norteños y una muestra de apoyo a su jefe y caudillo.

De repente, la lluvia arreció con furia torrencial.



La tormenta había pasado y el sol brillaba con fuerza, tiñendo de oro el Puente de Piedra del Refugio. El calor de los rayos del sol quitaba la mordedura del enérgico viento otoñal. Agotada, Maigrey se alegró de estar en casa. Ante la insistencia de Dettra, las Dagas de Plata habían viajado el resto del día de ayer, toda la noche y la mayor parte del día de hoy, deteniéndose a intervalos para descansar unas horas. Habían pasado tantas cosas que Maigrey apenas podía creer que solo ayer por la tarde estuvo hablando con Stefan Vaderfjord.

Él había ocupado gran parte de sus pensamientos durante el viaje de regreso a casa. Aún le atormentaba la idea de que lo había visto antes en alguna parte. Dettra también pensó que le resultaba familiar, pero descartó rápidamente la idea de que conociera a Stefan. Supuso que Stefan le recordaba a alguien que habían conocido durante sus viajes. Confesó que esto le había ocurrido con tanta frecuencia que ya se había acostumbrado.

Maigrey también estaba preocupada por las emociones que Stefan había despertado en ella. Antes de conocerlo, solo había oído hablar del deseo y la pasión, y se había preguntado si alguna vez los experimentaría ella misma. Con Stefan los había sentido. Durante el poco tiempo que había pasado con él, le había infundido una conciencia de la vida de la que había carecido.

Maigrey sabía que, como guerrero, Stefan era un hombre duro. Al mismo tiempo, se sentía atraída por él y quería volver a verlo. Quería conocerlo mejor. Al recordar sus palabras: *«No hay mejor manera de que un hombre y una mujer se conozcan»*, le invadió la calidez y sonrió. Sí, ella había querido aparearse con él. Él le había prometido que la visitaría en el claustro. Ella esperaba que lo hiciera.

—Maigrey, mira por dónde vas —refunfuñó Rob cuando ella tropezó con él—. Has estado caminando como si estuvieras en la niebla.

—Lo siento —se disculpó ella, e inmediatamente se movió hacia su lado del sendero.

Por delante, vio la maravillosa belleza de las montañas nevadas del fondo y los espesos bosques que rodeaban el Claustro de Piedra del Refugio. A lo lejos, el Río de Piedra del Refugio, ahora una línea azul, descendía por la montaña. Asomándose y conectando dos estribaciones justo delante de ella, estaba el Puente de Piedra del Refugio.

—Estamos en casa —murmuró Maigrey, maravillándose de la belleza del santuario.

—Sí —afirmó Rob—. Por fin.

El claustro había sido el hogar de Maigrey y Rob durante los últimos doce inviernos, desde que sus padres habían sido asesinados por bandoleros y ellos habían quedado huérfanos. A Maigrey le encantaba. Cuando ella y los otros Dagas Plateadas coronaron la falda de la montaña, vieron toda la magnificencia del Santuario de Piedra del Refugio. Un puente de roca natural, excavado en la montaña por el tiempo y los elementos, atravesaba el río Piedra de Refugio y la cascada que se precipitaba montaña abajo en un profundo estanque de agua de un azul intenso.

Un espeso bosque, como centinelas guardianes, rodeaba el laberinto conector de profundas

cavernas subterráneas. La Cámara del Refugio era la primera y mayor de estas cavernas. A través de los años, por el uso, el suelo de roca se había desgastado hasta quedar liso y brillante. Las ventanas se alineaban en la parte delantera de la sala, dejando entrar la luz del sol y ofreciendo a los huéspedes una vista impresionante de las montañas de las Highlands y del valle que se extendía mucho más abajo, donde el pueblo del claustro, rodeado por un muro de piedra, estaba enclavado en las estribaciones.

Los cansados viajeros aceleraron el paso cuesta abajo. Cuando se acercaban a la pequeña aldea asociada al claustro, Maigrey vio una figura alta, esbelta y con túnica.

—¡Padre! —llamó. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Maigrey! —Ella corrió hacia sus brazos extendidos.

—He estado preocupado por todos vosotros, hija mía.

Ella se apartó para mirarlo.

—Estamos cansados, pero bien.

—¿Y Rob? —preguntó él.

—Le ha ido bien. Se está convirtiendo en un buen guerrero, padre.

—Sé que será un buen guerrero... si vive lo suficiente. He estado preocupado desde que Fagan llegó a casa con la noticia de que había visto un barco dragón.

Maigrey rio con suavidad.

—Dettra también estaba preocupado por los extraños, así que nos apresuramos a volver a casa.

Para entonces, todos los Daga de Plata se habían reunido alrededor del sumo sacerdote. Se estrecharon la mano e intercambiaron saludos. Luego, en respuesta a la pregunta de Morcar, se lanzaron a un informe completo sobre el norteño, su barco, su tripulación y su razón para estar en el norte de Escocia. Después de haber satisfecho la curiosidad de Morcar, se excusaron. Querían darse un baño, comer una buena comida y descansar.

Cuando Maigrey y Morcar volvieron a estar solos, ella palmeó la bolsa que colgaba a su lado.

—Te he traído algunas plantas sagradas.

Él sonrió y colocó un brazo alrededor de sus hombros.

—Es bueno tenerte en casa, hija mía. Te echo de menos cuando no estás.

—Yo también te he echado de menos, padre. Disfruto viajando, pero me alegro de estar en casa.

Mientras Maigrey describía su viaje, ella y Morcar caminaron por el sendero y atravesaron las puertas abiertas para entrar en la aldea del claustro. El Gran Salón, un imponente edificio rectangular, era donde residían Morcar y Maigrey. A ambos lados del Gran Salón, había dos edificios de piedra más pequeños, las residencias de los dos sacerdotes guardianes, Blar y Kinner. Eran los ayudantes de Morcar y sus amigos y consejeros más cercanos.

Rodeando por completo los tres edificios de piedra, había muchas estructuras pequeñas, redondas, de una sola habitación, hechas de zarzo con tejados de paja. Algunas de ellas eran las

casas individuales de los sacerdotes y sacerdotisas del claustro. Otras eran talleres para los tejedores, panaderos, curtidores y herreros del claustro.

—¡Maigrey! —llamó el sacerdote guardián Kinner al salir de su casa. Una ráfaga de viento le quitó la capucha de la cabeza. Extendiendo los brazos y se dirigió hacia Maigrey—. ¡Estás en casa!

—Sí, Kinner. —Ella sonrió y le dio un breve abrazo.

A diferencia de Morcar, Kinner era un hombre alto y musculoso, pero sus rasgos eran angulosos y solemnes, su pelo ralo y blanco. Era amable y hablaba en voz baja. Era a él a quien Maigrey acudía por norma general cuando tenía sus problemas. Nunca estaba demasiado ocupado para escuchar o aconsejar.

—¿Dónde está Blar? —preguntó ella.

—Tuvo que dirigir el retiro este año —anunció Kinner—. Estará en casa mañana.

—Entremos —pidió Morcar—. Aunque el sol brilla con fuerza, el día es frío. Necesito el calor del fuego.

Kinner y Maigrey siguieron a Morcar al Gran Salón, y pronto ambos sacerdotes y Maigrey estuvieron sentados en sillas acolchadas frente al pozo de fuego. La puerta del Gran Salón se abrió y un hombre descomunal entró a grandes zancadas en la sala.

—Maigrey —llamó, extendiendo los brazos.

—Blar. —Maigrey se puso en pie de un salto y corrió a saludar a su amigo.

Blar, un hombre fornido de voz atronadora y personalidad efusiva, la cogió en brazos y la hizo girar.

—Me alegro de verte, muchacha.

A Maigrey le parecía que siempre estaba riendo, que siempre era capaz de ver el lado bueno de la vida. Hombre de fuertes emociones, nunca se mostraba indiferente, y una persona nunca se sentía indiferente ante él. Aunque se acercaba a los cincuenta, tenía el físico de un hombre que solo había visto treinta inviernos. Su espeso cabello era blanco, corto y peinado hacia atrás.

—Ay, Maigrey, echo de menos tu sonrisa y tu risa cuando no estás en el claustro.

La dejó en el suelo y ella lo miró fijamente a sus ojos azules centelleantes. Le recordaron a los ojos de Stefan, excepto que los de él eran de un azul más profundo y puro. La confusión la invadió con tanta fuerza que pensó que iba a llorar. Había conocido hombres antes, se había sentido atraída por ellos, pero nunca se había sentido tan abrumada por ellos como lo estaba por el norteño. ¿Dejaría alguna vez de pensar en él?

—¿Pasa algo, Maigrey? —preguntó Blar.

—No, solo estoy contenta de estar en casa.

—No tan contenta como nosotros de tenerte aquí. —El sacerdote guardián la miró largo rato antes de guiarla de nuevo a su silla. Mientras acercaba una silla al fuego, saludó a Morcar y a Kinner.

—Has llegado pronto —dijo Morcar.

—Sí, quería estar aquí cuando el marino venga a recoger el oro para transportarlo al Claustro de la Arboleda.

—Qué bien que te hayas acordado —dijo Morcar—. Lo había olvidado.

Mientras Morcar ordenaba a un sirviente que preparara té de brezo e informaba a Blar de todo lo que había ocurrido durante su ausencia, Maigrey miró con cariño a su alrededor. Coloridos tapices bordados intercalados con lámparas de hierro forjado decoraban las paredes. Un tapiz especialmente grande colgaba detrás del estrado del Alto Asiento.

Sobre las ventanas cerradas se colgaban tartanes a cuadros para protegerlas de las corrientes de aire. Había varias mesas de caballete, una tendida con mantelería y otra con vajilla. Los sirvientes entraban y salían de la habitación, sirviendo a los invitados y preparando la cena.

—Ahora, Maigrey, cuéntales a Blar y a Kinner lo de los hombres del norte y el barco dragón —pidió Morcar.

Los tres sacerdotes escucharon atentos mientras ella describía su encuentro con el jefe del barco dragón excluyendo los detalles más íntimos. Cuando terminó, los otros Daga de Plata se habían unido a ellos. Todos rodearon el fuego y sorbieron de grandes tazas de té de brezo caliente.

Finalmente, Maigrey se acomodó en su silla y escuchó mientras Rob y los demás obsequiaban a Blar y Kinner con otras historias de su viaje. Se rieron y charlaron durante varias horas. Luego, todos se dirigieron a la Cámara del Refugio para ver los regalos que la gente había enviado a través de los Puñales de Plata para los dioses del Santuario de Piedra del Refugio.

—Kinner —intervino Morcar—, haz un registro de los objetos recibidos.

—¿Debo transportarlos a la Cámara de Regalos?

—No, eso lo haremos mañana —indicó Morcar—. Dejemos que todos tengan la oportunidad de ver y disfrutar los nuevos regalos de los dioses. —Se volvió hacia Maigrey—. Ven conmigo, hija. Quiero enseñarte algo.

Cuando hubieron entrado en otra caverna, Morcar sacó una bolsa de tela de su bolsa.

—Tengo algo que enseñarte, pero necesito vendarte los ojos con esto.

—¿Qué es?

—Prefiero sorprenderte.

Ella asintió y esperó mientras él deslizaba la funda sobre su cabeza y tiraba del cordón alrededor de su cuello.

—Un momento —pidió—. Déjeme coger una lámpara.

Ella lo oyó alejarse. Cuando regresó, olió el humo y sintió el calor de la llama cuando él pasó por delante de ella. Cogiéndola de la mano, la guio a través de un laberinto que los llevó más profundamente hacia las entrañas de la tierra. Al final, después de varias vueltas y revueltas, que Maigrey había perdido la orientación, se detuvieron.

Morcar le quitó la venda de la cabeza y ella supo que se encontraban en una gran sala. Empujó un panel y una enorme roca se deslizó hacia un lado, dejando una abertura en forma de puerta.

Agitando la mano, dijo:

—Esta es la Cámara de los Regalos.

La cámara de la que tanto había oído hablar, pero que nunca había pensado ver. Era la cámara secreta donde se ocultaban las riquezas del santuario. Solo el Anciano de las Noches y los Días y el Consejo de Sacerdotes conocían su ubicación. A lo largo de los años, Morcar había permitido a menudo que Maigrey lo ayudara a catalogar los regalos en la Cámara del Refugio, pero nunca le había permitido entrar en esta habitación.

—La Cámara de los Regalos —murmuró ella.

Él asintió.

—Quiero que veas todos los dones de los dioses.

Llevando aún una antorcha encendida, entró primero. Maigrey lo siguió. Embelesada, jadeó mientras miraba a su alrededor. Había oído hablar del vasto tesoro que se había acumulado aquí a lo largo de los años, pero nunca había imaginado tal riqueza. La sala estaba llena de oro y plata y gemas preciosas que brillaban a la luz de las antorchas. Morcar atravesó la sala y encendió otras antorchas. Pronto la luz dorada parpadeó brillante a su alrededor. Maigrey se movió por la sala, pasando con ligereza las manos sobre los regalos. Al final, se detuvo frente a un enorme cofre abierto.

—Mira, padre —gritó, y cogió un casco. Era de oro, plata y bronce con incrustaciones de gemas preciosas. Nunca había contemplado un casco tan magnífico. Podía imaginárselo sobre la cabeza de un valiente guerrero.

Mientras se recostaba y cerraba los ojos, el primer guerrero valeroso que le vino a la mente fue Stefan Vaderfjord. Intentó imaginárselo con este casco, pero no pudo. Este parecía el resplandor arremolinado del sol. Era fuego dorado. Stefan era fuerte, de líneas audaces y ángulos agudos. Plateado y negro, él era la lluvia brumosa, el trueno, el relámpago. Era fuego plateado.

Maigrey lo recordaba de forma clara, como si aún lo estuviera mirando. Sus mejillas y su barbilla estaban ensombrecidas por la barba incipiente, y el viento agitaba su pelo, los largos mechones negros volando sobre sus hombros. Incluso a través de su memoria podía ver las líneas y la textura de su rostro. Podía inhalar su aroma a hierbas. Podía oír su voz profunda.

Entonces quedó atrapada por sus ojos azules... por el brillo que había en ellos cuando se burlaba de ella, por la sensual oscuridad cuando revelaba de forma descarada su deseo de acostarse con ella.

De nuevo, Maigrey fue golpeada por un anhelo por él tan intenso que sintió la mordedura de las lágrimas. Abrió los ojos y apretó el casco con fuerza contra su pecho. Había conocido a Stefan Vaderfjord solo ayer, y solo por un breve espacio de tiempo, pero él la fascinaba. Sentía como si lo conociera con el corazón y el alma. Lo echaba de menos... lo deseaba.

Maigrey estaba conmocionada por la intensidad de su atracción hacia aquel hombre.

—Hay una espada que hace juego con el casco —oyó decir a su padre—. Debería estar por aquí—. Empezó a rebuscar en algunos de los cofres—. Es una espada preciosa.

Sí, pensó Maigrey, la espada que hacía juego con el yelmo que sostenía.

—Ven, Maigrey —llamó Morcar—. Ayúdame a buscarla.

Abandonando sus fantasías sobre el norteño, Maigrey buscó entre los cofres hasta que encontró el arma. Sentada en el suelo, estudió tanto la espada como el casco.

—Sí, el diseño de ambos es similar —dijo.

Pasó la mano por la empuñadura, pero de nuevo no estaba viendo la que sostenía. Estaba viendo una espada esmaltada en plata y negro que pertenecía al Norteño.

¡El Hombre del Norte! Se había ido, y era probable que nunca volviese a verlo, pero la poseía tan claramente como si la hubiera raptado y se hubiera apareado con ella.

La esperanza se hinchó con ella. Stefan había prometido que visitaría el claustro cuando regresara del norte de Escocia. Quizá lo hiciera. Con la misma rapidez, la esperanza se convirtió en decepción. Si regresaba del norte de Escocia, habría derrotado al hombre que le robó a su prometida... y tal vez llevaría a su prometida a casa con él. No tendría pensamientos para Maigrey... o si los tenía, serían menos que honorables.

Como un rayo de luz, los celos abrasaron a Maigrey y su mano se tensó en torno a la empuñadura de la espada. No conocía a la mujer con la que Stefan se había prometido, pero ya le caía mal.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Morcar.

Maigrey levantó la vista hacia él.

Hizo una pausa y luego se encogió de hombros y sonrió.

—Solo estoy un poco cansada.

Hizo ademán de estudiar la espada.

—¿Quién entregó estas armas a los dioses, padre? ¿Un rey?

—No lo sé —respondió Morcar—. Un día no estaban aquí y, al siguiente sí. —Se rio con suavidad—. Es una señal de que me estoy haciendo viejo, hija mía, cuando no puedo recordar quién hace tal regalo a los dioses. —Hizo un gesto con la mano hacia el marcador *ogham* que colgaba de la pared—. Todos los dones y sus donantes han sido enumerados, excepto el contenido de estos baúles de aquí.

Maigrey pasó de un baúl a otro, mirando las riquezas, admirando la belleza del diseño y la artesanía. Mucho tiempo después, se encontraba en el otro extremo de la sala frente a una gran mesa sobre la que se había tendido un lienzo azul. Yacía allí una hermosa espada dorada en forma de hoz con incrustaciones de plata.

—Nuestro símbolo —susurró Maigrey, y tocó la empuñadura casi con reverencia—. Nos lo dieron los dioses de la Noche y el Día.

Morcar se movió para colocarse detrás de ella.

—No, los dioses nos dieron el mundo, el sol y la luna, los cielos y la tierra, y nos dieron la inteligencia. Fuimos nosotros quienes dimos a los dioses sus nombres y creamos sus leyendas y sus símbolos. Teníamos que hacerlo, hija mía. A diferencia de los dioses, nosotros somos visibles y tratamos con un mundo visible. Estos cuentos y estos símbolos forman la base de nuestra fe y nos ayudan a enfrentarnos a la vida.

—La espada hoz pertenecía al dios Noche —comentó Maigrey—. Y el escudo al Día. Se dice que la persona que posea tanto la espada hoz como el escudo será el gobernante de todas las

Tierras Altas.

—Sí —aseguró Morcar—. Según la leyenda de nuestro pueblo, el Padre Creador dio el alto asiento de las estaciones a sus hijos gemelos, Noche y Día. Sin embargo, antes de que pudieran asumir sus puestos en el gobierno, tuvieron que luchar contra el Caos. Durante la gran lucha entre el bien y el mal, el Caos despojó a los jóvenes dioses de sus armas mágicas.

Morcar cogió la espada antigua y la estudió mientras continuaba.

—La espada hoz y el escudo cayeron al estanque de abajo. Aunque los gemelos salieron victoriosos, el coste fue alto. Ambos resultaron heridos y habrían muerto si su madre, la Diosa Lunar, no hubiera venido a la tierra y los hubiera bañado a cada uno en el estanque sagrado de la Piedra Refugio. Se recuperaron, pero nunca encontraron sus armas. Desde entonces, los habitantes de las Tierras Altas creen que el hombre que posea tanto la espada hoz como el escudo tendrá los poderes de los dioses y gobernará todas las Tierras Altas.

—¿Qué pasaría si se encontrara en el Estanque de Piedra del Refugio un escudo dorado con la misma inscripción que la de esta espada hoz?

—He pensado en esa posibilidad —señaló Morcar—. No es raro que un guerrero haga fabricar su armamento por el mismo herrero y que todo él lleve el mismo diseño.

Pasó la yema del pulgar por el lado afilado de la hoja.

—Thornsgate dejaría de ser un reino pacífico. Gente codiciosa y hambrienta de poder de todas partes lucharía por poseer tanto la espada como el escudo. —Reemplazando la espada, Morcar se volvió hacia Maigrey—. Te prometo, hija mía, que mientras yo sea el Anciano de las Noches y los Días, no se encontrará en el Estanque de Piedra del Refugio ningún escudo dorado que lleve inscripciones antiguas similares a las de la espada hoz.

Maigrey miró el rostro demacrado de su padre, la luz de la antorcha proyectaba sombras sobre él. Sus ojos grises se clavaron en los de ella.

—El escudo no debe encontrarse nunca, Maigrey. Jamás. ¿Lo entiendes? —Ella asintió.

Él se sentó en uno de los bancos de piedra tallada y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—¿Has oído hablar de las Piedras del Claustro?

—Sí, desde que llegué aquí —respondió ella—. La Piedra Lidia y la Piedra de Sangre. Son la clave para encontrar la Cámara de los Regalos y están ocultas en un gran broche de oro.

—Solo una, La Piedra Lidia, está oculta en el broche —corrigió Morcar. De la bolsa de cuero que llevaba en la cintura, extrajo un broche de oro extremadamente grande—. Hoy lo he sacado de su escondite porque quería hablarte de los broches sagrados.

Sujetando con firmeza el broche con una mano, sacó su daga de la funda y pasó la punta alrededor de la pieza de joyería hasta que esta se enganchó. Entonces, giró y la parte superior del broche se abrió de golpe. En su interior, yacía un hermoso amuleto. Morcar sacó el medallón ovalado del estuche del broche y lo colgó de su mano por la cadena.

—El broche de piedra Lidia.

—Pero parece un collar —señaló Maigrey.

—Puede llevarse como collar o como prendedor. Su diseño es parte de su misterio.

—¿Los diseñaste tú?

—En cierto modo, sí. —Maigrey lo miró interrogante—. Cada nuevo Anciano de las Noches y los Días puede elegir que se diseñen y elaboren nuevos prendedores de claustro, pero durante mucho, mucho tiempo no se hizo ningún cambio. Cuando decidí hacerlo, se me ocurrió este concepto, y encargué a la dotada suma sacerdotisa del Claustro de las dríadas de la Arboleda que lo hiciera por mí.

—El Claustro de la Arboleda —murmuró Maigrey mientras contemplaba el medallón que giraba sobre la cadena—. Es el claustro de las mujeres sacerdotisas que han hecho voto de silencio y se niegan a ser vistas por los hombres o a aparearse con ellos.

—Sí.

—Entonces, ella conoce el secreto de la Cámara de los Regalos —señaló Maigrey.

—No, solo yo, hija mía. Ella hizo todos los grabados excepto las inscripciones *ogham*[2] del interior de cada amuleto. Esas las hice yo mismo.

Maigrey tocó con un dedo el amuleto ovalado.

—Aún no puedo comprender que esto sea un broche —murmuró—. No es en absoluto como me lo imaginaba.

—Los broches, independientemente de su forma o tamaño, significan para nosotros un cierto tipo de joya —explicó Morcar—. Así, a lo largo de los años, la gente se ha acostumbrado a pensar en los broches del Claustro en esos términos. Nadie esperaría que parecieran tan simples como un amuleto. —Le entregó la pieza de joyería sagrada y la señaló—. Pasa el dedo sobre esto y encontrarás el alfiler.

Siguiendo sus indicaciones, Maigrey soltó el pestillo que sujetaba el alfiler y formó el gancho que sujetaba la cadena.

—Si te fijas bien —dijo Morcar—, descubrirás que tiene un pestillo secreto. —Pasó su uña alrededor de la base de las dos piedras lidias negras que estaban incrustadas en la parte superior del medallón. El amuleto se abrió—. Las inscripciones de *Ogham* dan indicaciones para localizar el segundo amuleto: el broche de piedra de sangre. En él hay grabadas indicaciones para encontrar la Cámara de los Regalos. Y la Cámara Secreta.

—No he oído hablar de un segundo escondite secreto —dijo Maigrey.

—No, nadie lo conoce.

—¿Ni siquiera Kinner y Blar?

Morcar negó con la cabeza.

—Solo yo. Es la cámara donde el Anciano de las Noches y los Días tiene instrucciones de esconder el tesoro si siente que está amenazado por permanecer en la Cámara de los Regalos. A diferencia de la ubicación de la Cámara de los Regalos, que es conocida tanto por el Consejo de los Sacerdotes como por el Anciano de las Noches y los Días, la ubicación de esta habitación solo la conoce él.

Un presentimiento envolvió a Maigrey.

—¿Por qué me cuentas esto, padre?

—De todas las personas del mundo —apuntó Morcar—. tú eres en quien más confío. Recientemente, he tenido la premonición de que alguien está buscando el tesoro. —Hizo una pausa—. Quizá alguien tenga una sana curiosidad por ver los dones de los dioses, o quizá sea codicia.

—No, padre —exclamó Maigrey—, seguro que no.

—Sí. —insistió Morcar—. Por eso, quería mostrarte la cámara y contarte el secreto de los broches Sagrados. A toda costa, Maigrey, hay que proteger el tesoro. No nos pertenece a nosotros, sino a los dioses. Somos meros guardianes que velan por que se cumpla la voluntad de los dioses. Rezamos por el pueblo y le devolvemos la generosidad de los dioses. Este santuario y sus riquezas no deben caer en las manos equivocadas.

—Es una gran responsabilidad, padre —murmuró Maigrey—. Se necesita una persona fuerte para ser el sumo sacerdote y el Anciano de las Noches y los Días.

—Sí, y el Consejo ha estado considerando la selección del próximo sumo sacerdote del claustro. —Morcar se volvió hacia ella—. Maigrey, el Consejo te está considerando a ti.

El anuncio de Morcar dejó atónita a Maigrey.

—¿Qué hay de Blar o Kinner?

—Ambos son buenos hombres y sacerdotes dedicados. Yo entrené a ambos y creo que uno de ellos debería ser elegido. Pero el Consejo está debatiendo si el claustro necesita uno solo a un sumo sacerdote más joven, sino a alguien con una nueva visión.

—¿Saben Blar y Kinner algo de esto?

—Sí. Blar está enfadado —comentó Morcar—. Al principio, Kinner estaba molesto, pero ahora dice que entiende la forma de pensar del Consejo.

—Esto me toma por sorpresa —masculló—. Debo pensarlo.

—Sí, por eso te lo he dicho. Tienes mucho tiempo para considerarlo. —Se levantó y volvió a coger la venda—. Ahora debemos irnos.

Cuando regresaron al Gran Comedor, Maigrey se sentó tranquilamente a cenar y a pensar en lo que su padre le había dicho. Cuando llegó la hora de la actuación de las Dagas de Plata, Maigrey alegó agotamiento y se retiró a su dormitorio. Abrió la ventana, dejando que el enérgico aire otoñal soplara contra su rostro mientras contemplaba la negra noche.

Finalmente, se quitó la ropa, se lavó y se puso su túnica de noche. Se tumbó en la cama, mirando por la ventana y reflexionando sobre lo que su padre le había dicho.

A lo lejos, vio un pequeño rayo y pensó en el hombre del norte, en el martillo que llevaba al cuello, el símbolo de su dios del trueno y el relámpago. Sus palabras la atormentaban. «Estate pendiente de mí, Maigrey, hija de Morcar. Volveré».

Capítulo 4

-Viene un jinete. —El grito del vigilante despertó a Maigrey.

—Es Dacy y cabalga como si lo persiguieran los sabuesos del infierno.

Maigrey salió disparada de la cama y cogió su túnica, deslizándosela por la cabeza. Entró en el Gran Comedor cuando la puerta se abrió de par en par y un joven guerrero entró a grandes zancadas en el edificio. Sus botas resonaron en el suelo de tablas mientras se acercaba a los tres sacerdotes y a Rob, que estaban sentados frente al fuego.

—¡Dacy! —exclamó Maigrey, dando la bienvenida a su amigo de la infancia.

Dacy era mayor que ella y que Rob y había abandonado las tierras fronterizas para convertirse en guerrero del rey mucho antes de que los bandoleros atacaran a sus familias, matando a los padres de los tres niños. Tras el ataque, Maigrey y Rob habían ido a buscar a Dacy a la aldea del rey. Él, a su vez, había llevado a los dos jóvenes al claustro, donde habían permanecido desde entonces.

—¡Dacy! —gritó también Rob, y se puso en pie de un salto.

—Maigrey, Rob, tengo graves noticias. —Dacy se apartó el pelo barrido por el viento de los ojos. Su manto se ensanchó para revelar su camisa verde y sus pantalones marrones, la librea del rey ldo de Thornsgate.

—¿Qué trae a uno de los hombres del rey al claustro a tanta velocidad? —preguntó Morcar, con el rostro sombrío.

—Asaltantes marinos de Northland atacaron la aldea del rey a primera hora de la mañana —anunció la joven guerrero.

¡No! pensó Maigrey. ¡No podía ser! Stefan no podía haberla traicionado.

—¡El rey Ido y toda su familia han muerto!

Morcar se levantó.

—¡Muertos! ¿Ido y toda su familia?

—Sí —aseguró Dacy—. Nos cogieron desprevenidos.

—Thornsgate no tiene rey —murmuró Morcar.

Kinner, también de pie, se paseaba frente al fuego.

Blar cerró las manos delante de sí.

—Asaltantes de los mares de Northland —murmuró aturdido—. ¡Esto es incomprensible!

Maigrey se culpó a sí misma. Había sido una ingenua al creer en las intenciones pacíficas de Stefan. Si tan solo no se hubiera enamorado del bárbaro. Si tan solo no hubiera sucumbido a su descarada virilidad.

Pero se recordó a sí misma que no le había dado indicaciones para llegar al claustro. No le había revelado ninguno de los secretos del claustro. En su lugar, ella le había señalado hacia Athdara y el norte de Escocia. Y los hombres del norte habían superado claramente en número a las Dagas de Plata.

—Deberíamos haber luchado contra ellos cuando tuvimos la oportunidad —comenzó Rob.

Maigrey se dio la vuelta.

—Hice lo que creí correcto. Además, Rob, no sabemos si estos invasores son los mismos hombres.

No podía ser el mismo hombre, pensó Maigrey. No Stefan Vaderfjord.

—Vamos, Maigrey —dijo con sarcasmo su primo—. Tienes que admitir que no puede ser una mera coincidencia que Thornsgate sea atacada el día después de que viéramos el barco dragón en la cala.

—¿Visteis un barco dragón? —Dacy se dio la vuelta—. ¿Y no avisasteis al rey?

Morcar levantó las manos para pedir silencio.

—Basta de acusaciones sin sentido. Lo que haya sucedido, ha sucedido. Debemos ocuparnos del presente. ¿De qué más tienes que informar, Dacy?

—El Alto Consejero Conn me ha enviado para deciros que aún se está luchando en la aldea del rey, pero que algunos de los asaltantes pueden estar dirigiéndose hacia aquí.

—¿A qué distancia están? —preguntó Morcar.

—A medio día o más. Atravesé Hag's Field.

Hag's Field era un gran terreno entre la aldea del rey y el claustro. Antaño, había pertenecido a una vieja viuda cuyos campos eran los más fértiles de Thornsgate. Sus verduras y frutas tenían un sabor inigualable en todo el reino. El rey Ido, cada vez más celoso de los productos de la mujer, hizo que sus guerreros la expulsaran de la tierra para poder vivir él mismo de ella. Pero, antes de morir, maldijo la tierra y, desde entonces, era estéril. Poco después, la esposa de Ido dio a luz a su primer hijo. Nació muerto. Declarando la tierra maldita y prohibiendo a cualquier hombre poseerla, Ido se mudó de nuevo. Ahora la gente rara vez ponía un pie en el Campo de Hag.

—Cortar a través del campo fue sabio —dijo Blar—, pero ¿qué va a impedir que los asaltantes también lo crucen?

—No, no lo harán —aseguró Dacy—. Es un terreno desolado que espantaría incluso a los guerreros que no supieran nada de la Hechicera.

—¿Tienes algo más que informar? —preguntó Morcar.

—Capturamos a uno de los asaltantes del mar. —Dacy hizo una pausa, como si fuera reacio a continuar.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Morcar.

—Él ... acusó a Maigrey de conspirar con ellos.

—¡No! —gritaron a la vez ella y Rob.

—Maigrey habló con los norteños —continuó Rob—, pero sabes que no nos traicionaría.

—No he conspirado con nadie.

—El prisionero te llamó por tu nombre, Maigrey, y te identificó como una de las Dagas de Plata —continuó Dacy—. Te acusó de prostituirte con su sire, de incitarlo a atacar prometiéndole las delicias de tu cuerpo y las riquezas de la Piedra del Refugio.

—¡Miente! —dijo Maigrey—. No me he acostado con ningún hombre, y menos con un saqueador de las Tierras del Norte.

Pero lo deseaba, le regañó una pequeña voz interior, y aún lo hacía. Si Rob, Dettra y Bhaltair no hubieran aparecido cuando lo hicieron, Maigrey podría haberse acostado con el jefe de los norteños. Él había amenazado con llevársela con él, y Maigrey había arremetido contra él. Pero en su corazón sabía que una parte de ella había querido ir con él.

Aun así, incluso ahora, Maigrey no estaba convencida de que fueran Stefan y sus guerreros quienes habían atacado la aldea.

—Un paladín llamado Farlan y sus guerreros han expulsado a los invasores de la aldea, aunque no del reino —continuó Dacy—. El Alto Consejo le ha pedido que actúe como rey provisional de Thornsgate hasta que encuentren otro heredero para el Alto Asiento.

—¿Cómo se atreven a ostentar semejante autoridad? —gritó Blar—. Saben que deben consultar con el Anciano de las Noches y los Días y con el Consejo de Sacerdotes antes de tomar tal decisión.

—El Alto Consejero Conn me dijo que os dijera que no tenían tiempo para convocar una reunión formal, sire. Los combates continúan y necesitan un hombre que lidere a los guerreros dispersos contra los invasores y los haga retroceder hasta el mar. En vista de la emergencia, pensaron que nombrar a Farlan Rey interino calmaría al pueblo y también sus temores.

—Farlan. ¿Quién es ese Farlan? —murmuró Morcar, mirando de Blar a Kinner—. ¿Habéis oído hablar de él?

Ambos hombres negaron con la cabeza.

—Ninguno de nosotros lo conoce, sire —dijo Dacy—. Cabalgó hasta la aldea en el fragor de la batalla, después de que el rey y toda su familia hubieran sido asesinados. Luchó contra los asaltantes y ahora lo llaman héroe.

—Qué fortuito que este hombre apareciera cuando lo hizo —murmuró Kinner con sarcasmo.

—Sí —afirmó Morcar—, yo también lo pienso.

—Tal vez, amigos míos —masculló Blar en voz baja—, estemos juzgando mal los acontecimientos y, de hecho, deberíamos estar agradecidos de que este Farlan estuviera aquí para salvarnos.

—Farlan, con la aprobación del Alto Consejo, ha declarado que Maigrey es una conspiradora y asesina de la casa del rey —continuó Dacy—. Ha puesto precio a su cabeza.

—¿Por qué iba yo a traicionar a los dioses y a mi reino? —preguntó Maigrey atónita—. Si quisiera los tesoros de la Piedra del Refugio, no necesitaría a los asaltantes marinos de Northland para apoderarme de ellos.

—Nadie te ha acusado de querer el reino o los tesoros de la Piedra Refugio para ti sola, Maigrey —informó Dacy—. El informante dijo que te jactaste ante su caudillo de que te vengarías del rey.

—¿Vengarme del rey Ido? —El anuncio hizo tambalearse a Maigrey.

—Oh, Maigrey —comenzó Blar—. ¡No te hagas la inocente! Todo el mundo en el reino sabe que, hace dos estaciones, Ido rompió tus esponsales con Brieve y casó al guerrero con su propia hija. Lo anunciaste delante de todos los que se habían reunido para la boda que un día vengarías tu honor, que los dioses maldecirían a Ido y a toda su familia.

—No le hables en ese tono, Blar —espetó Kinner con una furia tan inusitada que todos se volvieron para mirarlo—. Ella tenía derecho a estar enfadada y a prometer venganza.

—Claro que tenía derecho —convino Blar—, pero debe saber que no es ningún secreto que clamaba venganza.

Maigrey nunca había imaginado que su arrebato de indignación tendría repercusiones tan nefastas, que podría ser tan pervertido y utilizado contra ella.

—Sí, Maigrey —afirmó Rob—. Menudo berrinche tuviste.

—No importa lo que este hombre diga sobre mi deseo de vengarme del rey Ido porque rompió mis esponsales —prosiguió Maigrey—. Está mintiendo sobre mi conspiración con el caudillo de Northland. Todo esto está mal, padre. Hablé con el norteño y me aseguró que él y sus hombres se dirigían al norte de Escocia para saldar una deuda de honor.

—Eso fue ayer por la tarde —murmuró Kinner—. Si los hombres del norte zarparon al mismo tiempo que tú y los Dagas de Plata, podrían haber navegado hasta el puerto del rey y desembarcado allí por la mañana.

—Quizá otra mujer conspiró con él —señaló Rob.

—Sí —dijo Maigrey—, debe haber sido otra mujer.

—Aun así, el informador te llamó por tu nombre —señaló Dacy.

—El hombre del norte puede estar buscando venganza contra Maigrey —comentó Rob—. Pensó que eras una puta.

Morcar giró sobre sí mismo y se acercó a ella.

—No me lo habías dicho, Maigrey.

—No creí que importara, padre. Cuando le dije que era juglar, pensó... bueno, pensó... —Ella se encogió de hombros—. Pensó que yo era una puta.

—¿No le dijiste nada sobre el claustro o sus riquezas? —preguntó Kinner.

—No —respondió Maigrey—. Él ya había oído hablar de ellas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Kinner.

—Convocar al Consejo de Sacerdotes —dijo Morcar.

—Llevará tiempo —indicó Blar.

—Envía a Fagan tras ellos —ordenó Morcar—. Es nuestro mejor jinete. Rob, tú y los otros Dagas Plateadas ayudad a Kinner y a Blar a trasladar a todos los que no puedan luchar a las cavernas interiores. Debemos protegerlos de estos norteños invasores. —Mientras que antes Morcar había parecido tranquilo y poco imponente, ahora no lo estaba—. Maigrey, tú vendrás conmigo. Dacy, busca algo de comer y de beber. Mandaré a buscarte más tarde.

—Morcar, ¿qué pasa con los tesoros de La Cámara Secreta? —preguntó Kinner—. ¿Está el estuche del broche en un lugar seguro?

—Están a salvo.

—Quizá queramos algo más que tu palabra —indicó Blar. Los dos hombres se miraron fijamente.

—Mi palabra es todo lo que obtendrás, Blar —indicó Morcar—. Me reuniré contigo y con el Consejo en la Cámara del Refugio y os haré saber cómo pienso protegernos a todos de los invasores.

Morcar esperó hasta que se hubieron marchado y luego dijo en voz baja:

—Maigrey, en cuanto hayamos terminado una última tarea, quiero que tú y las Dagas de Plata partáis hacia el norte de Escocia. Debéis ir ante el Alto Rey Fergus y pedir santuario. Infórmale de todo lo que has visto y oído.

—Deja que los demás se vayan, padre —pidió Maigrey—. Quiero quedarme aquí contigo.

—No importa quién más vaya, hija —aseguró Morcar—, tú debes ir con ellos. Tú eres la que ha sido acusada de forma injusta. Tú eres la que tiene un precio por su cabeza, y tú eres en quien confío. Quiero que lleves contigo el broche de Piedra Lidia. Será un viaje peligroso, pero te mostraré una ruta poco transitada.

Cuando Maigrey asintió, sacó el broche de su bolso.

—Jura ante los dioses que guardarás el broche con tu vida.

—Soy una sacerdotisa-barda del Santuario de Piedra del Refugio, y como sierva dedicada a los dioses Noche y Día, prometo custodiar este broche sagrado con mi vida.

Le entregó el broche.

—Ahora, busquemos a Rob, Dettra y Bhaltair. Necesitaremos su ayuda.

—¿Con qué? —preguntó Maigrey.

—Debemos trasladar el tesoro a la Cámara Secreta. Demasiados saben dónde está ahora —respondió Morcar—. Puede que los asaltantes intenten torturar a uno de nosotros para sonsacarle el secreto, pero si solo yo sé cómo encontrar el tesoro, hay menos posibilidades de que lo descubran.

—¿Y nosotros?

—Si todos vosotros tenéis los ojos vendados, no me cabe duda de que os confundiréis tanto en el laberinto de cavernas subterráneas que no podríais encontrar el camino de vuelta a la cámara. No así los sacerdotes, que están más familiarizados con los pasadizos. Incluso con los ojos vendados, uno de ellos podría reconocer algo que le sirviera de punto de referencia. Así las

cosas, solo yo llevaré la carga de la vergüenza y el deshonor si traiciono a los dioses revelando la ubicación de la Cámara Secreta.

—Padre.

Él sacudió la cabeza.

—Es parte de mi responsabilidad como Anciano de las Noches y los Días.



Varias horas después, los cuatro juglares terminaron de trasladar las riquezas del claustro de la Cámara de los Regalos a la Cámara Secreta. Ahora solo Morcar conocía su escondite. En cuanto terminaron su tarea, Morcar volvió a vendarles los ojos y los condujo a la superficie. Luego envió a Rob, Dettra y Bhaltair a unirse a los demás sacerdotes guerreros que esperaban a los asaltantes. Él y Maigrey se dirigieron hacia la Cámara del Refugio.

El rostro de Morcar era adusto, entristecido por los acontecimientos del día, mientras le indicaba a Maigrey la ruta que debía tomar para adentrarse en el norte de Escocia. Le describió los puntos de referencia donde ella debía dejarle mensajes. Ambos acordaron el código que utilizaría Maigrey.

Parte de la educación de Maigrey había consistido en aprender a leer y escribir el *ogham* y a utilizar señales corporales para comunicarse en silencio. Tan fluidos y versados en este lenguaje eran los guardianes del Santuario de Piedra del Refugio, que podían mantener dos conversaciones al mismo tiempo, una en voz alta y otra en silencio. Tan competentes eran que nadie sabía cuándo estaban hablando el lenguaje silencioso. También estaban entrenados para dejar mensajes codificados a sus compañeros bardos a lo largo de los senderos que recorrían. Estos mensajes podían consistir en una piedra, un montón de piedras, ramitas rotas o ramas de determinados tipos de árboles y arbustos. El viajero común nunca los notaría.

—Haz que Dacy recorra parte del camino contigo —dijo Morcar—. Las dos debéis separaros cuando lleguéis a las estribaciones gemelas. Tú debes dirigirte hacia la frontera Athdarian. Dacy seguirá hasta el Árbol de la Bruja y dejará allí caballos y provisiones por si alguno de nosotros los necesitara.

La cogió por los hombros con repentina urgencia.

—Las dos debéis partir cuanto antes. —Morcar la abrazó con fuerza—. Ten cuidado, hija mía. Me preocuparé por ti hasta que sepa que estás a salvo con el Alto Rey Fergus.

—No te preocupes, padre —prometió Maigrey—. Lo conseguiré.

—Rezo a los dioses para que así sea, Maigrey.

Maigrey y Morcar se separaron. Él se dirigió a la Cámara de Refugio, ella a su cámara de dormir, donde se puso con premura una camisa y unos pantalones, pensando en el amuleto sagrado que le había sido confiado para su custodia.

Abrió el estuche del broche y extrajo el amuleto sagrado. Tras rebuscar en el contenido de un gran baúl que había junto a su cama, sacó un cofre más pequeño en el que guardaba sus joyas.

Buscó hasta que encontró uno de sus amuletos personales, uno que tenía incrustadas dos piedras negras y que se parecía al broche sagrado en forma y diseño. Dejó caer su propio broche en el estuche del broche, lo cerró con un chasquido y lo escondió en un compartimento secreto de una de sus fajas de cuero. Colgó el amuleto sagrado alrededor de su cuello.

Protegería el broche sagrado con su vida.



—Todos nosotros nos esconderemos en las cámaras secretas de las cavernas hasta que los invasores se hayan marchado —explicó Morcar. Se colocó en el estrado frente a una larga mesa de caballete alrededor de la cual estaban sentados los otros siete miembros del Consejo de Sacerdotes—. Eso es lo que propongo para aquellos que no puedan luchar. Pero nosotros, los sacerdotes guardianes del santuario, no podemos permanecer ocultos para siempre. Este es un santuario de los dioses Noche y Día. Hemos hecho un juramento sagrado para protegerlo de blasfemos y profanadores. Y eso es lo que debemos hacer.

—Sí —estuvieron de acuerdo los miembros del Consejo.

—No me gusta, Morcar —señaló Blar. Se levantó y caminó hasta situarse ante el Anciano de las Noches y los Días.

—A mí tampoco —coincidió Kinner, echándose hacia atrás en su silla—. Has puesto la vida de Maigrey en peligro.

—Yo no lo hice —respondió Morcar—. Farlan y el Alto Consejo lo hicieron. Además, ella es una juglar del claustro, una elegida para llevar mensajes a través de la tierra.

—¿Por qué una mujer? ¿Por qué no uno de nosotros? —preguntó Kinner.

—¿Por qué no una mujer? Ella es la mejor persona para la tarea. Ha hecho el mismo voto que todos nosotros —señaló Morcar—. No envié a uno de los otros juglares porque eligieron quedarse y protegernos. No elegí a uno de nosotros porque somos demasiado viejos, Kinner, y nos necesitan aquí.

—Aun así, Morcar —apuntó Blar—, ¿y si capturan a Maigrey? Correríamos el riesgo de perder el broche de la Piedra Lidia.

—Correríamos el mismo riesgo si la hubiéramos conservado —insistió Morcar—. Creo que estará más seguro con ella, fuera de Thornsgate. He elegido la ruta más rápida y segura para la huida de Maigrey. Nadie, salvo los miembros del claustro, conoce su existencia, y solo yo sé qué ruta está tomando. También la instruí para que me dejara mensajes en lugares específicos de la ruta.

—Puesto que se ha ido, Morcar, ya no podemos hacer nada más que esperar —señaló Blar. Extendió las manos sobre las llamas del fuego—. Al menos, podemos estar seguros de que el tesoro está a salvo escondido en la Cámara de los Regalos.

Morcar sonrió.

—Sí, Blar, podemos estar seguros de que el tesoro del claustro está escondido a salvo.

—Ninguno de nosotros divulgará jamás la ubicación del tesoro —prometió Kinner.

Morcar miró a cada uno de los sacerdotes que estaban sentados alrededor de la gran sala.

—No —convino—, ninguno de vosotros lo hará. Como he dicho, el tesoro del claustro está a salvo, amigos míos, porque lo he escondido en la Cámara Secreta.



Dos hombres se escondieron en un grupo de árboles, lejos de la luz de la luna que se derramaba sobre el claro y el camino.

—Se han ido. —Farlan curvó la mano en un puño y miró fijamente a través de las sombras plateadas a su compañero, un sacerdote de Santuario de Piedra del Refugio.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Morcar la envió fuera del claustro hace varias horas con el broche del Claustro. Debes enviar a sus hombres tras ella de inmediato.

—¿Sabes por dónde se fue?

—Morcar no nos lo dijo, pero la habría dirigido por una de las dos rutas posibles. Si envías jinetes por ambas, la encontrarán.

—¿Y el broche del claustro? —dijo Farlan, mirando fijamente la insondable negrura que ocultaba el rostro de su compañera—. No sé si encontrarás el broche. Maigrey es una mujer inteligente y morirá protegiendo el tesoro del claustro.

—Fue un ingenioso plan el suyo de culpar a Maigrey de la invasión. Fue fácil convencer al Alto Consejo de que era una traidora y una asesina —señaló Farlan. Tras una pausa, preguntó —: ¿Crees que el sumo sacerdote sospecha que los invasores y yo somos cómplices?

—Sí.

—Eso podría entorpecernos —señaló Farlan. Caminó hasta el borde de los árboles y contempló el claro. Finalmente dijo—: ¿Sabes que los asaltantes del mar van a tener que torturarte hasta que divulgues el secreto de la Cámara de los Regalos?

—Ese era nuestro plan —aseguró el sacerdote—, pero ya no será necesario. Morcar ha vaciado la cámara.

—¿Qué? —Farlan se dio la vuelta.

—¡Baja la voz!

—¡No me hables en ese tono!

—Entonces, cállate. Me necesitas, Farlan, y me vas a necesitar aún más. —El sacerdote rio con suavidad—. Puede que llegues a lamentar el día en que hiciste que tus hombres escondieran tus riquezas entre las del claustro.

—Ya lo hago.

El tesoro de Farlan era la dote de ruptura que Lachlann mac Gordon había enviado a Lord

Lang de Northland. Nunca había llegado al norteño. Farlan, «entonces conocido como Ghaltair», se había encargado de ello. En un esfuerzo por desacreditar a Lachlann mac Gordon, Farlan y sus guerreros se habían disfrazado de hombres de Lachlann y habían robado el tesoro a los guerreros de Lord Lang cuando regresaban a Northland. A Lachlann le llegó la noticia de que la dote de ruptura nunca había llegado a Lord Lang, que el norteño creía que Lachlann la había robado y que Lang consideraba el compromiso deshonrosamente roto. El hijo de Lang, Stefan Vaderfjord, había jurado venganza.

Nadie sabía quién había robado el tesoro. Desde luego, no sospechaban de Farlan. Más tarde, Farlan había sido declarado traidor por conspirar contra el Alto Rey Fergus y había sido desterrado del norte de Escocia. Se había marchado, llevándose consigo el tesoro robado. Varios de sus fieles guerreros, entre ellos uno llamado Ardac, se habían unido a él, encontrando refugio en el desierto de Athdara.

En un momento dado, Ardac había resultado herido de gravedad y había acudido a la enfermería del Claustro de Piedra del Refugio para recibir tratamiento. Durante su recuperación, había trabajado como guardián de los terrenos y había descubierto la Cámara del Refugio. Había avisado a Farlan sobre la enorme sala del tesoro. Trabajando de forma clandestina, habían trasladado todo su tesoro a la Cámara del Refugio del claustro.

Más tarde, cuando Farlan dio la orden de recuperar sus bienes, Ardac se enteró de que habían sido trasladados.

—Nunca encontrarán ese tesoro sin mí —dijo ahora el sacerdote—. Tuviste la suerte de que fuera él quien encontrara a tu guerrero Ardac buscando por las cavernas.

Farlan asintió.

—Cumplo mi parte de nuestro acuerdo —indicó el sacerdote—. Querías recuperar tu tesoro y convertirte en rey de Thornsgate. Ya eres el rey.

—El rey provisional —le recordó Farlan—. Habría sido diferente si mis cómplices no hubieran matado de forma accidental a la princesa. Si estuviera viva, ahora estaría casado con ella y sería el verdadero rey de Thornsgate.

—Una vez que supiste que estaba muerta —explicó el sacerdote—, tuviste la previsión de matar a toda la casa del rey y a los herederos conocidos. Si eres un buen gobernante, el Consejo pondrá fin a la búsqueda de un pariente consanguíneo y te proclamará rey. —El sacerdote hizo una pausa y luego dijo—: Y en cuanto encuentres el tesoro del claustro, los asaltantes del mar, bajo tus órdenes, matarán a Morcar y a los demás miembros del Consejo de Sacerdotes. Entonces, gobernarás Thornsgate y yo seré el sumo sacerdote y el Anciano de las Noches y los Días de la Piedra del Refugio. —Puso una mano sobre el hombro de Farlan—. Pero debes tener paciencia. No actúes de forma precipitada.

—¡Toda esta planificación parece no servir para nada! —exclamó Farlan—. ¿Por qué ese viejo tonto ha vaciado la Cámara de los Regalos?

—Morcar no es tonto. No lo subestimes. Cuando supo que los asaltantes se dirigían al claustro, supo que debía proteger el tesoro a toda costa. Ahora solo Morcar sabe dónde se encuentra el tesoro.

—¡Por los dioses! —juró Farlan—. Le demostraré a ese viejo con quién está tratando. Le haré ver cómo torturo a cada uno de sus sacerdotes por turno.

—No te serviría de nada. Morcar ha hecho un juramento de sangre a los dioses. Nunca divulgará el secreto del escondite.

—¿Ni siquiera si amenazamos la vida de su hija?

Pasaron varios segundos antes de que el sacerdote hablara.

—No lo creo, pero… —Terminó con un encogimiento de hombros—. Tendremos más posibilidades de encontrar el tesoro si logramos capturar a Maigrey y el broche. Nos darán indicaciones para llegar a la Cámara de los Regalos y quizá también a la sala secreta alternativa.

Con las manos entrelazadas a la espalda, Farlan se paseaba de un lado a otro.

—¿Estás seguro de que nadie sabe que tú y yo trabajamos juntos?

—Sí —respondió el sacerdote—. Y por lo que sé, Morcar es el único que puede pensar que los invasores del mar son tus cómplices. La mayoría piensa que los invasores son los norteños que desembarcaron en nuestras costas hace dos días.

Con un interés despertado, Farlan se acercó.

—No he oído nada sobre un norteño.

—Sí, un guerrero llamado Stefan Vaderfjord. Se dirigía al norte de Escocia buscando a un hombre que le robó a su prometida.

—Ah —dibujó Farlan, el reconocimiento alboreando en su mente—. Quiere vengar su honor. Espero que encuentre al hombre que busca.

Farlan no reveló que conocía muy bien el nombre de Stefan Vaderfjord ni que sabía a quién estaba buscando Stefan: Lachlann mac Gordon.

Farlan odiaba a Lachlann. Fue Lachlann quien había descubierto que Farlan había conspirado contra el Gran Rey Fergus en un esfuerzo por derrocar al reino recién establecido. Fue Lachlann quien había desterrado a Farlan del reino.

Sí, Farlan odiaba a Lachlann, y había pasado las últimas seis temporadas planeando la falta del caudillo. Pronto, con la ayuda de Stefan, su propia venganza contra los guerreros de las Tierras Altas sería completa.

—¿Qué vas a hacer con Maigrey? —exigió el sacerdote.

—Dime las rutas que puede haber tomado y enviaré a mis mejores guerreros tras ella —señaló Farlan—. Descríbeme también el estuche del broche en el que está escondido el broche. Mis hombres necesitan saber lo que buscan.



Incapaz de dormir, Stefan se apoyó en un árbol y contempló el campamento de guerreros dormidos a la luz de la luna. Toda su vida había sentido que le faltaba algo y había pasado sus años adultos buscándolo. Había navegado por todo el mundo, buscando, pero sin encontrar nunca lo que buscaba.

Había venido a esta tierra por una razón: matar a Lachlann mac Gordon por una mujer que Stefan nunca había conocido. Por una mujer que había elegido a Lachlann mac Gordon en lugar de a Stefan para ser su marido.

Hasta que Stefan había conocido a Maigrey, no había pensado más allá de ese objetivo. Ahora lo hacía. Después de matar a Lachlann en un duelo a muerte, por costumbre, la mujer Astrid volvería a ser suya. ¿Qué haría con ella? Ni siquiera sabía si la quería.

Solo podía pensar en la Highlander de pelo rojizo. Era una mujer deseable e inocente que le había hecho arder de anhelo. Pronto habría olvidado a cualquier otra mujer, pero no había olvidado a Maigrey, hija de Morcar. Y cuanto más pensaba en ella, más la deseaba, casi con exclusión de todo lo demás.

La preocupación de Stefan por Maigrey lo enfurecía y frustraba. Siempre había sido un hombre resuelto, un hombre que decidía lo que quería e iba tras ello. Nunca se había permitido involucrarse tanto con una mujer que le distrajera. O... nunca había encontrado a la mujer con la que quería implicarse tanto. Ahora mismo, no tenía tiempo para explorar lo que ella podría significar para él. Debía concentrarse en su juramento de sangre a Thor.

Entonces, podría considerar a Maigrey y satisfacer su deseo por ella.

Sí, pensó, alejándose del árbol, había viajado mucho en su vida, pero había un viaje más que haría, pasara lo que pasara. Cuando hubiera saldado sus cuentas con Lachlann mac Gordon, haría su primera peregrinación religiosa al Claustro del Santuario de Piedra del Refugio.

Sí, ya era hora de que rindiera homenaje a los dioses. Y quería oír cantar a Maigrey... para él.

Sonriendo, se dirigió a su jergón, con el lobo UIf trotando a su lado y abrió la solapa de su mochila. Sacando su flauta, se dirigió al otro lado del campamento y se sentó en un peñasco. Ulf se tumbó a sus pies.

Pensando en Maigrey, Stefan empezó a tocar una suave melodía. Era una canción sobre un guerrero que había estado viajando durante dos años. Durante su viaje, había resultado gravemente herido por un golpe de espada en un lado de la cabeza que le había arrancado un ojo y le había dejado muy desfigurado. Mientras navegaba de regreso a casa, se preguntaba cómo lo recibiría su joven esposa.

Cerrando los ojos y entregándose a la música, Stefan se imaginó a sí mismo como el guerrero, a Maigrey como la joven novia, vestida con una túnica larga y vaporosa, corriendo hacia el muelle para saludar a los guerreros que regresaban. Su marido avanzaba lentamente hacia ella y ella le miraba a la cara. Tocaba la larga cicatriz que corría desde su frente a través de su mejilla. Tocando el parche de cuero negro sobre su ojo.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, rodeó a su marido con los brazos y le murmuró palabras de amor. Le cogió la cara entre sus suaves manos y le repartió besos por las mejillas y la frente para acabar alrededor del parche de cuero del ojo. Luego, lo besó en la boca, un beso largo y apasionado. Lo cogió de la mano y lo llevó a su.

Stefan pudo verse a sí mismo tumbado en la cama con Maigrey de pie frente a un fuego ardiente. Pieza a pieza, se fue despojando de su ropa hasta quedar vestida solo con su túnica transparente. La luz del fuego a su espalda perfilaba su hermoso cuerpo.

—Así que estás pensando en la mujer, Stefan.

La voz somnolienta de Einar rompió la fantasía de Stefan. Bajó la flauta.

—¿Qué mujer?

Einar, tumbado en su jergón cercano, se impulsó sobre un codo y se pasó la otra mano por el pelo.

—Lo sabes tan bien como yo. El bardo juglar.

—No estoy pensando en ella.

Einar arrellanó la manta que utilizaba como cojín para la cabeza y volvió a tumbarse.

—Olvidas, amigo mío, que te conozco mejor que nadie, excepto tu padre. Cada vez que tocas esa melodía, sé que estás pensando en una mujer. Y debe ser esa barda.

Stefan fingió indiferencia y comenzó a tocar de nuevo.

—Sabía que iba a dar problemas —Einar refunfuñó.

Capítulo 5

Cuando el amanecer iluminó el horizonte, el viento, frío y cortante, mordió la cara de Maigrey. Azotaba contra ella mientras el caballo corría por el sendero de la montaña en un esfuerzo desesperado por dejar atrás a los cinco hombres que la perseguían... Que la habían perseguido durante toda la noche. La yegua galopaba rápido, pero no lo suficiente.

Maigrey no sabía quién la perseguía, pero sospechaba que, o eran asaltantes marinos, o los hombres de Farlan. ¿Quiénes más podían ser? También sospechaba que alguien del claustro la había traicionado. Solo los sacerdotes y las sacerdotisas conocían las dos rutas por las que podía estar viajando, y solo ellos adivinarían que se dirigía al norte de Escocia.

Siguió y siguió viajando. Al pie de una ladera, miró por encima del hombro. Tres hombres coronaban la pendiente. Solo tres. Antes habían sido cinco. Evidentemente, se habían separado.

Maigrey se inclinó e instó a la fiel yegua a acelerar el paso, pero el exhausto animal no tenía más que dar. Caballo y jinete avanzaron por el laberinto de rocas hasta la siguiente estribación, que era más empinada. Otra mirada por encima del hombro le mostró que se acercaban a ella.

Antes, segura de que la seguían, se había debatido entre detenerse y esconder el alfiler sagrado.

Había decidido detenerse en uno de los puntos de mensaje designados: el peñasco de la lanza. Había escondido el alfiler de pecho en su base y dejado un mensaje codificado para Morcar. Ahora, mientras los jinetes se acercaban a ella, se alegraba de haber sido tan previsora.

Sonó un cuerno. Los tres que iban detrás de ella estaban seguros de haber capturado a su presa y hacían señas a los otros dos para que se les unieran.

—¡Alto!

El grito procedía de delante de ella. La habían rodeado. El caballo tropezó, resopló y torció la cabeza. Cayó al suelo, rodando por la pendiente y llevándose a Maigrey con ella. Aturdida, Maigrey yacía al pie de la colina sobre el suelo húmedo, su ropa no era ninguna barrera contra el frío. A su lado, yacía la yegua muerta con una lanza atravesándole el pecho.

Para cuando se puso en pie, sus perseguidores habían formado un círculo a su alrededor. Desmontaron y caminaron hacia ella. El mayor, con una cicatriz hinchada recorriéndole la mejilla, se acercó más, mirando primero a Maigrey y luego al caballo muerto.

—¿Quién eres? —exigió—. ¿Por qué me persigues?

—Soy Ardac —respondió el hombre, pateando a la yegua—. Servimos a Lord Farlan, el rey de Thornsgate.

—Thornsgate no tiene rey —dijo Maigrey—. Ido y toda su familia fueron asesinados por los asaltantes marinos de Northland.

—Sí, Thornsgate tiene un rey. Su nombre es Farlan.

—Te vendrá bien recordarlo, Maigrey, hija de Morcar. —El guerrero sonrió satisfecho—. También deberías recordar que fuiste tú quien provocó la muerte del rey. Tú y tu obsesión por la venganza.

—No tuve nada que ver con el ataque ni con la masacre. El saqueador capturado mintió—. Ardac rio burlón—. Pero eso ya lo sabes.

Todavía sonriendo, el hombre asintió.

—Pero el Alto Consejo no.

—¿Lo sabe Farlan?

—Sí.

Maigrey recordó las palabras de Kinner sobre la llegada fortuita de Farlan a la aldea del rey.

—Todo esto es obra de Farlan. ¿Los asaltantes del mar son sus cómplices?

—Sí.

—¿Por qué se muestra tan comunicativo? Cuando volvamos, apelaré al Alto Consejo de Thornsgate para que nos escuche.

—No lo harás —replicó Ardac—. Farlan me envió a buscarte porque soy su guerrero más valiente, el maestro de sus hombres. He recibido instrucciones de llevarte directamente ante él. No te dejará hablar con nadie más. De hecho, Maigrey, hija de Morcar, nadie sabrá que has sido capturada y que eres su prisionera... excepto tu padre, los dos sacerdotes guardianes y tu primo.

—¿Qué has hecho con Morcar y Rob?

Ardac se rio y se apartó de ella. Maigrey lo cogió por el hombro y tiró de él.

—¿Qué les ha pasado a mi padre y a Rob?

Ardac le apartó la mano del brazo.

—Todos están prisioneros y seguirán estándolo hasta que tu padre lleve a Farlan a la sala del tesoro.

Maigrey se burló.

—Farlan se enfrenta a un enemigo de otro calibre cuando lucha contra mi padre. Las riquezas del claustro pertenecen a los dioses, y mi padre y los demás miembros del claustro morirán antes de entregar un tesoro tan sagrado a Farlan.

—Si tu padre no revela el paradero del tesoro —apuntó Ardac—, los miembros del claustro se unirán a sus dioses antes de lo que esperaban.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Maigrey. Se giró ligeramente y contempló el bosque a su derecha. Mientras una niebla plateada se asentaba a su alrededor, los enormes árboles, con sus ramas extendidas y raíces de mamut, parecían cada vez más enormes guerreros que se elevaban hacia los cielos. Maigrey solo deseaba que lo fueran y que venían a rescatarla.

Ardac hizo un gesto con la mano y dos de sus guerreros se acercaron a ella. Uno la sujetó mientras otro le ataba las manos a la espalda con unas delgadas correas de cuero que le cortaban la carne.

—Registradla —ordenó Ardac—. Ella tiene el broche.

¿Cómo podían saber lo del broche? Solo los miembros del claustro sabían que el amuleto Breastpin estaba oculto en un estuche de broches. Antes había sospechado que alguien del claustro la había traicionado. Ahora estaba segura.

Los guerreros de Farlan le quitaron la ropa pieza por pieza. Su manto. Su faja. Su sobretúnica. Las cortaron en jirones y las tiraron al suelo. Cuando ella se quedó en nada más que su larga subtúnica sin mangas, uno de ellos le pasó insensiblemente la mano por el cuerpo.

—No —dijo—. No lleva joyas.

Ardac frunció las cejas.

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó el hombre—. Si las tenía, Ardac, debe haberse deshecho de ellas antes de que la capturásemos.

Ardac se paseaba inquieto con la mirada en el suelo.

—Si lo ha escondido —murmuró—, podría estar en cualquier parte. —Levantó la cabeza —. Busca en los bolsos del caballo.

Maigrey miraba y rezaba mientras revolvían sus pertenencias, cortándolas y haciéndolas jirones. Uno sacó la faja de cuero en la que había escondido el estuche del broche que contenía su amuleto personal. Se tensó. Murmurando obscenidades, cortó el cuero.

Su rostro se iluminó de repente.

—¡Ardac! —Agitó el estuche del broche en el aire. Los hombres se cerraron a su alrededor. Ardac desenvainó su daga mientras cogía la joya que el hombre le tendía. Con el ceño fruncido por la concentración, movió la punta de la hoja alrededor del borde del gran medallón. De repente sonrió y luego se echó a reír.

Čait se esforzó por ocultar su satisfacción. Quizá los dioses la estaban bendiciendo hoy.

Ardac ejerció presión y la joya se abrió. El collar de Maigrey, un medallón ovalado de oro con incrustaciones de piedras negras, cayó al suelo. Ardac lo recogió por la cadena de oro. Lo examinó. Luego, satisfecho, lo dejó caer en la bolsa de cuero que llevaba en la cintura. Miró a Maigrey, sonriendo con suficiencia.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Maigrey fingiendo derrota.

—Lord Farlan tiene un amigo en el claustro que nos cuenta todo lo que ocurre allí. —Ahora Maigrey sabía cómo la había engañado Farlan. El traidor del claustro le había informado de la ruptura de su compromiso, su posterior ataque de ira y su grito de venganza. Los dos habían utilizado este humillante suceso para sus propios fines.

—El informador nos dijo qué camino recorrías —continuó Ardac—, y qué debíamos buscar cuando te capturásemos.

Ardac se acercó más a ella. Recorrió su mirada lasciva sobre su cuerpo, empezando por los

pies y subiendo lentamente. Maigrey enderezó la espalda y lo miró con fijeza a su feo rostro.

—Eres hermosa. Sí, incluso con tus ropas hechas jirones, eres una mujer hermosa. —Sus labios se curvaron en una sonrisa fea y burlona—. Es fácil ver por qué el Alto Consejo creyó tan rápidamente que los hombres habían trocado sus almas por ti, habrían matado y destruido un reino por ti.

Agarrándola del brazo, Ardac la acercó de un tirón y ahuecó uno de sus pechos en la mano. Maigrey le escupió en la cara. Él la abofeteó, el golpe sacudió su cabeza con tanta fuerza que su cuello crujió. El dolor sacudió su cuerpo. Ella cayó al suelo.

—Farlan nos ha advertido de que tu alma es oscura. También lo es tu magia —bramó—, si no, mis hombres y yo nos llevaríamos tu cuerpo, traidora.

Se agachó, la agarró por el pelo y la puso en pie de un tirón. Casi se desmaya del dolor. La cañada giró a su alrededor. La arrastró por el suelo hacia un árbol caído. Ramitas y rocas afiladas se clavaron en su carne, rasgándole la túnica. Murmurando improperios, la empujó boca abajo sobre el áspero tronco. Unas astillas le pincharon la mejilla; gritó.

—Te enseñaré a tener respeto por los hombres del rey, puta.

Por encima de su cabeza oyó el quejido de la hoja de un hacha. El miedo golpeó su corazón. ¡Iban a decapitarla!

El hacha repiqueteó contra el tronco del árbol. Le pareció sentir el frío metal atravesándole el cuello, ¡pero seguía viva! Su cuerpo se convulsionó. Los hombres de Farlan se rieron. Se estaban burlando de ella. Oyó un golpe delante de ella y vio cómo su trenza de color rojizo caía al suelo.

—Conseguiremos un buen precio por esto —observó Ardac.

¡Le habían cortado el pelo! Maigrey entrecerró los ojos para contener las lágrimas calientes. Respiró hondo. ¡Le habían cortado el pelo! El pelo rapado era un signo público de vergüenza y deshonra. Los hombres de Farlan la habían despojado de su integridad. Sintió que se le escapaba el control. Por dentro temblaba. Las lágrimas amenazaban con salir.

Aun así, no se dejaría llevar por la histeria. No lo haría.

—Es grueso y largo —continuó Ardac—. Hará de una mujer una buena peluca. Estará dispuesta a trocar cualquier cosa por tenerla.

El viento otoñal aullaba lúgubre a través del bosque. Las hojas revoloteaban en el suelo, aterrizando a los pies de Maigrey para formar una alfombra roja, dorada y amarilla. Su pelo corto se arremolinaba sobre su rostro y su túnica abrazaba su cuerpo.

De nuevo, el verdugo blandió su hacha. Ella la oyó cortar el aire. Una vez. Su corazón latió, errático. Dos veces. Todo su cuerpo estaba cubierto de sudor.

—¡Alto! —La voz masculina incorpórea, profunda y autoritaria, procedía de muy lejos, a la derecha, en el borde del claro.

Momentáneamente, la esperanza hizo a un lado el miedo de Maigrey. Se puso rígida y miró hacia el bosque, aún envuelto en la niebla de primera hora de la mañana. El sol había comenzado su ascenso y los rayos de luz atravesaban la bruma, tiñéndola de un blanco plateado. Tal vez los dioses habían venido a rescatarla y los árboles eran guerreros.

Ardac maldijo y bajó los brazos. Ella vio el destello de la hoja del hacha. Oyó el silbido y sintió el roce ardiente del metal volador cuando rasgó el tronco del árbol y se clavó en la tierra a centímetros de su cara.

Congelada por el miedo, Maigrey no se movió. No respiraba. No sabía si su corazón seguía latiendo. Sintió que sus pulmones iban a estallar. El aire invadió su pecho de forma dolorosa. Con un jadeo, se marchitó en el suelo.

—¿Quién va ahí? —llamó Ardac.

Los hombres de Farlan, preparados para luchar, apretaron las manos en las empuñaduras de sus espadas y hachas de combate. El sudor bañaba sus rostros. Sus ojos se pusieron en blanco mientras buscaban la fuente de la voz que estaba al mando.

—¿Quién va ahí? —Ardac alzó la voz para llamar por segunda vez.

—Stefan Vaderfjord.

El hombre del norte tomó forma entre la niebla.

Estaba de pie en el linde del bosque, muy parecido a la primera vez que Maigrey lo había visto, solo que ahora llevaba un casco esmaltado en negro y plata. Su visera y su nasal, que protegían sus ojos y su nariz, disimulaban sus rasgos y le daban un aspecto siniestro. El viento agitaba mechones de pelo negro como el cuervo contra sus hombros y sobre su expuesta parte inferior del rostro. Cuando el manto se abrió, Maigrey vio que iba vestido con ropas oscuras y que llevaba su cota de malla plateada. También la daga y la espada atadas a la cintura.

—¿Quién eres? —preguntó Ardac.

—Un forastero.

Stefan y sus guerreros habían llegado a tiempo de oír al hombre acusar a Maigrey de puta y traidora, de ver cómo le cortaban el pelo. Con tristeza, él miró la larga y gruesa trenza que yacía en el suelo y luego la miró a ella para ver el pelo corto, de color rojizo, que volaba alrededor de su cara. Ella lo miró con ojos enternecedores, transmitiéndole su pena y vergüenza.

Stefan miró al hombre que sostenía el hacha.

—¿Quién eres, verdugo?

—Ardac. Sirvo al rey Farlan de Thornsgate. ¿Por qué has venido a nuestro reino, forastero?

Siempre un hombre cauteloso, al que se le había enseñado a mantener su propio consejo, Stefan dijo:

—Solo estoy de paso. Me dirijo al norte de Escocia.

—Viaja en paz. No le haremos ningún daño.

Los ojos de Ardac se entrecerraron y se pasó un dedo por la cicatriz de la mejilla.

—Si continúa por este camino, sire, existe la posibilidad de que sea atacado por bandidos fronterizos. —Stefan fijó su mirada en Maigrey. Ella le había mentido sobre quién era y sobre cómo viajar con seguridad al norte de Escocia.

Hay otra ruta por la que puedes viajar, sire.

—Es un poco más larga, pero es más segura y fácil de recorrer y le llevará a su destino

más rápidamente.

—¿Está esta ruta claramente marcada para que un viajero pueda recorrerla? —preguntó.

—Sí, bastante, sobre todo si sabes qué señales buscar.

Mientras el guerrero describía los puntos de referencia, Stefan escuchó con atención. En cuanto Ardac hubo terminado, Stefan los recitó para asegurarse de que los había memorizado correctamente.

Después de que Ardac asintiera, Stefan dijo:

—Ya que la mujer no te sirve de nada, haré un trueque por ella.

Boquiabierta, Maigrey se quedó mirándolo. También asombrados, los hombres de Farlan se miraron unos a otros.

—No, no podemos —dijo Ardac.

—¿Por qué? Queréis decapitarla, ¿no es así?

—Este asunto no te concierne, forastero —dijo Ardac—. Márchate.

Stefan no se movió.

Ardac apoyó su hacha contra el tronco del árbol y desenvainó su espada, luego se alejó.

—Te he dado permiso para viajar por nuestro reino en paz. Ahora, vete antes de que cambie de opinión y te decapite.

—No —dijo Stefan—. No tomarás mi cabeza. No soy tan fácil de derrotar como una mujer indefensa. —Levantó su mano enguantada, y diez lobos, como si apariciones, se materializaron desde el brumoso bosque y rodearon a los hombres de Farlan.

—UIf —ordenó Stefan, y el lobo salió del bosque y saltó hacia Ardac. El animal enseñó unos dientes afilados y peligrosos y gruñó por lo bajo.

—Podría matarlo de un solo golpe —se jactó Ardac.

—Inténtelo.

Ardac se pasó un brazo por la frente. Empezó a retroceder. Gruñendo más fuerte, el lobo se agazapó, listo para saltar. Como congelado, el guerrero se detuvo.

—Ahora, verdugo, ¿hacemos un trueque? —dijo Stefan—. Como ya le he dicho, soy un transeúnte por aquí y no deseo demorarme más de lo debido. Tampoco deseo terminar nuestra discusión con una batalla. —Stefan hizo una pausa—. Como puedes ver, mis hombres y yo os superamos fácilmente en número, y la victoria sería nuestra. La mujer sería mía. —De nuevo hizo una pausa para dejar que Ardac reflexionara sobre sus palabras—. Pero luchar no nos conviene. Así que estoy dispuesto a resolver nuestras diferencias con una buena cantidad de oro y plata.

Por el rabillo del ojo, Stefan vigilaba a Maigrey, que estaba apoyando el hombro contra el tronco del árbol y empujando para ponerse en pie. Confiaba más en ella que en el guerrero que tenía delante.

—Sire —apuntó Ardac—, la aldea del rey está a solo unas horas de viaje desde aquí. Allí puede conseguir todo tipo de mujeres.

—No quiero todo tipo de mujeres —replicó Stefan—. Quiero a esta mujer. —Sí, la deseaba. Ella le intrigaba como ninguna otra lo había hecho nunca. Había soñado con ella durante las dos últimas noches. Su sonrisa, sus ojos de oro leonado, su risa, todo en ella lo obsesionaba. Él debería haberla tomado cuando se conocieron. Una vez que se hubiera saciado de su encantador cuerpo, se libraría de ella.

No solo ardía de lujuria por ella, también ardía de ira. Ella lo había engañado. Le había mentido sobre el camino, diciéndole que no estaba bien señalizado. De forma deliberada le había indicado que tomara la ruta más peligrosa para él y sus hombres.

—Sire —farfulló Ardac—, la mujer es malvada, su alma oscura. Su prostitución y perfidia han traído una maldición a nuestra tierra.

—Su prostitución y perfidia —dijo Stefan en voz baja, conformando así la opinión que tenía sobre ella.

—No, sire —gritó Maigrey.

—Sí —respondió Ardac—. Ella conspiró con los asaltantes marítimos de Northland para que mataran al rey y a toda su familia. Navegaron hasta el puerto ayer por la mañana y atacaron la aldea del rey. Esta mujer trocó su cuerpo con el jefe de los asaltantes del mar, sire. A cambio, mató al antiguo rey, Ido.

—¿Por qué deseaba ella que mataran al rey? —Stefan se dirigió a Ardac, pero este miró a Maigrey.

—No lo hice —exclamó ella.

Estaba desaliñada, cortada y magullada, y su masa de cabello encantador estaba rapada. Pero se erguía orgullosa, con la espalda recta y los hombros cuadrados.

—Afirman que lo hice porque cuatro estaciones atrás, el rey Ido rompió mi compromiso con un guerrero llamado Brieve.

—Y lo casó con su propia hija —añadió Ardac—. Nuestro nuevo rey Farlan y el Alto Consejo de Thornsgate la han declarado traidora y han puesto una recompensa por su cabeza.

—¿Cuánto?

Stefan sintió la mirada desaprobadora de Einar a su espalda, pero no se volvió para mirar a su amigo. También se alegró de que su padre no estuviera aquí. Ayer Lang había insistido en que se dividiesen en dos grupos para espiar el terreno. No confiaba en la información que Maigrey y sus amigos les habían dado. Quería buscar mejores senderos por si algo salía mal y tenían que regresar por Thornsgate en vez de por mar. Cuanto mejor conocieran el terreno, más rápida y fácil sería su partida.

—Farlan nos ha prometido una libra de oro —respondió Ardac—. Entonces, os daré dos medidas.

Los hombres de Farlan miraron a Ardac, sus expresiones codiciosas le dieron permiso para el trueque.

—¡Dos libras, Ardac! —recalcó otro de los hombres del rey.

—No puedo —dijo finalmente Ardac—. Lord Farlan me lo ordenó

—¡Ardac! —gritó otro de los hombres, y se dirigió a su líder—. Un momento. Deseo

hablar contigo en privado.

Asintiendo, murmurando entre ellos, los demás se apretaron en un círculo apretado alrededor de su líder.

Mientras esperaba pacientemente, Stefan siguió observando a Maigrey. El casco que llevaba era pesado, caliente e incómodo, pero le permitía observar a la gente sin que se dieran cuenta. Stefan observó cómo Maigrey se acercaba con cautela a su yegua. No podía ver lo que hacía, pero sabía que no tramaba nada bueno.

Ardac salió del círculo y volvió a encararse con Stefan.

—¿Cuál es tu respuesta? —exigió Stefan.

—Tres libras de oro y la tendrás sin luchar. —Stefan no se sorprendió.

—Te estás volviendo codicioso, verdugo.

—El riesgo es grande —replicó Ardac—. Al liberarla, volveremos sin pruebas de su muerte.

—Sí, pero podéis vendérmela por tres libras de oro, volver a robarla más tarde y seguir cobrando vuestra libra por parte de Farlan. Eso, verdugo, te daría cuatro libras en total.

Cuando los guerreros de Ardac empezaron a inquietarse, Stefan supo que había adivinado su plan.

—Piensa lo que quieras, sire —continuó Ardac—. sire exige su cabeza. Como soy el amo de los hombres de Farlan, pongo mi vida en peligro. Quiero más por mi riesgo. Una medida más.

Tensos, todos esperaron la respuesta del forastero.

—La suerte te acompaña hoy, verdugo. Te daré tres medidas de oro.

—De acuerdo, sire. Es tuya.

Ardac se frotó las palmas de las manos.

—La suerte estará en tu contra —advirtió Stefan—, si vuelvo a verte a ti o a tus hombres.

—No, sire —prometió Ardac sacudiendo la cabeza—, no lo haréis. Cuando salgamos de aquí, tenemos la intención de…

Stefan oyó el rumor de las palabras que salían de su boca, pero en ese momento estaba más interesado en lo que Maigrey estaba tramando. Se desplomó, pero cuando volvió a incorporarse, Stefan estaba bastante seguro de que había conseguido sacar uno de sus cuchillos de las alforjas y había cortado las cuerdas. Estaba libre.

Se quedó sentada un momento, mirando a su alrededor. Lo mismo hizo Stefan. Vio el caballo solitario, pertenecía a uno de los guerreros de Farlan, parado cerca de ella. Stefan se acercó a ella, la agarró por el hombro y tiró de ella hacia él. Una daga se deslizó de su mano y cayó con un ruido sordo a sus pies. Maigrey lo miró a la cara.

Hablando en voz baja, le dijo:

—No, señora, no escaparás de mí una segunda vez.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No soy un bien mueble ni una puta por la que puedes hacer trueque.

—Sí que es una puta —gritó Ardac—, si no, no sería una juglar ambulante.

—Miente, sire —dijo Maigrey.

—Tú también, señora —replicó Stefan—. Elijo creer al guerrero ya que tengo necesidad de una puta, no de una dama. Mis lomos están hinchados y necesitan liberarse. No he disfrutado de una mujer en varias lunas. Así que ya ves, una puta vale tres medidas de oro para mí. Una dama no vale nada.

—Sire... —Maigrey dirigió sus hermosos ojos de oro hacia él, y sintió que el deseo le atravesaba el cuerpo. También sintió compasión por ella, pero no iba a permitir que le engañara esa vez tal y como lo había hecho anteayer.

—Por favor, créeme —susurró ella—. Mi padre adoptivo y todos los demás miembros del claustro están en peligro. Un hombre despiadado, que estoy convencida de que es el responsable de la masacre del rey y su familia, se ha colocado en el alto asiento de la autoridad. Estoy en camino... para buscar santuario y ayuda.

—¿Tienes pruebas de esta traición? —preguntó Stefan.

Maigrey miró fijamente a Ardac y luego a Stefan. Abrió la boca como si fuera a hablar, luego la cerró. Finalmente suspiró.

—No

—No, sire, es correcto —añadió Ardac—. La mujer miente y engaña. Farlan es un héroe. Fue el Alto Consejo quien le pidió que fuera el gobernante provisional de Thornsgate.

Stefan miró con solemnidad tanto a Ardac como a Maigrey. No sabía cuál de los dos mentía, o si ambos lo hacían. Y no le importaba. Quería a Maigrey y tenía toda la intención de tenerla.

—La mujer no solo es una mentirosa y una embustera, sire, también es una ladrona —continuó Ardac—. El rey Farlan frustró a los asaltantes del mar en su intento de robar estatuas sagradas del santuario. Él cree que ella ha robado uno de los objetos más sagrados y lo está sacando del reino.

—Sé que no me crees —dijo Maigrey—, pero soy inocente de estos cargos. Por favor, dale a este hombre tres medidas de oro para que me libere.

Stefan contuvo su sonrisa. Maigrey, hija de Morcar era una luchadora, y él la admiraba por ello.

—Entonces, escoltadme hasta Athdara, donde podré refugiarme. Te devolveré las molestias. —Cuando Stefan no respondió, ella añadió—: Te daré seis medidas de oro. Tres para pagarte y tres como premio para ti y tus guerreros.

Ella esperó.

—Mi padre también te dará una generosa recompensa por escoltarme a un lugar seguro en Athdara.

—¿Cuándo recibiría el pago?

—No hasta… —Stefan empezó a reír de forma suave—. Por favor, sire —suplicó Maigrey.

—Maigrey, resultas convincente, pero estoy acostumbrado a las travesuras de las putas. No

tengo intención de darle a este hombre tres libras de oro para que te libere y luego escoltarla hasta Athdara solo para enterarme de que me has mentido. —Bajó la voz y le pasó un dedo índice por el cuello—. Además, te quiero para mí.

Ella se apartó de él de un tirón.

—Preferiría que me cortaran la cabeza antes que servir a tus necesidades carnales.

Él torció un dedo enguantado bajo su barbilla. Suavemente, muy suavemente, dijo:

—Entonces, Maigrey, tal vez pueda servir a las tuyas.

—Entonces, debería cortarte la vara.

—Eres peleona. Eso me gusta. —Sonrió y tocó con el dedo el pulso acelerado de su cuello —. El hombre pide tres medidas de oro. Mucho más de lo que vale cualquier bien mueble. ¿Crees que lo vales?

—Valgo mucho más que eso. —Su voz era ronca—. Tanto, sire, que ni tú ni ningún otro hombre tiene las suficientes monedas para comprarme.

—Entonces, estoy consiguiendo una ganga.

—Podría parecerlo. —Ella le dedicó una sonrisa brillante.

Pero él sabía que estaba asustada. Podía verlo en sus ojos, que se habían vuelto de un profundo tono rojizo.

—Se está metiendo en problemas, sire, mucho más de lo que valen tres medidas. Eso, se lo prometo.

—Me gustan los problemas, Maigrey. —Sin apartar su mirada de la de ella, Stefan gritó en gaélico—: Einar, trae mi baúl de trueque.

Tres guerreros con casco salieron del bosque. Einar encabezaba la marcha; los otros dos llevaban un baúl entre ellos. Cuando estuvieron ante Stefan, se detuvieron.

Volviendo al nórdico, Einar dijo:

—¿Estás seguro de que lo que haces es sensato? Esta mujer ya nos ha retrasado.

Con voz dura, Stefan dijo:

—No me discutas, Einar.

Se miraron fijamente durante un segundo antes de que Einar asintiera y diera un paso atrás. Stefan hizo un gesto a uno de los otros guerreros que estaban de pie junto al tronco. Tras la orden silenciosa, el hombre se arrodilló, desató la tapa y la levantó. Stefan se inclinó y rebuscó en el contenido hasta que encontró un torque plateado con incrustaciones de obsidianas.

Enderezándose, pasó un dedo sobre el diseño.

—Bien —murmuró—. Mi nombre está grabado en él. —La miró—. Llevarás esto. — Maigrey negó con la cabeza y se lamió los labios resecos.

—Tengo mis propias joyas.

—A partir de ahora, solo llevarás lo que yo te permita.

Ella sacudió la cabeza.

—Es una orden, Maigrey, no una petición. A la primera oportunidad, haré que te suelden esto al cuello.

—¡No! —exclamó ella, mirándolo con grandes ojos oscurecidos por el miedo—. No deseo llevar joyas que no pueda quitarme. Ese par con su nombre grabado me marcará como si fuera de su propiedad.

—Esa es la intención, Maigrey.

Capítulo 6

Maigrey miró fijamente el torque de plata que la encadenaría a Stefan Vaderfjord. Los hombres de Farlan la habían deshonrado esquilándole el pelo. El caudillo de las Tierras del Norte la esclavizaría. Había escapado de un castigo solo para verse envuelta en otro peor.

—¿Quieres que lo suelden al cuello de la mujer ahora? — preguntó Einar

—No, esperaremos hasta que nos detengamos a pasar la noche —respondió Stefan—. Cuenta el oro del hombre.

Perdida en sus propios pensamientos, Maigrey observó cómo Einar preparaba la balanza. Le había pedido a Stefan que la llevara a Athdara en vez de al norte de Escocia porque no confiaba en él ni en los hombres de Farlan. Si escapaba, rezaba para que Ardac informara de que ella había pedido ir a Athdara. Tal vez Farlan y el sacerdote traidor supondrían que era allí donde Morcar acabaría contactando con ella.

Einar seleccionó piezas de joyería y vajilla de oro y las apiló sobre la balanza. Ardac y sus guerreros, que miraban las riquezas con avidez, se acercaron. Una libra. Einar la vació en una gran bolsa de cuero. Dos. Tres. La bolsa abultó. El norteño la ató, se levantó y se volvió hacia Stefan.

—Tus tres medidas —anunció Stefan—. Cógelo y vete.

Dos de los hombres de Farlan llevaban la bolsa entre ellos. Mientras la sujetaban a uno de sus caballos, los dos guerreros de las Tierras del Norte que habían llevado el baúl a Stefan lo cerraron y aseguraron las correas. Se pusieron de pie y se acercaron al lado de Stefan.

Bajo la mirada de los vigilantes norteños, Ardac y sus hombres montaron en sus caballos y cabalgaron por el claro hacia el borde más alejado del bosque. Cuando llegaron a un afloramiento de rocas, Ardac detuvo a los hombres, se volvió y miró hacia atrás.

La mañana había llegado por completo y la luz dorada del sol había disipado la niebla de modo que Maigrey podía verlos bien. Ardac miró hacia delante, hizo un gesto y los hombres comenzaron a cabalgar de nuevo. Pronto fueron meras sombras oscuras que se alejaban cada vez más. Doblaron una ladera y desaparecieron. Estaba sola con Stefan y sus guerreros.

—No hemos visto lo último de ellos —predijo Einar.

—No —convino Stefan—. Son unos avariciosos.

El viento cobró fuerza y se arremolinó fríamente alrededor de Maigrey. Empezó a temblar tanto de frío como de miedo. Se abrazó a sí misma con fuerza. Stefan se desabrochó el broche del hombro, se quitó el manto y se lo echó por encima. Ella agradeció su calor y se alegró de que sus manos ahuecaran sus hombros. Aun así, temblaba.

Como si fuera una niña, Stefan le acercó el manto a los hombros y la estrechó contra sí durante largo rato. Parecía darle su calor y su fuerza. Cuando ya no temblaba, cuando sintió que el deseo empezaba a fluir a través de ella, deslizó las manos por su pecho y lo apartó.

Él la mantuvo encerrada contra la parte inferior de su cuerpo, aunque echó hacia atrás su cabeza. Ella miró entre las rendijas metálicas de su casco a sus ojos oscuros y fatuos. Quería quitarse el casco de un tirón, verle la cara, sentir la textura de su piel, conocer los ángulos y planos que componían su semblante. Sus ojos parecieron oscurecerse y ella sintió que su cuerpo se endurecía. Durante un momento más lo contempló, luego, incapaz de asimilar las emociones que fluían por ella y que intuía que también fluían por él, bajó la cabeza. Este guerrero oscuro la asustaba, pero no como los hombres de Farlan la habían asustado. Ellos podían quitarle la vida. Este hombre se llevaría su cuerpo. Ella lo sabía y lo aceptaba, pero también intuía que eso no le satisfaría y le arrebataría el alma. Consideraría que eso también le pertenecía. Temía que no la soltara hasta que hubiera destruido aquello que la convertía en Maigrey, hija de Morcar.

Como había hecho Stefan hacía unos instantes, le metió un dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza.

—¿Te duele la cara?

Al principio, Maigrey no comprendió a qué se refería. Luego, recordó. Los arañazos. Sacudió la cabeza.

Él apartó la mano de su barbilla y le tocó la mejilla con un dedo suave.

—No son profundos y no dejarán cicatriz.

—No. —Maigrey desvió la mirada y vio su daga tirada en el suelo, donde había caído cuando Stefan se la arrebató. Ojalá.

Stefan acercó su bota a la empuñadura del cuchillo. Miró hacia abajo para ver la hoja plateada que se extendía desde debajo de su pie. Volvió a mirar a Maigrey.

—No hagas ninguna tontería, señora.

—No sabes lo que pensaba hacer.

—Sí, lo sé. —Con suavidad, llamó al lobo—. Aquí, Ulf. Siéntate.

El lobo trotó hasta el lado de Maigrey, haciéndola su prisionera. Hoy estaba demasiado agotada para asustarse de él.

—Puedes impedir que escape —le dijo a Stefan—, pero no puedes impedir que piense en ello.

Tenía que escapar, tenía que recuperar el amuleto Pecherín. Morcar se lo había confiado.

—Yo diría, sire, que os irá mejor si me matáis y acabáis de una vez.

La estudió durante un largo rato antes de suspirar.

—Sí, Maigrey, hija de Morcar, lo más probable es que tengas razón. —Sujetó su manto sobre ella con su broche y luego capturó sus manos entre las suyas—. Pero te deseo a pesar de todas tus advertencias. Me aseguraré de que no escapes.

La respiración de Maigrey se alojó en su pecho cuando él entrelazó sus dedos entre los de ella. El apretón era cálido y firme y totalmente posesivo. Confundida por estos nuevos

sentimientos, asustada por el giro de los acontecimientos, Maigrey apartó la mano del apretón de Stefan.

Él no intentó volver a abrazarla, sino que la miró pensativo. Se tocó la barbilla con los dedos. Parecía desconcertado, extendió la mano y miró las manchas oscuras de su guante. Cogió la mano de Maigrey y la levantó.

Con voz extrañamente suave, dijo:

—Estás sangrando.

Maigrey miró cohibida las ronchas rojas y los cortes de sus muñecas. Antes de que ella supiera lo que estaba pasando, él hizo un gesto y gritó:

—Veld, trae la bolsa del galeno.

—No necesito un galeno. —Incómoda con su amabilidad, Maigrey habló más brusco de lo que pretendía—. Los cortes no son profundos. Además, tengo conocimientos de hierbas.

Mientras hablaba, diez de los guerreros de Stefan guiaron a sus caballos hacia el claro.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Maigrey.

—Con mi padre —respondió—. Decidimos viajar en dos grupos para poder estudiar la tierra.

—No confiabas en mí —dijo ella.

—Yo sí, pero mi padre no —respondió Stefan, mirándola—. Y parece que él mostró mejor juicio que yo. Me mentiste

—No, sire, no te mentí de forma descarada. —Sus ojos se entrecerraron—. Tenía miedo de ti y de tus hombres, y os indiqué la ruta más alejada del claustro. Estaba protegiendo mi hogar, sire, lo mismo que habrías hecho tú de haber sido yo.

Para entonces, la mayoría de los guerreros de Stefan se habían dispersado en pequeños grupos, hablando en voz baja... y observando. Uno, tras una correa de cuero sobre su cabeza, se acercó a Stefan y le entregó la bolsa.

—Siéntate —ordenó Stefan a Maigrey. Se quitó los guantes y se los metió en la faja.

Cuando ella no obedeció de inmediato, Stefan asintió a Einar. Agarró a Maigrey por los hombros y la guio con firmeza hasta el suelo. Stefan se arrodilló junto a ella.

Tomó su mano entre las suyas y palpó la carne hinchada alrededor de las quemaduras de la cuerda. Por primera vez, ella vio sus dedos sin guantes. Las manos de Stefan estaban limpias, con las uñas cortas. Ella palpó los callos en la base de sus dedos; sintió su fuerza templada con una delicadeza inesperada.

Conmovida por la preocupación de Stefan, Maigrey le dijo:

—Las quemaduras no son graves.

—Ahora no —dijo él—, pero si se infectan, podrían serlo.

—Lo peor que puede salir de esto son unas cuantas cicatrices.

—Sí —dijo Stefan—, y no quiero eso.

—Es muy amable por tu parte, sire.

—No es amabilidad, señora. —Levantó la vista mientras se quitaba el casco y se pasaba una mano por el pelo—. Practicidad. Valoro mi propiedad y la cuido.

Durante un breve instante, Maigrey lo miró a los ojos. Luego, él volvió a bajar la cabeza y ella se quedó mirando el espeso pelo color cuervo.

—Fue una tontería por tu parte dejar que los hombres de Farlan vieran cuánta riqueza llevas contigo —aconsejó ella.

—Tal vez.

—No tenían intención de decapitarme. Estaban jugando conmigo, divirtiéndose.

La luz del sol acarició su pelo hasta darle un brillo negro azulado. Mechones soplaron contra el brazo de Maigrey, la oscuridad un contraste con su piel clara. Quería tocarle el pelo, extender los dedos y dejar que las sedosas hebras se deslizaran por él. En un esfuerzo por resistir la tentación, juntó las manos en su regazo.

—Ardac y sus hombres habrían regresado tanto si hubieran visto el baúl del tesoro lleno como si no. Son hombres codiciosos y embusteros —dijo Stefan mientras le tendía un pequeño cuenco, cuyo interior estaba forrado para tomar medidas—. La única otra forma de conseguirlo era luchar. Eso habría puesto en peligro a mis hombres.

Dispuso más cuencos, junto con cucharas y viales, ante él.

—Cuando hay que repartir el botín, todos asumimos el riesgo —continuó—, pero, por el momento, te quiero para mí. Prescindir de un poco de oro me pareció la forma más práctica y expeditiva de zanjar el asunto.

Sacó tapones de varios frascos, los colocó en fila y midió meticulosamente pequeñas cantidades de polvos y líquidos en el recipiente.

—Dudo que pienses lo mismo cuando vuelvas a encontrarte con ellos. Esta vez tenías ventaja. La próxima vez la tendrán ellos.

Se rio.

—Incluso si ese grupo pusiera toda su materia pensante en una sola cabeza, aún les faltaría mucho para alcanzarme. —Volvió a tapar uno de los flagelos—. El tiempo está de nuestro lado, mujer. En estos momentos, son muy pocos como para arriesgarse a atacarnos y tienen la carga extra de su botín mal ganado. Así que no te preocupe.

—Ardac mintió sobre mí.

—Eso dices tú. —Me tendió un cuenco—. Veld, vierte agua hasta la primera línea.

La mirada de Maigrey se dirigió a las manos de Stefan. Eran hermosas, admitió a regañadientes. Sus largos dedos eran hábiles e inteligentes. Se quedó mirando el anillo de plata de su dedo meñique, pero la posición de su mano le impidió distinguir el diseño. Cogió el cuenco de Veld y removió la mezcla hasta hacer una pasta suave.

Abriendo otro frasco, sumergió una caña en él. Colocando el pulgar sobre el extremo, retiró la caña y la sostuvo sobre el cuenco de la mezcla. Levantando con cuidado el pulgar, empezó a dosificar gotas en la pasta.

—¿Por qué estás…?

—¡Silencio, mujer!

Maigrey se estremeció ante la dureza de su voz. Einar se puso en cuclillas junto a ella e inclinó la cabeza para acercarse.

—Es una mezcla difícil —explicó con suavidad—. Si se maneja de forma adecuada, produce curación. Si no, es mortal.

Un escalofrío sacudió a Maigrey.

—¿Qué es?

—La llamamos la raíz de la risa —respondió Einar. Maigrey retrocedió alarmada.

—La sonrisa de la muerte.

—Sí —confirmó Einar.

—Ha oído hablar de ella. —Maigrey asintió y tragó saliva, esperando desalojar el miedo que se le anudaba en la garganta—. Se dice que los que la toman mueren rápidamente con una sonrisa en la cara.

—Pero no tengo ningún deseo de matarte —dijo Stefan—. Estoy preparando un ungüento que acelerará la curación de tus heridas. —Sonrió, una sonrisa plena y profunda que tocó su rostro y se posó en sus ojos—. Tengo mejores planes para ti, señora, que una pira funeraria. Quiero que ardas, pero solo por mí.

Maigrey ya ardía. Todo su cuerpo se sentía inflamado, y Stefan solo le había dirigido palabras de piedad. ¿Qué pasaría cuando la tocara de verdad? ¿Cuando se aparease con ella?

No tenía ninguna duda de que esta vez Stefan se acostaría con ella.

Sin que nadie se lo dijera, ella sabía que él sería tan gentil en el apareamiento como lo era en la medicina.

Intuyó que no sería por la ternura que sentía por ella, sino por el orgullo de poseerla.

Y ella era su posesión. Había pagado tres libras de oro por ella. Stefan dejó la caña a un lado, volvió a tapar el frasco y lo guardó en la bolsa de cuero. Sacó un gran trozo de tela blanca que rozó el brazo de Maigrey. El material, suave y transparente, la acarició. Con unas tijeras, Stefan cortó varias tiras largas.

—¿Por qué haces tú esto en lugar de tu galeno? —preguntó Maigrey.

—Yo soy el galeno.

Los ojos de Maigrey se dirigieron a la espada y la daga de su cintura.

—Sí, también soy un guerrero —explicó—. Extiende los brazos.

Ella lo hizo y él aplicó con suavidad el ungüento a sus cortes.

—Es un ungüento feo —refunfuñó—, y apesta, pero produce una curación rápida. —Le envolvió los brazos con las tiras de tela y se las ató.

—Nunca he visto a un galeno varón —musitó Maigrey—, pero eres realmente bueno, sire.

Stefan rio.

—Pronto, Maigrey, sabrás que atiendo otras... e... necesidades con la misma destreza.

Las mejillas de Maigrey se encendieron.

Stefan se apartó de ella y empezó a rebuscar de nuevo en su bolsa.

—Sire —llamó ella mientras él abría una pequeña bolsa y extraía una raíz—, creo que quizá seas un hombre demasiado gentil para ser un buen guerrero. Tal vez deberías ser sacerdote y galeno.

Los sonidos apagados de los guerreros hablando cesaron y Maigrey sintió que toda su atención se centraba en ella.

Con voz fría, desprovista de toda emoción, Stefan dijo:

— Maigrey, por segunda y última vez, te recuerdo que no soy ni amable ni gentil. Hago lo que sea necesario para lograr mis objetivos. Nunca cometas el error de pensar que soy menos guerrero por ser galeno. Aprendí el arte de la medicina para poder cuidar de mis hombres. Enfermos o sufriendo, no me sirven ni a mí ni a nadie.

Sí, pensó, debería haberlo sabido. Solo se preocupaba de sí mismo. No querría cargar con guerreros enfermos.

Con una destreza que ella rara vez había visto, desenvainó su daga y la sostuvo en la misma mano que hacía solo unos momentos había mezclado polvos y tratado cortes. Sin embargo, su mano había cambiado sutilmente. Ya no era la mano del galeno; era la del guerrero. Ya no era para confiar en ella, sino para temerla. Cortó un trozo de la raíz y se lo entregó.

—Mastica esto y traga el jugo —le ordenó—. Te hará sentir menos dolor.

Maigrey se apartó de él con un gesto de dolor.

—Puedo prescindir de las hierbas.

—¡Mastícalo!

—¡No!

Stefan le agarró la cara con una mano y la obligó a abrir la boca. Aunque su mano le presionaba las mejillas, no le aplastó la carne contra los dientes. Le metió la raíz en la boca y la mantuvo junto con su nariz cerrada hasta que ella hubo masticado y tragado todo el jugo que él consideró necesario. La soltó. Jadeando, ella escupió la raíz pulverizada.

—¿Tienes alguna otra ropa? —le preguntó.

—Está esparcida por ahí, junto a mi querida yegua.

—Veld, trae la ropa de Maigrey.

—Me llaman Lady Maigrey.

—A mí también me llaman muchas cosas. Algunas son ciertas, la mayoría no. —La ira hervía en el interior de Maigrey. Tras levantarse, Stefan le tendió la mano. Ella la apartó de un manotazo y se levantó sin su ayuda. Veld regresó con la mochila. Las pocas piezas de su ropa que no habían sido destrozadas las metió en su bolso. Stefan cogió el monedero de cuero, lo abrió de un tirón y estudió las dagas de plata que allí estaban dispuestas con precisión.

—Veinte —dijo ella en respuesta a su pregunta no formulada.

—Ahora solo diecinueve.

—Sí —murmuró ella.

Einar y Veld se acercaron para ver.

—¿De verdad puedes usarlos? —preguntó Veld.

—Sí, es una maestra de la espada —respondió Stefan—. Supongo que como juglar, consideras necesario protegerse.

—Como mujer, debo saber cómo protegerme —replicó Maigrey.

Stefan cerró la solapa de la bolsa y la volvió a abrocharla.

—Einar, tira esto.

—¡No! —gritó Maigrey—. Mi bolso no.

De todas sus posesiones, el bolso era la que más valoraba. Lo poseía desde que era una muchacha de ocho inviernos. Fue el último regalo que su madre le había hecho antes de que unos bandidos atacaran su granja. Mataron a los padres de Maigrey y a todos los animales; quemaron las cosechas y los edificios. También habrían matado a Maigrey y a su primo pequeño, Rob, si no hubieran salido de caza.

—No creo que sea prudente dejar que tengas acceso a sus dagas. Recuerda que te hemos visto demostrar tu destreza.

—No hablo de mis dagas —dijo Maigrey—. Mi monedero. No lo tire, sire. Por favor. Mi madre lo hizo para mí. Es el último regalo que me hizo antes de que unos bandidos la mataran a ella y a mi padre.

Stefan guardó silencio durante un largo rato. Finalmente dijo:

—Ponlo con el resto de sus pertenencias, Einar, pero mantenlo fuera de su alcance.

—Sí. —Einar se colgó el bolso del hombro.

Stefan rebuscó en la cartera y sacó varias prendas de ropa. Colgándoselas del brazo, le quitó el manto de los hombros y se lo entregó a Veld. Luego, levantó la sobretúnica de Maigrey. Con movimientos eficientes, lo puso del revés y se lo deslizó por la cabeza... como si lo hubiera hecho muchas veces antes.

—Puedo vestirme sola —espetó Maigrey, disgustada con la idea de que probablemente él había vestido y desvestido a muchas mujeres a lo largo de su vida. Unos treinta inviernos, supuso.

—Puede — respondió Stefan—, pero sería un poco doloroso.

Le ajustó la faja a la cintura. El roce de sus dedos, incluso a través de dos capas de tela, envió una oleada de calor por todo su cuerpo, recordándole que era un hombre que despertaba su deseo tanto como su ira y frustración.

—He sufrido cosas peores que esta —murmuró Maigrey, aunque no estaba segura de cuándo.

—Sin duda. —Cogiendo su manto de Veld, Stefan se lo echó sobre los hombros—. ¿Dónde está tu broche?

—Yo... ellos —Maigrey se había olvidado del broche de su manto—. Se lo llevaron cuando... me quitaron la ropa mientras... me registraban. —Para sorpresa de Maigrey, Stefan,

Einar y Veld se rieron.

—Es la primera vez que oigo que lo llaman registro —bromeó Einar.

—Fue búsqueda —espetó Maigrey—. Una búsqueda brutal. No tenían ningún interés en mi cuerpo cuando me arrancaron la ropa. Buscaban por encima de todo que hubiera traicionado la confianza de Morcar y sus votos a los dioses de la Piedra del Refugio.

—Uno de los objetos sagrados del santuario —terminó Stefan.

—Sí. —Uno de los más sagrados.

—Einar —pidió Stefan—, alcánzame un broche del baúl. —Mientras el guerrero se alejaba, Maigrey se sumió en la silencia, contemplando cómo podría alejarse del norteño y recuperar su carga sagrada.

Einar regresó junto a Stefan con el broche.

—No tiene caballo. Nos va a retrasar, Stefan.

—Un poco.

¡Nos retrasará! ¡Sin caballo! Pero Maigrey sabía dónde encontrar uno para montar y otros repletos de provisiones. Sabiendo que otras Dagas de Plata escaparían del claustro si podían, había dado instrucciones a Dacy para que trajera sus mochilas con sus armas. Y tal vez hubiera una forma de que ella pudiera volver al peñasco de la lanza para recuperar el broche sagrado.

—Sire —dijo Maigrey—, sé dónde puedo conseguir un caballo. El amigo que me ayudó a escapar escondió allí caballos de monta y de carga con provisiones por si otros en el claustro los necesitaban.

Ambos hombres se giraron en su dirección.

—No está lejos, sire. —Maigrey ya había decidido dar media vuelta para conseguir primero el amuleto—. Y el lugar está aislado. Nadie va allí porque está cerca del Árbol de la Bruja, un viejo espino negro que se supone que está maldito.

Stefan hizo un gesto con la mano y sus guerreros se levantaron, Veld condujo un enorme semental gris plateado hasta Stefan.

—¿Por dónde? —preguntó Stefan.

Maigrey señaló en la dirección en la que habían cabalgado los hombres del rey.

—¡Por los dioses, Stefan! —estalló Einar—. La mujer te mintió sobre el camino que debíamos tomar. Podría estar mintiendo otra vez.

Stefan se volvió hacia Maigrey.

—¿Es esta otra de tus mentiras, Maigrey?

Maigrey negó con la cabeza.

—No hay razón para que mienta, sire. Quiero un caballo para montar, ya que no me gusta caminar ni correr junto a ti y sus guerreros. —Pensó que las comisuras de la boca de Stefan se crisparon, pero no podía estar segura.

—Que así sea —anunció él.

—Sabes tan bien como yo que esos guerreros tienen la intención de dar la vuelta y

atacarnos —exclamó Einar—. Siguiéndolos, les estaremos dando venta. ¿Y qué va a pensar Lang? Prometimos que nos reuniríamos con él al anochecer.

—Sí, Einar, me estás diciendo cosas que ya sé, pero he tomado una decisión —sentenció Stefan, mirando a su jefe y mejor amigo directamente a los ojos—. Si tú o cualquiera de los otros hombres no deseáis cabalgar conmigo, podéis marcharos.

—No, Stefan —respondió Einar en voz baja—. Cabalgaré contigo hasta la muerte. — Stefan asintió seco. Con otro movimiento, le indicó a sus hombres que montasen. Luego, lo hizo él.

—Ayúdala a subir —ordenó.

Einar la cogió por la cintura y la izó.

—Adelante —ordenó Stefan—. Puedo manejarla mejor aquí.

A Maigrey no le gustaba estar tan pegada a su fuerza cálida y dura. Un brazo le rodeó la cintura y él tiró de ella aún más cerca. Se sentía unida a él.

—UIf —ordenó Stefan.

El lobo se movió para colocarse junto al semental.

—Norteños —gritó Stefan cuando todos estuvieron montados—, he reclamado a la mujer como mía. Ella traerá problemas, sin duda. Las mujeres siempre lo hacen. ¿Deseáis seguir cabalgando conmigo?

—¿Hay más botín por los problemas? —preguntó uno.

—No. Cuando haya encontrado la dote de ruptura que el caudillo escocés le robó a mi padre, lo repartiré equitativamente entre vosotros. Esa es la única promesa de botín que hago. Si encontramos más, recibiréis vuestras partes por igual. Sabéis que soy un hombre justo.

—¿Y si compartes a la mujer con nosotros? —gritó otro.

Maigrey se puso rígida; se le cortó la respiración. El brazo de Stefan la rodeó con fuerza. Se inclinó más cerca y ella sintió la sólida pared de sus hombros detrás de ella. Su aliento se abanicó contra su cuello. Por extraño que pareciera, parecía estar tranquilizándola.

—No, ella es mía —respondió.

—¿Y cuando te canses de ella? —lo presionó.

Stefan se encogió de hombros.

—Una respuesta, norteños. ¿Cabalgamos juntos?

—¡Sí! —Desenvainando sus espadas, las entrechocaron entre ellos demostrando conformidad.

—Condúcenos al lugar donde se esconden los caballos, Maigrey. —instruyó Stefan.

Con Stefan al frente y Maigrey guiando, los hombres del norte salieron del bosque de las tierras altas por el sendero de la montaña. Tras una hora recorriendo una ruta estrecha y tortuosa, llegaron al lugar donde Maigrey había escondido el amuleto.

Durante el trayecto estuvo callada mientras ideaba una especie de plan. Les contaría la verdad, toda la que pudiera. La roca en forma de lanza era uno de los puntos de referencia donde

los druidas viajeros se dejaban mensajes unos a otros. Aquí es donde Dacy dejaría sus instrucciones para encontrar a los caballos. Mientras fingía buscar una señal, sacaba el amuleto sagrado.

—Debemos detenernos aquí, sire —pidió. —Busco una señal. —Sintió que Stefan se tensaba y vio que Einar le lanzaba una mirada.

—¿Qué clase de señal? —preguntó Stefan.

No la creía. Como no quería mentirle, pero también temía decirle la verdad, Maigrey se quedó sentada. UIf trotó hasta la base de la roca y empezó a olisquear. Al poco rato, empezó a rascarse.

—Maigrey, estoy esperando —dijo Stefan, claramente impaciente.

—Es un montón de rocas —respondió ella.

—Dile a mi hombre lo que tiene que buscar, y él te describirá lo que encuentre, y tú podrás interpretar el mensaje —dijo Stefan, y añadió—: Einar, desmonta y sigue sus instrucciones.

—No —dijo Maigrey, antes de que Einar se moviera.

Un silencio como Maigrey nunca había experimentado descendió sobre ellos.

—Sire —expuso Maigrey—, sé a dónde ha llevado Dacy a los caballos, pero…

—¡No hay ninguna señal! —exclamó Einar con enfado.

—¿Lo hay, Maigrey? —Stefan habló con una voz peligrosamente suave.

—Sí. Es una que dejé cuando escondí mi talismán aquí. No quería que los hombres de Farlan me lo robaran. Está bendecido, sire, y me lo dio…

—Tu madre antes de que fuese asesinada por bandidos —terminó Stefan enfadado para ella.

—No, por mi padre adoptivo.

Los guerreros de Stefan, haciendo retumbar su descontento, se miraron unos a otros.

—Stefan, esta mujer ha puesto en peligro la misión y la vida de todos nosotros —dijo Einar.

—Sí —coincidió uno de los guerreros—. Deshagámonos de ella. —Maigrey sintió el pecho de Stefan subir y bajar contra ella.

— Maigrey, en el futuro, cuando quieras que haga algo, pídemelo. —Ulf trotó de nuevo hacia Stefan y gimoteó.

—¿Me habrías traído aquí si te lo hubiera pedido? —Cuando él no contestó, ella dijo—: Pensé que no. Así que hice lo que tenía que hacer.

El lobo volvió a gimotear. Stefan no le prestó atención. Ulf se encabritó, plantando una pata delantera en el muslo de Stefan, la otra en el de Maigrey. Ella saltó de miedo. Esto era lo más cerca que el lobo había estado nunca de ella.

Luego jadeó y se rio. Colgando de la boca del lobo por la cadena estaba el amuleto Breastpin. Lágrimas de alegría corrieron por sus mejillas.

—El talismán —murmuró Stefan.

La ira de los guerreros se apaciguó cuando vieron el medallón que giraba de la cadena dorada. Todos conocían y comprendían la importancia de los talismanes bendecidos.

Olvidando su miedo al lobo, Maigrey alargó la mano y tiró del medallón de oro. La mirada azul plateada de UIf permaneció en ella durante mucho tiempo antes de que abriera la boca y soltara la cadena. Aun así, no se movió.

—Dale las gracias —ordenó Stefan en voz baja.

Ella se volvió para mirar al norteño como si fuera tonto.

—Recompénsalo —ordenó Stefan.

Ella miró a la bestia plateada que jadeaba en su cara.

—Gracias, lobo.

—No, Maigrey. —Ella oyó la risa en la voz de Stefan—. Frótale la cabeza. —De nuevo, Maigrey se quedó mirando al animal durante un largo rato antes de alargar tentativamente la mano y tocarlo. Aprovechando la atención, Ulf empujó la cabeza contra la palma de su mano y la acarició con el hocico. La mano de Maigrey se deslizó y sus dedos se clavaron en el pelo erizado detrás de sus orejas. Cuando gruñó y torció la cabeza para que le acariciara más, Maigrey dio un tirón hacia atrás y Stefan se rio.

—Abajo, UIf. Ya has tenido suficientes por el momento. —Stefan cogió el amuleto de Maigrey y deslizó la cadena sobre su cabeza—. Maigrey, no te quites esto. No me desviaré de mi camino para conseguirlo por segunda vez.

—Sí, sire. —Maigrey apretó el medallón con fuerza en la mano y miró a la bestia plateada que se sentaba gallardamente junto al semental de Stefan.

—Ahora, Maigrey. —dijo Stefan—, llévanos a los caballos.

Con el corazón más ligero de lo que había estado desde que había escondido el amuleto del claustro, Maigrey se dirigió hacia Hag's Field. Pero una hora más tarde, la compañía de guerreros se detuvo en un terreno vacío.

—Stefan —exclamó Einar—, la mujer te tomó por tonto anteayer y hoy está haciendo lo mismo.

—Mátala —gritó uno de los guerreros. Otros hicieron sonar sus armas.

Maigrey giró sobre el semental, apretándose contra Stefan mientras lo miraba a la cara.

—Sire, no te he engañado. Este es el lugar.

—Ruega que lo sea, Maigrey, o no podré protegerte. —Stefan se deslizó del semental y luego hizo girar a Maigrey hasta el suelo. Ella lo siguió mientras él estudiaba la zona en busca de señales.

Se enderezó.

—No ha habido caballos aquí.

Inquieta, Maigrey miró a su alrededor. Algo debía de haberle pasado a Dacy.

—¿Qué camino habría tomado tu amiga desde el claustro? —preguntó Stefan.

Ella señaló.

—Busquemos allí.

Un gesto de Stefan hizo que varios de los guerreros se abrieran en abanico en la dirección general que ella había indicado. Para ser hombres grandes, caminaban deprisa, con pasos ligeros. Cada vez se alejaban más, apartando arbustos, examinando y buscando.

Stefan se arrodilló.

—Einar. —El jefe se agachó a su lado—. ¿Lo ves? —preguntó Stefan.

—Sí. —Einar se dio la vuelta, escudriñando las plantas y el sendero—. Varios caballos han cabalgado por aquí.

Otro guerrero lo llamó. Él pateó entre la maleza, se arrodilló y se levantó.

—Stefan, he encontrado algo. —Le tendió un trozo de tela verde y amarilla. Stefan se lo cogió.

—¿Reconoces esto, Maigrey? —Ella negó con la cabeza.

—Amarillo y verde —murmuró Stefan, rozando el material entre sus dedos.

—Amarillo y verde —musitó Maigrey—. Son los colores del rey, y Dacy es un hombre del rey.

—Tal vez estemos cabalgando hacia una trampa —gruñó Stefan.

Asustada, Maigrey retrocedió.

—No, Dacy y yo crecimos juntos en el país fronterizo, sire. Los mismos bandidos que mataron a mi familia mataron a la suya. Es un hombre del rey, no a Farlan. No me traicionaría.

—¿Qué es este hombre para ti? —preguntó Stefan—. ¿Has trocado tu cuerpo por su ayuda?

Maigrey sintió el impulso de abofetearle.

—No le di nada por su ayuda. No tuve que hacerlo. Lo hizo porque me quiere como amiga.

Stefan bajó la mano, dejando que el lobo olisqueara la tela. Con la cabeza gacha y el hocico pegado al suelo, el animal inició una minuciosa investigación. Luego se escabulló hacia el bosque.

—Ven, Einar, ha captado el olor. —A los demás, Stefan les dijo—: Esperad aquí, pero estad preparados. No sabemos lo que vamos a encontrarnos. —Los dos hombres del norte corrieron tras el lobo. Maigrey los siguió. Podría haber aprovechado la oportunidad para huir, pero si había alguna posibilidad de que el tejido remanente perteneciera a Dacy o de que Dacy estuviera en apuros, ella tenía que ayudarlo. El lobo se detuvo y giró en círculos. Olfateó el suelo y luego se acercó lentamente a una mata de arbustos. Se sentó junto a ellos. Stefan asintió a Einar. Sin aliento, Maigrey se apresuró. Con las espadas desenvainadas, los norteños se acercaron. Maigrey pisó algo y se detuvo. Miró hacia abajo y vio una pequeña daga. La daga que le había dado a Dacy.

La recogió y luego agarró a Stefan por el hombro. En silencio, le suplicó que la dejara manejar el asunto. Él dio un paso atrás.

Maigrey se acercó a los arbustos.

—Dacy —pronunció—, soy Maigrey.

Se oyó un crujido.

—¿Maigrey?

—Sí.

—¿Por qué no te has ido?

—Los hombres de Farlan me encontraron.

—¿Cómo?

—Alguien en el claustro le dijo a Farlan qué camino usaría para mi escape.

Cogió uno de los miembros rotos y se lo llevó a rastras.

—Quién... quién... —La voz era débil—. ¿Con quién estás?

—Los guerreros que me salvaron —respondió, diciendo la verdad en la medida de lo posible—. Han vendado mis heridas. Hemos vuelto para buscar a los caballos.

—No llegué al árbol con los caballos. —Su respiración era agitada y hablaba de forma entrecortada.

—Estás herido —dijo Maigrey.

Haciendo caso omiso de sus muñecas heridas, empezó a arañar entre las ramas. Stefan la apartó. Mientras él retiraba el cepillo, Dacy hablaba con voz débil y entrecortada.

—Después de ayudarte a escapar... volví al claustro. Los asaltantes ya habían estado allí y buscaban el tesoro.

—¿Lo encontraron?

—No. Poco después llegaron Farlan y sus hombres. Hicieron prisioneros a Rob y a los otros Dagas de Plata. —Tosió.

—¿Por qué?

—Afirma que podrían haber estado involucrados en la conspiración, especialmente Rob.

—¿Y Morcar?

—Farlan... dejó... hombres para vigilar... el claustro. —Se lamió los labios—. Todos se... mantienen separados.

—Sí —dijo Maigrey—. Temen nuestra comunicación de mano silenciosa.

Dacy rio con debilidad.

—Tienen derecho a hacerlo. A mí también me asustan. Nunca —volvió a toser —No sé si te frotas la nariz porque... te pica o si es una de tus señales secretas.

—Fagan... escapó. —La voz de Dacy se debilitó, sus palabras se hicieron más lentas—. Él estaba esperando aquí ... en el árbol cuando ... subí con los caballos. Cinco hombres de Farlan nos sorprendieron. Dio un largo y tembloroso suspiro.

—¿Ardac? —preguntó Maigrey.

—Sí —murmuró—. Creo que uno de ellos se llamaba así.

—Fue el que me persiguió. —Maigrey se balanceó sobre sus rodillas—. Probablemente

estaba dando vueltas para prepararnos una emboscada cuando os vio a ti y a Fagan.

—Soltamos a los caballos —masculló Dacy—. Fagan... cabalgó en una dirección... yo en otra. Me dieron con una lanza.

—No hables más —pidió Maigrey con lágrimas corriendo por sus mejillas—. Vamos a cuidar de ti.

Stefan dejó finalmente al descubierto al herido, que yacía de lado, de espaldas a ellos. Su ropa estaba saturada de sangre y una lanza sobresalía de su hombro. Aferraba su espada con la mano ensangrentada.

—Me arrastré hasta aquí para morir —dijo Dacy—. Ardac me habría decapitado. No podía vagar por la tierra como un espíritu perdido para siempre, no con mi mano de combate arruinada.

—No —sollozó Maigrey.

—Mátame —pidió—. Es doloroso. Ahora estoy listo para irme.

Arrodillado, Stefan sacó su daga de la vaina que llevaba en la cintura y cortó el material de la camisa de Dacy. Estudió la entrada de la lanza, luego se inclinó y examinó su pecho.

—Es una herida de muerte —dijo Dacy.

—Sí. —Stefan se echó hacia atrás y Maigrey vio la fea cabeza de la lanza con sus pequeñas púas curvadas y puntiagudas, ingeniosamente construidas para causar el mayor dolor y daño posibles—. Tal vez pueda salvarte.

—¿Cómo? —preguntó Dacy.

—La lanza fue lanzada con tal fuerza que la mayoría de las púas han penetrado hasta el exterior de tu pecho.

—Sí —confirmó Dacy—, me ha mordido el hombro.

—Si puedes soportar el dolor, puedo intentar quitarte la lanza. —Maigrey se encogió ante la idea.

—He perdido mucha sangre.

—Sí —convino Stefan.

—Si sobrevivo, tendré una herida abierta —continuó Dacy—. Y no podré usar la mano ni el brazo derechos.

Maigrey miró la carne hinchada y desgarrada alrededor del asta de la lanza.

—Quizá pueda evitar que eso ocurra —dijo Stefan. Dacy se rio burlón.

—¿Es usted un dios que ha venido a salvarme, sire?

Mientras la pregunta se deslizaba por los labios del guerrero, un escalofrío recorrió el cuerpo de Maigrey. Stefan Vaderfjord era plateado y negro, como el dios de la noche, como el soberano de las mareas de otoño e invierno, del relámpago y del trueno.

—No. —El norteño también se rio—. Soy mortal, pero tengo conocimientos de cirugía. He viajado por la tierra del Lejano Oriente.

—Sí —asintió Dacy—. He estado allí y sé lo que pueden hacer. ¿Usted también puede hacerlo?

—Sí.

—Soy un guerrero —dijo Dacy—, uno de los hombres del rey. Si sobrevivo a esto y soy incapaz de usar el brazo de mi espada, seré deshonrado.

—Lo sé —respondió Stefan.

Maigrey se inclinó hacia delante.

—Lleva consigo una hierba venenosa, Dacy.

A medida que se debilitaba por el esfuerzo, los ojos de Dacy empezaron a caer.

—Quiero una respuesta —pidió Stefan—. La noche llega pronto en otoño y necesitaré toda la luz del día que pueda tener.

—Sí —susurró Dacy. Inspiró profunda y trabajosamente—. Si vivo y no recupero el uso de mi brazo, ¿me dará la hierba para que la tome?

—Tengo la hierba —afirmó Stefan.

—Por favor, Dacy —Maigrey se acercó y cogió su mano no herida entre las suyas.

Maigrey miró a Dacy, pero sintió el calor de la mirada de Stefan en sus manos y en las de Dacy. Este asintió.

—Estoy listo.

Una lágrima se deslizó entre los párpados fuertemente cerrados de Maigrey.

—Maigrey.

Miró a su amigo.

Susurró en un dialecto fronterizo que solo ellos entendían:

—Farlan no consiguió el…

—No, todavía lo tengo.

—Debes protegerlo.

—Lo haré.

La cabeza de Dacy rodó y cayó en la inconsciencia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Stefan.

—Era una conversación privada entre dos amigos, sire.

Stefan le cogió la cara con la mano, el pulgar presionando una mejilla y los dedos la otra.

—Él puede ser tu amigo, pero tú me perteneces. Yo, y solo yo, seré tu amante.

Capítulo 7

-Torthmen —dijo Stefan—, el hombre está gravemente herido. Su única posibilidad de vivir depende de que le opere de inmediato. Acamparemos aquí para pasar la noche.

Los hombres miraron la tierra estéril que los rodeaba.

—¿Aquí? —preguntó uno de ellos.

—¿Y los hombres de Ardac? —cuestionó otro.

—Aquí estamos a salvo —dijo Maigrey—. Ardac y sus hombres no se aventurarán cerca del Campo de la Bruja. Mucha gente cree que está maldito.

De nuevo los norteños observaron con cautela el páramo.

—Puede que esté maldito para los Thornsgateianos —continuó Stefan—, pero no para nosotros. Somos hombres del norte y servimos a los dioses de Asgard. Son más fuertes que los dioses de los montañeses.

—Además —prosiguió Maigrey—, soy bardo y tengo una gran magia. Encenderé un fuego sagrado de madera de serbal. Eso alejará el mal en cualquiera de sus formas.

Stefan le hizo un gesto superficial con la cabeza.

—Lang se preocupará cuando no nos encontremos con él esta noche como habíamos planeado —sentenció Einar.

—Esperará —replicó Stefan—, igual que haríamos nosotros si se retrasara en reunirse con nosotros. —Los hombres del norte hablaban entre ellos, sus voces eran un estruendo ronco.

Stefan empezó a ladrar órdenes.

—Einar, levanta primero mi tienda. Encárgate de hacer una camilla y levanta el campamento. Sven, reúne a los caballos sueltos que traía el herido. Veld, tú y Maigrey me ayudaréis.

Veld, con la mochila del galeno en la mano, se situó junto a Stefan. Los otros nueve norteños miraron con odio a su líder.

—Daos prisa —ordenó Stefan—. Mirar. Se están juntando nubes de tormenta y nos queda poca luz del día.

Para cuando la prematura oscuridad se instaló a su alrededor, los hombres habían levantado el campamento en silencio, pero con desaprobación. Sven había regresado con los caballos y animales de carga dispersos y los había encerrado a salvo en un corral improvisado. Stefan había completado la operación. Dacy yacía al abrigo de un pabellón engrasado y resistente al agua, uno de los varios que sobresalían grises contra el cielo ensombrecido. Una hoguera central ardía a

fuego lento.

Aunque Maigrey había asegurado a los norteños que nadie perturbaría su campamento, mantuvieron todas las precauciones habituales. Dos hombres custodiaban los caballos mientras otros vigilaban todo el campamento. Portando sus armas y permaneciendo fuera de sus tiendas el mayor tiempo posible, los guerreros se ciñeron sus mantos, algunos durmiendo, otros vigilando. Todos esperaban que Ardac y sus hombres atacaran.

El viento azotaba sin piedad el pabellón amarillo y blanco donde Stefan y Maigrey estaban sentados con Dacy. Azotó la trampilla de entrada, que había sido clavada en el suelo. Temblando e inclinándose más cerca del fuego central, Maigrey pasó las manos por el suave cuero trabajado que formaba el suelo del refugio. Era liso y brillante y había sido tratado para que repeliera el agua como el material de la tienda.

La luz del pequeño fuego y de varias lámparas de esteatita iluminaban el interior y hacían parpadear sombras doradas sobre Stefan, que estaba sentado frente a Dacy. Aún llevaba su cota de malla, pero se había despojado de sus armas y su casco y se había recogido el pelo con una correa de cuero. Tenía el rostro demacrado y la piel oscura bajo los ojos. Maigrey se daba cuenta de que estaba agotado. Había ordenado a Veld que descansara un poco para poder sentarse con Dacy más tarde durante la noche, pero el propio Stefan se negaba a marcharse.

—Tus guerreros están enfadados porque nos hemos parado aquí —masculló.

Cuando Maigrey había salido antes a por agua fresca, había sentido la tensión y la ira que impregnaban el campamento.

—Sí, tienen derecho a estar enfadados —replicó Stefan. Se masajeó la nuca—. Al quedarnos aquí, he puesto en peligro su seguridad.

—No, sire —explicó Maigrey—. Como te he dicho antes, el Campo de Hag…

—Pero no podemos pasar el resto de nuestras vidas aquí.

Maigrey dobló las piernas y las acercó a su pecho. Las rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas.

—Pero no vamos a quedarnos tanto tiempo. Solo hasta que Dacy esté en condiciones de viajar.

—Nos iremos antes del amanecer.

Maigrey se enderezó.

—¡No podemos, sire! Dacy no puede viajar mañana. —Stefan la miró fijamente, y Maigrey lo supo.

—¿Crees que... que...? —No pudo expresar el pensamiento con palabras.

Stefan cogió su mano entre las suyas y apretó suavemente.

—Solo Odín, en toda su sabiduría, sabe quién ha de vivir y quién ha de morir, Maigrey.

Dos lágrimas rodaron por la mejilla de Maigrey.

—¿De verdad te importa este hombre? —Stefan le pasó la otra mano suavemente por debajo de los ojos.

—Sí. Me entristecí cuando su padre lo acogió como guerrero en la aldea del rey y se

marchó. Cuando vi cómo su madre lloraba su marcha, me prometí a mí mismo que nunca me iría y lastimaría así a mi madre —murmuró Dacy y trató de retorcerle el hombro. Gruñó y luego hizo una mueca de dolor. Maigrey miró el gran vendaje que envolvía el pecho y el hombro de Dacy. La sangre empezaba a filtrarse.

Después de que Stefan hubiera terminado la operación, había tenido cuidado de que Dacy no se dañara más el hombro herido durante su delirio. Él y Veld habían entrecruzado anchas correas de cuero por el cuerpo de Dacy desde el pecho hasta los tobillos, atándolo a la camilla. Las ataduras le ceñían el cuerpo lo suficiente como para evitar que se agitara, pero no tanto como para hacerle daño.

Al principio, Maigrey había pensado bien de Stefan. Luego había recordado todo lo que había pasado entre ellos. La amabilidad no impulsaba sus acciones. Era un hombre práctico movido por la razón.

—Sin embargo, abandonaste la tierra de tu infancia —dijo Stefan.

—Sí, pero solo después de que mataran a mis padres. —Aunque habían pasado doce años y los recuerdos se habían atenuado, aún dolían.

—¿A manos de bandoleros?

—Sí. Rob y yo habíamos salido de caza. Cuando regresamos, encontramos primero los cadáveres de mis padres y luego de los suyos. Más tarde, encontramos a los padres de Dacy. Si Rob no hubiera sido tan joven y necesitado de cuidados, habría ido en busca de los asesinos.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Yo había visto pasar ocho inviernos. Rob solo había visto cinco. —Recordando los acontecimientos como si hubieran ocurrido ayer mismo, Maigrey dijo—: Rob y enterramos primero a nuestras familias, luego recogimos la comida que no había sido robada o arruinada y la metimos en una bolsa de cuero. Como vivíamos cerca de la frontera de Thornsgate y lejos de la aldea del rey, los viajeros a menudo pasaban la noche con nosotros. Intercambiaban muchos bienes con mi padre por comida y cama. Mi padre poseía una de las mejores lanzas de caza del reino. La cogí junto con su daga, luego Rob y yo partimos en busca de Dacy a la aldea del rey.

—Fuiste una muchacha valiente.

—No, sire, estaba asustada.

Maigrey miró el tronco junto a Stefan. Apiñados encima y alrededor de la lámpara de piedra de jabón de baja combustión había flagelos, había vasos de precipitados, frascos y cuencos, llenos de líquidos y pastas y polvos.

—Rob y yo debimos de causar una extraña impresión mientras marchábamos hacia la aldea del rey. La lanza de mi padre era más larga que la estatura de ambos.

—Hacía falta valor para arrastrar las armas con vosotros —señaló Stefan—. ¿Sabías cómo usarlas?

—Sí. Mi padre ya había fabricado para mí una daga y una lanza proporcionales a mi tamaño. También me enseñó a usarlas... y tenía que proteger tanto a Rob como a mí misma. Tenía que ser valiente por Rob. Yo era toda la familia que le quedaba en el mundo.

—Una pequeña gata de montaña protegiendo a su cachorro —señaló Stefan—. Ahora

entiendo mejor por qué siseas y arañas en lugar de ronronear.

La gata sonrió.

—Rob y yo estábamos harapientos, pero no sucios, cuando por fin encontramos a Dacy. Y no teníamos las manos vacías cuando nos llevó al santuario. Como regalo a los dioses, les di la daga y la lanza de mi padre.

—No habría esperado menos de ti, muchacha.

—Por favor, no me llames muchacha —pidió Maigrey—. Maigrey y mujer se acercan más a la verdad. No he sido una muchacha, sire, desde el día en que descubrí los cadáveres de mi familia.

Perdida en sus pensamientos, reviviendo las muertes de su familia y el posterior viaje al santuario, Maigrey guardó silencio. Nunca olvidaría cómo Morcar les había dado refugio a ella y a Rob, cómo los había adoptado a ambos. Maigrey amaba el claustro. Morcar, Blar y Kinner se habían convertido en su familia. Los tres sacerdotes eran personas tan generosas y cariñosas que Maigrey había tomado con gusto sus votos para ser bardo del Claustro de Piedra del Refugio.

—Es una pena que tú y Rob fuerais privados de vuestra inocencia, primero por los bandidos, luego por este santuario... ¿Cómo lo llamáis? ¿La Piedra Refugio? —A Maigrey se le erizó la piel. —Puede que los bandidos nos robaran la inocencia, pero el claustro no. Morcar ha sido un padre maravilloso para nosotros.

—Tan maravilloso que permitió que os convirtierais en juglares errantes.

—No fue culpa suya. Intentó disuadirme, pero era algo que yo quería hacer

—¿Te has arrepentido alguna vez de tu decisión?

—No, sire. Me encanta hacer reír a la gente. Y también disfruto discutiendo nuevas curas para viejas dolencias. O enterarme de una forma mejor de arar un campo. O dar a alguien un regalo que ha deseado durante mucho tiempo. El Claustro de Piedra del Refugio es el lugar más grandioso de la tierra, sire, uno de los más bellos de todas las Tierras Altas.

Maigrey no vio ningún inconveniente en hablar del santuario con Stefan siempre que no revelara el secreto de las Pecheras.

—¿Te hablo de la Piedra del Refugio?

—¿Por qué no? —Los ojos de Stefan centellearon con amabilidad—. Si tanto te gusta hacer reír a la gente, entretenme.

Momentáneamente, Maigrey se sintió desconcertada. Sus ojos eran cálidos y había bajado la guardia. Sonrió y ella también lo hizo. Se acomodó mejor en la manta doblada junto a Dacy. Parte de la pena y la pesadez que había sentido desde que encontraron a su amigo se había disipado.

—La Piedra del Refugio es un puente de roca natural formado sobre un arroyo de montaña donde el arroyo se convierte en cascada. Debajo hay un hermoso estanque de agua cristalina.

—Este puente es tan importante que todo el pueblo de las Tierras Altas lo venera —dijo Stefan—. ¿Por qué?

Olvidando el frío cortante y el viento que azotaba la tienda, Maigrey arropó a Dacy con las mantas y empezó a contarle a Stefan la leyenda de la Piedra del Refugio.

—Al principio de los tiempos, la Diosa Lunar y el Padre Creador dieron a luz a dos dioses gemelos, la Noche y el Día. El Creador repartió el mundo a partes iguales entre sus hijos. La Noche gobernaba suprema durante el otoño y el invierno, el Día durante el verano y la primavera. Antes de que los gemelos pudieran hacerse con sus reinos, tuvieron que vencer a las fuerzas del Caos.

»»El Espíritu Padre permitió a su esposa crear un arma mágica para cada hijo. Para Noche, fabricó una espada en forma de hoz. La empuñadura era de plata para representar el esplendor luminiscente de la luna. También era mágica y podía desconectarse de la hoja para convertirse en una lanza de plata. La Diosa Lunar la llamó el Rayo de Plata. Para el día, fabricó un escudo que era de fuego dorado con incrustaciones de rayos plateados para simbolizar también la luna llena. Lo llamó el Rayo Dorado. En cada uno, puso escrituras mágicas, rayos de sol y rayos de luna.

»»El Caos se puso celoso de las gemelas y comenzó a perseguirlas sin descanso. Aunque los gemelos eran jóvenes guerreros no probados, los padres creadores tuvieron que hacerse a un lado para dejar que sus hijos demostraran que eran dignos de gobernar el mundo. Los gemelos lucharon valientemente, pero eran demasiado inexpertos para derrotar a las fuerzas del Caos.

Se detuvo un momento, pensando en todo lo que le había ocurrido y preguntándose si los dioses la habían abandonado. Morcar le había confiado las Pecheras del Claustro. Por muy amable que Stefan la tratara en ese momento, tenía que escapar de él.

La mayor preocupación de Maigrey era conseguir que la Pechera del Claustro saliera sana y salva de Thornsgate. Mientras viajara con Stefan, se vería obligada a recorrer la ruta que él eligiera. Aunque fuera la que ella señalara, la que Morcar le había indicado que tomara, no tendría libertad para dejar mensajes por el camino. Ella podría viajar mucho más rápido por sí misma y podría llegar a la aldea del Alto Rey Fergus mucho antes.

Sí, ella debía escapar del Norteño. Él la consideraba su esclava y la tomaría con lujuria. Ella debía proteger su integridad.

—¿Eso es todo el cuento? —preguntó Stefan mientras extendía otra manta sobre Dacy. Sacándola de sus pensamientos, ella dijo:

—No. Noche y Día consiguieron matar a todo el ejército del Caos excepto al propio Caos. Heridos, ambos al borde de la muerte, hicieron su última resistencia contra el Caos junto a un arroyo de montaña. El Caos descendió. La Noche estaba preparada para lanzar su espada de plata; el Día los defendió con su escudo de oro. Tan grande fue la lucha entre Noche, Día y Caos, que excavaron un puente de roca natural en la montaña. Finalmente, los gemelos mataron al Caos.

»»Durante la batalla, sin embargo, dejaron caer su escudo mágico y su lanza al arroyo de la montaña. Mortalmente heridos, los gemelos se arrastraron hasta el lado oriental del arroyo y se refugiaron bajo el puente que habían creado.

—De ahí su nombre, Santuario de Piedra Refugio —terminó Stefan.

—Sí. Cuando parecía que sus hijos iban a morir, la Diosa Lunar intervino. Llevaba a Noche al arroyo todas las tardes y bañaba sus heridas; hacía lo mismo con Día todas las mañanas. Cuando estuvieron totalmente recuperados, buscaron su escudo y su lanza, pero nunca los encontraron. Después de que regresaran a sus altos asientos, la gente descubrió los milagrosos poderes curativos del agua.

—Es una hermosa leyenda, Maigrey. Parecida a nuestra historia de los dioses de la noche y del día, pero no puedo decir que la crea a pesar de que mi padre mandó hacer una hoz en forma de anillo hecho a mano para mí.

—¿Llevas un anillo de hoz? —exclamó Maigrey—. Déjame verlo, sire.

Maigrey le cogió la mano mientras estudiaba la banda de plata del dedo meñique de su mano derecha.

—Sí, sire, la banda en sí es de plata, y la media luna es de oro. Igual que la nuestra. —Ella se subió la manga larga de su sobretúnica—. Mira, sire, tengo una hoz tatuada.

Stefan rozó con la punta de su dedo la parte superior de su brazo, provocando un incendio en ella.

—Los que nos convertimos en miembros del claustro la recibimos. —Ella rio suavemente —. sire, ¿crees que es una señal de los dioses que tanto tú como yo llevemos el símbolo sagrado de los dioses Noche y Día?

Stefan se encogió de hombros.

—Puedes creerlo si quieres, Maigrey, pero yo creo que es solo una coincidencia.

—Como dice mi padre adoptivo, la creencia depende del individuo. Así que debes juzgar por ti misma. —Se quedó callada unos minutos y luego dijo—: Los que creen en los dioses de la Piedra del Refugio lo hacen desde la fe. La única prueba de la aparición de Noche y Día en la Piedra del Refugio es un monumento de piedra con antiguos escritos que narra la victoria de los gemelos sobre el Caos y la pérdida de su escudo y lanza sagrados.

—¿Aún sigue en pie? —preguntó Stefan.

—Sí, pero es tan antiguo, sire, que las marcas ya no se distinguen. Pero el estanque de agua es sagrado —musitó Maigrey—. Todos los que hacen una petición específica al bañarse en sus aguas al amanecer durante el solsticio de verano y al salir la luna durante el solsticio de invierno reciben una respuesta. Debido a que todos los habitantes de las Tierras Altas veneran la Piedra del Refugio como sagrada, el reino de Thornsgate ha vivido en paz con sus vecinos. —Su voz se entrecortó—. Hasta ahora.

—¿Por qué, Maigrey, después de todos estos años de paz, alguien atacaría vuestro reino y vuestro santuario?

—Tal y como yo lo veo, sire, solo hay dos razones por las que los hombres van a la guerra. La codicia o la venganza.

—¿Ha hecho algo tu reino para inspirar la venganza de otro?

—No, que yo sepa.

—Entonces, debe ser la codicia.

—Sí, debe de ser eso.

Dacy gritó y giró la cabeza. Maigrey miró hacia abajo para ver su cara retorcida por el dolor. Gruñó e intentó levantar los hombros. Más sangre se filtró en el vendaje, la mancha cada vez era más grande y oscura.

—Estate quieto, Dacy —ordenó Maigrey en voz baja.

Dacy levantó los párpados y miró a Maigrey con los ojos vidriosos por la fiebre y el dolor. Ella le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Stefan ha levantado una tienda para ti, y él y yo estamos sentados contigo. —Dacy no dio muestras de haberla oído—. Dacy…

Hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Stefan ha..... terminado con la operación.

De nuevo, Dacy asintió. Luego cerró los ojos y se quedó dormido.

Poco después, Einar llamó desde fuera:

—Stefan, ¿qué quieres que haga con el torque?

¡El torque! Maigrey se había olvidado de él. Stefan suspiró.

—Se lo soldaremos más tarde.

—Vale —respondió Einar, y Maigrey le oyó alejarse.

La última hora había disfrutado tanto hablando con Stefan que había olvidado que era su esclava. Observó cómo mezclaba más medicamentos. Solo llevaba unas horas con él, pero ya se había convertido en una parte integral de su vida. Le debía su supervivencia. También lo haría Dacy si lo lograba.

Sí, admitió, Stefan lo había hecho por sus propias razones, pero lo había hecho. Con cada acción la estaba atando a él, haciéndola suya. Por muy atento que fuera, o tierno o interesado, ella no era más que su posesión. Para él, ella no era más que su puñal, su espada o su semental. Quizás ella ni siquiera significaba tanto como esas cosas. Pero ella le pertenecía, y él pretendía marcarla para que todos lo supieran.

De repente, su respiración se entrecortó. Se frotó la mano alrededor del cuello. Apenas podía soportar la idea de una banda metálica permanente sujeta alrededor de su garganta. Suya. De él. Las palabras seguían corriendo por su mente.

—¿Por qué no descansas, Maigrey? —preguntó Stefan, su tono suave y afectuoso contradecía la cruda realidad—. Sé que debes de estar cansada y hemos hecho todo lo que hemos podido. Enviaré a buscarte si su estado empeora.

—Estoy cansada —admitió Maigrey—, pero seguramente no tan agotada como tú. Lo has operado y aun así lo cuida.

—Es mi deber.

—También es el mío estar con él.

—¿Cómo es eso?

—Uno de mis deberes como bardo/sacerdotisa es ayudar a preparar el camino hacia el otro mundo. Lo hacemos a través de canciones y poesía. El último rito para los moribundos es el canto de su canción de muerte.

—Entonces, Maigrey, dejaré que permanezcas cerca de él.

Maigrey asintió. Inclinándose, levantó una de las jarras de medicina del baúl y la acercó a la lámpara, observando cómo se filtraba la luz a través del líquido turbio.

—Ugh. —Compuso una mueca—. Esto tiene una pinta horrible.

Stefan sonrió.

—Es una hierba poderosa. Induce al sueño profundo.

Maigrey devolvió la jarra al tronco y se recostó. Stefan se puso de pie y flexionó los hombros. Luego estiró las piernas varias veces.

Oyeron el galope de un caballo hacia el campamento.

—Uno de mis espías —aclaró Stefan—. Iré a hablar con él. Volveré pronto.

Maigrey asintió.

Él cogió su mano entre las suyas y la estrechó cálida y protectoramente.

—¿Sabes qué hacer mientras estoy fuera?

—Sí. —Maigrey no comprendía las emociones contradictorias que la recorrían. Un momento pensaba que odiaba a aquel hombre y al siguiente ardía de deseo por él.

Se inclinó más hacia ella y la besó con suavidad. Suspirando, Maigrey cerró los ojos y se entregó a la dulce calidez de sus labios sobre los suyos.

Separando ligeramente su boca de la de ella, susurró:

—Más tarde, mi pequeño juglar, terminaremos lo que hemos empezado.

—Nosotros... no hemos empezado nada.

Su risa fue tan evocadora como lo había sido su beso.

—Sí que lo hemos hecho, Maigrey. Empezamos el día que Ulf te encontró merodeando entre los arbustos.

Stefan se levantó y rápidamente se ciñó la espada y la daga y se agachó a por su casco. Se lo metió bajo el brazo y se dirigió a la salida de la tienda. Cuando descorrió la solapa, el viento desgarró el refugio. El pequeño fuego chisporroteó. Entonces, la solapa cayó en su sitio y se volvió a abrir.

Stefan se había ido.

Dacy se estremeció. Acercándose a él, Maigrey se estiró bajo la manta a su lado, compartiendo el calor de su cuerpo, deseando que viviera. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo agotada que estaba. Cerró los ojos.

—Señora —oyó decir a Einar.

El viento frío se arremolinó a su alrededor y ella abrió los ojos para verlo de pie en la entrada de la tienda.

Sin entrar del todo en el refugio, dijo:

—Stefan salió con uno de los hombres. Veld viene hacia aquí para cuidar de Dacy para que pueda comer y descansar. Hay una cueva detrás de la gran roca en la parte trasera del campamento donde usted y Stefan dormirán esta noche. Me hizo poner una palangana con agua y hierbas. Pensó que querría bañarse.

—Lo haré más tarde —respondió Maigrey con cansancio. Estaba agotada, preocupada y

tenía frío. Deseaba que Einar entrara o se marchara y asegurara la solapa. También se sentía frustrada consigo misma. Sentía que debía hacer algo por Dacy, por sí misma, por el broche del claustro, pero no estaba segura de qué ni de cómo—. Hace frío, pero me daré un baño rápido en el arroyo.

—No —dijo Einar—. Mis órdenes son que se diera un baño de palangana en la cueva.

Maigrey se levantó y arropó más a Dacy con las mantas.

—¿Cumplirás personalmente esas órdenes?

—Sí. Si se baña en el arroyo, se le mojarán las vendas y Stefan no querrá cambiárselas esta noche. —El norteño le lanzó una mirada fulminante—. ¿No le ha causado suficientes problemas por un día?

Maigrey se irguió.

—Gracias por la explicación, Einar, pero independientemente de lo que haya ordenado Stefan, me daré un baño completo si así lo decido.

—Va a ser que no —replicó Einar—. Una vez que Stefan da una orden, señora, la cumplo a muerte.

—No sabía que darme un baño completo pudiera considerarse un desafío a muerte —dijo Maigrey secamente.

—En este caso podría serlo. Stefan se siente fuertemente atraído por usted y hará lo que sea para retenerla. Estará protegida en la cueva. No lo estará si se baña en el arroyo.

—Salve, Einar —llamó Veld desde fuera de la tienda. Einar se retiró y dejó caer la solapa de la entrada en su sitio. Maigrey se quedó mirando el ondeante material. De nuevo le habían recordado su estatus.

La cabeza de Veld apareció en la abertura.

—Salve, Maigrey. —Ella sonrió y lo saludó.

Veld entró en la tienda para sentarse junto a Maigrey.

—Estoy dispuesta a sentarme con Dacy —dijo ella.

—Sí, Stefan lo sabe, pero quiere que comas y descanses y sabe que te preocupas por tu amiga. —Veld cubrió una de las manos de Maigrey con la suya y apretó en un gesto tranquilizador—. Estoy bien entrenado. ¿Por qué no duerme un poco mientras puedas? Mandaré a buscarte si su estado cambia.

Dacy se despertó, con los ojos muy abiertos.

—Maigrey.

—Sí, estoy aquí.

—Maigrey —volvió a llamarla.

—Estoy aquí, Dacy. —Maigrey se inclinó más cerca y él le sonrió. En dialecto fronterizo, le dijo—: Quiero hablar contigo.

Feliz, ella se dio cuenta de que él estaba lúcido. Le susurró en el idioma de su infancia.

—Debes irte tan pronto como puedas. Vete... a... buscar a Fergus.

—No, Dacy, no te dejaré.

—Debes hacerlo. —Respiró hondo e hizo una mueca de dolor—. ¿Y si Fagan no lo consigue? —Había expresado el propio temor de Maigrey.

—Algunos hombres de Ardac le persiguieron —le recordó Dacy—. Tal vez... esté tendido en algún lugar con una lanza atravesándole. Recuerda ... traidor en el claustro. Fergus ... debe saber de la difícil situación de Thornsgate. Debes ir, Maigrey.

—No.

—Eres la única que puede salvar a Thornsgate. —La voz de Dacy era cada vez más débil, sus párpados caían.

Volvía a perderlo en la inconsciencia.

—Eres mi amigo —susurró—. Quiero quedarme contigo.

—Siempre estás mareando a alguien o algo, Maigrey. —Dacy intentó sonreír—. Recuerda que esta es una de las razones por las que Morcar no quería que te unieras a los juglares.

—Lo sé.

Dacy tosió.

—Dijo que no eras lo bastante dura, que tenías el instinto maternal que te convertiría en una guerrera inútil.

—Soy lo bastante dura.

Cerró los ojos.

—Entonces, a la primera oportunidad, debes escapar e ir con Fergus.

—No sé lo que te pasará, Dacy.

—No soy tu responsabilidad.

—Sí lo eres. —Apartó la manta y le agarró la mano del brazo que no estaba herido—. Dacy, puede que me necesites.

—No, Maigrey, te necesito ahora. —Afianzó su agarre en la mano y él pareció reponer fuerzas. Su voz era más fuerte, sus ojos estaban más alerta—. Canta mi canción, Maigrey.

—Dacy…

—Canta mi canción, Maigrey, y dame mi espada —repitió—, y me iré a dormir. Si cruzo esta noche, estaré en paz.

Maigrey colocó la espada de Dacy en su mano derecha y se aferró a la izquierda. Con suavidad, comenzó a cantar, sin reparar en las lágrimas que corrían por sus mejillas. Desde que se había convertido en bardo de la Piedra del Refugio, había cumplido con sus responsabilidades y cumplido con su deber. No importaba lo preocupada que estuviera por su amigo, como sierva de la Piedra Refugio, debía dejarlo esta noche.

—Duerme plácidamente —dijo Veld más tarde—. Quizá deberías comer.

Maigrey asintió. Soltó la mano de Dacy y se inclinó para besarle en la frente.

Luego se levantó y caminó hacia la hoguera, planeando ya su huida. Llenó su cuenco con

el espeso y aromático guiso de verduras y buscó un lugar tranquilo para sentarse mientras comía. Miró a su alrededor, memorizando la colocación de la gente y los animales, de los palés y las tiendas, de los guardias. Cuando terminó de comer, enjuagó su cuenco. Luego se dirigió hacia los caballos.

—¿Adónde va? —Einar se materializó de la oscuridad, asustándola.

—A por mi ropa. Quiero darme un baño —respondió—. Una de mis bolsas debería estar entre las que Dacy llevaba al Árbol de la Bruja para las Dagas de Plata.

—Ordené que desembalaran y acicalaran a los animales —dijo Einar, y señaló en la dirección opuesta—. El equipaje está allí.

Sin decir palabra, Maigrey se dio la vuelta y caminó hacia la pila de bultos. Einar la siguió. Rebuscó entre las bolsas hasta que encontró la mochila que contenía su ropa... y su látigo. Einar le quitó la mochila.

Temía que la registrara como había hecho Stefan antes. Tenía las manos húmedas; los latidos de su corazón se aceleraron. Sentía una fina capa de sudor nervioso por todo el cuerpo. Colgó la cartera de su mano como si midiera su peso. Interiormente, sonrió. Estaba buscando dagas de plata, no un látigo. Cuando pareció satisfecho, se echó la mochila al hombro. Maigrey respiró más tranquila.

La condujo a través del campamento hasta la entrada del refugio de la cueva. Dejando el maletín de cuero, le dijo:

—Si necesita algo, llámeme. Estaré sentado al otro lado de la roca.

Dos guerreros más se situaron a ambos lados de la cueva en las sombras. Muy cerca oyó el ronquido de un caballo, tal vez dos.

—¿Van a estar todos vigilando mientras me baño?

—Mientras permanezca en la cueva, tendrá intimidad. Estamos aquí para vigilarla cuando salga.

—¿Se quedarán vigilando toda la noche? —preguntó Maigrey, preguntándose qué pasaría si no escapaba y ella y Stefan pasaban la noche juntos. Enrojeció de vergüenza al pensar que esos extraños guerreros estarían al tanto de lo que pasaría entre ellos.

—No, se irán en cuanto Stefan se reúna con usted.

—Se imaginan que puede vigilarme entonces —dijo ella.

—No se imaginan nada —respondió Einar—. Solo obedecen las órdenes de Stefan.

Ella se encontró con su mirada, asimilando su advertencia tácita.

—Buenas noches, Einar.

—Buenas noches. —Se volvió, sus pasos se desvanecieron. Pasando más allá del pequeño fuego que había en la entrada de la cueva, Maigrey rodeó el interior. En uno de los rincones oscuros encontró una roca lo bastante grande para agazaparse detrás mientras se bañaba. Abrió su mochila y sacó su látigo. Lo escondió detrás de otra roca más pequeña y luego apiló sin apretar varias rocas más encima. Luego, colocó ropa limpia encima. Cuando estuvieron extendidas sobre la roca, se agachó tras ella y se desnudó. Temerosa de que Stefan regresara antes de que ella completara su baño, se lavó apresuradamente toda la mugre que pudo. Se

enjabonó el pelo rapado y, conteniendo las lágrimas e ignorando el frío, pasó los dedos por las cortas hebras. Le resultaban muy extraños.

Después de enjuagárselo y secarse, se puso su ropa limpia: una túnica rojiza y unos pantalones marrones, y una faja de cuero marrón más oscuro sujeta con cordones rojizos.

Sonrió y miró hacia donde había escondido su látigo. Si tan solo tuviera su bolsa de dagas... Pero no la tenía. Tendría que conformarse. Sí, estaría preparada cuando llegara la oportunidad de hacer una carrera hacia la libertad.

Se peinó y, acercándose al fuego, miró su reflejo en una pieza de metal pulido. No estaba acostumbrada a que el pelo le colgara suelto sobre la cara y le rozara los hombros. Aunque la marcaba como una mujer deshonrada, no le quedaba tan mal como podría haberle quedado, pensó. Ardac podría habérselo recortado cerca del cuero cabelludo. Después de volver a empaquetar sus pertenencias, regresó a la hoguera central. Ella no quería estar en la cueva cuando Stefan regresara. Su presencia allí hablaría de una intimidad que ella deseaba evitar el mayor tiempo posible.

Capítulo 8

Maigrey observó a Stefan cabalgando hacia el campamento con el lobo brincando a su lado. Ella lo conocía como guerrero y galeno. ... Pronto lo conocería como amante. Ella no se sometería voluntariamente a él, pero sabía que él no dudaría en robarle su inocencia.

El manto azul noche, ondeando al viento, revelaba que aún llevaba su cota de malla. La visera de su yelmo le cubría los ojos y la nariz, las sombras nocturnas hacían que su rostro pareciera temible.

Desmontó y condujo a su semental al corral. Mientras permanecía bajo la luz de las antorchas revoloteando, hablando con el guardia, Stefan se quitó el casco y lo enganchó en un poste de la valla. El guardia desapareció en la oscuridad y Stefan se puso en cuclillas y llamó a Ulf. Cogió la cara del animal entre sus manos y le rascó detrás de las orejas. Se rio y le habló con suavidad. El lobo respondió con quejidos y gruñidos bajos.

Por un momento, Maigrey sintió celos... de un lobo. Estaba recibiendo las atenciones de su amo. Caricias y más caricias y suaves palabras de ... amor y afecto.

Cuando Stefan entró en el corral para atender a su semental, Ulf se tumbó fuera de la valla. Maigrey se levantó, se dirigió al corral y, a la luz de las antorchas, observó cómo Stefan cepillaba al semental. Como si sintiera que estaba siendo observado, levantó la cabeza y la miró fijamente a través de las sombras.

—Soy yo, sire —exclamó.

—Sí, Maigrey, lo sé. La luz de la antorcha brilla sobre ti. Es difícil saber qué es más vibrante, el fuego o tu pelo.

El placer atravesó a Maigrey con tal fuerza que se quedó sin aliento.

—Estaba preocupada por ti —confesó—. Has estado fuera mucho tiempo.

—Sí, Sven y yo cabalgamos un largo camino. Queríamos asegurarnos de que el campamento dormiría esta noche en relativa tranquilidad.

—¿Y lo haremos, sire?

Sin romper la mirada que se sostenían, Stefan cruzó el corral, los caballos relinchaban y maullaban mientras se apartaban de su camino. Una ráfaga de viento le revolvió el pelo por los hombros. Se detuvo ante ella, con la valla entre ambos. Le pellizcó los rizos.

—Algunos dormirán, otros encontrarán formas más placenteras de pasar la noche, Maigrey.

Maigrey bajó los ojos y miró la cruz, el martillo de Thor, que colgaba de su cuello.

Esmaltada en negro, destacaba sobre la cota de malla plateada.

—¿Te habló Einar de la cueva? —preguntó.

—Sí. —Sus dedos enguantados le rozaron el pelo—. Ha apostado guardias para vigilarme.

—Lo sé.

Estaba tan cerca que Maigrey temblaba. Nunca había conocido a otro individuo que tuviera tal efecto sobre ella. Las puntas de sus dedos rozando la base de su cuello, hicieron que fragmentos de fuego la recorrieran.

—Seguramente, sire —empezó ella—, estarás agotado.

Él rio.

—No demasiado agotado para un placentero revolcón con una hermosa mujer.

Se apartó de ella, abrió la puerta y la atravesó, luego la cerró. Ella se volvió para mirarlo mientras él acortaba la distancia entre ellos. Sintió su aliento en la cara. De nuevo, el viento le pasó mechones de pelo por la cara. Se quitó los guantes y se los metió en la faja.

—A veces, señora —continuó—, el pelo largo es un fastidio. —Se cogió el pelo con la mano y se lo llevó a la nuca.

—Antes lo llevabas atado con una cinta —dijo ella.

—Debió de soltarse cuando montaba a caballo. —Maigrey asintió.

—A menudo se me suelta el pelo… —dejó de hablar al recordar su pelo corto. Se encogió de hombros.

—Incluso corto, —, tu pelo es hermoso. Es rojizo, del color del fuego. —De nuevo, le puso la mano en la cabeza, sus dedos presionando placenteramente su cuero cabelludo—. Sí, es fuego.

Mirando con fijeza su brillante cabello negro, Maigrey dijo:

—Tu cabello también es hermoso, sire. —Ella lo tocó, como había querido hacer esta mañana temprano. Pasó sus manos a lo largo de él—. Me alegro de que no lo laves con cal como hacen muchos de nuestros guerreros.

—¿Cuál es el beneficio del lavado con cal?

Ella extendió la mano, las sedosas hebras fluyendo entre sus dedos. Como ella había imaginado, su pelo era suave y sedoso.

—Hace que el pelo del guerrero se endurezca en la parte de atrás como si fueran púas, dándole un aspecto espeso y salvaje, pero también decolora el cabello. Todo esto tiende a asustar a nuestros enemigos.

Con la punta de los dedos le masajeó el cuero cabelludo.

—Ah, —, tu tacto es suave y bienvenido para una cabeza que ha llevado un casco encima durante tanto tiempo.

Amasó sus dedos más profundamente. Stefan permaneció en silencio, con los ojos cerrados, y luego cogió la mano de ella entre las suyas. La sintió cálida, grande y fuerte. Levantó los párpados y Maigrey la miró fijamente a unos ojos que ardían con un fuego más brillante y ardiente que el de la antorcha superior.

—Esto debería hacerse en un lugar más privado y cómodo. —Maigrey se estremeció de anticipación, de aprensión—. ¿Tienes frío?

—Es una noche fresca —respondió ella, no dispuesta a revelar lo mucho que él la afectaba. Stefan se movió para desabrocharse el broche—. Un manto es suficiente, sire. Puedo prescindir del tuyo.

Las temperaturas bajaron; el viento sopló a su alrededor; los relámpagos relampaguearon y los truenos retumbaron de forma intermitente. Se avecinaba una tormenta, pero Maigrey no era consciente de nada más que del hombre que tenía delante. Le avergonzaba que su cuerpo respondiera de una forma tan completa, tan rápida, a él... incluso cuando sabía lo que él pensaba de ella, lo que planeaba hacerle.

—Me alegro de que estés conmigo, Maigrey —confesó Stefan—. He pensado mucho en ti desde que te conocí. —Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Tú también has pensado en mí?

—Sí.

Él enarcó una ceja como pregunta.

—¿Solo… sí?

—Mi atracción por ti nunca ha sido un secreto. Lo que me preocupa es tu intención de acostarte conmigo sin mi consentimiento.

—No necesitaré forzarte —devolvió Stefan, inclinándose hacia delante y depositando suaves besos sobre su frente y la punta de su nariz.

—Puede que mi cuerpo quiera —confesó Maigrey—, pero eso no es consentimiento, sire.

—Sí, Maigrey, pero puede ser maravilloso.

Él deslizó sus manos bajo los pliegues del manto y ella sintió su calor en la cintura. Ella aspiró su aliento. Sus pezones se erizaron y se tensaron contra su camisa.

—Incluso a través de la ropa tu cuerpo se siente encantador —susurró él—. Quiero verlo, Maigrey.

—Lo viste esta mañana cuando me trajiste de las garras de Ardac.

—Te pusiste la ropa interior sin mangas. Quiero verte desnuda. —Sus manos se deslizaron por su abdomen, posándose bajo sus pechos—. Quiero sentir tu desnudez.

El calor la invadió, dejándola débil. Él frotó con los pulgares las puntas sensibilizadas de sus pechos.

—Y tú consentirás que lo haga, Maigrey. Es una promesa. —Bajó la cabeza y capturó sus labios en un beso cálido y dulce.

Sus palabras, su promesa, enviaron un latigazo de placer a través del cuerpo de Maigrey y coloreó sus mejillas.

—Pero este no es el momento ni el lugar. Cuando nos acostemos, será algo especial. Eso también es una promesa.

La soltó y, de repente, Maigrey se sintió fría y sola. Quiso agarrarlo, estrecharlo contra sí. Él la alcanzó por encima del hombro y levantó su casco del poste de la valla. Cuando fue a

deslizarlo sobre su mano, ella lo agarró de la muñeca.

—¿Tienes que hacerlo, sire?

Sombras doradas parpadearon en su rostro. Su voz era sensual cuando dijo:

—Por ahora, Maigrey, sí. No tengo una correa con la que atarme el pelo y me irrita que el viento me lo lleve a los ojos y a la boca.

—Yo te ataré el pelo, sire. —Sacó un cordón rojizo de su faja—. Date la vuelta.

Stefan se colocó de espaldas a ella. Ella le peinó el pelo con los dedos mientras se lo llevaba a la nuca y lo ataba con el encaje.

—Tal vez, sire, podríais esperar un poco antes de acostaros conmigo.

—No, Maigrey, estoy cansado de esperar.

—Nos encontraremos con más gente de las Tierras Altas, otros que reconozcan el signo sagrado de mi brazo. Ellos atestiguarán que no soy la ramera que Ardac afirma.

Stefan se volvió para mirarla, pero estaba de espaldas a la antorcha y ella solo vio sombras.

—Maigrey, no habrá más discusión sobre el asunto. Eres mía y te tendré esta noche. —Sonrió—. Mis hombres creen que ya he perdido el juicio. Lo sabrían a ciencia cierta si no me cobrar el derecho que tengo sobre ti.

¡Reclamarla! Ningún golpe físico había arrollado a Maigrey con tanta fuerza como aquellas palabras.

—Ven —dijo—. Tengo hambre.

Sujetando el casco bajo el brazo, se alejó de ella. Ella lo siguió. También lo hizo el lobo. Cuando estuvieron cerca de donde los hombres habían colocado sus jergones y el fuego, Einar hizo un gesto con la mano.

—¡Stefan! —llamó—. Es hora de que regreses. Estábamos preocupados.

—Todo está bien, Einar. Iré dentro de un rato.

Caminando junto a Stefan, Maigrey le preguntó:

—¿Por qué no te llevaste a Einar contigo esta noche? Si me hubiera pasado algo, Einar habría cumplido mis órdenes.

—¿Es cierto, sire, que habrías castigado a muerte a Einar si me hubiera bañado como es debido en el arroyo que hay cerca?

Stefan se detuvo y la miró con extrañeza.

—¿Einar te dijo eso?

—Sí.

—Mis hombres saben obedecer mis órdenes, Maigrey. —Suspiró—. Ahora, deja de parlotear. Ya me has distraído bastante por un día. Debo comer y luego pasar algún tiempo con mis mapas antes de que olvide las marcas.

—¿Sus mapas? —preguntó Maigrey, sorprendida por conocer esta nueva faceta del norteño.

—Sí —respondió—. Dibujo mapas para mostrar las zonas que he visitado y explorado. He encontrado varios campamentos naturales que deseo registrar.

—¿Llevas tus mapas contigo?

—Sí.

—¿Puedo verlos alguna vez?

—Tal vez.

Varios guerreros, Maigrey supuso que se trataba de los espías que Stefan había enviado antes, levantaron la vista cuando se acercó al fuego.

Después de intercambiar saludos con ellos, Stefan dijo:

—Dejadme ir a ver a Dacy, luego me reuniré con vosotros.

Cogiendo la mano de Maigrey, Stefan pasó junto a sus guerreros y entró en el pabellón donde Veld estaba sentado con Dacy.

—¿Cómo está? —le preguntó Stefan al joven.

—Ha estado descansando plácidamente.

Stefan retiró las mantas, desabrochó las correas y quitó las vendas. Después de examinar la herida y aplicar más ungüento, le puso vendas nuevas.

—Quédate con él toda la noche, Veld. Llámame si me necesitas.

—Sí, Stefan.

—Déjame quedarme con él —suplicó Maigrey.

—No, Maigrey —respondió Stefan—. Está descansando bien y no te necesita. Yo sí. —Agarrándola por el codo, la guio fuera de la tienda. El lobo se levantó y trotó junto a ellos hacia el fuego.

—¿Tienes hambre? —preguntó Maigrey.

—Sí.

—Prepararé tu comida. —Stefan y el lobo se unieron a los hombres, que se movieron para hacerles sitio. Maigrey se arrodilló frente al enorme caldero y sirvió la comida de Stefan. Cuando ella le entregó el cuenco lleno de estofado y el trozo de pan, él le sonrió.

—Coge una de esas mantas para sentarte. —Señaló un montón de ellas. Maigrey cogió una y se dirigió al otro lado del fuego, lejos de Stefan y de sus hombres. Stefan levantó la vista—. No, la quiero más cerca que eso. —Señaló entre sus piernas—. Aquí. Siéntate frente a mí.

Durante un largo rato, Maigrey lo miró por encima de las llamas danzantes.

—Aquí, Maigrey.

—Voy —Dio un paso alrededor del fuego y tendió la manta. Se sentó rígida, con las piernas recogidas a un lado, y escuchó mientras los hombres informaban a Stefan de todo lo que habían observado en su viaje. Después de que él se terminara su comida y dejara el cuenco vacío a un lado, cogió a Maigrey por los hombros y la acercó a la curva de sus piernas. Ella se acurrucó contra él, disfrutando del calor de su cuerpo y del suave amasamiento de sus manos sobre sus hombros.

Maigrey bostezó y Stefan se inclinó hacia ella.

—No tardaré, Maigrey. Yo también estoy listo para acostarme.

Ella no podía entender a Stefan Vaderfjord. La había rescatado porque necesitaba una mujer, decía. Sin embargo, podría haber conseguido una puta en cualquiera de las aldeas de todo el reino. Había pagado un gran precio por ella, pero se negaba a creer que no fuera una mujer de fácil virtud. A veces la trataba con amabilidad, pero siempre volvía a tratarla como a una puta. El pensamiento la irritaba, pero no podía hacer nada al respecto.

Maigrey sintió que algo le rozaba las piernas. Luego sintió un peso cálido. Miró y vio al lobo que se interponía entre ella y Stefan. Ella se inclinó, dejándole espacio.

Al mirarlo, se dio cuenta de que no podría escapar con él cerca. Él protegería a Stefan con su último aliento. Ella no podía enjaularlo para pasar la noche; no tenía corazón para mutilarlo o matarlo. Cuanto más reflexionaba sobre qué hacer, más esquiva le parecía la respuesta y más exasperada se sentía. Si al menos tuviera el sueño profundo, pensó. ¡Dormir! La palabra saltó ante ella. El somnífero que Stefan había preparado para Dacy.

Volviéndose, apoyó la mano en el muslo de Stefan.

—Sire, antes de que todos nos vayamos a dormir, Veld probablemente necesite salir un rato de la tienda y estirar las piernas. Mientras hablas con los hombres, déjame sentarme con Dacy. —Stefan puso su mano sobre la de ella—. Me tendrás el resto de la noche —le aseguró ella. Inhaló hondo.

—Adelante.

—Gracias, sire. —Antes de que ella pudiera levantarse, Stefan la atrapó y sus labios capturaron los suyos en un largo beso. Cuando la apartó, la miró a los ojos.

—Os dejo con esto y con la promesa de más, Maigrey.

Temblando, Maigrey se levantó con cuidado y se movió alrededor del lobo. Se apresuró hacia la tienda, desabrochó la solapa y entró. Veld levantó la vista.

—Stefan ha dicho que podía sentarme con Dacy mientras sales a estirar las piernas. —Ella sonrió—. Stefan tiene trabajo que hacer antes de irnos a la cama.

Veld asintió y se levantó, saliendo rápidamente de la tienda. En cuanto se hubo ido, ella saqueó el arcón del galeno hasta que encontró un vial vacío. Sujetándolo, lo llenó de la tintura para dormir. Volvió a tapar el vial y lo deslizó en su faja, luego esperó a Veld.

Cuando regresó, le dio las buenas noches y se marchó. Caminando hacia el fuego, Maigrey habló con la cocinera.

—Si no le importa, reuniré algo de comida para el lobo de Stefan.

—Ya ha comido.

—Es un animal grande —dijo Maigrey—. Estoy segura de que querrá más.

—Sí —confirmó Stefan—, lo hará.

Trabajando con rapidez, Maigrey llenó un cuenco con la comida sobrante. Luego, de espaldas a Stefan, mezcló el caldo de dormir y el agua con los sólidos. Ella esperaba... mejor dicho, rezaba... para que el lobo comiera cada bocado y luego tuviera un sueño profundo y

reparador. Si no, no sabía lo que haría.

Cuando puso el cuenco delante del lobo, Stefan dijo:

—Seguro que te lo agradece. —Ulf olfateó y luego pareció inhalar los bocados de un tirón —. Sí, te lo agradece.

Maigrey sonrió y volvió a sentarse en la manta cerca de Stefan. Mientras bebía una jarra de cerveza, abrió su mochila de cuero y sacó varias láminas finas de madera. Colocó una en el suelo delante de él. Con un fino cilindro de hierro con la punta afilada, empezó a hacer muescas en la madera. Con un martillo y otro instrumento, empezó a afeitar una capa más fina de la madera, convirtiendo la superficie plana en colinas y valles y lechos de ríos. Maigrey lo observaba fascinada.

Sentándose más cerca de ella, Einar preguntó:

—¿Son todos los Dagas de Plata juglares errantes?

—Todos somos trovadores y maestros de la espada —contestó Maigrey—, pero yo soy la única músico. Todos realizamos proezas con las dagas. También hacemos malabares, bailamos y hacemos acrobacias.

Permaneciendo a su lado, Einar se sumió en el silencio mientras Maigrey seguía observando a Stefan.

El viento soplaba con fuerza. Las chispas del fuego chisporroteaban en el cielo ennegrecido sobre la cabeza de Stefan. Buscó su mochila y volvió a introducir la fina hoja de madera en la que había estado trabajando. Maigrey levantó la cara contra el frío cortante y dejó que su pelo se arremolinara alrededor de su cabeza. De nuevo, pensó en lo extraño que era tener el pelo corto.

Pero no podía quedarse sentada compadeciéndose de sí misma. Se tocó el pecho con la mano para asegurarse de que el amuleto estaba ahí y para recordarse a sí misma su juramento. Tenía que escapar. Pero necesitaba algo más que su látigo como arma. Necesitaba sus dagas. Primero tenía que llegar a sus mochilas. Entonces, se le ocurrió una idea. Miró a Stefan.

—¿Quieres que te entretenga?

—No —contestó Stefan—. Deberíamos dormir un poco.

—No es en dormir en lo que estás pensando esta noche —se burló Einar.

—Sí —se oyó al unísono entre los hombres y todos rieron.

—Descansaremos poco cuando empiecen las lluvias —continuó Stefan, como si Einar no hubiera hablado.

—Que cante —propuso Einar—. Una canción. La hemos rescatado para ti y entendemos que su cuerpo es tuyo, pero déjanos tener el placer de oír su voz. Una canción, Stefan, para darnos las buenas noches y dulces sueños. —Stefan suspiró e hizo un gesto como pidiéndole permiso. Una vez se levantó, Maigrey se dirigió al equipaje. Desabrochó la mochila más grande y rebuscó en ella hasta encontrar el bolso que contenía sus cuchillas. Sacó cuatro de ellas, todas las que podía ocultar con seguridad en su faja. Dejando el bolso donde estaba, encontró una correa de cuero y se ató la faja. A continuación, sacó una pequeña lira.

Cuando regresó, Stefan estaba sentado junto a uno de los árboles ralos con el lobo a su

lado. Ella se sentó junto al fuego y pulsó las cuerdas, una suave música aleteó por el enérgico aire de la montaña. Mientras rasgueaba y cantaba, cerró los ojos y recordó otro día en el que había tocado la misma canción para su familia: una canción que le había enseñado su padre biológico, una que había aprendido en sus viajes por las Tierras del Norte.

Era la historia de una joven y bella doncella cuyo marido tuvo que ir a la batalla el día de su boda. Estuvo fuera durante semanas, meses y años. Cuando por fin regresó a casa, estaba muy desfigurado por las heridas que había recibido.

El guerrero, temeroso de que su esposa ya no lo amara, regresó convertido en un hombre amargado y hostil. Trató a su esposa con frialdad y le dio una carta de divorcio. Pero la esposa no la aceptó. Ella veía más allá de las cicatrices de la batalla al hombre con el que se había casado. Negándose a abandonarlo, luchó contra la ira, la hostilidad y la amargura de su marido hasta que él fue capaz de admitir su amor por ella una vez más.

Cuando Maigrey terminó la canción, alguien echó más leña al fuego. Las llamas danzaron en el aire. Hipnotizada por su belleza resplandeciente, por su libertad para trepar por el cielo, Maigrey se levantó. En respuesta a la súplica de los hombres de una canción más, acercó la lira y comenzó a caminar entre ellos. Cantó de nuevo, una inquietante melodía de las Highland de un guerrero que viajó lejos sobre el mar para encontrar a su amada perdida.

No podía ver a Stefan, pero sentía su mirada clavada en ella. Se acercó a donde él estaba sentado. Él se puso de pie. Ella se detuvo y dejó de cantar. Como un espíritu de la noche, oscuro y amenazador, le hizo señas. Le tendió la mano.

—Ven, Maigrey. Es la hora.

Ella apenas podía ver, pero respondió a su llamada. Relampaguearon los relámpagos; retumbaron los truenos.

Sí, ya era hora.

Capítulo 9

Unas hojas rojas, doradas y rojizas como llamas se arremolinaron alrededor de Maigrey mientras bajaba su lira. Sí, pensó Stefan, Maigrey, hija de Morcar era fuego y pasión, y mucho más. Había dicho la verdad esta mañana cuando dijo que llevaba mucho tiempo sin tener una mujer cerca. Había mentido cuando dijo que tenía necesidad de una puta. Quería a Maigrey y solo a Maigrey. Cuando Ardac había fingido cortarle la cabeza, tomando en su lugar la trenza, ella no había gemido. Su cuerpo se había convulsionado, pero se había enfrentado a los hombres de Farlan con orgullo. Tenía más valor que sus cinco adversarios juntos. Y su voz era una de las más bellas que Stefan había oído jamás. A la vez ronca y melódica, lo había conmovido tanto que se había imaginado con facilidad al guerrero mutilado regresando junto a su joven y encantadora novia. Sí, Maigrey había tocado cuerdas en Stefan que no se habían tocado en mucho tiempo. Le quitó la lira, sujetándola con una mano y estrechando la de ella con la otra. La condujo lejos del calor y el resplandor de la hoguera, lejos de sus guerreros, hacia el interior de la cueva poco profunda. Ulf, moviéndose con letargo, lo siguió y se tumbó frente al fuego, justo fuera de la entrada.

Stefan desabrochó el broche que aseguraba su manto.

—Tu pelo se ha secado. —Lo olfateó—. Huele bien.

—Huelo a limpio —respondió ella con ligereza—. Mientras no estabas, me bañé con agua de la palangana.

—Ah, Maigrey, ojalá hubiera estado aquí para ver el espectáculo.

Él le quitó el manto. Sosteniendo el material rojizo y dorado en sus manos, la miró con la misma intensidad y minuciosidad con la que Ardac la había mirado antes ese mismo día. Pero su mirada no disgustó a Maigrey. Por el contrario, la llenó de excitación, dejándola sin aliento. Se sintió como si estuviera en equilibrio sobre un pie al borde de un precipicio.

—Te has cambiado de ropa, Maigrey.

—Sí. —Se obligó a respirar hondo, despacio—. Montar es mucho más fácil con pantalones que con la túnica.

—Los pantalones también revelan más de la anatomía femenina.

—¿Para tu disgusto?

—No, para mi placer.

Dejó la lira en el suelo junto a un montón de leña. Se volvió hacia ella; su mirada estaba fija en el jergón. Junto a él, relucientes de plata a la débil luz del fuego exterior, yacían su cota de malla y su yelmo.

—Puse el jergón antes —confesó—. No es tan cómodo como una cama, pero mucho mejor que el duro suelo.

Maigrey se agarró al escote de su camisa.

—No —dijo—. Quiero desnudarte. Será una nueva experiencia para mí.

—¿Nunca has desvestido a una mujer antes?

—No a una que llevase pantalones.

—Nunca antes me había desvestido un hombre.

—Es parte del apareamiento. La mayoría de las mujeres lo encuentran placentero. Creo que a ti también. —Stefan sonrió.

—Eres una persona extraña —confesó Maigrey—. Soy tu esclava. ¿Por qué te importa si recibo placer de nuestra unión? Cuando la mayoría de los hombres quieren acostarse con una mujer, la toman tanto si ella está dispuesta como si no.

—Yo no soy la mayoría de los hombres, Maigrey, y he aprendido que uno nunca posee verdaderamente lo que toma. De todas formas, uno teme que alguien se lo quite. Por normal general, se requiere poco para hacer feliz a otra persona.

—Si tu me haces feliz —prometió Maigrey—, entonces yo te haré feliz a ti. —Él asintió.

—Decidirás que la vida conmigo es mejor que la vida lejos de mí.

Una vez más, Stefan había cambiado, reflexionó Maigrey. Aunque ella nunca volvería a considerarlo amable o gentil, tampoco era duro. Parecía estar realmente preocupado por ella.

—¿Qué pasará cuando dejes de buscarme? —le preguntó.

—Te ayudaré a encontrar un buen hogar, y un hombre a quien puedas respetar y que él también te respete.

—Como te he dicho, sire, eres un hombre extraño. Me cuesta creer que seas un sire de la guerra. Eres más bien un óvate.

—¿Un óvate?

—Un erudito y filósofo.

—Soy un erudito, Maigrey. He viajado por todo el mundo en mi búsqueda del conocimiento. —Él sonrió en respuesta a su evidente sorpresa—. Mi padre me enseñó que el respeto debe ganarse y compartirse a partes iguales. Si mis hombres me respetan, me seguirán hasta el fin del mundo.

—¿Ha estado en los confines del mundo?

—Casi. —Se desabrochó el broche—. ¿Y tú?

—No, no hace mucho que soy un juglar errante.

—¿Pero te gusta viajar? —Ella asintió—. Pronto, Maigrey, te llevaré a un viaje con el que solo has soñado. —Se quitó el manto de los hombros y las chispas del fuego saltaron al aire—. Es hora de comenzar nuestro viaje.

Dejó caer el manto junto al jergón. Se desabrochó las hebillas de sus cinturones de armas, luego colocó la daga y la espada junto a la cota de malla, al alcance de la mano. Se desabrochó la

túnica y la separó de los pantalones. Cruzando los brazos sobre el pecho, cogiendo la cola de la túnica con ambas manos y comenzó a pasársela por la cabeza.

—Sí —dijo, y él oyó la sonrisa en su voz—, es hora de comenzar nuestro viaje.

Con las manos por encima de la cabeza, atadas a la camisa, Stefan oyó el bamboleo del material. Algo se enroscó alrededor de sus tobillos, atándole los pies, haciéndolo tropezar. Un golpe doloroso le golpeó el estómago. Se dobló por el dolor. Ella lo golpeó en los hombros. Gruñó y cayó desparramado en el suelo de la cueva.

—Si te preguntas por qué tu lobo no te protege —dijo Maigrey gruñendo por el esfuerzo —, le di algunas de las hierbas para dormir de Dacy. —Sin aliento, con el dolor recorriéndole todo el cuerpo, Stefan yacía aturdido y enredado en su ropa, de nuevo el bamboleo del material le alertó de los movimientos que ella hacía por la cueva. Se puso de rodillas y se abalanzó hacia el sonido. Su estómago golpeó el garrote por segunda vez. Se desplomó, pero no cayó. La punta de su bota le dio una patada.

Luchó por liberarse de la camisa, pero ella debía de haberle atado las mangas por encima de la cabeza. Ella aseguró la atadura sobre sus tobillos, luego cogió el material por encima de su hombro derecho y lo sujetó al suelo; hizo lo mismo con el izquierdo. Gritó llamando a Einar, pero el sonido era amortiguado y confuso por la túnica que le tapaba la boca.

—Esto debería aguantarle un rato, sire. —Volvió a reír—. Atado con tu propia ropa, enrollado por un trozo de tu leña, y atrapado por tu propia letanía.

Stefan oyó crujir sus pisadas sobre el suelo rocoso mientras ella huía. Se sacudió con el hombro una, dos, tres veces. El material se rasgó. Se liberó, pero no pudo despojarse de la camisa rota. Se la enderezó. En la distancia oyó un caballo que se alejaba galopando. Mientras escuchaba, calculando la dirección que había tomado, miró al suelo y vio la luz del fuego brillando en las hojas de dos pequeñas dagas.

Cerró las manos en puños, furioso consigo mismo. En su encaprichamiento con la mujer, había bajado la guardia y permitido que ella lo superara. Ella lo había sujetado al suelo con sus puñales. Con una de ellas, rajó el tanga de cuero que le ataba los tobillos, luego cogió sus armas y se las ajustó a la cintura. Enfadado, humillado, dejó su yelmo y su cota de malla y agarró su manto. Se lo abrochó al cuello, deteniéndose en la entrada de la cueva el tiempo suficiente para asegurarse de que Ulf solo dormía. Luego salió de la cueva.

—Stefan —gritó Einar—, ¿qué ha ocurrido?

—La mujer ha escapado. ¿Qué tonto ha dejado su caballo fuera de la cueva? —Stefan corrió hacia el corral.

—El único tonto que hay fue el hombre que se compró una esclava y subestimó su astucia. Estás demasiado preocupado por esta mujer, Stefan, y eso no es bueno.

—Puede que lo que dices sea cierto —afirmó Stefan—, pero cuando relevé a los hombres de la guardia, deberían haberse llevado su caballo. Ese, jefe, fue su error, y uno de ellos responderá por ello.

—¿Qué le ha pasado al lobo?

—Lo ha dormido. —Einar se rio.

—¿Así que nuestra pequeña juglar errante ha burlado a los lobos?

—No tienes gracia, Einar. —Stefan lo fulminó con la mirada.

—No intento tenerla. Todo el tiempo he sabido que la mujer causaría problemas. Te sientes demasiado atraído por ella, Stefan, y por eso estás tomando decisiones que nos ponen en peligro.

—Cuida tu lengua, Einar. Eres demasiado insolente. Uno de estos días eso te traerá problemas. Quizá un duelo a muerte —añadió serio.

—Como puedes ver —le devolvió Einar en un tono impenitente—, hay que tomar medidas drásticas con ella. Es demasiado fogosa y espabilada.

—Baja la voz, Einar. Despertarás a todo el campamento.

—Pocos duermen y pronto todos sabrán de la locura de su sire. ¿Voy contigo?

—No. Escapó porque la subestimé. La encontraré yo solo. —Stefan entró en el corral improvisado—. Mientras no estoy, ocúpate del que dejó su caballo fuera de la cueva.

Einar se rio.

—Ahora es cosa de risa para ti, amigo mío, porque Maigrey no es más que una compañera de cama y no una enemiga peligrosa. No podemos permitir que nuestros guerreros sean tan descuidados. Nuestras vidas, más que mi orgullo, podrían estar en juego.

—Sí, Stefan.

Stefan giró sobre su enorme semental.

Hubo una explosión de relámpagos y un retumbar de truenos y, de repente, el cielo se abrió en un violento aguacero. Despreocupado por el diluvio, Stefan impulsó al semental a un galope rápido en la dirección que creía que ella había tomado.



La yegua gris tropezó de mala manera, tirando a Maigrey al suelo, y se alejó al galope. Luchando contra el viento y la lluvia, se apartó el pelo de la cara y se puso en pie. Por segunda vez en pocas horas, se agazapó detrás de una enorme roca. Para escapar del norteño, debía tener otro caballo. Ahora el único disponible era el suyo. Él la estaba siguiendo. Ella lo sabía.

Las bobinas del látigo se deslizaron por su brazo. Se alegró de haberlo recuperado. Él y las dos dagas eran sus únicas armas.

Oyó el ruido sordo de los cascos del semental. Esperó. El jinete se movió desde detrás de un afloramiento de rocas. En el destello del relámpago, vio que era el Guerrero de Plata. No llevaba casco ni cota de malla y su manto ondeaba sobre su cuerpo. Se mordió la sonrisa cuando vio los desgarrones en cada hombro de su camisa.

Maigrey sabía lo que debía hacer. Cuando se acercó, levantó el brazo. El látigo se movió como una larga serpiente hacia atrás, se enroscó en el aire y se desplazó de forma veloz. El largo látigo de cuero pasó rozando la cabeza del semental sin llegar a tocar al animal y luego descendió y enroscó su colmillo mortal alrededor del jinete. Oyó a Stefan gruñir y luego maldecir. Un chorro de palabras nórdicas que ella no conocía brotó de su boca. Tirando del látigo, lo tiró de su

caballo. Su cuerpo aterrizó en el duro suelo con un sonoro golpe.

Ella soltó el látigo y corrió hacia el semental. Se había agarrado a sus crines y estaba a punto de balancearse sobre su lomo cuando unas manos duras la agarraron por la cintura, mordiéndole la carne.

—No con la ayuda de todos los dioses de Asgard —enfureció, la tiró al suelo—. Me dijiste que me harías gruñir de rabia, pero no te había imaginado tan temeraria.

—Estaba desesperada — jadeó—. Debo salvar a Thornsgate y a la Piedra del Refugio.

Rodaron y dieron tumbos por el suelo, cada uno gruñendo y maldiciendo, sus gritos eras primitivos y guturales. Maigrey buscó su cuchillo, pero Stefan, encima de ella, le agarró los brazos y tiró de ellos por encima de su cabeza.

—Mis muñecas —se quejó ella.

—Lo siento —murmuró él, aflojando solo un poco su agarre, pero manteniendo su cuerpo aprisionado contra el suyo.

Las sombras de la tormenta proyectaban su rostro en una inquietante máscara plateada. Ella lo temía como nunca antes lo había hecho.

—Por favor, sire, se lo ruego…

—Sí, Maigrey es hora de que supliques. También quiero una disculpa.

—¿Una disculpa? —repitió ella.

—Podrías haberme roto fácilmente las costillas.

—Ojalá lo hubiera hecho. Entonces, no habrías venido a por mí tan pronto.

—¡Debería haber venido a por ti antes!

—No lo hagas, sire. Te arrepentirás, te lo prometo.

—Me arrepentiré si no lo hago.

Stefan retiró sus manos de los brazos de ella y se deslizó a lo largo de su cuerpo, su mano ahuecando su barbilla. Apretó su boca contra la de ella en un beso duro y caliente. Maigrey cerró la boca, rechazando el contacto furioso y posesivo de Stefan. Los dedos de él le mordieron la mejilla, aplicando la presión justa para obligarla a abrir la boca. Antes de que su lengua pudiera buscar la entrada, Maigrey le mordió los labios.

—¡Maldita sea! —Echó la cabeza hacia atrás.

Aprovechando la distracción, Maigrey apretó los puños entre sus cuerpos y lo empujó para apartarlo de ella. Se apartó rodando, se puso en pie de un salto y corrió por debajo de una alta placa de roca que sobresalía de la ladera de la montaña. Agradecida por el respiro de la lluvia, corrió por debajo y a lo largo de la repisa, esperando poder encontrar a alguno de los caballos. Entonces vio a Stefan avanzando hacia ella. Su postura era depredadora. Sí, era peligroso.

—No puedes escapar, Maigrey. Te he comprado. Eres mía.

Su voz era suave contra el aullido del viento, pero a Maigrey no le costó oírlo. Oscuro. Fuerte. Peligroso. Era Stefan Vaderfjord, y según todas las leyes de la tierra, ella le pertenecía.

Por un momento, Maigrey lo miró desafiante. El viento le azotaba el manto alrededor del

cuerpo y su pelo húmedo y oscuro enmarcaba su rostro ensombrecido. Remolinos de agua corrían por su cara y su cuello a través de la espesa mata de pelo que quedaba al descubierto en la abertura de su túnica.

—Cuando te vi por primera vez supe que eras una criatura apasionada —masculló.

—Solo porque tengo miedo.

—No, porque realmente comprendes la furia de la pasión. Porque comprendes a la bestia carnal que vive dentro del guerrero. Esta alegre persecución a la que me has llevado... el látigo…

—Escape. Protección.

—Fuego. Pasión.

—Déjame ir, sire, para que pueda ayudar a mi pueblo. Debo llegar a Athdara. —Como no confiaba en él, no se atrevía a contarle su intención de ir al norte de Escocia.

—No, te necesito. —Él se acercó.

Maigrey se apartó el pelo goteante de la cara y rio con amargura.

—Cualquier mujer bastaría, sire. Tú mismo dijiste que soy una mujer pequeña, nada de tu agrado.

Ella oyó su suave risa.

—Dije que eras más pequeña que la mayoría, pero me siento muy atraído por ti, Maigrey, hija de Morcar.

Estaba de pie con las manos en las caderas, el pecho subiendo y bajando con cada pesada respiración. Con un sobresalto, Maigrey se dio cuenta de que su propia respiración estaba acompasada con la de él, lenta y profunda. Parecía como si la lluvia estuviera lavando su propósito, su resolución, acogiéndolos con llamas de anhelo. Sintió que el deseo se apoderaba de ella, un fuego lento que crecía en sus regiones inferiores.

—Te he deseado desde la primera vez que puse mis ojos en ti.

La ropa empapada de agua de Stefan se pegaba a su musculoso físico. Su postura estaba llena de la furia de la pasión desatada en su estado más primitivo. Dio un paso adelante. Ella sacó una tercera hoja de su faja

—No te acerques más —le advirtió.

—O, ¿qué?

—Me veré obligada a hacerte daño.

Stefan se rio.

—Matarme es la única forma de que me detengas.

Miró fijamente a Maigrey. Los relámpagos la iluminaban en ráfagas explosivas. Sus ojos eran grandes y redondos. Su boca estaba entreabierta.

Su mirada bajó hasta sus pechos, hasta los pezones que se tensaban contra el material húmedo que moldeaba su plenitud. Se pasó la muñeca por la boca. Imaginó que podía sentir la textura cremosa de su piel, que podía saborear su dulzura melosa. Sus fosas nasales se llenaron de su aroma a agua de fresa. Su mirada bajó hasta detenerse en la unión de sus muslos y caderas,

donde el material de sus pantalones empapados se aferraba de forma tentadora.

La mirada de Stefan era ardiente y lujuriosa; alimentaba el fuego que ya ardía en el interior de Maigrey. Apenas podía quedarse donde estaba ni mantener las manos quietas. Por primera vez en su vida, quiso correr hacia un hombre y apretarse contra su pecho. Él dio otro paso adelante, sacudiéndola de su trance, y ella salió disparada.

Giró sobre sí misma, tropezó, cayó y dejó caer su daga. Se estaba arrastrando lejos de Stefan cuando él aterrizó a su lado.

—No. —Su mano se enredó en el pelo de ella—. No volverás a escaparte de mí. —La lluvia caía sobre ellos con furia torrencial. Él la apretó contra el suelo y cubrió su boca con la suya en un beso caliente y exigente.

—Mi gato montés —murmuró—. Siseando y arañando. Jugando a tus juegos de apareamiento. Fingiendo que no me deseas, pero todo el tiempo llevándome en una alegre persecución.

Maigrey siseó y LO arañó. Se olvidó de sus heridas mientras luchaba. Torció la cara para apartarla de la de él.

—¿Tan pronto has olvidado tus palabras, sire?

Una nueva cortina de lluvia cayó sobre ellos.

—Cualquier hombre puede tomarme por la fuerza —le recordó ella.

—Sí, eso es cierto —confirmó Stefan. Tras una breve pausa, añadió—: Nunca he sido un hombre de emociones extremas. Pero tú, mujer, me llevas al límite. —Le pasó la mano por la cara, tocándole las cejas, la nariz, la boca—. A veces, actúas como si fueras una experimentada mujer de mundo. Otras, pareces inocente. Proyectas un misterio que me atrae.

—Soy inocente.

—Lo dudo, Maigrey, pero si quieres jugar a ese juego, yo también. Finjamos que eres un gatito asustado. —Su voz se había vuelto grave, sensual, acariciando toda su determinación—. Quiero que ronronees para mí, que te frotes contra mí, que te sientes en mi regazo... porque quieres. Seré gentil contigo, pequeña gata salvaje, y te domesticaré.

—Es posible que te dome yo a ti, sire —murmuró ella.

Su risa se convirtió en beso cuando él posó su boca sobre la de ella. Pero esta vez no tomó ni exigió. Recorrió su cuerpo con las manos, sus labios buscaron los de ella una vez tras otra. Su entrega fue la perdición de Maigrey. Ella tembló y se acurrucó más contra él. La punta de su lengua recorrió la costura de sus labios temblorosos. Maigrey jadeó y se puso rígida. Estuvo tentada de abrir la boca para recibirlo, pero no lo hizo.

—Por tu reacción, Maigrey —su voz era profunda y cálida—, diría que finges que no te han besado antes.

—Lo hago.

La habían besado, si se podían contar los picos tentativos que había recibido.

—No estás respondiendo a mis besos. ¿Te gustan?

—Sí.

Stefan levantó la cabeza y le apartó los húmedos mechones de pelo de la cara. En la oscuridad, ella no podía ver su expresión, pero podía sentir su sonrisa.

—Sí, ¿qué, Maigrey?

—Me gustan.

—Bien —murmuró él con las manos aún acariciándole la cara—. Pronto, Maigrey, todo tu cuerpo cantará de placer... ante mis caricias.

—Eso me gustaría, sire —jadeó Maigrey—. Como te dije cuando te conocí en el bosque de Thornsgate, he cantado toda mi vida sobre los hombres y el placer que dan a las mujeres, pero nunca he disfrutado de ese placer.

—Nunca.

—Nunca.

—Entonces, seré el primero para ti en muchos sentidos.

—En todos los sentidos.

La punta de su dedo trazó el contorno de su labio inferior, luego acarició la plenitud. Ella suspiró de placer. Con su boca sobre la de ella, captó el suave rumor de su respiración. Lentamente, con suavidad, aumentó la presión de su beso hasta que los labios de ella se separaron. Esta vez, cuando su lengua exigió la entrada, ella le dio la bienvenida. Él se sumergió más adentro para saborear la suavidad interior de sus labios con una nueva intimidad.

La penetración de su lengua sorprendió y complació a la vez a Maigrey. Apoyó la palma de la mano en su pecho y sintió el latido de su corazón. Él estaba tan afectado como ella. Con cuidado, retiró la lengua. Ella gritó.

La soledad la asaltó. Con rapidez, él la penetró aún más profundamente. Maigrey gimió.

—Sí, Maigrey, ronronea para mí.

El cuerpo de Stefan se tensó. Se burló y la acarició. La tentó. La sedujo hasta que Maigrey solo oyó el estruendo de su deseo y solo conoció el sabor de esa misma emoción en Stefan. La lamía como el fuego en tiempos de sequía. Ella deslizó las manos alrededor de su cuello, atrayéndolo más cerca. Los brazos de él la rodearon a su vez, estrechándola contra su pecho.

Los pechos de Maigrey se hincharon. Ella temblaba. La presión de las manos de Stefan aumentó mientras él la arqueaba más completamente en su abrazo. Maigrey gimió de nuevo. Su sensualidad abrasó a Stefan, estremeciéndolo. Había conocido a muchas y variadas mujeres. Conocía el arte de hacer el amor según muchas culturas, pero ésta era la primera vez que una mujer respondía tan completamente, con tanta honestidad, a su beso.

Había deseado a Maigrey, pero nunca había soñado la intensa pasión que ella despertaría en él, la respuesta que exigiría a cambio. Cuanto más tenía de ella, más la deseaba.

Stefan se olvidó de todo menos de Maigrey. Sus manos se movieron desde la espalda de ella hasta sus caderas, desvariando y acariciándola. Su lengua se acopló a la de ella en un silencio salvaje e hirviente. Deslizó los dedos entre sus piernas y deseó que estuviera sin ropa para poder sentir su fuego desnudo. Maigrey se puso rígida por culpa del asombro. Como acto reflejo, forcejeó, apretando las piernas. Le agarró la mano e intentó apartarlo.

—¡No! —gritó.

Aunque estaba desesperadamente hambrienta de que la tocara ahí, no podía aceptarlo dentro de su cuerpo.

—¿No? —preguntó él con voz ronca. Se levantó y la miró a la cara. Con voz más áspera, repitió—: ¿No, Maigrey?

—Por favor, sire —suplicó Maigrey—, no me tomes así.

Stefan respiraba de forma entrecortada.

—¿Por qué no? Has admitido que disfrutas con mis besos y tú eres quien nos ha conducido a las tierras salvajes.

—Sí —susurró ella, sintiendo que la humillación le calentaba las mejillas—, lo he disfrutado, pero nunca me he acostado con un hombre.

—¡Se acabó fingir! Me he cansado de ello.

Sabiendo que era inútil luchar contra un hombre que era mucho más fuerte que ella, o discutir con alguien que ya la había juzgado, Maigrey dijo, más por efecto que con la convicción de la verdad:

—Te he permitido libertades con mi cuerpo, sire, pero tengo miedo. Y frío.

Inmediatamente, Stefan arrojó su manto sobre ambos y Maigrey se arrimó más a él.

Ganando tiempo, dijo:

—Te pido disculpas por haber huido, y por haberte golpeado con la leña, y por haber dormido a Ulf. Por favor, llévame de vuelta contigo y cuando te acuestes conmigo sea de una forma más suave. Volvamos a tu jergón en la cueva.

Tumbado medio encima de ella, Stefan inmovilizó a Maigrey contra el suelo con su peso.

—¿Por qué debería hacerlo?

Sabiendo que escapar sería imposible, ella dijo:

—Obtendrías más placer y tú eres un hombre práctico.

Stefan se rio a su pesar.

—Tienes razón. Este no es el mejor lugar para acostarnos. Volveremos a la cueva. Primero debemos encontrar a los caballos.

Se levantó y le tendió una mano para ayudarla. Al levantarse, el agua caía en cascada de su ropa. Inspeccionó los vendajes alrededor de sus muñecas.

—Tendré que cambiarlas de nuevo.

—Sí.

—Además, Maigrey, recuerda que, cuando lleguemos a la cueva, no aceptaré más excusas por el retraso. —Le cogió la barbilla y le levantó la cara hacia la suya—. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Empapada y fría, tiritaba. Stefan suspiró, desabrochó su manto y lo echó alrededor de ella.

—¿Voy a estar siempre rescatándote?

—No hace falta que me des tu manto —respondió ella, pero agradecida, se hundió más en

la espesura.

—Está forrada de piel, es cálida y está seca.

—Pero tú la necesitas.

—Le quitaré la manta a Silver Prince. Mantendrá lo peor de la lluvia y el frío lejos de mí hasta que lleguemos a la cueva.

—Me sentiría mejor, sire, si…

—No. Quiero mantenerte lo más seca posible. He dicho que no aceptaré excusas cuando lleguemos al campamento. —Stefan le subió el manto por el cuello y se lo volvió a abrochar. Maigrey suspiró cuando un poco de calor se filtró en su cuerpo.

—¿Por qué no está húmedo por dentro?

—Los hombres del norte somos hijos e hijas del mar y de las heladas tierras del norte. Engrasamos muchas de nuestras pieles para hacerlas resistentes al agua.

—Como la tienda —dijo Maigrey—. Tendrás que enseñarme esta técnica.

—De acuerdo —sentenció Stefan—. Lo haré. —Después de un momento añadió, con voz cálida—: Serás la primera mujer, aparte de mi madre y de mi tía, que me habrá confeccionado ropa.

—¡No me refería a que fuera a confeccionar ropa para ti! Estaba pensando en hacer mantos para las Dagas de Plata.

—Entonces, será mejor que reorientes tu pensamiento. Tú cuidarás de mí en el futuro, no a las Dagas de Plata. Tendrán que aprender a hacer las cosas por sí mismos. Ahora cageremos a los caballos.

Como había hecho antes ese mismo día, entrelazó sus manos, con cuidado de no rozarle las muñecas, y los dos caminaron bajo la lluvia en busca de sus monturas. Finalmente, encontraron al semental, pero no a la yegua.

—Tu insensatez nos ha hecho perder un buen animal —dijo Stefan. Cogió la manta del lomo del semental y se la echó sobre los hombros. Cansada, pues los acontecimientos del día la habían alcanzado, Maigrey dijo:

—¿Vamos a montar los dos sobre un mismo caballo, sire?

—No —respondió él—. Mi semental está cansado. Ha cabalgado mucho. No podrá cargar con más de uno esta noche.

Maigrey suspiró y asintió. Entendía el código del guerrero. El sire cabalgaba; la señora caminaba. Las manos de Stefan rodearon su cintura. Ella jadeó cuando él la hizo girar sobre el lomo del corcel cubierto de plata.

—Te quiero sobre el semental porque tengo toda la intención de disponer de tu cuerpo cuando regresemos, y no deseo que estés tan agotada de caminar que te desmayes sobre mí.

Sí, pensó, el forastero es un hombre práctico que siempre vela por sus propios intereses.

Sin embargo, la emoción recorrió a Maigrey. Al proteger sus propios intereses, le estaba proporcionando a ella otra oportunidad de escapar. Apretó las rodillas contra los costados del semental. Quizá aún saborearía la libertad esta noche.

Como si hubiera leído su mente, Stefan dijo:

—Mi paciencia ha llegado a su fin, Maigrey. Un segundo intento de escapar tendrá consecuencias nefastas. Tan pronto como lleguemos al campamento, haré que te suelden la torsión al cuello.

Maigrey se estremeció ante la idea.

—Realmente no es necesario mientras tenga el pelo corto, sire.

—Tu pelo corto te marca como una mujer deshonrosa. El par te marcará como de mi propiedad.

Maigrey se tragó una decepción. Finalmente, aceptó que ahora tenía más posibilidades de llegar al norte de Escocia si viajaba con Stefan.

—No discuto que me hayas comprado a los hombres de Farlan y que me consideres de tu propiedad, pero te pido un favor. No me trates como una esclava.

Stefan se detuvo y se volvió.

—¿Y tus planes para ir a Athdara? —Sin revelar más que lo necesario, Maigrey respondió con sinceridad:

—Buscaré la ayuda que necesito entre la gente del norte de Escocia. Allí hay quienes atestiguarán que soy una bardo de la Piedra del Refugio, no la traidora o la ramera que Ardac afirmó. Debo persuadirlos para que nos ayuden en Thornsgate. Desde allí regresaré a Athdara. —Cuando él no respondió, ella añadió—: Puedo guiarte por una ruta más corta que te llevará allí tres días en lugar de cuatro.

Después de un momento, Stefan dijo:

—Si espero a poner mi par alrededor de tu cuello y no me acuesto contigo hasta que lleguemos al norte de Escocia, ¿me darás tu palabra de que no volverás a intentar algo tan temerario como escapar?

—Lo prometo. —El alivio la inundó—. Oh, gracias. La Alta Reina Muireall del Norte de Escocia me conoce. Ha visitado el Santuario de Piedra del Refugio muchas veces.

Maigrey se dio cuenta de que estaba divagando, pero estaba demasiado contenta para que le importara.

—La última visita de la reina fue hace solo unas lunas. Ella y su nuera, la princesa Astrid, hicieron la peregrinación. Cuando hablé con la princesa más tarde, lamentó que su marido, Lachlann mac Gordon, no pudiera hacer el viaje con ella.

—Lachlann mac Gordon —masculló Stefan—. ¿Lo conoces?

—Solo le he visto una vez, sire y fue hace seis inviernos. Pero sé de él. Es el hijo adoptivo del Gran Rey Fergus. También es uno de los guerreros más valientes de todas las Tierras Altas.

—¿El Alto Rey Fergus es quien te concederá santuario?

—Sí. ¿Me llevarás a su aldea?

—Sí, Maigrey —confirmó Stefan—. Lo haré. Entonces, él me dirigirá al hombre que busco.

—O si él no puede, lo hará uno de los jefes de clan —convino Maigrey—. Todos se

reunirán en la aldea de Fergus para celebrar la fiesta de otoño. —Más relajada de lo que había estado en días, Maigrey sonrió—. sire, no te arrepentirás de esto.

Maigrey bajó la mirada para ver cómo la mano de Stefan se cerraba con fuerza sobre el martillo de Thor esmaltado en negro que llevaba al cuello.

—Sí, Maigrey —dijo—, eso espero.

Capítulo 10

Las nubes oscuras se disiparon por un tiempo, dejando solo un velo para cubrir la luminiscente creciente en el cielo. Durante un momento mágico, la cañada se inundó de una maravilla resplandeciente de azul plateado y negro. Pronto, la luna desaparecería. Vendría más lluvia. Pero, por ahora, lo peor de la tormenta había pasado.

Cuando Stefan y Maigrey cabalgaron hacia el campamento, todo estaba tranquilo y oscuro, excepto por varias tiendas que brillaban tenues, iluminadas por pequeños fuegos que había en su interior.

—La lluvia ha llevado a los hombres a buscar refugio —comentó Maigrey—. Mira cuántas tiendas más han levantado desde que nos fuimos. —Se fijó en una azul y blanca en particular—. ¿No son esos tus colores?

—Sí —respondió Stefan seco—, mi padre ha llegado.

Stefan detuvo a Silver Prince fuera del corral, desmontó y abrió la puerta.

—Creía que íbamos a encontrarnos con él —dijo Maigrey.

—Yo también lo creía. —Una voz profunda retumbó—: ¿Qué ha pasado? —mientras el padre de Stefan salía de la oscuridad.

—Me entretuvieron —contestó Stefan, y luego añadió secamente—: Como estoy seguro de que Einar y los demás ya te han contado.

Stefan metió las manos bajo el manto, cogió a Maigrey por la cintura y la bajó. La acomodó sobre sus pies y luego condujo al semental al corral.

—Cuando insistí en que nos separáramos, Stefan, me refería a que avanzáramos hacia el norte de Escocia, no más atrás en Glemnuir. —Lang miró a Maigrey, y en el azul de sus ojos, ella vio desaprobación en su rostro barbudo.

—Supongo que Einar te habrá dado un informe completo —comentó Stefan.

—Sí, y solo espero que la puta merezca la pena. —Maigrey echaba humo, pero Stefan le dedicó una sonrisa a su padre.

—Aún no lo he averiguado, y probablemente no lo haga pronto.

—No —le devolvió Lang—, no quedan muchas horas en las que descansar del todo. ¿Einar me ha dicho que piensas partir antes del amanecer?

—Sí, pero he estado pensando que podríamos retirarnos ahora. —Stefan echó las riendas y el cabestro por encima de la valla y luego la manta empapada con la que se había envuelto alrededor de los hombros—. La lluvia borraría nuestras huellas.

Lang se frotó una mano por su barba oscura, que tenía vetas plateadas.

—A menos que te estén siguiendo, eso no debería preocuparte.

—De momento no nos siguen, pero los guerreros a los que compré a Maigrey son unos avariciosos. Volverán para robarla y poder cobrar una segunda recompensa.

—El trueque por ella fue una tontería.

—Yo la quería. Mi error fue dejarles vivir para contarlo.

Aunque a Maigrey no le agradaba la idea de pertenecer al hombre del norte, se alegró de que Stefan no se disculpara por haberla comprado.

Einar, con una antorcha encendida en la mano, se acercó a ellos.

—Así que nuestro caudillo y nuestro juglar errante han regresado. —Les echó un vistazo a ambos—. No hay grandes daños en ninguno de los dos, por lo que veo.

Stefan frunció el ceño.

—Encárgate del Príncipe Plateado por mí.

Einar rio entre dientes.

—Sí, sire. —Sujetó la antorcha a un poste del corral.

—¿Cómo está Dacy? —preguntó Stefan.

—Febril. Delirante —respondió Einar—. Veld también delira. Se ha quedado sin medicinas y cree que los has abandonado a él y al paciente.



Lang se acercó al resplandor de la luz de las antorchas.

—No es propio de Stefan ser tan negligente con sus deberes.

Stefan maldijo.

Lang estaba lo bastante cerca para que Maigrey pudiera verlo mejor. Era, en efecto, un hombre macizo. El pelo oscuro, salpicado de plata en las sienes, le colgaba suelto hasta los hombros. Llevaba una camisa clara y pantalones oscuros y su manto caía de forma descuidada sobre un hombro.

—¿Tu viaje transcurrió sin contratiempos, Lang? —preguntó Stefan.

—Sí, y habría sido mejor si hoy hubiera viajado más lejos. Estaríamos fuera de Gienmuir.

—No lo hice y no lo estamos —añadió Stefan—, y eso es todo, padre.

Mientras Einar se movía entre los caballos, estos empezaron a relinchar. Uno de ellos pasó corriendo junto a la valla donde estaba Maigrey y llamó su atención. Le resultaba familiar. Se acercó al corral.

—¡Ese caballo! —exclamó, señalándolo—. Es uno de los nuestros.

—Claro que lo es —respondió Stefan con impaciencia.

—No es tuyo. ¿Ves la marca que tiene? Pertenece a las Dagas de Plata. Puede ser la que montaba Fagan. —Stefan se puso a su lado.

—¿Fagan?

—Fagan es nuestro corredor y jinete más rápido. Iba de camino al norte de Escocia para informar al Alto Rey Fergus de que Thornsgate había sido atacado. —Incluso mientras pronunciaba el nombre de Fagan y recordaba su ágil cuerpo volteando por el aire en hazañas de acrobacia asombrosa, la posibilidad de que hubiera sido capturado... o asesinado... hizo que una punzada de lágrimas asomara a los ojos de Maigrey. La última noche que las Dagas de Plata habían acampado juntas, habían estado tan felices y ansiosas por volver a casa. Esta noche estaban dispersos... en peligro.

—Encontramos el caballo cuando volvimos a buscarte —le informó Lang a Stefan—. También encontramos cerca el cuerpo decapitado de un guerrero. Una lanza de púas le había atravesado el corazón.

—Quizá no sea tu amigo —intentó tranquilizar Stefan a Maigrey, y luego a su padre le preguntó—: ¿Puedes describirlo?

Cuando Lang terminó, Maigrey dijo sombría:

—Era Fagan. Los hombres de Farlan lo mataron. —Se agarró a la barandilla del corral con ambas manos y se obligó a contener las lágrimas. Aunque ella y Dacy habían temido por su amigo, Maigrey se había aferrado a la esperanza de que Fagan hubiera llegado sano y salvo y que los guerreros del norte de Escocia estuvieran ahora de camino a Thornsgate.

—¿Qué significaba para ella? —preguntó Lang volviéndose hacia Stefan. Maigrey sabía que Lang se refería a ella y a Fagan, pero su forma de hablar como si ella no existiera la enfureció. Se giró y fulminó al anciano con la mirada.

—Sire, tengo oídos con los que oír y una boca con la que hablar. Si quiere saber algo sobre mí, pregúnteme. Fagan era mi amigo, uno de los juglares con los que viajé…

—Tu esclava es insolente, Stefan. Necesitas enseñarle respeto.

—Sí. —Stefan sonrió. Agarrando los hombros de Maigrey, tiró de ella suavemente—. Es hora de que te cambies la ropa mojada y empecemos con nuestras sesiones.

—Sí. —Pero Maigrey no sintió el frío. El dolor y la desesperación por la muerte de su amigo la habían entumecido. Fagan estaba muerto. Dacy estaba herido, quizá al borde de la muerte. Farlan había encarcelado a su padre adoptivo, a los sacerdotes y sacerdotisas del claustro y a los Puñales de Plata. Y ella era la esclava de Stefan.

Una vez más, Maigrey sintió la mirada de Lang sobre ella. Se volvió y lo encontró mirando con desprecio el manto de piel aceitada de Stefan que ella llevaba puesto.

—Creo que también es hora de que te cambies de ropa, Stefan. —Lang ladró las palabras.

Maigrey sintió que Stefan se tensaba, pero siguió caminando.

—El aire de la noche es enérgico, y tú no tienes capa —continuó Lang—. Estás calado hasta los huesos.

—Lo estoy —convino Stefan—, y helado. La mejor manera de que un hombre entre en

calor cuando tiene frío y está mojado es acostarse con una mujer.

Lang resopló.

Stefan se rio.

—Fuiste tú quien me dio el consejo.

—Entonces, aquí tienes más consejos, ya que estás inclinado a escuchar. Hay un momento y un lugar para todas las cosas. Este no es el momento ni el lugar para ella.

—No discutamos más esta noche, padre —pidió Stefan con voz suave, pero firme—. Estoy cansado.

—Stefan…

—No más, Lang. —Por encima del hombro, Stefan llamó a Einar—: Estaremos en camino antes del amanecer. Apenas tres o cuatro horas.

—Sí.

Guiando a Maigrey, Stefan se dirigió hacia el campamento. Lang se puso a su lado.

—No olvides por qué estás aquí, Stefan. —Una pausa pesada.

—No lo he hecho.

Maigrey sintió la tensión entre padre e hijo. Aun así, Stefan no ofreció disculpas por sus actos. Tampoco Lang retrocedió ni desistió. Maigrey dedujo que padre e hijo eran iguales: testarudos y acostumbrados a salirse con la suya.

—Cuanto antes terminemos nuestro asunto y nos marchemos, mejor será para todos —sentenció Lang—. Tal vez podamos regresar a casa antes de que los ríos comiencen a congelarse.

—Sí —confirmó Stefan.

Lang se detuvo ante la tienda azul y blanca.

—¿Cuándo hablaremos?

—Esta noche —respondió Stefan—. Volveré cuando me haya puesto ropa seca y haya visto a Dacy.

—Veamos primero a Dacy, sire. Puede que te necesite —imploró Maigrey.

—Estaré esperando —respondió Lang.

Stefan y Maigrey siguieron caminando hacia el pabellón que daba cobijo a Dacy.

—Stefan —gritó Lang. Se volvió y miró a su padre—. ¿Dónde está el lobo? No lo vi contigo.

—Dormido.

Con un gruñido, Lang desapareció en su refugio y Stefan guio a Maigrey a través del campamento hasta el pabellón amarillo y blanco.

—Lamento la muerte de tu amigo —musitó.

—Gracias. —Ella se recompuso—. Estoy preocupada, sire. Temo que les haya ocurrido lo peor a mi padre adoptivo y a mi primo.

—Por tu bien, espero que no.

—Rob es tan joven —sollozó Maigrey—. Me resulta difícil darme cuenta de que solo ha visto diecisiete inviernos.

—La madurez, Maigrey, no tiene nada que ver con el paso de las estaciones, es el resultado de nuestras experiencias.

Levantó la solapa del pabellón. Veld se levantó precipitadamente.

—¡Stefan! —exclamó, con el rostro iluminado—. Me alegro de que hayas vuelto. Ha dado un giro para peor.

Maigrey se dejó caer de rodillas a un lado de Dacy, Stefan al otro. Bajó las mantas, desató las correas de cuero y desenvolvió las vendas.

—Dacy —susurró Maigrey, lanzando una rápida mirada a la herida roja e hinchada. Se centró en el rostro pálido y hueco de Dacy. Sabía que se estaba muriendo, pero no quería dejarle marchar—. Soy yo, Maigrey. Estoy bien. El hombre del norte ha accedido a llevarnos con él al norte de Escocia. Nos protegerá.

—Maigrey —advirtió Stefan.

—Estarás mejor por la mañana, Dacy. De verdad que lo estarás. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas y cayeron sobre la manta.

—Maigrey —llamó Stefan por segunda vez—. Vamos a levantarnos temprano.

Stefan se movió alrededor de Dacy y la cogió en brazos. Apretó la mejilla de ella contra su pecho.

—Es hora de cantarle, Maigrey.

—No, sire. —Ella se apretó contra él. Había perdido a Fagan. Ahora perdía a Dacy. Nunca volvería a verlo, nunca le hablaría en el dialecto de su infancia.

—Canta, Maigrey —ordenó Stefan en voz baja.

—Ya le canté antes.

—Pues canta otra vez. —Pareció gruñirle las palabras. Ella levantó la vista hacia él—. Ahora.

Una calma interior y una gran fuerza fluyeron a través de ella. Se apartó de Stefan y cogió la mano de Dacy. Entrelazó sus dedos y empezó a cantar. A través de la letra de la canción, le acompañó por las montañas y cañadas de las Highlands, a través de arroyos y ríos hacia un mundo brillante y soleado.

Dacy empezó a respirar profundamente. Cogió aire, lo retuvo y luego tosió muy débil. No respiró más.

Maigrey siguió cantando. No podía parar.

Stefan la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza. Ella deslizó los brazos bajo su manto y rodeó su cintura, sin importarle que ambos estuvieran mojados. Sus dedos se clavaron en su espalda. Necesitada de su fuerza y su calor, necesitada de un amigo, se apretó contra él. Al final, tras apartar con suavidad a Maigrey de él, Stefan la levantó con él.

—Veld, ocúpate del entierro.

—No, sire —dijo Maigrey—. Yo…

—Cantaste su canción y lo acompañaste al otro mundo —sentenció Stefan en voz baja, pero con firmeza—. Podemos enterrarlo. Encárgate de ello, Veld.

El joven asintió.

—Voy a llevar a Maigrey a la cueva.

Stefan levantó a la desconsolada mujer en brazos y salió de la tienda hacia el frío cortante de la noche otoñal. Largas zancadas lo llevaron a través del campamento. Cuando llegaron a la cueva, se sentó en una roca y la abrazó.

Todo lo que Stefan quería oír, todo lo que oyó, fue la dulzura de la voz de Maigrey mientras le cantaba a su amigo. La belleza y la sencillez del ritual lo conmovieron de un modo que nunca había soñado posible. No recordaba cuándo las palabras, el tono y el ritmo le habían conmovido tan profundamente.

—Dacy está ahora en el otro mundo, sire.

Stefan le pasó la mano por el pelo mojado, bajando por los hombros hasta la parte baja de la espalda. Quería llevar su dolor dentro de sí, enjugar sus lágrimas.

—Todo lo que alguna vez amé me ha sido arrebatado —murmuró ella—. Mi familia. Fagan. Dacy. Y no sé qué ha sido de Rob y Morcar…

—Mi pequeña bardo —pronunció él con suavidad—. No tenemos noticias de que les haya ocurrido nada malo a ninguno de los dos. No dejes que los miedos imaginarios te atormenten.

Maigrey lloró con más fuerza.

—Algo les ha ocurrido, lo sé.

Con la mirada fija en el pozo de fuego, donde solo brillaban las brasas, Stefan puso a Maigrey en pie.

—Tienes que desnudarte —le dijo.

Tenía tanto frío que le temblaba el cuerpo, pero aun así se quedó de pie y lloró. Stefan desabrochó el broche y le quitó el manto de un tirón, arrojándolo al suelo. Con rapidez, le quitó la ropa del cuerpo, pensando solo en su salud. Tan pronto como estuvo desnuda, la tumbó en el jergón y la cubrió con una manta forrada de piel.

Con la misma rapidez, se despojó de su propia ropa, empujando por primera vez su correo descuidadamente por el suelo. Por una de las pocas veces en su vida, prescindió de su equipo de combate por algo que consideraba más importante. A través de las sombras envolventes, regresó al jergón, se metió entre las mantas y la cogió en brazos.

Era una mujer delicada. Sonrió al recordar su desafío cuando le dijo que medía casi siete manos y diez de altura. Apretó su cara contra la cabeza de ella, amando el tacto de las sedosas hebras.

Más que avivar su pasión en aquel momento, la suavidad de ella, su feminidad, parecían traer un apaciguamiento y una paz a su espíritu.

—Dacy era mi mejor amigo, sire —prorrumpió con voz hueca, apoyando la palma de la mano en el pecho de él.

Ella se volvió y hundió la mejilla en su pecho, y Stefan disfrutó de la presión y el calor que sentía.

—Solíamos jugar juntos. Nunca soñamos que acabaría así. —Tras una larga pausa, añadió —: —Murió ayudándome a escapar.

Nuevas lágrimas mojaron el pecho de Stefan, pero él solo la abrazó con más fuerza. Ella empezó a hablar de su infancia con Dacy, y él la escuchó. Aunque solo hablaba de su amigo, Stefan sabía que lloraba todas sus pérdidas.

La abrazó, pasándole la mano por la cabeza y por el pelo. Le dio un beso reconfortante en la coronilla. Al final, las lágrimas... y la charla... amainaron. De vez en cuando, moqueaba.

A Maigrey le gustaba la sensación de su mano en su pelo, el tentador roce de las yemas de sus dedos a lo largo de su cuero cabelludo. Cerrando los ojos, se relajó contra él. En ese momento, no le importaba quién era ni lo que había hecho. Necesitaba y deseaba su fuerza y protección. Con un estampido reverberante que hizo vibrar la tierra, un trueno anunció el regreso de la tormenta. La lluvia arreció.

Por encima del sonido, Maigrey oyó el fuerte latido del corazón de Stefan bajo su oído, rítmico y poderoso. Stefan Vaderfjord estaba vivo, y ella necesitaba la vida... quizá ahora más que nunca.

—Gracias por abrazarme, sire —susurró con una risa llorosa—. Sé que no te gusta que te acuse de ser amable, pero ahora mismo, permíteme creer que lo eres. Por favor.

—Cree lo que quieras.

Ella sonrió.

—Me asusté mucho la primera vez que te vi.

—¿De verdad? —Sintió el roce de su mejilla contra su pecho cuando ella asintió.

—Pensé que eras la tormenta. El rayo y el trueno en uno solos.

—Puede que lo sea. —Él se apartó un poco de ella.

—No lo creo. Las tormentas dejan destrucción a su paso. Pero tú es un sanador, sire.

Stefan se recordó a sí mismo que él era el vengador... no el sanador. Había venido al norte de Escocia para matar a Lachlann mac Gordon, y lo haría.

Maigrey le conducía directamente hacia el hombre. Sin embargo, en su interior, Stefan ardía en deseos de curar a la gente, de traer la paz en lugar de la guerra, de hacer trueques por posesiones en lugar de tomarlas por la fuerza.

Era el hijo de Lang, el heredero del Clan de los Lobos. Su padre le había inculcado desde bebé sus deberes y responsabilidades como líder, como caudillo. Solo en la medida en que Stefan había cumplido con sus obligaciones como guerrero, su padre le había permitido, a regañadientes, dedicarse a sus distintas vocaciones como galeno y erudito. A veces, el conflicto interior era tan grande que Stefan sentía como si varios hombres diferentes habitaran su cuerpo. Empujó las mantas hacia abajo.

—¡No lo hagas! —gritó Maigrey, y entonces vio su cuerpo desnudo.

—Si vuelvo, Maigrey, el consuelo cederá a la lujuria. Mi cuerpo ya se está poniendo duro

al pensar en tu dulzura.

En su interior, Maigrey clamó para que volviera a sus brazos. Pero no dijo nada, incapaz de entregarse a él cuando él no confiaba en ella, no la respetaba.

Momentos atrás, él había sido cálido y cariñoso con ella. Ahora, volvía a ser poderoso, controlador, vigoroso... y lujurioso. Ella se estremeció.

Se levantó del jergón y apiló leña sobre las brasas incandescentes. Pronto ardió un fuego. Se inclinó sobre el lobo dormido.

Preocupada, Maigrey preguntó:

—¿Está bien? No quería hacerle daño. Yo…

—No lo has hecho —respondió Stefan—. Estará bien cuando por fin despierte. —Se levantó y, sin mirarla, añadió—: La noche es fría. Necesitas ponerte más ropa para dormir.

—¿No... volverás a la cama?

—No. —Su voz era ronca—. Muévete, mujer, antes de que cambie de opinión y olvide la promesa que te hice.

Envolviéndose en la manta, Maigrey se escondió detrás de la roca del rincón más alejado y buscó entre las mochilas su ropa seca. Volvió a temblar cuando dejó caer el cobertor y se puso las mallas. Se había puesto la camisa y estaba sujetándose los pantalones cuando levantó la vista y vio a Stefan de pie y desnudo fuera de la cueva.

Antes había vislumbrado su desnudez, pero ahora se mostraba completamente ante ella. Verlo apartó todos los demás pensamientos de su mente.

Aparentemente ajeno al frío, estaba de pie, de espaldas a ella. Tenía la cabeza levantada y la lluvia resbalaba por su cuerpo. Ella recuperó el aliento. Había visto hombres desnudos cuando atendía a los enfermos y heridos en el claustro, pero ninguno comparado con Stefan Vaderfjord. Era un espectáculo glorioso. La luz dorada del fuego jugaba sobre sus macizos hombros, que se estrechaban en una cintura esbelta y unas nalgas musculosas. Se dio la vuelta. Maigrey continuó mirando. Su masculinidad la fascinaba y excitaba a la vez.

Entró y cogió un paño para secarse. Al otro lado de la cueva, sus miradas se encontraron. Él sonrió. Apretando los pantalones contra sus mejillas ardientes, Maigrey se deslizó detrás de la roca. Él la encontró allí momentos después.

—Ah —se burló de ella—. Ya estás vestida y se me niega el placer de ver tu cuerpo desnudo.

Se arrodilló y le apartó los pantalones de la cara. Ella se quedó mirando su pecho cubierto de pelo rizado y oscuro. Su mirada se deslizó despacio hacia abajo hasta encontrarse con el paño seco, sujeto alrededor de su cintura.

—Ojalá pudiera quedarme contigo ahora —susurró él con los labios rozándole la frente, pero no puedo—. Y probablemente sea lo mejor para los dos, ya que he prometido que no te llevaría. Voy a ver a mi padre ahora y volveré cuando estés dormida. Cuando esté demasiado cansado para hacer otra cosa que dormir, y tú me provoques menos.

Le tocó la cara, pero no hizo ningún intento de abrazarla. Hipnotizada, Maigrey permaneció inmóvil bajo su mirada. Finalmente, se levantó y se alejó. Maigrey terminó de

vestirse. Para cuando se hubo puesto los pantalones y abrochado la faja a la cintura, Stefan ya estaba vestido y sentado en una roca más pequeña y tirando de sus botas.

—¿Dijiste antes que conocías una ruta más corta hacia el norte de Escocia? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, acercándose al jergón—. Es una ruta más segura porque es mucho más accidentada y la recorre menos gente. Atraviesa el extremo norte de Thornsgate y Athdara, aunque los hombres de Farlan nos sigan, pronto los perderemos allí.

—Si la ruta está en Thornsgate, ¿por qué no la conocen?

—Se cree que está maldita.

—Primero nos lleva a un árbol maligno, Maigrey, y luego nos obliga a acampar en suelo tiznado. Ahora nos pide que recorramos un sendero maldito. Tal vez nos deseéis el mal.

—Sería una tontería por mi parte poneros en peligro cuando, al hacerlo, me estaría poniendo en peligro a mí misma —sentenció ella—. Como antes, encenderé un fuego sagrado de madera de serbal y rezaré a los dioses para que levanten la maldición antes de que entremos en el sendero.

—He llevado la paciencia de mis guerreros tan lejos como he podido —aseveró Stefan—. No importa cuántos fuegos sagrados enciendas, si se enteran de que el sendero ha sido maldecido, no estarán dispuestos a recorrerlo.

—Soy un bardo, sire, y mi magia es fuerte. Las Dagas de Plata han viajado por este sendero durante muchos inviernos y nunca han sido maldecidas. —¡Hasta ahora! Se abstuvo de añadir.

—Entonces, Maigrey, realiza el ritual y no les digas nada a mis hombres. Dejaré que nos guíes hacia el norte de Escocia. —Stefan se echó la capucha de su capa sobre la cabeza—. Volveré más tarde.

Desapareció entre la cortina plateada de lluvia.



—¡El trueque por la mujer fue una tontería! —tronó Lang.

—Yo la quería —respondió Stefan.

—Nunca te he visto pensar con la vara en vez de con la cabeza. —Stefan sonrió.

—Hay una primera vez para todo, padre. Recuerdo cuando me empujabas a las mujeres. Temías que nunca llegara a tener experiencia en la cama.

Lang miró fijamente a su hijo durante un largo rato antes de reírse él también.

—Sí, es cierto, Stefan, pero también es hora de que encuentres una esposa. —Se acercó un poco más y dio una palmada en el hombro de su hijo—. Eres el único hijo que tengo y me preocupo por ti. Eres mi sucesor. Es tu deber continuar con la Casa de los Lobos. No me importa cuántas compañeras de cama tengas, pero quiero que te cases, Stefan, y que me des un nieto.

—Si no fuera por Lachlann mac Gordon, ahora estaría casado con Astrid, su esposa. —

Stefan se sentó en uno de los taburetes plegables.

La mano de Lang se curvó en un puño y se paseó por la tienda.

—Sí.

—He jurado a Thor que mataré al hombre que trajo la deshonra a Lang de los Lobos. Esta es mi primera preocupación. Luego, tal vez, tome a su novia.

Los ojos de Lang adquirieron una mirada lejana.

—He vivido para el día en que vengaré mi nombre. Ahora está a punto de hacerse justicia. —Tras un momento de silencio, preguntó—: ¿Sabe la mujer por qué estás aquí?

—Sí, pero no sabe a quién busco.

—Bien —dijo Lang—. Ten cuidado de que en un arrebato de pasión no le cuentes demasiado. Ella podría usarlo en tu contra.

Stefan suspiró.

—Siento lástima por ella, Lang, pero no soy tonto. Dudo que intente escapar de nuevo desde que le prometí llevarla al norte de Escocia, pero si lo hace, no sabe nada que pueda hacernos daño.

—No pretendía insinuar que fueras tonto. Sé de buena tinta, hijo mío, que es fácil contarle tus secretos a la mujer que comparte tu cama.

Stefan soltó una risita amarga.

—Aún no hemos compartido cama.

Lang abrió una bolsa de cuero para beber, sirviéndose a ambos una jarra de cerveza cada uno.

Tras varios largos tragos, Stefan dijo:

—Me preocupa que los hombres de Farlan no hayan regresado.

—¿Por la mujer?

—Por ella y por el botín.

—Cuando encontramos al muerto —dijo Lang—, registramos la zona y encontramos seis juegos diferentes de huellas de caballo. Las del juglar y otras cinco. ¿Podrían ser los mismos hombres que encontraste?

Stefan asintió.

—Los dirigía un hombre llamado Ardac.

—Se dirigían hacia el noroeste. Lejos de nosotros.

—De vuelta a la aldea del rey en Thornsgate. —Adivinó Stefan—. Me pregunto por qué. Estaba tan seguro de que volverían sobre sus pasos.

—Quizá decidieron urdir una historia para contársela a su rey y ahorrarse más problemas contigo —sugirió Lang. Volvió a llenar su jarra—. ¿Qué sabes de la mujer?

—Dice ser una bardo del Santuario de la Piedra del Refugio en Thornsgate, pero Ardac dice que es una ramera y una traidora que conspiró con los asaltantes del mar para que mataran al

rey y a su familia y robaran todas las riquezas del Claustro de Piedra Abrigo.

—¿Lo hizo?

—Ella dice que es inocente.

—¿Se llevaron todas las riquezas del santuario?

Stefan negó con la cabeza.

—No, Ardac dice que Farlan y sus hombres desbarataron a los asaltantes del mar.

—Entonces —musitó Lang, frotándose la barba con la mano—, el tesoro sigue allí.

—Una vez que hayamos matado a Lachlann mac Gordon, y hayamos recuperado la dote de ruptura, consideraremos saquear la Piedra del Refugio.

—¿Y crees que lograremos lo que los asaltantes del mar no pudieron encontrar?

—Sí, porque sabremos más de ella que ellos. Ahora mismo, sin embargo, no sabemos lo suficiente. Ni Ardac ni Maigrey me lo han contado todo. Pero Ardac sí reveló que Maigrey había robado una estatuilla sagrada del santuario. Estoy seguro de que la estaban buscando. —Stefan se levantó para marcharse—. Creo, padre, que en Maigrey tenemos la pieza que faltaba en este juego. No importa si es una puta o no, ama tanto a su padre adoptivo como a su primo y creo que podemos utilizarla para que nos ayude a saquear el santuario.

Lang rio con ganas.

—Esto es bueno para mi alma, hijo mío. Ahora puedo pasar por alto los riesgos que has corrido por tu lujuria. Espero que disfrutes inmensamente de la mujer. Mañana le diré a los hombres que después de que hayáis matado a Lachlann mac Gordon, buscaremos el tesoro.

—Adviérteles que no digan nada delante de Maigrey —instó Stefan—. Ella habla muchos idiomas, el nuestro entre ellos. —Se echó la capucha sobre la cabeza—. Buenas noches, padre. Es hora de descansar. Tengo intención de seguir el camino al amanecer.

Cuando Stefan regresó a la cueva, el fuego se había apagado una vez más, dejando un lecho de brasas incandescentes. Tanto Maigrey como el lobo estaban dormidos. Se quitó el manto y las botas y luego extendió el manto sobre Maigrey. Se deslizó en el jergón junto a ella, acurrucando su cuerpo alrededor del de ella. Ella murmuró en sueños.

A Stefan se le encogió el corazón y se acurrucó más cerca de ella. Quería protegerla del dolor y del daño.

Maigrey se revolvió y hundió las nalgas en el cuerpo de Stefan. Le llegó el olor de la leña quemada... y algo más, los tenues olores del jabón y el agua de fresa. Antes de su intento de fuga, Maigrey se había bañado, y él no había estado aquí para verla. ¿Se había quitado la ropa y se había quedado desnuda fuera de la cueva como él?

Aún recordando su hermoso cuerpo esbelto, sus pechos y caderas suavemente redondeados, pudo visualizarla allí de pie, con el agua deslizándose sobre ella. Sus brazos levantados, sus manos ahuecándose la nuca. Sus pechos empujados hacia arriba, como suplicando que los tocara. La idea de penetrar en su apretada vagina envió un rayo de calor a través de su cuerpo. Se estaba endureciendo, preparándose. No le sorprendió. Sus apetitos eran fuertes y hacía demasiado tiempo que no los satisfacía. Pero se lo había prometido.

Era insoportablemente consciente del peso suave y femenino de ella presionándolo

mientras su miembro crecía cada vez más. Intentó apartarse; ella meneó las nalgas contra él. Él palpitaba, se flexionaba, se ponía más caliente y duro con cada respiración.

La deseaba. ¿Por qué no la tomaba? Ella no significaba nada para él. Era una esclava. Había trocado tres medidas de oro por ella. Una puta, el maestro de armas del rey la había llamado. ¿Por qué debía mantener su promesa de no tomarla hasta que llegaran al norte de Escocia?

Porque había dado su palabra, se dijo a sí mismo, y Stefan Vaderfjord nunca faltaba a su palabra.

Capítulo 11

Stefan se incorporó gritando en silencio para tomar aire. El corazón le latía errático y su cuerpo estaba empapado en sudor. Había tenido otro de esos sueños inquietantes que lo habían atormentado toda su vida. Se arrancó de un tirón el cordón rojizo con el que Maigrey le había atado el pelo. Respirando de forma entrecortada, se pasó los dedos por los mechones sueltos y se acunó la frente con ambas manos, recuperando poco a poco la compostura. Respiró hondo... despacio. Se despreciaba a sí mismo por haber perdido el control.

Apartó las mantas con cuidado de no despertar a Maigrey y salió de la cueva. El viento que soplaba contra su cuerpo húmedo se sentía fresco y refrescante.

Toda su vida había sido bendecido... o maldecido... con visiones y sueños. No podía recordar un momento en el que hubiera estado libre de ellos. Esta noche, sus sueños lo habían transportado a ese extraño otro mundo que a menudo habitaba mientras dormía.

A veces, sentía como si le faltara una parte de sí mismo; otras, como si fuera dos hombres. Siempre sentía que alguien compartía sus victorias, su gloria... y sus derrotas y penas.

De niño, había hablado de estos sentimientos inusuales con su madre. Ella le había dicho que era un niño especial, que los dioses se lo habían dado a ella y a Lang cuando habían perdido toda esperanza de tener hijos. En estos sueños, le explicó, los dioses le hablaban. Estaba destinado a ser un magnífico gobernante que acabaría haciéndose cargo de la hacienda de su padre. Estaba destinado a unir todas las haciendas de los alrededores en una sola. Cuando Stefan le había preguntado por qué era a la vez diestro y zurdo en sus sueños, ella no pudo responderle.

La visión más poderosa de Stefan se había producido después de que hubiera demostrado su valía como guerrero e iba a recibir el torque de heredero de la Casa de los Lobos. Guiado a través del ritual por un vidente, Stefan se había apartado y ayunó durante días. En la décima noche recibió su sueño. Comenzaba como un guerrero, luego se convertía en un guerrero idéntico a él, aunque su doble vestía un atuendo extraño.

Mientras fuera el guerrero doble, nadie podría derrotarle. Mientras estaba codo con codo consigo mismo, una de sus formas blandía la hoz con la mano derecha, la otra con la izquierda. Ambas sostenían un escudo dorado entre ellas. En su visión, había vencido a todos sus enemigos.

A la mañana siguiente, cuando se había despertado, había sentido fluir a través de él una fuerza que desde entonces nunca había olvidado ni puesto en duda. El vidente le había explicado que lo que Stefan Kad había experimentado era la fusión de él mismo y Thor. Stefan sabía que los dioses lo habían elegido, que en él corrían la sabiduría y el poder de dos guerreros. Desde aquel día, Stefan se había propuesto cumplir su destino.

Regresó a la cueva y encendió el fuego. Mientras se acuclillaba frente a él, recordó otro

sueño del otoño pasado. Una vez más pudo ver la colina, oscura y premonitoria, con el humo saliendo por las entradas y los retorcidos senderos que la rodeaban.

En su sueño, escalaba la colina y corría hacia el túnel, sabiendo que estaba en llamas, sabiendo que probablemente moriría, pero impulsado por el deber y el deseo de salvar a la mujer...

Las llamas le abrasaron la palma de la mano y Stefan retiró la mano de un tirón. Se levantó y se puso la cota de malla. De espaldas al fuego, aún cavilando sobre sus extraños sueños, contempló el horizonte gris perla.

—¿Es hora de levantarse? —preguntó Maigrey.

—Sí —respondió él.

—Seguro que tienes frío de pie ahí fuera. Ven a buscar tu manto.

—Estoy bien. —Dio la bienvenida al frío, esperando que el viento helado ahuyentara sus sueños inquietantes... sus miedos—. ¿Crees que nuestros sueños revelan la verdad, Maigrey?

Ella se tomó un momento para responder, como si estuviera considerando seriamente su pregunta.

—Sí. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

No se atrevía a creer en el sueño que había tenido esa. Como en tantos otros, era zurdo y llevaba un torque de oro al cuello. Estaba enterrando a su padre, excepto que no era su padre. ¿Por qué se sentía tan apesadumbrado por la muerte de un hombre al que no conocía? ¿Qué significaba todo aquello?

Sonó el cuerno y Stefan se colocó el casco negro esmaltado y plateado sobre la cabeza. Hizo un gesto con la mano y dos guerreros se adelantaron.

—Voy a bajar al campamento —informó—. Quedate con Maigrey hasta que haya empaquetado nuestras pertenencias. —Se volvió hacia ella—. Toma una buena comida matutina para romper el ayuno. No nos detendremos a comer hasta el anochecer.



Farlan se inclinó hacia delante en el asiento alto de la Gran Casa de la aldea del rey. Aunque el aire era enérgico, las ventanas estaban abiertas y el sol entraba a raudales en la habitación. Farlan miró a su visitante, que estaba sentado en el sitial de los invitados.

—Los asuntos serían mucho más sencillos si mis cómplices, los asaltantes del mar, no hubieran matado accidentalmente a la princesa cuando atacaron la aldea —señaló Farlan, no por primera vez desde el fatal accidente—. Mi matrimonio con ella me habría dado un título sobre el Alto Asiento, y no estaría teniendo tantas dificultades para conseguir el broche.

Sentado en una silla cerca del fuego, el sacerdote se inclinó hacia atrás y cruzó las manos

frente a sí.

—Debemos contentarnos con lo que tenemos. Al menos, eres el héroe del pueblo y el Alto Consejo te ha permitido actuar como rey interino. De hecho, han cedido a todas tus peticiones.

—Soy rey interino solo hasta que localicen a un heredero de sangre. —Farlan apretó sus manos en puños—. Quiero el título del Alto Asiento, y quiero que maten al Alto Consejero Conn y al Sumo Sacerdote Morcar.

—No seas tonto, Farlan —siseó el sacerdote—. Tu impulsividad será tu perdición.

—No he dicho que los mataría, he dicho que quiero hacerlo. —Farlan cogió su jarra y, al descubrir que estaba vacía, se la tendió a una sirvienta, que la volvió a llenar. Se asomó para ver al sacerdote jugueteando con el amuleto de oro que había resultado ser un mero talismán, no el broche sagrado del claustro que podía conducirles al tesoro escondido—. ¿Qué ha hecho Morcar con ese maldito alfiler de pecho? —murmuró Farlan.

—Morcar no, Maigrey —dijo el sacerdote—. Nos ha superado a todos. Siempre fue una mujer extremadamente inteligente. Ahora la hemos perdido tanto a ella como al amuleto del claustro.

—Digamos que se han extraviado temporalmente, amigo mío. Sé a dónde se dirige.

—¿A dónde?

—Está con los hombres del norte, se dirige al norte de Escocia.

—¿Cómo lo sabes?

—Ardac acababa de capturar a la mujer y se había llevado el broche cuando el caudillo de las Tierras del Norte y sus hombres, aquellos de los que me hablaste hace varios días, se les echaron encima. Ardac afirma que se entabló una encarnizada batalla. Los norteños los superaban en número y se llevaron a Maigrey.

Farlan bebió un largo trago. Cuando bajó la jarra, dijo:

—El norteño viaja con diez guerreros y un lobo enorme. Como Ardac le superaba en número, y era más astuto, sin duda, planeó tenderle una emboscada a los norteños más adelante en el camino. De camino a tenderles la emboscada, él y sus hombres se toparon con uno de los Dagas de Plata que huían y con uno de los hombres del rey, un guerrero de la frontera llamado Dacy. El Puñal de Plata murió. Ardac trajo su cabeza como prueba irrefutable. Atravesaron a Dacy con una lanza de caza y suponen que él también murió. Cuando Ardac hizo su informe, pidió reunir más guerreros y partir tras el norteño. Denegué su petición. Mientras sepamos dónde está Maigrey, y tenga a su padre y a su primo, estoy satisfecho.

—¿Por qué te interesan tanto estos hombres del norte?

—Solo me interesa uno: Stefan Vaderfjord. Quiero que lleve a cabo su tarea sin obstáculos.

—¿Qué tarea?

—Ha venido a las Tierras Altas para matar a Lachlann mac Gordon.

—¿Es eso importante para nosotros?

—Por el momento, no —respondió Farlan—, pero se volverá peligroso una vez que sea coronado rey de Thornsgate.

Farlan explicó los detalles relativos al matrimonio de Lachlann y Astrid, el pago de la dote de ruptura y su posterior robo por los piratas, y el propio destierro de Farlan del norte de Escocia a causa de su conspiración contra el Gran Rey Fergus y su hijo adoptivo, Lachlann mac Gordon.

Cuando terminó, el sacerdote se rio.

—¿Supongo sin equivocarme, Farlan, que tú fuiste el responsable del robo de la dote de ruptura?

Farlan sonrió.

—Sí.

—Y justo hoy hemos recibido la noticia de que el Alto Rey Fergus ha muerto y Lachlann mac Gordon ha sido elegido Alto Rey del Norte de Escocia. ¿Qué piensas de eso?

—Odio a Lachlann —confesó Farlan—, y estoy furioso de que se haya convertido en alto rey. Pero cuanto más alto sea su ascenso, más lejos acabará cayendo.

—No dejes que tu preocupación por Lachlann te desvíe de los asuntos que tienes entre manos —le aconsejó el sacerdote.

—No, me sentaré y dejaré que el norteño se ocupe de Lachlann.

Sonó un golpe y un sirviente llamó:

—Lord Farlan, el Alto Consejero Cónn está aquí para verlo.

Farlan se rio.

—Todo el mundo sabe que te trajeron al Gran Salón para interrogarte. Cónn probablemente quiere ver por sí mismo si te he hecho daño.

—Puede resultar ventajoso para nosotros que yo no esté aquí. Llama a tus guardias y que me lleven a un cobertizo.

Farlan estuvo de acuerdo. Cuando la figura togada, escoltada por dos hombres, desapareció por el otro extremo del salón, Farlan llamó al criado:

—Haz pasar al alto consejero.

La puerta del Gran Salón se abrió de golpe y un hombre de casi sesenta inviernos marchó por el pasillo hacia el Alto Asiento.

—Pido disculpas por esta visita no anunciada, Lord Farlan —dijo el alto consejero, su mirada barriendo la sala.

—Si está buscando al sacerdote, está siendo retenido en el cobertizo de almacenamiento detrás del Gran Salón.

—¿Está ileso?

—Sí. Lo tengo bajo vigilancia mientras lo interrogo.

—¿Le ha dicho dónde está el tesoro?

—Afirma que solo Morcar lo sabe.

El alto consejero asintió.

—Sí, eso suena razonable.

—¿Cuál es su propósito al venir a verme, Lord Conn? ¿Para ver si estoy maltratando al sacerdote?

—Quería comprobar por mí mismo que se encontraba bien —respondió Conn—, pero también quiero hablar con usted sobre el claustro. El Alto Consejo se reunió antes, y nosotros…

—¿Sin mi conocimiento? —Farlan consiguió ocultar su irritación, pero estaba furioso porque el Consejo se hubiera atrevido a reunirse en secreto. Demostraba la poca consideración que le tenían como gobernante provisional del reino.

—Sí, sire —respondió Conn con valentía—. Gracias a usted y a sus guerreros, los asaltantes han sido devueltos al mar. Nuestro pueblo y nuestro santuario vuelven a estar a salvo y podemos buscar un heredero para el Alto Asiento.

—Sí —Farlan elegía con cuidado sus palabras—, todo lo que dice es cierto, Alto Consejero, por el momento estamos a salvo. Pero ¿y si otros, digamos, los *pictos* a nuestro oeste o los *athdarianos* al este, viendo lo que han hecho los asaltantes del mar, marchan contra nosotros? Debemos estar preparados para cualquier acontecimiento. Los saqueadores del mar robaron gran parte de la riqueza de Thornsgate y mataron a muchos de los guerreros del rey.

»»Debemos tener dinero si queremos formar un ejército. No tenemos guerreros entrenados, por lo que debemos contratar mercenarios. El único tesoro que nos queda es el del Claustro de Piedra del Refugio. Seguramente los dioses aprobarán que lo utilicemos para nuestra protección.

—Sí, sire, su argumento es sólido, pero no puede mantener prisioneros a los sacerdotes y sacerdotisas del claustro. Incluso ahora, el pueblo está asustado porque estáis interrogando a uno de ellos. Morcar es el Anciano de las Noches y los Días. Mientras lo mantengáis cautivo, atraeréis la ira de los dioses de la Noche y el Día contra nosotros. El Alto Consejo le ruega que retire a sus guerreros de la Piedra Refugio.

—Sire Alto Consejero Morcar sabe dónde se encuentra el tesoro que puede salvar este reino. Debemos persuadirlo para que nos lo diga.

—El Consejo está de acuerdo —afirmó Conn—. Pero está creando miedo entre la gente al mantener a sus guerreros en el santuario. Por favor, retírelos.

—Consideraré hacerlo, pero me temo que sería un error.

—Si lo hace, Lord Farlan —dijo Conn—, intentaré persuadir a Morcar para que coopere con nosotros.

—Gracias, Alto Consejero. Aprecio sus esfuerzos.

—Sire, ¿puedo visitarlo?

—Sí —contestó Farlan—, puede visitarlo antes de que regrese al claustro. Enviaré a alguien a buscarlo.

Conn se despidió. Tan pronto como la puerta se cerró tras él, Farlan hizo un gesto con la cabeza a los guardias para que devolvieran al sacerdote a la sala principal.

Cuando los hombres volvieron a estar solos, Farlan repitió su conversación con el alto consejero.

—Uno de estos días, amigo mío, mataré tanto a Morcar como a Conn —prometió.

—Uno de estos días —aceptó de buena gana el sacerdote. Hasta entonces, necesitamos que

encuentren el amuleto. —Farlan se paseó de un lado a otro frente al alto Asiento—. ¿Vas a liberar a Morcar y a todos los demás? —preguntó el sacerdote.

—Sí, por el momento. Pero haré que vigilen a Morcar por si intenta escapar de Glenmui. Y debo tener más guerreros.

—¿Mercenarios?

—Sí.

—Costarán una buena suma.

—¡Tengo que encontrar esa cámara secreta!

—Lo haremos —prometió el sacerdote—. Dejame a Morcar a mí.



Habían pasado dos días desde que los hombres del norte reanudaron su viaje hacia el norte de Escocia, tomando la ruta terrestre que Maigrey había prometido que los llevaría allí con rapidez y seguridad. El buen tiempo y la naturaleza inestable de la tierra por la que viajaban les habían permitido cubrir el terreno con rapidez.

Ocasionalmente, habían visto jinetes de las Tierras Altas a lo lejos, hombres enviados por el Alto Rey Fergus para patrullar las tierras fronterizas, les había explicado Maigrey. Ayer los hombres habían cabalgado en abierto y con un mayor número.

—Estoy seguro de que han informado de nuestra presencia al rey —había dicho Stefan.

—Sí. Ahora están vigilando para ver qué hacemos. Acamparemos al aire libre mañana por la noche en el lado Athdara del río y cruzaremos por la mañana. Cuando despertemos, sin duda, verán una fuerza escocesa tan grande o más que la suya esperándonos.

Hoy Stefan y Maigrey habían cabalgado temprano, adelantándose a los demás norteños, y ahora se encontraban a cierta distancia por delante. Stefan se alegró de esta oportunidad de estar a solas con ella. Observó cómo ella los conducía a través de un estrecho paso que al final los llevaría montaña abajo. Una jinete entrenada, sentaba bien a su caballo, erguida pero relajada en la silla, moviéndose al ritmo natural del caballo, muy consciente de su entorno y alerta a las marcas del sendero que indicaban el camino correcto. Como de costumbre, ni capucha ni pañuelo cubrían su cabeza. Le encantaba ver el juego de la luz del sol sobre su pelo, convirtiéndolo en fuego.

Maigrey detuvo su caballo y se volvió hacia él con una brillante sonrisa.

—Un día más, sire, y cruzaremos la frontera hacia el norte de Escocia. —Mientras él acercaba su montura a la de ella, contempló con aprecio el valle que se extendía bajo ellos—. ¿No es hermoso?

—Sí —respondió Stefan, sin apartar los ojos de ella.

—No hay vista más hermosa en todas las Tierras Altas.

—Sí, muchacha, estoy de acuerdo. —Con paciencia, Stefan esperó a que ella se diera cuenta de que estaba flirteando con ella—. Cabello y ojos del color de las hojas de otoño. —Maigrey se volvió hacia él con expresión interrogante—. Piel tan suave como los pétalos de una flor:

Como guerrero, Stefan había sido entrenado para disciplinar sus emociones y ocultar sus sentimientos. A voluntad podía bajar un escudo invisible sobre su semblante. Pero estos dos últimos días y noches, se había abierto a Maigrey. Quería que ella leyera sus expresiones, que sondeara las profundidades de su alma.

Le apartó un rizo errante de la cara, pero en cuanto lo soltó, rebotó contra su mejilla.

Un suave color bañó sus mejillas.

—Sire, me dijiste que no lo harías. —Se interrumpió—. Prometiste que no lo harías.

—Dije que no me acostaría contigo, nunca prometí no tocarte. —Apoyó la palma de su guante en su mejilla y le frotó ligeramente el labio inferior con el pulgar—. O hacer que me desees. —Atrapó su mano y la introdujo en su manto, sobre su corazón—. Mira cómo late mi corazón por ti, Maigrey.

—Sire... —Su voz era ronca y tentativa—. Lo prometiste.

—Y lo estoy cumpliendo. —Acercó el semental para que su pierna rozara la de ella. Le gustaba que sus muslos se tocaran, pero quería acariciar su piel desnuda. Quería eliminar todas las barreras para que ella lo recibiera y él pudiera llenarla. — Tú, Maigrey, hija de Morcar, puedes elegir liberarme de mi promesa. —Sosteniendo aún la mano de ella contra su pecho, Stefan ahuecó la nuca de ella y la acercó. Sus labios se tocaron, cálidamente al principio, luego la calidez se convirtió en fuego.

Ella separó los labios. Stefan respondió a la invitación, deslizando la lengua en la húmeda dulzura de su boca. Ella gimió mientras él la llenaba. A través de sus caricias, deseó que Maigrey lo deseara con la misma intensidad que él la deseaba a ella.

Oyó el traqueteo de los cascos de los caballos, el crujido del cuero, el bajo rumor de charlas y las risas, y supo que sus hombres se acercaban por detrás. Pronto rodearían la cresta saliente y el rodal de árboles y entrarían en el claro donde él y Maigrey sentaban sus monturas. Stefan soltó de mala gana la boca de Maigrey y se enderezó.

Sonrojada, con los ojos brillantes, dijo:

—Un día más, sire. Entonces, sabrás la verdad sobre mí.

—Ya sé toda la verdad que necesito o quiero saber.

—Sire... —Para su sorpresa, Maigrey le cogió la cara con ambas manos y le miró a los ojos —. Sé que crees lo que estás diciendo, pero cuando nos acostemos...

Stefan sintió que se le ponía dura y fue todo lo que pudo hacer para no bajar a Maigrey del caballo y tomarla allí mismo.

—Sí, sire —susurró ella—, nos acostaremos. Como me dijiste antes, terminaremos lo que empezamos el día que te espié.

—Maigrey…

Mientras ella acariciaba con el pulgar sus labios, Stefan sintió la sangre como aceite

caliente filtrándose de una lámpara. Los ojos de Maigrey se oscurecieron, pasando del oro leonado al Rosset, y Stefan supo que ella comprendía el efecto que tenía sobre él, que era consciente de su excitación. Y ella no era reacia a utilizar ese conocimiento en su beneficio. En pocas palabras, Maigrey le había arrebatado el control. Se sintió débil, vulnerable, y no le gustó. Bajó los ojos y cogió las manos de ella entre las suyas.

—Sé lo que estás haciendo —le dijo ella con suavidad—. Cuando levantes los ojos, habrás bajado ese escudo invisible, sire, de modo que ya no sabré lo que piensas o sientes. Pero lo sé…

Stefan se encontró con su mirada. Ella le sonreía.

—Me hiciste una promesa, Stefan Vaderfjord, y ahora yo te haré una a ti. —Ella le soltó las manos—. Uno de estos días te pediré que desates para mí toda la pasión que recorre tu cuerpo…

—Espero que cumplas tu palabra, Maigrey.

—Que me enciendes no es ningún secreto, sire, pero te prometo que un día llegaré a una parte de ti a la que nadie ha llegado antes. Cuando lo haga, destruiré ese escudo tras el que te escondes.

—Siempre, Maigrey, hija de Morcar, me desafías y me emocionas. Espero con ansia el día en que nos acostemos.

—Sueño con tu poderosa espada, sire —se burló ella de forma audaz.

Él se rio.

—Sí, Maigrey, hasta el día en que nos batamos en duelo con mi poderosa espada.

Stefan se quedó mirándola largo rato, sabiendo que Maigrey ya había tocado una parte de él que ninguna otra persona había tocado antes. Pero se resistía a darle más de sí mismo. Había visto sufrir a su padre cuando su madre murió. A diferencia de muchos de los norteños que Stefan conocía, su padre le había sido fiel a su esposa. No había tenido otras compañeras de cama.

Apartando estos pensamientos de su mente, Stefan contempló las lejanas montañas.

—Tu tierra es hermosa —dijo—. Cuando zarpé de Ulfsbaer…

—La finca del lobo o Steading —preguntó Maigrey.

—Sí. Mi padre es jefe del Clan del Lobo. —Maigrey miró hacia abajo mientras Ulf trotaba junto a ellos.

—De ahí tu mascota.

—UIf me rescató hace unos años y no me ha abandonado desde entonces. Estaba cazando ciervos cuando me topé con un jabalí. Se produjo una pelea y el jabalí estaba a punto de matarme cuando un feroz cachorro de lobo salió corriendo del bosque y atacó al jabalí, desviando su atención de mí. Para cuando maté al jabalí, estaba malherido. Lo siguiente que recuerdo es despertarme con una lengua áspera y húmeda lamiéndome la mejilla y el cachorro de lobo estirado a mi lado. Afirmo que me lo llevé a él y al jabalí a casa conmigo, pero mis padres afirman que fue Ulf el que me trajo a casa a mí.

La risa de Stefan llenó de alegría a Maigrey. Escuchaba atenta mientras él hablaba de su madre y de su padre, de las Tierras del Norte. Las majestuosas montañas. Los riscos escarpados

y los acantilados. Los cortos veranos y los largos inviernos.

Mientras reanudaban la marcha por el sendero, Stefan describió su hogar, Ulfsbaer. Se imaginó el cortijo con su enorme Gran Casa, y las habitaciones más pequeñas construidas a su alrededor que pertenecían a los *karls*, u hombres libres, que trabajaban en la finca. Había un sitio para el ganado, establos para los ponies, una pocilga, almacenes, una fragua y una casa de baños.

Describió los pozos donde los guerreros preparaban el alquitrán de maderas resinosas que utilizaban para embadurnar los barcos, tratar las cuerdas y sellar los tejados. La curtiduría donde trabajaban el cuero a mano. Las salinas donde extraían la sal del agua de mar.

—Te encanta Northland, ¿verdad?

—Sí, Maigrey, es mi hogar.

—Algún día, sire, me gustaría visitarla.

—No solo la visitarás, pequeña bardo, vivirás allí… conmigo. —Maigrey tragó saliva—. Solo quise decir…

—Y yo he dicho lo que quería decir.

Mientras miraba a los ojos de Stefan, Maigrey supo que había estado viviendo en un sueño desde la noche de la tormenta. Stefan había prometido no ponerle el collar y no aparearse con ella antes de que llegaran al norte de Escocia, pero no había renunciado a reclamarla. Seguía siendo su esclava.

—¿Qué hay de tu prometida?

—Ella no es de su incumbencia.

—Sí que lo es. Si ganas el duelo, volverá a ser tuya.

—Eso me concierne a mí, no a ti, Maigrey. —Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas azules, afiladas y cortantes.

—Sí que me concierne si planeas llevártela de vuelta a las Tierras del Norte contigo. —Su voz la heló.

—Tú, Maigrey hija de Morcar, me perteneces, y cuando llegue el momento, te acostarás conmigo... sin importar cuántas esposas u otras compañeras de cama tenga. Y regresarás a las Tierras del Norte conmigo. —Se miraron fijamente. Cuando él se enfadaba de forma tan fría, la asustaba, pero ella no se echaba atrás.

—¿La amas? ¿Vas a tomarla por esposa?

—Es hora de dejar de hablar, Maigrey.

—Respóndeme, Stefan —exigió ella.

Él no dijo nada.

—Dices que me quieres. —Ella le retó a refutar sus palabras—. ¿También la deseas a ella? ¿Nos deseas a los dos?

Una sonrisa suavizó el rostro de Stefan.

—¿Estás celosa, Maigrey?

—Quizá lo estoy —admitió ella—. No lo sé bien. Estos sentimientos son nuevos para mí y,

a veces, muy incómodos. No me gusta que me busques para satisfacer tu placer carnal y que a la vez desees a tu prometida.

—No. Busco al hombre que me la robó. El hombre que deshonró a Lang y a la Casa de los Lobos.

Cabalgaron un trecho en silencio antes de que Maigrey dijera:

—¿Me hablarías de ella?

Stefan suspiró.

—No sé mucho que contar. Nunca he conocido a la mujer. Estuve prometido a ella por poderes. Yo era vikingo, y mi padre y su marido…

—¡Su marido! —exclamó Maigrey indignada.

Stefan se rio.

—No, Maigrey, no es tan deshonroso como podría parecer. Mi prometida era una mujer joven casada con un hombre mucho mayor. Cuando este se dio cuenta de que se moría, trató de asegurarse de que su esposa estaría bien provista y de que su herencia revertiría a la Casa de los Lobos. Así, buscó a un pariente lejano, mi padre, y concertó un esponsales. Cuando regresé—prosiguió Stefan—, me enteré de que me habían prometido y de que nos habían deshonrado.

—Puedo entender cómo te sentiste. Estuvo prometida a uno de los hombres del rey, un guerrero llamado Brieve. El rey Ido decidió que quería a Brieve para su hija en vez de para mí.

—¿Tu prometido desafió la decisión del rey de hacerlo? —Ella se rozó el labio inferior con los dientes.

—Impugné, sire, pero Brieve buscó ser liberado del compromiso. Gracias a su matrimonio con la princesa, se convirtió en el próximo rey de Glenmui.

—¿Significaba mucho para ti, Maigrey?

—Me gustaba y quería casarme con él —confesó Maigrey—. Cuando el rey rompió los esponsales y Brieve no ofreció resistencia, pensé que mi corazón se había roto. —Suspiró—. Me sentí tan humillada y furiosa que perdí los estribos y juré vengarme del rey Ido y de toda su familia. Juré que Brieve nunca sería rey de Thornsgate. —Fue este ataque de ira lo que me ha metido en problemas. Farlan afirma que conspiré con los asaltantes del mar para vengar el agravio que me hizo Ido.

—¿Hiciste un juramento de sangre para vengar tu deshonra?

—No —respondió Maigrey—. Una vez que hube despotricado, empecé a darme cuenta de que no era mi corazón el que había sufrido, sino mi orgullo. En la excitación de ser seleccionada para los juglares del claustro, me olvidé de Brieve.

—Ni mi corazón ni mi orgullo están implicados en mi venganza —afirmó Stefan—. Es el de mi padre. El hombre que se casó con mi prometida accedió generosamente a pagar la dote que mi padre exigía por una ruptura honorable de los esponsales, pero era solo para aparentar. El barco nunca llegó a Northland con la dote porque unos incursores escoceses abordaron el barco y la robaron, matando a todos los guerreros de mi padre. Por eso, Maigrey, busco venganza.

En ese momento, el cuerpo principal de los hombres del norte los alcanzó. Cuando los caballos se detuvieron juntos, Lang desmontó y se unió a Stefan y Maigrey, que también se

bajaron de sus monturas.

—¿A qué distancia estamos de la frontera del norte de Escocia? —preguntó Lang.

—Está al otro lado del río, allá —respondió Maigrey, señalando el camino—. ¿Ves el enorme árbol allí?

—¿Los tres robles enroscados de modo que parecen uno solo? —preguntó Stefan. Ella sonrió. Había recordado sus instrucciones.

—Sí, acamparemos a este lado del río esta noche y cruzaremos al día siguiente. Aunque no podemos verlos desde esta distancia, sin duda hay un contingente armado acampando allí, convocado por los jinetes que vimos ayer. Pero ten la seguridad de que no nos harán daño —aseguró Maigrey.

—¿Tan confiada eres con los extraños?

—No, pero como te he dicho, llevo la marca sagrada de los dioses —respondió ella—. Me identifica como sacerdotisa del Claustro de Piedra del Refugio y me permite viajar por todos los reinos de las Tierras Altas sin que me pongan trabas ni me molesten. —Sonrió—. sire, llevas el mismo símbolo en tu anillo. Ten por seguro que serás invitado a la aldea del rey.



Esa noche, después de cenar, Maigrey apagó el fuego y se dio un rápido baño con agua de la palangana. Después de ponerse ropa limpia, se arrastró entre las gruesas mantas de rizo en su colchón hecho de helechos y brezo y esperó a que Stefan se uniera a ella. Había cumplido su promesa de no ponerle el collar ni hacerle el amor, pero dormía con ella cada noche. Se estaba quedando dormida cuando lo oyó entrar en el refugio y quitarse las botas.

Vio cómo se quitaba la cota de malla y la camisa, volvía a llenar la palangana de agua y se lavaba la cara y el cuello.

El cuerpo de Stefan era todo hermosa piel bronceada por el sol y músculos. Se le quedó la respiración entrecortada cuando él se bajó el cinturón y los pantalones por las caderas, dejando al descubierto la mata de vello púbico oscuro de la que sobresalía su virilidad ligeramente excitada. A Maigrey se le secó la boca al verlo mover la toallita por encima, alrededor y por debajo de su eje cada vez más grande.

Sintió un ardor en el bajo vientre que apenas podía soportar, un dolor que sabía que solo Stefan Vaderfjord podía calmar.

—Di la palabra, Maigrey, y te daré placer como nunca antes lo has experimentado.

Él la miraba fijamente. Había terminado de bañarse y permanecía desnudo, duro y listo para ella. La luz del fuego le daba un toque dorado, y ella podría haber jurado que el dios de la Noche había entrado en su pabellón.

Ella cerró los ojos.

—No. —Su voz era tan gruesa que apenas la reconoció como suya.

—No te entiendo, Maigrey —dijo Stefan con irritación en sus palabras—. Quieres compartir el placer carnal conmigo y, sin embargo, rechazas la oportunidad de hacerlo una y otra vez.

—Sí, sire, debo hacerlo.

Rebuscó en su mochila hasta encontrar unos pantalones limpios y se los puso.

—¿Por qué, Maigrey?

—Porque no me entiendes ni me conoces.

Se paso la camisa por la cabeza, luego se arrimó al fuego y se deslizó entre las mantas acurrucándose a su alrededor.

—¿Pretendes burlarte de mí hasta que pierda el control y te tome? —preguntó.

—No, quiero que sepas quién y qué soy cuando compartamos el lecho.

—Podría hacer que te acostases conmigo y no te opondrías.

—Pero eso significaría ir en contra de tu palabra.

La miró fijamente durante un largo rato antes de reír. Maigrey sintió su aliento cálido y perfumado a cerveza contra su cuello.

—Maigrey, hija de Morcar, me alegro mucho de que nos hayamos encontrado. Este viaje habría sido un aburrimiento sin ti. Me llevas a la distracción, me empujas más allá de mis límites y, sin embargo, nunca dejas de deleitarme. —Maigrey sonrió.

—A mí también me gusta estar contigo —admitió, y se acurrucó contra él. Se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

Capítulo 12

El viento era frío, pero el sol de la mañana brillaba con fuerza, disipando la persistente bruma que se cernía sobre la cañada. Los guerreros montados, ataviados con cota de malla y cascos con visera, permanecían en fila a ambos lados del río que marcaba la frontera entre Athdara y el norte de Escocia.

Maigrey temblaba tanto de frío como de miedo cuando dos guerreros escoceses, con sus caballos engalanados con pertrechos de guerra, cruzaron el río en dirección a los norteños. Desde lo alto de su estandarte de hierro forjado ondeaba un estandarte rojo y amarillo.

—Somos parientes del jefe Lachlann mac Gordon del norte de Escocia —anunció el primero—. ¿Quiénes sois vosotros?

El *skald* que servía a la vez de bardo e intérprete a los norteños respondió en gaélico.

—Mi sire es Stefan Vaderfjord de Northland.

—Le estábamos esperando. Le llevaremos a la aldea de Lachlann.

Maigrey puso una mano en el brazo de Stefan y susurró:

—Sería mejor que pidieras ver al Alto Rey Fergus. Él será quien mejor pueda guiarte hasta el hombre que buscas.

El guerrero Gordon movió la cabeza como si la hubiera oído y Maigrey sintió su mirada penetrante a través de las rendijas de los ojos de su visera.

Pero Stefan le hizo un gesto con la mano y dijo:

—Encontraré al hombre que busco en la aldea de Lachlann.

Desconcertada, Maigrey no pudo leer su expresión bajo el casco, pero no necesitó verle la cara para saber que había vuelto a ser el frío y formidable caudillo que había sido cuando lo vio por primera vez.

—Busco a Lachlann mac Gordon —le dijo.

Maigrey sintió como si sus entrañas hubieran fluido fuera de ella, dejándola sin vida. En tono apagado dijo:

—¿La princesa Astrid era tu prometida?

—Sí.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

—Tu lealtad es hacia las Tierras Altas, no hacia mí. No confiaba en ti.

Sus palabras hirieron a Maigrey, hasta que se dio cuenta de que ella tampoco confiaba en él. La atracción física no era la base de la confianza. Por mucho que ella y Stefan se desearan,

eran enemigos y no podían tener ningún futuro juntos. Maigrey se alegró de que hubieran llegado al norte de Escocia. Quizá cuando el rey la identificara como bardo-sacerdotisa, Stefan la liberaría. Por otra parte, aquí no había nadie que pudiera confirmar que no era una traidora.

Maigrey miró a lo largo del río a los guerreros Gordon. El líder y sus hombres empezaron a cruzar el río hacia Stefan.

Por fin, deteniendo su caballo frente a los norteños, el hombre que iba en cabeza gritó:

—Salve, Lord Stefan Vaderfjord. Soy Cassian mac Weir, padrino de Lachlann mac Gordon. Os llevaré a su aldea.

Los guerreros de Gordon se desplegaron a ambos lados de los hombres del norte hasta rodearlos. La mirada vidriosa de Cassian pareció posarse en Maigrey... en su pelo corto.

Cohibida, ella se apartó un mechón. Él pensaría que era una esclava o una puta, pero debía hablar. Abrió la boca, pero la mano enguantada de Stefan se cerró sobre su brazo. Sus dedos se clavaron en su carne.

—Si valoras tu vida, mantén la boca cerrada —le susurró.

Cassian giró su caballo y la empujó hacia delante. Levantando la mano, dio la orden y el grupo comenzó a moverse.

Lentamente, demasiado lento para Maigrey, comenzó el último tramo del viaje. Antes había estado rebosante de entusiasmo. Ahora se sentía confusa, enfadada y dolida. La princesa Astrid era la prometida de Stefan. Maigrey había visto a la princesa en dos ocasiones y le había parecido una de las mujeres más amables y hermosas.

Esto enfureció a Maigrey. Quería odiar a la prometida de Stefan, no que le gustara y la respetase.

Aun así, Maigrey tenía esperanza en el hecho de que pronto volvería a ser ella misma. Stefan afirmaba ser un hombre de palabra y había prometido darle a ella la oportunidad de aclarar los malentendidos sobre quién y qué era. Ella le contaría al Alto Rey Fergus sobre la amenaza a Thornsgate. Él sabría que ella no podía haber traicionado a su país.

Si tan solo pudiera liberarse de ese enigmático hombre llamado Stefan Vaderfjord. Porque eso era lo que ella quería, ¿no?

No, no lo quería. Incluso ahora recordaba cada línea y ángulo de su cuerpo, la textura de su piel y la dureza de sus músculos. Solo el hecho de pensar en él hacía que su cuerpo ardiera, que le doliera la parte inferior del cuerpo con una necesidad insatisfecha.

Mientras cabalgaban a lo largo del río, Stefan admiró los altos árboles de hoja perenne que se alzaban hacia el cielo, y el colorido follaje otoñal de los árboles frondosos. Más adelante, observó las montañas nevadas contra un cielo azul salpicado de esponjosas nubes blancas. Habían dado la vuelta desde el río y se habían adentrado un buen trecho en territorio de Gordon cuando Stefan notó una alta colina en la distancia. Los latidos de su corazón se aceleraron. Era la colina con la que había soñado. Caminos la rodeaban, entrecruzándose unos con otros mientras serpenteaban de abajo a arriba. Tuvo la sensación de haber estado aquí antes. Rompió a sudar. Las llamas parecían envolverlo. Se estaba asfixiando. Se agarró la garganta y la masajeó.

—Stefan, ¿qué ocurre? —preguntó Maigrey. Respiró hondo hasta que sintió como si unas aguas frías hubieran apagado el fuego que lo abrasaba. Bajó la mano de su garganta—. ¿Pasa

algo? —insistió Maigrey. Lang miró a su hijo con preocupación.

—He… He soñado con este lugar —jadeó Stefan. Maigrey le cogió la mano con la suya y él la agarró con fuerza—. Atravesé un túnel de fuego. —Y había salvado a una mujer y a un lobo, se dio cuenta.

—Mi mano, Stefan —gimió Maigrey—. Me estás haciendo daño.

Solo entonces se dio cuenta de lo fuerte que la estaba sujetando.

—Perdóname —murmuró, y la soltó. Luego gritó—: Hombre de Gordon. —El skald tradujo, y Cassian mac Weir se detuvo y se dio la vuelta—. ¿Pasa un túnel de fuego por esa colina?

—Hay una cámara de fuego dentro del túnel —respondió Cassian—. ¿Ha oído hablar de nuestra colina del Laberinto?

—¿Un túnel de fuego? —preguntó Lang con cara de desconcierto.

—Sí. —Cassian guio a su caballo de vuelta hacia ellos—. Dentro está lo que llamamos la Cámara de Fuego. Se utilizaba como lugar de culto antiguo.

—Y un lugar para pruebas por ordalía —terminó de decir Stefan en lugar de preguntar.

—Sí.

—Han tenido uno aquí recientemente, ¿verdad?

—Sí —contestó Cassian despacio—. ¿Lo sabía?

—No, lo suponía. —Stefan no quiso revelar cómo lo sabía.

—En lo alto de la colina hay un estanque de agua clara de manantial que los Highlanders consideran sagrada —explicó Cassian—. Llevan ofrendas a Nuestra Señora del Lago, de quien se dice que visita el estanque una vez al año, durante el cambio de las estaciones. Los pocos que han visto a la Señora afirman haber recibido un milagro de su parte.

Como si alguna fuerza sobrenatural tuviera el control de sus ojos, Stefan no podía apartar la mirada de la colina. Sintió el calor insufrible, el miedo. Oscuras nubes cubrieron el sol, ensombreciendo la colina. Se estremeció.

Cabalgaron a través de un prado por una carretera profundamente surcada y entraron en el pueblo. Resonaron gritos de celebración. Una música como nunca había oído Stefan llenó el aire cuando la compañía cruzó el puente principal hacia el recinto amurallado.

—Son las gaitas —explicó Maigrey, su decepción hacia él apartada por su excitación. Había empezado a sentirse más dueña de su propio destino ahora que estaba en el norte de Escocia, entre amigos. No sabía cómo se liberaría ni cómo salvaría el santuario, pero lo haría—. Están tocando la canción de los Gordon.

El brillo del sol otoñal aumentaba el espíritu de gala. La gente que animaba se alineaba en el camino y se asomaba a las ventanas. Las pancartas de colores brillantes se agitaban con la brisa. Exuberantes ramas verdes de los árboles habían sido colocadas a lo largo del camino.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó Stefan.

—Es la coronación de Lachlann mac Gordon como gran rey —respondió Cassian—. Su padre murió hace dos lunas.

Maigrey ocultó su conmoción y sorpresa.

—Mis condolencias por su pérdida —dijo Stefan.

—Gracias, sire. Echaremos de menos al Gran Rey Fergus, pero los dioses han favorecido al norte de Escocia con un intrépido líder en Lachlann mac Gordon.

Maigrey no dudaba de la capacidad de Lachlann para dirigir al pueblo, pero el miedo la constriñó. Dos reyes habían muerto y Stefan había venido a matar a un tercero. Se preguntó si las muertes eran presagios, un augurio de cosas malas que estaban por venir.

—La Alta reina. Quiero decir, la Reina Madre —corrigió Maigrey—. ¿Está aquí?

Cassian se rio y asintió.

—Nada podría mantenerla alejada. Adora a su hijo.

Maigrey respiró más tranquila. Miró a la gente que la rodeaba. Absorbió su alegría.

Riendo y dándose la mano, una joven pareja corrió hacia ellos.

—¡Cassian! —gritaron a la vez.

El padrino de boda detuvo a su semental y les sonrió.

—A, Rus, Inga, ¿es esto lo que sospecho?

—Sí, sire —respondió el joven—. Por favor, queremos que celebres nuestra unión.

—¿Qué está pasando? —preguntó Stefan.

—Lo llamamos *handfasting*—explicó Maigrey—. Es un matrimonio de prueba que los montañeses celebramos entre nosotros. En lugar de jurar ante los dioses que viviremos juntos el resto de nuestras vidas, juramos ante el pueblo comprometernos durante un año y un día.

La voz de Cassian resonó entre ellos cuando preguntó a la pareja:

—¿No queréis celebrar una boda formal?

—No, queremos estar seguros de que seremos felices viviendo juntos —respondió Inga. Cassian asintió.

—¿Y ambos estáis dispuestos a desposaros?

—Sí —gritaron.

—Comprendéis que delante de testigos os habéis jurado estar juntos durante un año y un día. Después de eso, cualquiera de los dos puede oponerse a seguir cohabitando. Si nace un niño de la unión durante este tiempo, la parte objetora recibirá la custodia del niño.

—Sí, lo hemos oído y estamos de acuerdo.

—Entonces, Rus e Inga —expresó Cassian—, declaro que estáis casados.

—¿Eso es todo? —se extrañó Stefan.

—Sí, es una ceremonia sencilla —contestó Maigrey—, pero es vinculante. Si de la unión nace un niño, será padre y madre a la vez.

Cassian agitó la mano y la procesión se reanudó.

La multitud los obligaba a avanzar despacio, y no habían recorrido mucho camino cuando

Maigrey exclamó:

—¿No es grandioso el pueblo?

Stefan sonrió ante su entusiasmo. Había visto tantos pueblos durante sus viajes que todos habían empezado a parecerse. Las calles estaban pavimentadas y enlosadas con piedra, y los cascos de los caballos repiqueteaban al brincar por el pueblo. La calle principal conducía directamente a lo que Stefan identificó como el Gran Salón; otras calles y caminos desembocaban en la calle principal y conectaban los numerosos edificios.

Detrás del Gran Salón, se extendía un campo de torneos. Las casas estaban pulcramente dispuestas a su alrededor, las más grandes eran residencias, las más pequeñas dependencias. Los corrales de los animales corrían a lo largo de los muros exteriores de la aldea. Rodeando las dependencias había grandes huertos, madrigueras pulcramente dispuestos y divididas con vallas de piedra, al igual que los campos más grandes fuera de la aldea.

A la derecha de la Gran Sala, había varios hornos de fundición. Junto a ellos, había pilas de carbón vegetal, mineral de pantano y madera. Cerca había una gran cabaña. Yunques, fuelles, martillos, tenazas y varillas de hierro forjado la identificaban como el taller de un herrero.

Cassian señaló un gran edificio rectangular con tejado de paja.

—La Sala Pequeña. Alberga a los guerreros personales de Lachlann que no están casados. Por aquí están las casas de huéspedes. —Hizo un gesto con la mano para incluir cuatro grandes estructuras que flanqueaban la Sala Pequeña—. El Gran Salón —anunció Cassian mientras se acercaban a la estructura. A su alrededor, había un horno, un granero, un molino, perreras, establos y un gallinero. Una valla de zarzo que llegaba hasta la rodilla rodeaba la finca de Lachlann, incluyendo todas las dependencias, las casas de huéspedes y los Salones.

—Hombre de Gordon —gritó Stefan, conversando a través del *skald*—, ¿de quién son estos caballos?

—Dell propio Gordon. Él cría caballos. A veces, sire, juro que Lachlann conversa con los animales. Tiene un don con ellos. —Cassian se rio—. Pero supongo que sí lo hace, pues es de la Casa del Caballo.

Stefan acercó su corcel al corral y señaló a un semental castaño hígado con crin y cola plateadas.

—Ese es magnífico.

—Ese es su caballo semental —explicó Cassian—. A Lachlann le han ofrecido grandes sumas por este semental, pero no quiere desprenderse de él. Rayo dorado, lo llama.

Cassian habló del interés de Lachlann por los caballos y de su exitoso sistema de transmisión por caballos, mediante el cual se comunicaba rápida y eficazmente con sus súbditos de todo el reino.

Luego Cassian se volvió y los condujo hacia la Gran Casa. A medida que se acercaban, Maigrey oyó música procedente del salón principal. La gente que se agolpaba alrededor de la Gran Casa miró con curiosidad a los recién llegados y se hicieron a un lado para dejarles paso. Cassian se detuvo. Stefan desmontó y le hizo una seña a su *skald* con la mano. Maigrey estaba a un lado y al otro el lobo. Siguieron a Cassian, que se abrió paso entre los que abarrotaban el porche y la entrada de la casa.

En el extremo más alejado de la abarrotada sala, sobre un gran estrado de piedra, se alzaba el Alto Asiento del rey, ahora vacante. Junto a él había un asiento más pequeño para la reina y a ambos lados había asientos para los invitados. Detrás del estrado había dos ventanas. Los postigos de madera estaban abiertos y las persianas de tela enrolladas. En la pared entre las ventanas colgaba un enorme y colorido tapiz.

La sala estaba bordeada de mesas, todas llenas de comida y provistas de jarras, cuernos para beber y cántaros, así como de cucharas y cuchillos hechos de oro y plata e incrustados de joyas preciosas. Junto a ellos, había cubiertos de madera ornamentada para servir y comer, cuencos y platos también adornados con joyas y metales preciosos.

Los bancos estaban provistos de gruesos cojines para mayor comodidad y decorados con brillantes fundas de piel bordadas. Los sirvientes correteaban alrededor y un gran fuego ardía en el hogar oblongo de piedra del centro del salón. El aroma de la comida impregnaba la estancia.

La música era ruidosa, la gente, que estaba de celebración, aún más ruidosa.

Stefan permaneció un momento mirando a su alrededor, no tanto orientándose como maravillándose de lo familiar que le resultaba todo aquello. Experimentó la extraña sensación de que este era su hogar. Contento de llevar su casco, cerró los ojos y respiró hondo.

Se alegraría cuando hubiera cumplido su juramento a Thor y pudiera abandonar esta tierra. Los extraños sueños que había tenido durante toda su vida empezaban a parecer reales. Lo perseguían, le hacían reconocer lugares que no podía conocer, sentir la presencia de su doble, que sabía que no era real.

Incluso ahora, sentía como si esa sombra de sí mismo estuviera aquí, en esta habitación; que podía alargar la mano y tocarlo. La idea excitó a Stefan, pero también lo inquietó.

—Quédate aquí en la puerta con tres guerreros más —le dijo Stefan a Einar—. Prepárate para cualquier cosa.

Einar asintió. Cassian se adelantó, seguido por Stefan, Maigrey, el *skald* y Lang. De nuevo tuvieron que abrirse paso a empujones entre la apretada multitud.

Stefan se fijó en la hermosa joven que se sentaba en uno de los asientos altos. Su pelo era del color de la plata más pura y colgaba en ondas profundas por su espalda. Sin que nadie se lo dijera, Stefan supo que era la princesa Astrid de Einarland, la mujer a la que había soñado salvar en la Colina del Laberinto. Ella era todo lo que Stefan había esperado tener en una esposa... y ella iba a ser su esposa, la futura señora de Ulfsbaer, Northland.

—la reina Astrid —murmuró Maigrey.

—Sí —dijo Stefan.

Astrid sostenía en su regazo a una niña de unos dos inviernos. Tenía el pelo rojizo y los ojos azules. Era hermosa, y podría haber sido suya. Su niña. El pensamiento calentó a Stefan. Sabía que su padre quería nietos, pero Stefan también quería hijos. Un hijo al que pudiera enseñar a cazar, a halconear y a navegar. Como Lang lo había amado y guiado, Stefan quería un tocayo a quien pudiera amar y guiar.

—La otra mujer, sire, es la reina madre —dijo Maigrey.

Stefan observó cómo la apuesta mujer mayor entregaba a la niña un anillo de cuentas de colores. Sonriendo, la niña aferró el juguete y empezó a hacer girar las cuentas. Cuando una de

ellas no se movió como ella creía que debía, hizo una mueca y murmuró algo. Una hija, pensó Stefan. Sí, él quería una hija.

Pero Lachlann mac Gordon le había arrebatado a Astrid. Había deshonrado el nombre de Lang de los Lobos.

En silencio, Stefan maldijo la ley de la venganza, que decretaba que debía tomar una vida para restaurar el honor que había le sido despojado de su padre.

Stefan quería vengar la vergüenza de su padre, pero odiaba tener que desperdiciar una vida.

—¿Dónde está Lachlann mac Gordon? —preguntó Stefan.

—Supongo que lleva varios días en purificación —respondió Maigrey—, y no entrará en el edificio hasta que sea convocado. Debe hacer la Danza de las Espadas antes de poder convertirse en rey.

Dos muchachos corrieron por el pasillo central y tendieron dos espadas formando una cruz. Las hojas brillaban... largas... afiladas... letales.

Un hombre corpulento vestido con túnicas blancas que se identificó como el sumo sacerdote cristiano del norte de Escocia se levantó y empezó a hablarle a la gente sobre el significado de la danza, la ascensión de Lachlann mac Gordon como sumo rey y el futuro del reino.

Cuando terminó, dijo:

—Yo, Rudie, sumo sacerdote de Escocia del Norte, bendigo al sumo rey Lachlann mac Gordon, hijo adoptivo de Fergus, mientras realiza la Danza de la Espada. Que Dios bendiga su reinado.

Más vítores siguieron a la bendición del sacerdote y la música se hizo más fuerte.

—¡Lachlann mac Gordon! —gritó Rudie.

—Soy Lachlann mac Gordon —bramó una voz profunda desde la puerta abierta del Gran Salón—, y he venido a reclamar el Alto Asiento del Norte de Escocia.

Stefan se volvió para ver a un enorme guerrero vestido con cota de malla dorada y un casco esmaltado en oro y negro avanzar a grandes zancadas por el pasillo central. La gente rugió una bienvenida. Ancianos, mujeres y niños aplaudían y zapateaban. Algunos de los guerreros hacían sonar sus armas; otros golpeaban sus escudos.

—¡Alto! —gritó Cassian. Las risas se convirtieron en sorpresa y desconcierto. Los vítores se apagaron lentamente—. ¡Alto, he dicho! —volvió a gritar Cassian.

Sonó una nota discordante y la música se detuvo.

—Sire, Lachlann mac Gordon —dijo Cassian—, jefe del clan Gordon y alto rey del norte de Escocia, tenemos un visitante. Lord Stefan Vaderfjord de Ulfsbaer, Northland.

Stefan siguió a Cassian hasta el estrado.

Murmullos recorrieron la sala. La gente se movía; se esforzaban por ver a este norteño al que habían estado esperando, al que habían deseado que nunca llegara. Con la desaprobación grabada en sus expresiones, los montañeses fulminaron con la mirada a Stefan.

Maigrey nunca había experimentado una quietud tan ominosa. Ni un sonido se agitó dentro

del Gran Salón.

Entonces, el viento aulló alrededor del Gran Salón, abofeteando las persianas de tartán enrolladas en las ventanas. A Maigrey le pareció como si el viento del norte hubiera lanzado su hechizo sobre ellas.

Contempló a los dos guerreros con casco que se enfrentaban. Le recordaron al más feroz y respetado de todos los animales de las Tierras Altas: el gato montés. Depredadores ambos, irradiaban poder.

El sol brillaba en la habitación a través de las ventanas abiertas y envolvía a los caudillos en una bruma dorada, reflejándose brillantemente en sus cascos y cotas de malla. Qué parecidos eran, pensó Maigrey. La misma altura y anchura. La misma postura. Incluso sus armas eran similares.

Podrían haber sido hermanos.

Lachlann mac Gordon llevaba un casco esmaltado en oro y negro y cota de malla dorada. Alrededor de su cuello, colgaba el torque dorado del liderazgo. Stefan Vaderfjord llevaba un casco similar de plata y esmalte negro. Su torque era de plata. Una diferencia notable era que Lachlann desafiaba la costumbre y llevaba sus armas en el lado derecho porque era zurdo. Stefan era diestro.

Fuera, el viento soplaba con renovado fervor.

Hojas de roble rojizas, amarillas y marrones revoloteaban a través de la ventana y aterrizaban a los pies de los guerreros. Ambos hombres miraron hacia abajo y luego hacia arriba... al mismo tiempo.

—No —susurró Maigrey—, no pueden ser hojas de roble.

—Ah, mi señora, pero lo son. Los dioses han hablado. —Maigrey giró la cabeza y vio a una anciana de pie junto a ella—. El roble simboliza el destino, una profecía de que la verdad sobre el pasado será revelada —declaró la anciana.

—Sí —respondió Maigrey—. ¿Es usted vidente, buena madre?

—Sí, soy *Feich*.

Stefan se movió, con el manto colgando de sus hombros.

—Soy Stefan Vaderfjord de Ulfsbaer, Northland —dijo, hablando gaélico—. Busco a Lachlann mac Gordon.

—Yo soy a quien buscas —respondió Lachlann en nórdico.

Sin apartar los ojos de Stefan, Lachlann bajó la mano izquierda hasta la empuñadura de su espada. Sin apartar la mirada de Lachlann, Stefan hizo lo mismo con su mano derecha.

—Has deshonrado a Lang de los Lobos —acusó Stefan.

—No —replicó Lachlann—. Mi esposa, la princesa Astrid de Einarland, rompió honorablemente sus esponsales con Stefan Vaderfjord. Enviamos a Lord Lang la dote de ruptura que exigió.

Maigrey miró a la princesa Astrid, que estaba sentada en el Asiento Alto más pequeño. Pálida y asustada, aferraba a la niña que se retorcía cerca de su pecho. La reina madre, con el

rostro también sin color, estaba sentada rígida con la mirada fija en su hijo.

—Envió la dotación para que todos la vieran —continuó Stefan—, pero en cuanto el barco de Lang zarpó hacia Northland, envió a sus guerreros en secreto a atacar el barco. Los mataron a todos menos a uno, e incluso a él lo dieron por muerto. Pero vivió, Lachlann mac Gordon, para identificar al hombre que cumplió sus órdenes.

—Nadie cumplió mis órdenes —dijo Lachlann—, porque yo no di ninguna.

—Sí, las dio. Y el hombre que las llevó a cabo fue Magnus mac Niall.

—No. —Cassian se precipitó—. No pudo ser Magnus.

Lachlann puso una mano de contención en el hombro de su mejor hombre. Cassian dio un paso atrás.

—¿Cómo sabes que era Magnus? —preguntó Lachlann.

—El vasallo de mi padre vivió lo suficiente para contarlo. Tu hombre, Magnus, se jactó de su atroz hazaña. Pensó que nadie lo descubriría porque dejó morir a todos los guerreros de Lang. El hombre de Lang reconoció el casco y la espada que llevaba Magnus. Los describió con todo detalle. El casco y su espada a juego estaban hechos de oro y tenían incrustaciones de bronce y cobre y esmalte negro. Estaban tan magníficamente elaborados que quien los ve nunca los olvida.

Maigrey jadeó. El casco y la espada que Stefan había descrito sonaban exactamente como los que Morcar le había mostrado en el Claustro de Piedra del Refugio.

—No dudo de lo que vio su hombre —indicó Lachlann—, pero sí dudo que el hombre que llevaba el casco y la espada fuera Magnus.

—Es razonable suponer que cualquier guerrero escocés, cualquier guerrero que hablara gaélico, podría haberse puesto ese casco y esa espada en particular —concedió Stefan.

—Sí —confirmó Lachlann.

—Entonces, sire Lachlann, pido escuchar el testimonio de su mejor hombre, Magnus mac Niall.

—No está aquí —respondió Lachlann—. Actualmente, Magnus y algunos de sus guerreros están en el Sur negociando con otras tribus. Esperamos llegar a un acuerdo con ellos respecto a nuestra frontera sur. No sé cuándo regresará.

—¿Magnus mac Niall ha llevado su casco y usado su espada desde que estuvo en Einarland, cuando usted se casó con la princesa Astrid?

—Sí.

Entonces, no podían ser el mismo casco y la misma espada que había visto en el claustro, pensó Maigrey.

—¿Se quejó alguna vez de que se lo hubieran robado o arrebatado?

—No.

—Entonces, sire, insisto en que Magnus participó en ese asalto, directa o indirectamente. Nadie podría haber robado, o tomado prestado, un casco tan costoso sin que Magnus lo supiera. O él o alguien a quien conoce dirigió la incursión.

—Dado que los guerreros de vuestro padre hablaban nórdico, ¿cómo sabéis que los asaltantes del mar hablaban gaélico?

—Había un esclavo a bordo del barco, sire, que era un escocés nativo que hablaba gaélico. Pensando que podría salvarse, conversó con los asaltantes. Desgraciadamente, también lo mataron a él. Antes de morir, el esclavo confesó que esos asaltantes hablaban un gaélico fluido que sonaba como si fuera su lengua materna.

—Las pruebas parecen apuntar hacia mí —dijo Lachlann—, pero le aseguro, sire, que yo y mi gente somos inocentes de tal crimen. Robar la dote de ruptura a lord Lang no era lo que más me convenía.

—Tal vez, sire Lachlann, su mejor hombre, Magnus mac Niall, lo hizo por su propia voluntad. Si es así, es tan culpable del crimen como él.

—Sí.

Los dos caudillos se miraron fijamente.

De nuevo, murmullos zumbaron por la gran sala, pero nadie se movió. Los sirvientes que sostenían bandejas cargadas de comida y bebida no habían dado un paso desde que Cassian había anunciado a Stefan Vaderfjord. Los propios celebrantes no se habían movido. Una tensión hostil se apoderaba de la multitud.

—Lachlann mac Gordon, estoy aquí, este día, para vengar el mal que ha hecho a mi casa. Le desafío.

Gritos airados ahogaron a Stefan. Los guerreros agitaron sus puños en el aire. Se desenvainaron las armas. Un guerrero, gruñendo su grito de guerra, saltó hacia delante. La plata surcó el aire. UIf saltó y mordió la muñeca del guerrero. El hombre maldijo mientras su espada repiqueteaba contra el suelo y caía de rodillas.

—Buen chico —dijo Stefan—. Siéntate.

El lobo soltó al hombre y se acercó a su amo. Sujetando su muñeca sangrante con una mano, el hombre retrocedió tambaleándose.

—Recoge tu espada —ordenó Lachlann a su hombre—, y vete. Ocúpate de la herida.

Lachlann levantó una mano y todo se calmó. Llevó esta hasta la mitad, indicando que quería que la gente se sentara. Para mostrarle su apoyo, su disposición a acudir en su ayuda, permanecieron de pie. Levantó la mano y la volvió a bajar hasta la mitad. Esta vez se sentaron.

Stefan levantó la mano derecha, Lachlann la izquierda, para que se quitaran los cascos. Un grito ahogado recorrió toda la sala. Maigrey dio un paso hacia delante. Lachlann le daba la espalda y ella no podía verle.

—El destino los ha unido de nuevo —murmuró la vieja vidente.

Lang dio varios pasos hacia delante, luego se detuvo.

—¡Por los dioses! —juró, y Maigrey se volvió para ver su conmoción.

Con sus cascos en las manos, Stefan Vaderfjord y Lachlann mac Gordon se miraron cara a cara por primera vez. El yelmo se deslizó de la mano derecha de Stefan, de la izquierda de Lachlann, para aterrizar con sordos golpes en el suelo cubierto de helechos. Como si contemplara una pieza de bronce pulido, Stefan se llevó la mano derecha a la cara y la rozó a lo largo de la

mandíbula. Lachlann hizo lo mismo con la izquierda. Con expresiones de absoluta incredulidad en sus rostros, se miraban fijamente; se escudriñaban. Stefan se pasó la mano derecha por el pelo. Lachlann hizo lo mismo con la izquierda.

—¡Por la bendita madre! —exhaló Maigrey. ¡Eran dos! Ahora sabía por qué Stefan le había parecido tan familiar. Era igual que Lachlann.

—Sí —confirmó en voz baja la anciana llamada Feich—, son dos. El Lobo y el Caballo. Los Antiguos los consideraban signos sagrados de poder. Enfrentados a uno, los valientes guerreros tiemblan de miedo. Enfrentados a ambos, huyen como cobardes.

Sin pronunciar palabra, Astrid estrechó al bebé contra su pecho.

—¡Madre de Dios! —gritó la reina madre—. ¿Cómo puede ser esto?

Su rostro estaba ceniciento, sus ojos redondos de incredulidad. Se llevó una mano al pecho y empezó a caer lentamente en el suelo.

Lachlann y Lang corrieron hacia ella. El norteño la alcanzó primero, atrapándola entre sus brazos.

—¡Suelta a mi madre! —ordenó Lachlann.

—No le haré daño —dijo Lang—. Se ha desmayado y necesita tumbarse. Por favor, dime dónde hay una cama.

Lachlann señaló un pasillo. Largos pasos llevaron a Lang por el pasillo del Gran Salón hasta una cámara.

Ahora Stefan comprendía el significado de sus sueños. Él era el guerrero doble, en el sentido de que era un gemelo idéntico. Él era diestro, su hermano zurdo.

—Lachlann mac Gordon —tronó Lang desde el interior de la cámara—, envía a alguien para que me ayude con mi dama.

Su grito sacó a todos de su estupor.

—¡Ella no es tu dama! —Lachlann rechinó entre dientes apretados—. Es mi madre, la reina madre del norte de Escocia.

—Yo me ocuparé de lady Muireall, Lachlann —susurró Feich—. Tienes asuntos que atender aquí. —Mientras cojeaba hacia la cámara, la vieja vidente murmuró—: Sí, el Lobo y el Caballo se han juntado. Que tiemble la tierra.

Lachlann mac Gordon era su hermano, pensó Stefan, atónito. Su hermano gemelo idéntico. Pero también era el hombre que había traído la vergüenza a la Casa del Lobo. Era el hombre al que Stefan había hecho el juramento de sangre de matar.

—Lachlann mac Gordon —dijo Stefan, con voz fuerte y compuesta, a pesar de la agitación que sentía en su interior—, le reto a un duelo para vengar la deshonra que has traído al nombre de mi padre.

Maigrey se acercó corriendo a Stefan y lo agarró por el brazo.

—Sire —murmuró en nórdico para que solo él la entendiera—, no puedes hacer esto. Lachlann mac Gordon es tu hermano, tu hermano gemelo idéntico. —Stefan sacudió su brazo del agarre de Maigrey—. Él afirma que es inocente del crimen —argumentó ella—, y creo que lo es.

Por favor, sire.

Los rasgos de Stefan eran afilados e implacables, como si hubieran sido cincelados en hielo.

—Este es el hombre que ha deshonrado la casa de Lang, el hombre al que he hecho un juramento de sangre a Thor de matar.

—Acepto —dijo Lachlann, igualmente digno—. Nombraré a uno de mis mejores hombres para que sea el maestro del duelo.

Una vez más, la sala se llenó de voces excitadas. Algunas de las mujeres y los niños aplaudían; otros golpeaban las manos contra las mesas. Los viejos hacían sonar sus armas; los jóvenes guerreros golpeaban sus escudos.

—Nombro a Cassian mac Weir maestro del duelo.

—Designo a Einar —gritó Stefan.

Einar se movió entre la multitud para situarse a la derecha de su caudillo. Cassian se situó a la izquierda de Lachlann. Con voz alta y clara, Cassian anunció en gaélico:

—Como desafiado, Lachlann elige el arma, la hora y el lugar. —De fondo sonó la traducción. Cassian se volvió hacia Lachlann.

—La espada. Dado que este día ya ha pasado el mediodía, elijo celebrar este encuentro al día siguiente, cuando el sol esté más alto en el cielo.

—Sí, sire del Fuego —se burló Stefan—, ese es un momento apropiado. Es cuando el poder del sol comienza a disminuir.

—No, sire de las Tierras del Norte, ese es el momento en que el fuego de la luz es más vital.

—¿Dónde? —preguntó Cassian.

—En el campo de torneos —apuntó Lachlann. Se oyeron más vítores.

—La Danza de la Espada —confirmó Cassian a Lachlann.

—Debe hacerla. —Rudie, el sumo sacerdote cristiano, se adelantó.

—No. —La gente se calló y un aire de expectación flotaba sobre el edificio. Rudie miró a Lachlann—. ¿Cuál de vosotros es el mayor?

Los caudillos gemelos se miraron entre sí y luego al sacerdote. Stefan se encogió de hombros. Finalmente, Lachlann dijo:

—Él. Aunque mi madre nunca me dijo que tuviera un hermano gemelo, sí me dijo que tenía un hermano mayor que yo.

—Stefan, por reclamo de la sangre que fluye a través de tu madre biológica hacia ti, eres quien hereda el Alto Asiento del Norte de Escocia. Tú eres quien debe ejecutar la Danza de la Espada.

Lachlann fulminó con la mirada a su hermano.

—No —dijo Stefan, leyendo en sus ojos la hostilidad de su hermano—. Soy un norteño. Delante de todos estos testigos, este día renuncio a mi reclamación del Alto Asiento del Norte de

Escocia. Se lo cedo a Lachlann mac Gordon.

—No quiero nada de ti —gritó Lachlann dejando atrás el protocolo.

—Ya que tu reino no significa nada para mí, Lachlann mac Gordon, considera que no te doy nada. —Contestó Stefan dejando también olvidadas las formalidades.

—Lo significa todo para mí —aseguró Lachlann.

—Y debería —replicó su hermano—. Es tuyo.

Rudie asintió.

—Toda esta gente ha sido testigo de tus palabras, Stefan Vaderfjord. El Alto Asiento es para tu hermano menor, Lachlann mac Gordon.

Con Maigrey a su lado, Stefan se alejó del estrado. El lobo lo siguió.

Lachlann dijo en voz baja:

—Sumo sacerdote Rudie, yo haré la Danza de la Espada. Músicos —llamó, y caminó hacia las espadas que yacían cruzadas frente al estrado. Empezaron a tocar, el tempo lento al principio, los pasos de la danza sencillos.

—Es fascinante, sire —le susurró Maigrey a Stefan—, sobre todo al final, cuando la música se vuelve muy rápida, ya que el truco consiste en no tocar la espada con los pies, sino bailar solo en los espacios intermedios.

Pero a Stefan no le interesaba la danza. Le interesaba el hombre que la interpretaba. Lachlann mac Gordon era un hombre grande, pero en ese momento era un torbellino.

—La danza es un ritual que todos los reyes de las Tierras Altas realizan antes de asumir el Alto Cargo del reino —explicó Maigrey.

Lachlann gritó exuberante y clavó un puño en el aire. El gaitero empezó a tocar más deprisa. Lachlann bailó más deprisa, añadiendo pasos nuevos y más complicados a los originales. Parecía que sus pies apenas tocaban el suelo mientras se movía con agilidad alrededor y por encima de las espadas cruzadas, sin tocar nunca ninguna y sin mirar hacia abajo.

—El bailarín debe tener una gran destreza y habilidad para realizarlo —dijo Maigrey—. Esto demuestra la agilidad de un guerrero y su habilidad en la guerra. También es una invocación a los dioses para un buen reinado.

—¿Qué ocurrirá si los toca?

—El pueblo temerá que su reinado sea turbulento y trágico. Tendrá que luchar para recuperar su confianza.

Una y otra vez, cada vez más rápido, el gaitero tocaba y Lachlann bailaba. Ni una sola vez miró a sus pies, ni tocó las espadas. Mostraba una confianza en sí mismo que parecía rayar en la arrogancia. Aunque Stefan respetaba este rasgo en Lachlann, también lo encontraba irritante.

Cuando las últimas notas de la canción se apagaron, Lachlann se mantuvo erguido sobre su pie izquierdo con el derecho en alto sobre la rodilla izquierda. Tenía la mano derecha en la cadera y la izquierda levantada en el aire.

Estaba sin aliento, Stefan podía notarlo por la rápida subida y bajada de su pecho. Tenía la cara mojada por el sudor. Pero el caudillo de las Highlands controlaba completamente su cuerpo,

y su cuerpo era el de un guerrero.

Chillidos, gritos y hurras sonaron por toda la sala mientras todos celebraban el éxito de Lachlann. Un digno oponente, pensó Stefan. Un rey digno.

Capítulo 13

Se sentó en la cama junto a la reina madre. Lang estaba de pie junto a ellos, contemplando a Muireall. Se había sentido atraído por ella hacía treinta primaveras, cuando la partida de incursión de su padre había desembarcado en las costas de Escocia. Con el paso de las estaciones, se había preguntado por ella, había deseado saber su nombre.

Ella gimió suavemente e inhaló profundamente. Luego abrió los párpados y lo miró.

—Mi señora Muireall —dijo en gaélico, repitiendo el nombre que había oído a Feichuse. Le gustaba decir el nombre de Muireall; le gustaba oírlo pronunciar—. ¿Es usted la madre de Lachlann?

—Sí. —A través de unos ojos azules, el color de un cálido día de verano en las Tierras del Norte, le miró fijamente. Su voz era tentativa—. ¿Quién es usted?

—Soy Lang. El padre de Stefan.

Ella se lamió los labios.

—No sabía que era su hijo cuando lo encontré —dijo Lang—. Yacía bajo el cuerpo de una mujer y supuse que era su madre.

—Mi sirvienta —susurró Muireall.

—Yo era la otra sirvienta —dijo Feich—. En la confusión, nos separamos. Otra de las sirvientas informó de que ella y el bebé habían sido asesinados.

—Solo mataron a la mujer —explicó Lang.

—Si tan solo hubiera mirado más allá de mí misma —se lamentó Feich. Se levantó y se apartó de la cama. Las lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas.

—Usted dio a luz a un hijo brioso, señora, que no deseaba morir —masculló Lang a Muireall.

—Habla nuestro idioma —dijo ella.

—Sí, al igual que mi… Nuestro hijo. Nuestra ama de casa era gaélica. Ella nos enseñó el idioma. —Y añadió—: Siento la reciente muerte de su marido, señora.

—Gracias, sire. —Hizo una pausa—. Por favor, quítese el casco. Quiero verle la cara.

Lang se lo quitó junto con la cofia y se los metió bajo el brazo. Se pasó una mano por el pelo para que no se le pegara a la cabeza.

Se miraron fijamente y él vio en el fondo de los ojos de ella el brillo del reconocimiento.

—¿Puede ser? —susurró ella.

—Sí.

—Su pelo aún es negro —murmuró ella.

—El paso de las estaciones le ha añadido un poco de plata.

—En las sienes. Su barba es mayormente negra. Pero los ojos... —Ella los miró fijamente —. No han cambiado. Siguen siendo grises. Nunca los olvidaré. He vivido con su recuerdo durante los últimos treinta inviernos.

—Yo también he vivido con su recuerdo, señora.

En su corazón, Lang siempre había llevado la imagen de Muireall de pie en el linde del bosque, cerca de los caballos de las Tierras del Norte, con su hijo aferrado de forma protectora contra su pecho.

—¿Por qué me dejó marchar? —le preguntó.

—Me cautivó —admitió—. Nunca había contemplado a una mujer tan hermosa como vos, mi señora. —Dejó de hablar un minuto y luego añadió—: Si solo hubiera sido lujuria, la habría tomado como mi amante. Estuve muy tentado. Pero conmovisteis mi corazón tanto como mi cuerpo. —Su mirada recorrió el cabello castaño oscuro que se alzaba en rizos sobre la coronilla de su cabeza—. Lo que quería darle, señora, ya se lo había dado a otra mujer digna. No podía traicionarla.

Muireall se pasó el pañuelo por las manos.

—Me permitiste robar valiosos caballos de Northland.

—Sí. Ese día, señora, actué de corazón. Y los dioses me bendijeron. Cuando terminó la batalla, con la aldea destruida y el botín cargado en el barco, hice un último viaje por la calle principal. Oí llantos y busqué hasta que encontré un bebé tendido bajo el cuerpo de una mujer muerta. Era un niño, que llevé a casa y le entregué a mi esposa, que no podía tener hijos, para que no sintiera más vergüenza por su esterilidad. Nuestro hijo nos ha dado una gran felicidad.

—Camshron, mi primer marido, murió durante la incursión y pensé que mi hijo mayor también. Ojalá Fergus pudiera estar aquí para ver a Stefan, pero también me alegro de que no esté.

—¿Era su segundo marido?

—Sí, de hace diez inviernos, pero el padre adoptivo de Lachlann durante toda su vida. El único padre que conoció. —Y añadió con tristeza—: No es un buen día, cuando los hombres del norte marchan hacia los pueblos de las Tierras Altas, empeñados en destruirse mutuamente.

—No fue un buen día cuando Lachlann me deshonró, señora: Ha llamado a su propia destrucción. Usted entiende la ley tan bien como yo. Su hijo debe responder por sus crímenes.

—No es culpable, sire Lang. Este matrimonio era demasiado importante para que se comportara de forma irresponsable. No fueron los hombres de Gordon quienes robaron su dote —insistió Muireall. Se inclinó hacia delante y cogió a Lang del brazo—. Por favor, sire, créame.

Se sentó en el borde de la cama. La edad había añadido profundidad y belleza a Muireall. Hoy era más convincente de lo que había sido hacía tanto tiempo. Pero la separación entre ellos era mayor de lo que había sido entonces.

—De todas las personas, sire, usted tendrá la mayor influencia de todas sobre Stefan. Seguro que puede persuadirlo de que se retracte de su desafío.

—Si alguien pudiera persuadirle —respondió Lang—, sería yo, señora. Pero ni siquiera yo puedo. Stefan no se retractará de su palabra.

—Sire, usted salvó a mis hijos hace mucho tiempo. Por favor, sálvelos de nuevo —suplicó Muireall. Sus dedos le apretaron el brazo—. No deseo que ninguno de ellos muera. ¿Podemos restaurar su honor de otra manera?

Lang puso su mano sobre la de ella.

—Esta vez no puedo ayudaros, mi señora Muireall. Mi hijo ha hecho un juramento de sangre. —Hizo una pausa—. Si rompiera su juramento, perdería su alma ante Hades, el Dios del Inframundo. Nunca podrá unirse a los valientes guerreros en la sala del hidromiel del Valhalla.

—Sí, sire, entiendo los juramentos de sangre.



Mientras la gente salía del Gran Salón, Lachlann le dijo a Stefan:

—Tú y tu padre estáis invitados a alojaros en una de nuestras casas de huéspedes y tus guerreros en el Pequeño Salón.

—Mis hombres acamparán fuera de la aldea, pero mi padre y yo aceptamos tu hospitalidad. —Lachlann asintió.

Cassian dijo:

—Síganme.

—Lo haré en un momento —respondió Stefan—. Primero quiero ver a mi padre. Él y yo debemos hablar.

—Sí. —Lachlann gruñó la palabra—. Al igual que mi madre y yo.

Stefan se volvió y guio a Maigrey por el pasillo hacia la cámara. Ulf trotó detrás de ellos. Lachlann se dio la vuelta, cogió a Astrid del brazo mientras entregaba a la pequeña a una sirvienta y los dos siguieron a Stefan. Cassian se puso al paso tras ellos.

Cuando Stefan entró en la habitación, la reina madre estaba sentada en la cama apoyada en varios cojines sobre la cabeza. Lang se sentó junto a ella. La vieja vidente permanecía de pie junto a la ventana. Lang se levantó cuando la mirada de Stefan recorrió la habitación. De las paredes colgaban tapices; a ambos lados de la puerta, había cofres.

Sobre una mesa de caballete había una gran jarra de cerveza y varias jarras. Un fuego ardía en el pozo central.

—Creo que tiene algo que contarnos, señora —empezó Stefan. Muireall había estado llorando. Tenía los ojos rojos e hinchados.

—Stefan... —dijo Lang, pero ignoró a su padre y miró fijamente a la reina madre.

—Sí, sire Stefan, así es.

Stefan, manteniendo a Maigrey a su lado, se apoyó en el marco de la puerta. Lachlann y

Astrid, entrando de lleno en la sala, se situaron frente al fuego central.

Respirando hondo, Muireall dijo:

—Stefan, tú y Lachlann nacisteis de mí y de Camshron hace treinta inviernos, cuando yo era una jovencísima reina de Pictlandia Occidental. No mucho después de vuestro nacimiento, nuestra aldea fue atacada por hombres del norte liderados por Lang y su padre.

En tono preciso, Muireall les habló del ataque, de la muerte de Camshron y de la supuesta muerte de su hijo mayor. Concluyó con su huida en caballos norteños que le había dado Lang. Cuando terminó, el silencio flotaba pesado en la sala. Por una de las pocas veces en su vida, Stefan no supo cómo responder.

—Sabía que tenía un hermano —murmuró Lachlann—, pero creía que estaba muerto. Y nunca me dijiste que era mi gemelo.

Muireall hurgó en la colcha.

—El hermano de tu padre era un hombre codicioso que quería el Alto Cargo de tu padre y habría hecho cualquier cosa por conseguirlo. Mucha gente cree que los gemelos son malos, que el primero es de Dios y el segundo de los espíritus malignos. Tu tío intentaba convencer a tu padre de que había que matar a uno de los dos.

—A mí —dijo Lachlann.

Muireall asintió.

—No iba a dejar que os matara a ninguno de los dos. Entonces, los hombres del norte atacaron la aldea y recibimos la noticia de que tu hermano había muerto. Pensando que él no formaría parte de nuestras vidas, no vi razón para cargarte con el conocimiento de que erais gemelos. —Suspiró—. Quizá me equivoqué, pero hice lo que creí mejor, Lachlann.

—Ya —murmuró este.

—No tengo ningún hermano —declaró Stefan. Sin embargo, incluso cuando pronunció las palabras, sabía que eran una tontería. Miró fijamente a la cara de un hombre que solo podía ser su hermano gemelo.

—Sí. —Feich se sentó en una silla arrimada al fuego—. Sois hermanos, nacidos de la misma madre y el mismo padre el mismo día. Yo os ayude a venir al mundo a los dos.

Lang llenó un vaso de cerveza y lo puso en las manos de Muireall. Dijo:

—Yo soy la madre de ambos.

—No —masculló Stefan, su voz baja y acompasada—. Tú no eres mi madre. Mi madre era Astryd, hija de Thorfin, una valiente norteña, y está muerta.

El vaso que Muireall sostenía en sus manos empezó a temblar. Lang, sentado junto a ella en la cama, se lo quitó y lo dejó sobre el arcón que tenía al lado. Arrastrándola entre sus brazos, la consoló. Stefan fulminó a su padre con la mirada. Desde que su madre había muerto, en brazos de su padre, nunca había visto a Lang sostener a una mujer con tanta ternura. Y de todas las mujeres por las que podía interesarse... ¡La madre de Lachlann! ¡Nunca sería su madre!

—¿Por qué me mentiste sobre mi nacimiento, Lang? —preguntó Stefan. Ante todo, entre sus agitadas emociones, sentía traición.

—No te mentí —dijo Lang mientras volvía a acomodar suavemente a Muireall contra las almohadas.

—Pero no me dijiste que era adoptado, robado de las Tierras Altas durante una incursión marítima. —Stefan cruzó la habitación para enfrentarse a su padre—. Me permitiste crecer creyendo que era un norteño. Incluso cuando juré navegar a Escocia para vengar nuestro honor, no me lo dijiste.

Lang se levantó y encaró a su hijo.

—La gente siempre comentaba lo mucho que nos parecemos, Lang —añadió Stefan, como exigiendo que su padre refutara todo lo confesado—. Altos, de hombros anchos. Pelo negro. Ojos penetrantes. ¿Y qué hay de las características del guerrero que supuestamente heredé de ti?

Colocando una mano sobre el brazo de Stefan, Lang dijo:

—Hijo mío...

Stefan quiso apartar el brazo del agarre de Lang, pero no lo hizo. Nunca había sido propenso a los arrebatos emocionales y no empezaría ahora.

—Soy tu hijo en virtud de haber vivido contigo durante treinta inviernos, sire, de haber cenado en tu mesa y haber sido obediente a tus enseñanzas, pero no tengo ningún lazo de sangre contigo. No pertenezco a la Casa de los Lobos.

—Sí —convino Feich—, eres un lobo, hijo mío, como tu hermano es un caballo. No te amargues ni te enfades por lo que los dioses han decretado.

Stefan retiró el brazo del agarre de su padre y señaló a Muireall.

—Soy hijo de esta mujer en virtud de la sangre, pero no sé nada de ella ni de su pueblo. Me han enseñado a odiarlos, a considerarlos mis enemigos. He hecho un juramento de sangre a Thor para matar a este hombre, mi hermano.

—Como tú, hijo mío —añadió Feich—, Lachlann es un caballo en virtud de la sangre de su madre. Se convirtió en lobo cuando Fergus lo acogió.

Stefan se volvió para mirar a la vidente.

—¿Quién eres, anciana?

—Soy la mujer que te sacó del vientre de tu madre —repitió ella, y luego añadió—: La mujer que te abofeteó las nalgas por primera vez. Te puse en brazos de tu padre y fui testigo de cómo te aceptaba como su primogénito. —Levantándose de la silla, caminó para colocarse frente a Stefan—. Los dioses han sido buenos contigo. Permitieron que un guerrero de gran valor te salvara y te criara. Ahora te han enviado de vuelta a tu tierra natal. Pronto te darán a conocer su propósito. —Se apartó de Stefan y salió de la habitación, murmurando—: Pronto.

—¿Por qué no me dijiste esto hace tiempo, Lang? —preguntó Stefan—. ¿Por qué me dejaste creer que la sangre de los lobos corría por mis venas, que yo era el caudillo que debía unir a todos los clanes en un solo reino?

Lang miró a Stefan como pidiéndole comprensión.

—Los dioses me habían bendecido dándome el hijo que tu madre y yo no habíamos tenido, y no quería pensar en ti como otra cosa que no fuera mi hijo biológico. Y la sangre de los lobos sí corre por tus venas, hijo mío.

—No, Lang, corre la sangre de algún Highlander. La sangre del caballo.

—Lang y yo hicimos cada uno lo que creímos mejor —musitó Muireall con voz apagada —. Pero eso es pasado. Ahora debemos ocuparnos del presente. —Se deslizó fuera de la cama. Lang estaba instantáneamente a su lado, su brazo rodeando sus hombros para estabilizarla.

Tanto Stefan como Lachlann se precipitaron hacia delante, uno para apartar a su padre de la mujer, el otro para apartar a su madre del hombre. Lang los miró al mismo tiempo con una mirada ardiente que hizo que ambos retrocedieran sobre sus pasos.

—¿Le gustaría volver a su cabaña, milady? —preguntó Lang.

—No, me gustaría ver a mi hijo mayor. —Se zafó del abrazo de Lang y se acercó a Stefan.

Él vio las lágrimas que empañaban sus hermosos ojos azules. Miró a Lachlann. Sus ojos tenían el mismo tono sorprendente que los de la reina madre. Del mismo color que... ¡los suyos! Pero Stefan no se dejaría embaucar por aquella mujer.

—Sin duda eres un hombre apuesto, sire —susurró—, y, aunque te pareces a tu padre adoptivo Lang, también te pareces mucho a tu padre biológico, Camshron. —Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Era un guerrero de valor, sire. Habrías estado orgulloso de ser su hijo.

Ella levantó la mano, pero antes de tocar su mejilla, la bajó.

—Sé que tus pensamientos están confusos en este momento, al igual que los míos, pero no me excluyas por completo de tu vida. Nunca podré ocupar el lugar de tu primera madre, pero los dioses han decretado que soy tu madre biológica.

—Sí, mi señora —dijo Stefan cortante—, los dioses así lo han decretado. A veces me pregunto por su sentido del humor.

—No es humor, sire, es el destino. Cada uno de nosotros tiene un camino destinado que recorrer. Por favor, mi... —Hizo una pausa—. Por favor, sire e hijo mayor mío, toma la decisión correcta.

Stefan levantó la mano derecha y se frotó la frente. Muireall jadeó y sus ojos se abrieron como platos. Agarrándole la mano, le empujó hacia la luz del fuego.

—El anillo —susurró—. ¿De dónde has sacado este anillo?

Todos se acercaron para contemplar el dedo meñique de Stefan. La banda era plateada, pero el diseño era dorado.

—Cuando era pequeño, mi padre lo hizo diseñar y elaborar para mí —explicó Stefan—. Lo recibí cuando me convertí en guerrero y la llevo desde entonces. —Stefan miró a Astrid mientras decía—: Tenía la intención de que este fuera el anillo de boda que le daría a mi esposa, señora.

Astrid se zafó del abrazo de Lachlann.

—Recibí un anillo de oro en forma de hoz como alianza de boda. —Extendió la mano para que todos la vieran—. La historia que Lachlann contó sobre este anillo, sire Stefan, es muy parecida a la suya.

—Sí —coincidió Muireall—. Camshron mandó fabricar el anillo pensando que tendríamos un único hijo. Se lo di a Lachlann cuando se convirtió en guerrero. Lo llevó hasta que se lo dio a Astrid hace seis temporadas, cuando se casaron.

Un inquietante silencio se adueñó de la estancia.

Lang tomó la palabra.

—Mandé diseñar y elaborar este anillo porque, incluso de bebé, a Stefan le encantaba la oscuridad. Podía ver mejor en la oscuridad que la mayoría, podía navegar mejor, incluso podía luchar mejor. Se pasaba horas fuera, mirando la luna, pensando y planeando.

—La vidente nos aconsejó a Astryd y a mí que, aunque Stefan llevara el nombre del gran dios del trueno, debía dedicarse al dios de la Noche, para que los rayos de plata de la luna lo dirigieran siempre.

—La hoz —dijo Muireall—. ¿Qué significa para su pueblo?

—La hoz simboliza la luna, señora. Nuestros barcos tienen forma de media luna. Al igual que la luna surca el cielo de medianoche, nuestros barcos surcan los mares azules. La hoz dorada encarna tanto al sol como a la luna. Nuestros escudos son redondos como el sol, nuestras espadas los rayos que salen de él.

—Para nosotros es lo mismo —masculló Muireall—. La forma de media luna es por la luna, y el color es por el fuego del sol. Dos en uno.

—Sí, señora, dos en uno. La noche y el día. La mitad oscura del año y la mitad luminosa.

—La mitad oscura del año es el comienzo del primogénito, el hijo mayor.

—Sí, señora.

Muireall miró primero el par de plata que llevaba Stefan al cuello y luego el de oro que llevaba Lachlann.

Finalmente, Cassian mac Weir rompió el silencio.

—Mis sires Stefan y Lachlann, ¿qué pasa con el duelo? ¿No cambia esto el asunto?

—No cambia nada —sentenció Stefan—. He hecho un juramento de sangre a Thor de que mataré al hombre que trajo la deshonra al nombre de mi padre. No podría retractarme de ese juramento, aunque quisiera.

Todos comprendieron las fatales consecuencias de romper un juramento, especialmente uno hecho a los dioses.

—Lachlann mac Gordon y yo somos enemigos primero —anunció Stefan—, hermanos después. El duelo procederá según lo planeado.

—Sire Stefan —pidió Cassian—, estoy hablando fuera de lugar, y puede que el Gordon tenga mi cabeza por ello, pero alguien debe hablar. Sé que no nos cree, pero Lachlann y Magnus son inocentes de este crimen.

—¿Me estás pidiendo que suspenda el duelo? —preguntó Stefan.

—No —respondió Lachlann—. Habla por él, no por mí. Pero te pido tiempo. Ahora que he oído lo que tu vasallo informó, quiero encontrar al verdadero culpable de esta perfidia. —Se acercó más a su hermano—. Stefan Vaderfjord, prometiste matar al hombre que ha deshonrado tu casa. Entonces, confórmate con matarlo a él y solo a él. Si me matas, seguirás debiendo a tu dios un juramento de sangre.

—Sire —le dijo Muireall a Stefan—, la única prueba que tienes es el casco y la espada...

—Sí, señora —contestó seco Stefan—. Tal armamento no es común. Solo puede haber una de cada una.

—He visto un casco y una espada como los que describes —masculló Maigrey, dando un paso adelante.

—¿Dónde? —preguntó Lachlann.

—En el Claustro de Piedra del Refugio, sire. Soy Maigrey, hija de Morcar, una bardo del claustro.

Lachlann la miró tan fijamente que Maigrey volvió a sentirse cohibida por su pelo corto. Imaginó los pensamientos de Lachlann, pero no se dejaría disuadir.

—Mira el tatuaje. —Se subió la manga de la túnica para revelar la hoz dorada—. Mi padre es el sumo sacerdote y el Anciano de las Noches y los Días.

—Sí, Lachlann. —Muireall se acercó para poder ver mejor a Maigrey—. He estado tan absorta en el regreso de tu hermano que no la había reconocido hasta ahora. Es la bardo del Claustro de Piedra del Refugio. La conocí cuando visité el santuario la primavera pasada.

—Tras el paso de las cuatro estaciones, cuando nos preparamos para celebrar el regreso de la primavera —confirmó Maigrey—. Mi padre revisa los regalos que se han ofrecido a los dioses. Los limpiamos y pulimos, y hacemos una nueva lista. En ese momento, mi padre y el Consejo de Sacerdotes eligen cuáles se distribuirán entre los necesitados de los reinos.

—Diga lo que piensa, señora —espetó Lachlann.

—Antes de abandonar el claustro para venir aquí en busca de santuario —Maigrey cogió aire—, vi un casco y una espada iguales a los que describió Stefan.

—Pero ¿cómo pudo ser?

—¿Magnus llevaba su casco la primavera pasada? —preguntó Stefan.

Lachlann asintió.

Stefan dijo:

—Se avecina un problema.

—Sí, sire —convino Maigrey. —Así es. —Omitiendo cualquier referencia personal, Maigrey le contó a Lachlann el ataque de los asaltantes marítimos a Thornsgate, las muertes subsiguientes de la casa real y el nombramiento de Farlan como gobernante provisional. También transmitió sus sospechas sobre el papel de Farlan en la perfidia y su deseo de robar las riquezas del claustro.

—No hemos recibido ninguna noticia al respecto —sentenció Lachlann.

—Lord Farlan no desea que se sepa —indicó Maigrey—. Todos se mantienen prisioneros. Incluso ahora, sire Lachlann, temo por las vidas de mi padre y de mi primo. Por las vidas de todos mis compañeros juglares.

—Señora —dijo Lachlann—, según lo que usted ha dicho, su rey y su familia fueron asesinados por merodeadores del mar y el Alto Consejo ha nombrado a Lord Farlan gobernante provisional de Thornsgate. No he recibido ninguna convocatoria de ayuda y no tengo ninguna razón para marchar al reino con mis guerreros.

—Usted está recibiendo su convocatoria por mí. Morcar me envió a buscar ayuda.

—¿Por qué lleva el pelo rapado?

—Los hombres de Farlan me lo cortaron —gritó Maigrey, sabiendo que Lachlann no la creía—. Farlan me culpa del ataque. Me ha declarado proscrita, pero soy inocente.

Vio compasión en los ojos de Lachlann, pero también sabía que no iba a ayudarla. Exasperada, temerosa, Maigrey respiró hondo y contó su propia historia, empezando por su llegada a Thornsgate y terminando con su llegada al pueblo de Lachlann.

Cuando terminó, Lachlann dijo:

—Lo único que puedo hacer ahora es enviar un mensajero a Thornsgate para preguntar por Morcar y los juglares.

—Gran rey, ¿no me ha oído? Los Dagas de Plata han sido tomados cautivos. Uno está muerto. Un hombre del rey también ha muerto.

—El guerrero está muerto, señora —señaló Lachlann— porque ayudó a escapar a prisioneros del rey. No puedo culpar a los hombres de Farlan. Mi posición sigue siendo la misma.

—¿Y el casco y la espada? ¿No quiere verlos?

—Verlos no resolverá nuestro problema. —Sus palabras echaron por tierra la última esperanza de Maigrey.

—Debemos encontrar al hombre que dejó el yelmo y la espada en el claustro —señaló Stefan—. ¿Tu padre también registra el nombre del donante?

—Sí. —Los ojos de Stefan se iluminaron.

—Pero dijiste que estos objetos estaban entre los tesoros. No se registraron los nombres de los donantes. —Lachlann se encogió de hombros—. Entonces, Maigrey, el asunto está fuera de mi alcance.

—A la luz de lo que ha dicho lord Lachlann, y de lo que Maigrey nos ha contado sobre el casco y la espada —intervino Stefan—, te concederé más tiempo para investigar qué ha pasado. —Astrid y Muireall se relajaron visiblemente, pero Maigrey seguía alterada.

Ella había pensado que, seguramente, cuando llegara al norte de Escocia, el alto rey le ofrecería ayuda de buena gana. Pero era muy parecido a su hermano: receloso y obstinado. ¿Nadie la creía? Maigrey se tocó el pecho con la palma de la mano apoyada sobre el sagrado amuleto. Al menos, estaba a salvo por el momento. Mientras ella lo tuviera, Farlan no podría llegar al santuario interior y probablemente no mataría a Morcar ni a Rob.

—Vamos a despedirnos —anunció Lachlann—. Mis sires, Lang y Stefan, mi esposa y yo os invitamos a celebrar el banquete de la coronación con nosotros mañana por la noche.

Stefan asintió.

—Aceptamos.

—Stefan, ya que tú y Maigrey compartiréis la misma cabaña —dijo Lang—, yo dormiré en mi pabellón.

Stefan asintió.

Con su brazo alrededor del hombro de Astrid, Lachlann la guio fuera de la cabaña. Cassian le siguió.

—Mi señora Muireall —llamó Lang—, ¿puedo acompañarla a sus aposentos?

Lachlann se detuvo en la puerta y se dio la vuelta.

—Sí, milord Lang —respondió Muireall.

Stefan y Lachlann fulminaron con la mirada a sus padres. Lang y Muireall ignoraron a sus hijos.

Capítulo 14

Stefan y Maigrey siguieron a Cassian hasta su alojamiento, una cabaña de dos habitaciones alejada de la Gran Casa. Ulf trotó junto a ellos. Por fuera, Stefan estaba sereno. Por dentro, estaba emocionalmente devastado.

—¿Quiere que le envíe un sirviente, sire? —preguntó Cassian.

—No.

—Enviaré a alguien para que le acompañe a la cena. La tomarán en la Gran Casa con Lachlann y su familia.

Cuando Cassian se hubo ido, Stefan cerró la puerta y se apoyó en ella. Su mirada recorrió la habitación, iluminada por la luz menguante del sol y el fuego del pozo central. Los cofres flanqueaban ambos lados de la puerta.

Un silencio inquietante se había instalado en la cabaña cuando Stefan se apartó de la puerta. Pasándose la mano por el pelo ya despeinado, entró en la cámara. La cama era grande y cómoda, amueblada con un grueso colchón y almohadones. Una gran ventana rompía la pared del fondo. Los postigos estaban abiertos, la persiana enrollada. Había un gran arcón junto a la cama y otro a los pies, una mesa con dos sillas contra una pared. Sobre ella había una jarra y jarras.

Ulf ya había examinado la habitación y estaba acurrucado en el suelo frente al fuego. Stefan cruzó hacia la mesa. Cogió la jarra de vino y se sirvió un vaso. Como si se estuviera muriendo de sed, se lo bebió de un trago. Volvió a llenar el vaso y dio varios tragos largos más. Un viento frío sopló en la habitación, pero Stefan lo recibió con agrado. Tal vez barrería su mente de confusión. Nunca se había sentido tan desorientado. Sentía como si su cuerpo fuera una persona, su alma otra, y que ninguna de las dos pertenecía al mismo hombre. Stefan era un hombre metódico. Había trazado su vida con el mismo cuidado y precisión con que trazaba los mares que surcaba, las tierras que exploraba. Estudiaba las situaciones y preveía las consecuencias de su comportamiento: luego, elegía su camino. Fijaba sus objetivos y trabajaba hasta alcanzarlos o hasta que decidía que ya no le importaban. Siempre había sabido lo que iba a hacer y luego lo había hecho. Cuando había zarpado de Northland, su propósito había sido singular y claro. Pero una vez que había llegado a estas costas, su propósito se había vuelto turbio y complejo. Sus padres no eran sus padres biológicos. Era un montañés, no un norteño.

Era del Clan del Caballo, no del Lobo. Una mujer a la que no conocía era su madre. Su enemigo jurado era su hermano gemelo idéntico.

Maigrey, sin saber qué decir o hacer, pero compadeciéndose de la confusión de Stefan, se quedó callada en la puerta. Cuando hubo vaciado la jarra por segunda vez, se la tendió, en señal

de que quería que se la volviera a llenar.

—Sire —murmuró en voz baja—, el vino no aliviará tu herida.

—No tengo ninguna herida que aliviar, Maigrey. —La fulminó con la mirada y volvió a la mesa. Él mismo sirvió el vino.

—Sí, sí que lo tienes. Estás lleno de amargura, odio y rabia, tanto que no sabes lo que sientes.

—Supongo que lees la mente —espetó.

—No, pero leo los corazones.

Le lanzó una mirada sarcástica.

Maigrey no se dejó disuadir. Durante sus años en el claustro, había atendido a muchas personas enfermas, del cuerpo, de la mente y del espíritu. Comprendía que dirigieran sus insultos a uno cuando en realidad los pensaban para otro... la mayoría de las veces para sí mismos.

—Puedo entender algo de lo que debe estar sintiendo ahora.

—¿Puedes, Maigrey?

Su voz era engañosamente suave. Ella hubiera preferido que él gritara, chillara o tirara los muebles. Cualquier cosa para liberar la ira que guardaba en su interior bajo la falsa fachada de calma y la compostura. Ella podía manejar emociones sinceras, expresadas abiertamente, pero intuía que Stefan Vaderfjord mantenía las suyas ocultas, controladas.

Cruzó la habitación para situarse ante ella.

—¿Sabes lo que es creer que eres hijo de unos padres solo para enterarte de que no lo eres? ¿Para pensar que tu madre está muerta, solo para descubrir que no era tu madre? ¿Que tu madre está viva y vive en otra tierra? ¿Que eres el hijo de tu enemigo más odiado? —Sus dedos se apretaron alrededor de la jarra de cerveza—. Dime, Maigrey, ¿alguna vez has experimentado algo similar?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, no me digas que entiendes cómo me siento.

Maigrey le puso la mano en el brazo.

—Sire…

—La ironía de la situación, Maigrey, es que el hombre al que he jurado matar, el hombre que ha traído la deshonra a mi padre... a Lang

—Tu padre —interrumpió Maigrey. Stefan la miró fijamente—. Tu padre, Stefan. Lang es tu padre.

—No —sentenció Stefan— No por sangre. No por adopción.

—Por amor. Por confianza. Por respeto. Stefan, la paternidad no se basa en una ceremonia ni en un parto.

—Estoy de acuerdo. —Stefan volvió a la mesa de caballetes y dejó su jarra de cerveza—. Pero parece que Lang y yo no estábamos tan unidos como creía. ¿Por qué no confió en mí lo suficiente como para decirme que yo no era su Hijo?

—Porque siempre te consideré mi hijo —dijo Lang desde la puerta. Sobresaltada, Maigrey levantó la vista.

—Me ha sorprendido, sire.

—Estabas demasiado metida en la conversación para oírme entrar. —Entró en la cámara, pero mantuvo cierta distancia entre él y Stefan—. Te he agraviado, hijo mío. Te he hecho mucho daño. Debería haberte adoptado y haberte dicho lo que sabía sobre tu verdadera paternidad. —Lang dio otro paso adelante; Stefan retrocedió un paso—. Desde el momento en que te recogí y te sostuve en mis brazos fuiste mi hijo, el hijo de mi corazón. —Lang hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba ronca—. Ojalá hubieras podido ser el hijo de mis entrañas, pero los dioses no lo consideraron así. Solo tenía mi corazón para darte, hijo mío, y te lo di todo. —Se aclaró la garganta—. Algún día, Stefan, comprenderás que ser el hijo del corazón de cualquier hombre es más milagro que ser hijo del lomo de un hombre.

Stefan no dijo nada.

Lang se acercó a la pila de equipaje que había en un rincón de la habitación. Cogió una gran cartera de cuero. Varias más pequeñas, apoyadas en ella, se precipitaron al suelo.

—He venido a por mi bolsa. Como he dicho, me alojaré en los pabellones con los hombres. Tú y Maigrey podéis quedaros con la cabaña. —Largos pasos lo llevaron a través de la habitación. Se detuvo en el umbral de la puerta. De espaldas a Stefan, le dijo—: Pienses lo que pienses, Stefan, eres mi hijo.

Las palabras de su padre resonaron en sus oídos, Stefan cogió la jarra de vino.

—No, Stefan. —Lang dejó caer la mochila y dio media vuelta. Volvió a entrar en la habitación—. No me iré con esta división entre nosotros.

—Necesito tiempo para pensar, Lang.

—Sí, lo necesitas, pero hay algo más en lo que quiero que pienses —dijo su padre con la voz cada vez más alta—. Has dicho que no eres hijo mío ni por sangre ni por adopción. No puedo hacer nada respecto a la sangre, pero si quieres una ceremonia, por los dioses, Stefan, aún podemos tener una ceremonia. Si matar un buey y derramar su sangre te hará más hijo mío, lo haremos. Si ponerte la bota de adopción te hará más hijo mío, lo haremos.

Maigrey dio un paso atrás. Lang había lanzado un ataque y ella no deseaba formar parte de él. Al ver a los dos enormes guerreros enfrentados, Maigrey vio lo mucho que se parecían Lang y Stefan. Le costaba creer que no fueran parientes de sangre.

—Si lo que quieres es una ceremonia, déjame hablarte de las ceremonias que te han hecho ser mi hijo, que me han hecho ser tu padre. ¿Qué hay de la ceremonia de que te sostuviera en mis brazos y caminara contigo noche tras noche y día tras día cuando la leche que teníamos en Northland no te sentaba bien? Los guerreros no se ocupan de los jóvenes, hijo mío. Los abandonan. Pero yo te cuidé. ¿Quién os enseñó a ti y a Einar a lanzar vuestras lanzas con precisión cuando teníais los ojos vendados? ¿Quién os permitió tener un lobo de mascota que no dejaba que nadie se os acercara? —Maigrey escuchaba en silencio mientras Lang enumeraba momentos conmovedores de sus vidas en los que cada uno había hecho sacrificios por amor al otro—. ¿Y la ceremonia en la que me hiciste aprender a hablar gaélico para que nuestra ama de llaves pudiera conversar en su propia lengua? ¿Recuerdas, hijo, la vez que no quisiste abandonar mi cama incluso después de que el sanador dijera que me recuperaría de la herida de batalla que

había recibido y que, si lo hacía, nunca usaría el brazo? ¿Te acuerdas, Stefan? Tú fuiste quien me atendió, quien me cuidó, quien quiso que viviera. —Lang se acercó a su hijo y le estrechó los hombros—. Ese es el tipo de ceremonia que sale del corazón, Stefan. Estas son las cosas que unen a un padre con su hijo. —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Maigrey.

Stefan y su padre se miraron a la cara; luego Stefan rodeó a su padre con los brazos. Padre e hijo se abrazaron. Se separaron y sonrieron. No se dijeron más palabras; no eran necesarias. Padre e hijo se habían reunido. Lang se dirigió a la puerta. Cuando se volvió, era un guerrero que miraba a otro.

—Te veré mañana.

—Sí.

Stefan sabía que el obstáculo más duro había pasado. No importaba lo que hubiera pasado en el pasado, él amaba a Lang, a su padre. Su padre lo quería. De vez en cuando discreparían, pero siempre serían padre e hijo. El viento silbaba en la habitación, haciendo chisporrotear el fuego. Aun así, el fuego y la luz del sol del atardecer mantenían la habitación cálida y confortable.

Maigrey se estiró en la cama.

—Si Lachlann no encuentra a la persona que robó la dote de ruptura, ¿de verdad piensas luchar contra él?

—Sí. Lo juré ante Thor.

—Lachlann mac Gordon tiene la reputación de ser el campeón más renombrado de todas las Tierras Altas, sire. No se le llama el Sire del Fuego en vano.

Stefan sonrió.

—Tampoco a mí se me conoce como la Llama para nada. —Se sentó en el borde de la cama.

Se dio la vuelta, de modo que ella recibió con placer la presión de su peso parcial. Sus labios rozaron los de ella de forma dulce, pidiéndole con su suave presión que devolviera la caricia.

—Quiero crear un fuego en ti, Maigrey, y quiero que me recibas en ese fuego.

—Yo también quiero eso, sire —susurró ella contra su boca. ¿Quieres acostarte conmigo?

Él se quedó quieto. Levantó la cabeza, mirándola con ojos que eran fuegos azul oscuro.

—Sí, sire —contestó ella—, quiero que te acuestes conmigo. Ahora.

—¿Ya no me tienes miedo?

—No, sire.

Tenía miedo de muchas cosas, de su primo y de su padre, de la seguridad de las riquezas del claustro, pero ya no tenía miedo de Stefan Vaderfjord. Afirmaba que no era un hombre amable y muy posiblemente no lo era, pero era un hombre honesto y sincero y ella lo respetaba y le quería por ello.

Él le había curado las muñecas cuando estaban heridas. En un esfuerzo por salvar la vida de Dacy, Stefan había desafiado a sus hombres quedándose una noche más en Thornsgate

cuando podría haber seguido el viaje. La noche en que Dacy había muerto, Stefan se había entregado de forma desinteresada a consolarla. La había abrazado con ternura, calmándola y cuidándola.

No, ella no tenía miedo del norteño, y esta noche lo aliviaría y lo consolaría. Ella le daría algo real a lo que aferrarse mientras los cimientos de su vida se desmoronaban bajo él. Él tenía sueños y visiones.

Ella le daría realidad.

—Soy una druida. Una bardo —dijo Maigrey—. Entiendo el fuego. El rayo. El trueno. Soy una con ellos. Sería una contigo. —Le cogió la cabeza con la mano y atrajo su boca contra la suya. Ella le dio el beso que él le pedía, el beso que ella deseaba.

—¿Has dejado de jugar? —le preguntó.

—Morcar afirma que la vida misma es un juego, mi. sire. Si eso es cierto, nunca dejaremos de jugar.

Reclamó sus labios en un beso aún más profundo. Cuando levantó la cabeza, su mano, tan grande y fuerte, comenzó a acariciarle suavemente el pelo enmarañado de la cara. A la luz del sol que se desvanecía, su cabello oscuro brillaba rico y rojizo.

—Muchos podrían considerar el pelo corto en una mujer un signo de vergüenza —susurró —, pero en ti, Maigrey, hija de Morcar, es una insignia de honor.

—Si fuera más largo, te ataría con una red de seda. —Le quitó la cinta del pelo y esta cayó sobre sus hombros hasta sus pechos.

Acarició con la punta de los dedos sus mejillas, sus labios.

—Tal vez no tengas necesidad de atarme en una red de seda, pequeña bardo. Tal vez ya hayas tejido una telaraña invisible a mi alrededor.

Para no asustar a su gatita, mantuvo sus movimientos deliberados, pero sin prisa. Pasó el botón de su camisa por la abertura y apartó el material para dejar al descubierto la turgencia superior de sus pechos. Bajó la cabeza y tocó la satinada seda con los labios, luego con la lengua. Le pasó los labios por la garganta, por la clavícula, hacia delante y hacia atrás con movimientos susurrantes, listos para provocar y atormentar. Maigrey gimió y se arqueó. Al empujar hacia arriba, el material de su túnica se deslizó más hacia abajo sobre sus pechos, dejando al descubierto sus pezones. Su boca reclamó la cremosa blancura. Su lengua buscó la dura punta. Cuando la sintió estremecerse bajo sus caricias, murmuró:

—Sí, gatita, quiero que ronronees para mí, pero primero debemos desnudarte.

—No, sire, nos desnudaremos el uno para el otro.

Stefan contempló a la mujer que tenía en sus brazos. Parecía tan tierna e inocente, y lo conmovía más profundamente que ninguna otra mujer lo había hecho jamás.

—Sí. Disfrutaré viendo cómo te desnudas para mí.

Ella se apartó de él, cogió el dobladillo de su camisa y se la pasó por la cabeza. A Stefan se le cortó la respiración al ver cómo el suave material se deslizaba hacia arriba para revelar la tersa piel de su abdomen, luego la turgencia de sus pechos, las oscurecidas areolas, sus hombros, luego su rostro sonrojado rodeado por la salvaje maraña de pelo rojizo. Cuando aún tenía los

brazos atados en las mangas de la blusa y levantados por encima de la cabeza, Stefan se inclinó hacia ella. Le cogió las muñecas con una mano y le sujetó los brazos donde estaban. Utilizando su cuerpo, la apalancó contra el colchón y el almohadón.

—Una vez me ataste para poder escapar. Ahora yo te ato para que no puedas huir de mi tacto. —Su boca se cernió sobre su pecho; ella sintió la cálida humedad de su aliento contra su piel—. Estoy deseando que termines de desnudarte para probar de nuevo la dulzura de tu cuerpo.

—Una muestra es todo lo que puedes tener conmigo aún parcialmente vestida —dijo Maigrey, con la voz ronca mientras él la llevaba a su boca—. Desvestida, podrás saborearme plenamente.

Ardac dijo que los hombres habían trocado sus vidas y sus almas por Maigrey, hija de Morcar, recordó Stefan. Que lucharon y conquistaron reinos por ella. Podía entender por qué lo hacían. Ella era tentadora, su cuerpo hecho para su lujuria.

Tocó con la boca la zona alrededor del pequeño medallón de oro que yacía entre sus pechos. Ella se estremeció bajo las caricias. Besó la delicada cadena hasta el lóbulo de su oreja. Cogió la cadena para quitarle el amuleto.

Él aquietó su mano.

—No, sire. Es mi talismán, no deseo estar sin él. Lo hizo una orfebre que vive en un bosquecillo del claustro. Es una dríade, una mujer que ha dedicado su vida a los dioses y ha jurado no casarse nunca.

—Compadezco a la mujer que ha jurado no casarse con los hombres, pequeña bardo —dijo Stefan, con la boca moviéndose por el otro lado de la cadena.

—O a los hombres que juegan con las mujeres. —Sus labios detuvieron su búsqueda en el medallón de oro—. ¿Termino de desvestirme? —preguntó.

—Sí. —Aun así, sus labios se movieron por su clavícula y su hombro, hasta posarse finalmente en la hoz de oro tatuada en la parte superior de su brazo—. Tu marca —murmuró.

—No, es nuestra marca, sire —sentenció ella.

Besó el tatuaje y Maigrey se estremeció. Una nueva oleada de pasión recorrió su cuerpo. Stefan le soltó las muñecas y ella las bajó, contoneándose fuera de su camisa. Él le tocó los pechos, y en el tenue parpadeo de la luz del fuego, ella vio la banda plateada en su dedo meñique.

Se levantó de la cama y se sentó en el taburete frente al fuego. Ulf abrió los ojos y la miró. Ella lo miró con respeto. Se rascó la nariz con la pata y volvió a dormirse.

Silueteada por el resplandor dorado de la luz del sol que se desvanecía, se agachó y se quitó las botas, luego se levantó y se desabrochó la faja. Cuando el cuero se separó, se bajó los pantalones y luego los calzoncillos. Cuando se enderezó, estaba desnuda, pero envuelta en sombras, ya que la ventana estaba a su espalda. Maigrey se movió para colocarse detrás del fuego y Stefan vio los bellos y suaves contornos de su cuerpo. Ella levantó los brazos, el movimiento empujó sus pechos hacia delante, el talismán de oro brillando entre ellos. Stefan, empalmado por el deseo, se apoyó en un brazo y le tendió la mano.

—Es hora de que te desnudes para mí —dijo ella.

—Sí. —La apartó de la cama y le cogió las manos con las suyas. Tiró de ella para acercarla, pero ella solo movió la cabeza para plantarle un ligero y cálido beso en los labios. Con su lengua acarició la plenitud de los mismos. Él volvió a tirar de ella, pero ella se rio y corrió de nuevo hacia la cama. Maigrey nunca se había acostado antes con nadie, nunca había llegado tan lejos con ningún hombre, pero sabía lo que Stefan quería que hiciera.

Mientras se estiraba en la cama, sintió, más que vio, que los ojos de Stefan se oscurecían. Algún sentido interno le decía que él la encontraba del todo deseable. De pie junto al fuego, cuyo resplandor se sumaba al sol que iluminaba claramente su cuerpo, Stefan empezó a desnudarse. Maigrey había sabido desde el momento en que ella y Stefan entraron en la casa de invitados que harían el amor. Entonces, ella así lo había decidido. Iba a acostarse con él porque en ese momento necesitaba a Stefan tanto como creía que él la necesitaba a ella. Recibiría su semilla de vida en su cuerpo y aceptó que podría concebir a su hijo. Sentiría placer al tener un hijo de este valiente guerrero. Tanto si el niño era niño como niña, estaría imbuido de características maravillosas que le permitirían convertirse en un líder del pueblo. Se quitó la ropa, pieza a pieza, dejándola caer sobre la de ella. Finalmente, se quedó mirándola.

Su cuerpo reluciente a la luz del fuego parecía de bronce esculpido y los músculos ondulaban desde su pecho hasta sus pies. Los ojos de Maigrey tocaron cada rasgo de su rostro, su pecho cubierto por la mata de pelo negro y crujiente, su vientre delgado y duro. Dejó caer la mirada hacia su excitada virilidad. Por un momento, un temblor de miedo femenino primitivo ahuyentó parte de su excitación. Sabía con certeza que después de acostarse con Stefan Vaderfjord no volvería a ser la misma. Al unirse a él, le haría un regalo mucho más preciado que su virginidad Se abriría a él emocional y espiritualmente. Él tendría un conocimiento de ella que ningún otro hombre había tenido jamás. Le estaba dando la llave para abrir su interior. Tan implacablemente como ella miraba a Stefan, él la miraba a ella.

—Eres preciosa, Maigrey.

Ella inhaló hondo, su aliento de fuego líquido ardiendo a través de ella, asentándose en la parte inferior de su cuerpo.

—Tú también lo eres, sire.

Stefan rio, el sonido rico y ronco llenó la habitación. Cruzó la habitación y se deslizó en la cama con ella, enderezando su delgado cuerpo a su lado.

—Tan hermoso —murmuró ella. En la gloriosa mezcla del atardecer y el resplandor del fuego, el tono oscuro de su piel contrastaba con la blancura del de ella.

Inclinó la cabeza y besó lentamente la curva suave y vulnerable de su garganta. Ella se arqueó como reacción, retorciéndose para acercarse más a él. Stefan acercó a la curva de la cadera de ella y apretó con suavidad.

Sus labios suaves y cálidos rozaron los de ella. Ella sintió su aliento entrar en su boca justo cuando los suyos se cerraban sobre los de ella. Le agarró la nuca, estrechándolo contra ella. Su boca, su lengua, la acariciaron. Ella enroscó la mano en su pelo.

La besó una y otra vez, burlándose de ella y rozándola con ligeros roces antes de reclamar su boca y poseerla con su lengua.

Sus brazos se tensaron. Ella se arqueó hasta que sintió que Stefan aplastaba su cuerpo contra el suyo, su pecho rozándole los pezones. Ella jugó con sus dedos por la curva de su pecho

y se encontró embelesada por los contornos duros y musculosos de su cuerpo. Él levantó la cabeza y la miró.

—Por la forma en que juegas con mi cuerpo, pequeña bardo, tengo la impresión de que nunca antes has visto a un hombre desnudo.

En el apagado resplandor de la habitación, sus ojos eran el brillo de un relámpago en un cielo oscurecido por la tormenta.

—Los he visto, sire —confesó, pensando en los enfermos que había atendido en el claustro —. Pero nunca he visto un cuerpo como el tuyo.

—Yo tampoco he visto nunca uno tan exquisito como el tuyo —confesó Stefan. Sin prisas, con pericia practicada, Stefan la mantuvo en el círculo de sus brazos, aplastando suavemente su cuerpo flexible y sin resistencia contra el suyo. La abrazó, saboreando la vida que ella tan voluntariamente le entregaba. El tiempo había dejado de existir. Su mundo era Maigrey, hija de Morcar.

Las manos de Maigrey se deslizaron por su espalda, acariciando los músculos a lo largo de su columna y a través de sus hombros. Sus dedos se enredaron en su pelo. Cumpliendo cada una de sus exigencias, siguiendo cada cariñoso mandato, Stefan la besó, cada beso más profundo. Eran hambrientos y devastadores.

—Sire —murmuró Maigrey—, siento como si fueras un rayo que ha entrado en mi cuerpo y me ha prendido fuego.

—Todavía no, pequeña —murmuró él—, pero seré el rayo que entre en ti. Te lo prometo.

Stefan aplastó sus labios con los suyos y la oscura pasión fluyó a través de ella hasta dejar sin aliento a Maigrey. La fuerza de su lengua, la dura longitud de su cuerpo, penetraron en ella con una urgencia feroz.

Stefan Vaderfjord era la tormenta. La violencia de la tormenta la extasió. La arrastró a una profundidad de sentimientos tan primigenia como la de él. La invasión a su boca tenía la furia y la majestuosidad de la furiosa tempestad. Su lengua se convirtió en un relámpago abrasador.

El cuerpo de ella clamaba por su culminación. Como si supiera que estaba preparada, Stefan empezó a saborearla. Besó sus pechos, sus labios forjando un camino entre el escote. Besó su vientre, su lengua dibujando eróticos dibujos por todo su cuerpo. Luego la besó subiendo por el estómago hasta sus pechos, capturando el pezón y chupándolo hasta que ella sintió que había atraído su alma a la suya.

Sus dedos se surcaron en el cabello crujiente y oscuro, y guio su boca de nuevo hacia la suya, deseando conocer de nuevo la dulce ferocidad de su beso, deseando que cada centímetro de su cuerpo fuera poseído por este hombre.

Stefan obedeció de buen grado. Su boca devoró la de ella. Su mano viajó por su vientre plano hasta el triángulo entre sus muslos. Sus dedos se deslizaron por la suave pelusa, buscando infalible el lugar que ansiaba.

Cuando Maigrey sintió su mano entre las piernas, se estremeció. Sintió calor y frío por todo el cuerpo. Sus ojos se cerraron, suaves suspiros susurraron a través de sus labios.

—Eso es, pequeña —la animó Stefan—. Ronronea para mí. Gimotea de placer.

Su cabeza rodó de un lado a otro de puro placer. Su placer era el de Stefan. Empeñado en darle placer, todo su cuerpo se unió al asalto amoroso. Mientras su palma se posaba cálidamente sobre el montículo de su feminidad, sus dientes rozaban la plenitud de sus pechos hasta dejar los pezones palpitantes.

El placer fue tan grande que Maigrey gritó en voz alta. Aun así, ella quería más. ¡Tenía que tener más! El atormentador anhelo le abrasaba la sangre, martilleaba en su cabeza y tamborileaba en su corazón.

Sus caderas empezaron a ondular en esa danza primigenia tan antigua como el tiempo mientras ella se alzaba contra su mano.

—No sabía que pudiera ser tan maravilloso —susurró.

—Y solo hemos empezado. —Stefan rio suavemente en las sombras—. Te prometí, pequeña bardo, que atendería tus necesidades.

—Y que yo serviría a las tuyas. —Cuando él se inclinó sobre ella, ella lo miró y vio la luz del fuego reflejada en sus ojos—. ¿Alguna vez has sentido algo más que lujuria por una mujer, sire?

—Sentir lujuria está bien. —La besó con una minuciosidad profunda que la dejó sin aliento. Todo el tiempo, su mano permaneció apretada entre sus muslos, moviéndose suavemente contra ella. Cuando sintió que su dedo se deslizaba despacio hacia su interior, dejó de respirar por completo. Entonces inhaló con brusquedad.

—Oh, sire —gritó—. Yo… yo…

Ella no sabía lo que estaba pasando. Arqueó su cuerpo, tensándose contra la mano de Stefan, su cuerpo temblando por la fuerza de las emociones que él había desatado en ella. Suplicó que la liberara.

—Sí, hazlo. —Su voz era ronca. Al mismo tiempo que deslizaba la lengua en su boca, introdujo un segundo dedo en ella.

Maigrey gimió mientras él la estiraba despacio, abriéndola por completo a su tacto. Una tensión extraña y palpitante se acumuló en ella. Encerró a Stefan entre sus brazos, aferrándose a él, intentando que todo él entrara en ella. Él movía solo su mano para encontrar el lugar justo.

Maigrey se retorció bajo sus amorosas atenciones. En el momento en que pensó que no podría soportar más el tormento, su sangre se convirtió en caliente pasión, surgiendo enloquecida por sus venas. Su corazón tamborileaba frenético; su respiración se entrecortaba. Cada nervio de su cuerpo gritaba pidiendo alivio.

Toda su sensibilidad se centraba en el punto de placer bajo la mano de Stefan. De repente, explotó, y ella arqueó su cuerpo mientras se convulsionaba alrededor de sus dedos. Gemidos de placer escaparon de sus labios entreabiertos. Se oyó a sí misma susurrando el nombre de Stefan una y otra vez con una voz entrecortada que apenas reconocía como suya.

Se marchitó entre sus brazos con la cabeza rodando hacia un lado y la respiración agitada. Stefan le frotó la espalda con un movimiento tranquilizador.

—Ardiente —murmuró, besándole el hombro, hasta el tatuaje—. Supe que eras fuego en cuanto te vi por primera vez.

Maigrey estaba tan débil que apenas podía respirar.

—Ha sido maravilloso, sire. Realmente un viaje.

—Como he dicho, esto es solo el principio. Nos queda mucho por recorrer.

—Sí, sire, puede que sí. —Maigrey miró su rostro ensombrecido—. Pero este no era el viaje que yo había planeado. Quería que ambos lo hiciéramos juntos, si eso es posible entre un hombre y una mujer.

—Lo es.

Buscó el rostro de Stefan entre las sombras.

—¿Quizá ya no me deseas? —le preguntó.

Le pasó la mano por el pecho hasta el estómago y más abajo. Lo tocó; estaba completamente excitado. Ella oyó su respiración entrecortada.

—¿Me desea, sire?

—Sí. Y te tendré, pequeña bardo, a su debido tiempo.

Maigrey siempre había sido consciente del férreo control que Stefan ejercía sobre sí mismo. Se había maravillado de ello cuando él había desafiado a Ardac y a sus hombres. Solo ahora se daba cuenta de que esa disciplina se extendía a todas las facetas de su vida. Stefan estaba tan ligado a la razón y al sentido práctico que debía controlar su lujuria como controlaba todo lo demás en su vida.

Estaba claro que por mucho que Stefan profesara desearla, por mucho que la hubiera llevado a la plenitud, no tenía intención de permitirse quedar a merced de su propia pasión... o de la de ella. Parecía decidido a demostrarse a sí mismo, y a ella, que tenía el control absoluto.

—¿Cuándo vamos a emprender este viaje... juntos? —preguntó ella.

—Ahora mismo.

Más tarde, tras más juegos preliminares maravillosos, Stefan reclamó a Maigrey. Bajó el peso de su cuerpo sobre el de ella, su rodilla separó sus piernas, su mano acarició la cara interna de su muslo. Ella sintió su dureza al rozar su doncellez. Se tensó.

Él se arqueó sobre ella, los hombros y los musculosos contornos de su espalda cubiertos de una capa de sudor reluciente. Mantener un control tan rígido sobre sus emociones no le había resultado fácil, pensó Maigrey. Sin embargo, a diferencia de ella, él estaba en completo dominio de sí mismo.

La mirada de Maigrey se encontró con la suya y sintió como si su alma hubiera sido incinerada por el ardiente deseo de sus ojos. Él se introdujo dentro de ella con un empuje lento y tierno.

Ella lo recibió completamente dentro de sí. Por fin, estaba llena de él, y la sensación la inundó una vez más.

—Tan apretada —susurró Stefan. Se quedó quieto, apoyado en sus manos sobre ella, mientras sus cuerpos se acomodaban el uno al otro—. No mentiste acerca de ser virgen.

—No.

—Seré suave contigo. —Se retiró despacio y volvió a introducirse. De nuevo, se detuvo—.

Voy a llevarte a un hermoso viaje, pequeña Maigrey.

—Sí, eso me gustaría. —Ella apenas reconoció la voz ronca como suya. Ella apenas podía creer que su cuerpo le hubiera recibido. Saboreó su plenitud. Levantó las caderas, midiendo con cuidado la longitud y la anchura de su cuerpo. Se apretó contra él.

—Sí, eso me gusta. Su voz era ronca.

Agarrándose a sus hombros, presionó sus caderas hacia arriba contra él, luego las bajó.

—Sí —murmuró—, así.

Parecía enorme y extraño dentro de ella, pero le encantaba. Le encantaba el peso de él sobre ella, su cuerpo acariciándola hasta hacerla arder de pasión. Mientras las llamas la lamían cada vez más ardientes, ella clavó los dedos en sus hombros. Entonces se tensó.

—Sí, pequeño bardo, eso es.

Ella se convulsionó a su alrededor. Entonces, y solo entonces, se permitió por fin saborear su propia liberación. Ella lo mantuvo encima de sí durante mucho tiempo.

Finalmente, él se dio la vuelta, manteniéndola aún abrazada.

—Eres el rayo y el trueno envueltos en uno —le dijo.

—Solo porque tú eres la tormenta y yo entré en ti.

Pronto cayó en un sueño exhausto.



Algún tiempo después, se colocó boca abajo, aunque no despertó. Maigrey se incorporó y lo miró. El pálido resplandor de las brasas encendidas en la estancia iluminaba sus duros rasgos. Su cabello oscuro como la medianoche se desparramaba por la almohada.

Frotando con los dedos las sedosas hebras, contempló al hombre al que había entregado voluntariamente su cuerpo. Con la misma voluntad, entregaría su corazón y su alma.

Capítulo 15

Maigrey abrió los ojos y por un momento no pudo recordar dónde estaba. Se incorporó sobre los codos y miró alrededor de la habitación. Vio las cenizas gris rojizas del pozo de fuego, la mesa con la jarra de cerveza a medio llenar. Ropa esparcida por el suelo.

—Sire Stefan, —llamó una joven voz masculina—, la princesa Astrid desea que le informe de que la cena se servirá dentro de dos horas. También quiere saber si puede hacer algo para que su visita sea más agradable. —Stefan se removió junto a Maigrey, y ella bajó la mirada hacia su pelo despeinado. Le pasó la mano por la mandíbula, amando la abrasión contra su palma.

—Estás siendo convocado, sire.

—Ah, Maigrey. —Stefan se estiró, las mantas se deslizaron hacia abajo para revelar su ancho pecho y su musculoso abdomen. Sus ojos azules centellearon mientras bromeaba—. ¿Por más de una persona?

—Sí. —Visualmente Maigrey trazó la senda de pelo negro rizado que se arremolinaba desde su pecho hasta su estómago.

—¿Tienes hambre, Maigrey?

—Sí.

—Entonces comeremos. —Stefan empujó la tapa hacia abajo.

Maigrey lo atrapó.

—No para comer. —Stefan hizo una pausa. Entonces una hermosa sonrisa que irradiaba de sus ojos tocó sus labios—. Siempre supe que tú y yo teníamos muchas cosas en común, Maigrey hija de Morcar, y creo que la pasión es una de ellas, —se inclinó hacia abajo y le besó.

El joven gritó:

—Lord Stefan, ¿tiene algún mensaje para la princesa Astrid?

—¿Rechazamos asistir a la cena? —preguntó Stefan.

—No podemos, —susurró Maigrey—. Sería un insulto a nuestro anfitrión.

—Sí. —Stefan suspiró arrepentido. Dándole un beso rápido a Maigrey, se deslizó fuera de la cama.

—Sire, ¿quieres pedir una bañera y un barbero? —preguntó ella.

Arqueando una ceja, él se tocó la mejilla.

—No noto barba incipiente.

Ella soltó una risita.

—Para recortarme el pelo.

—Sí. —Se puso los pantalones y se puso la camisa mientras entraba en la habitación principal. Abrió la puerta y vio a un joven de pie, sosteniendo en alto una antorcha encendida

—Buenas noches, muchacho. Dile a tu señora que estaremos encantados de cenar con ella y con el Alto Rey Lachlann. También dile que envíe una bañera y un barbero.

Cuando el muchacho se marchó, Stefan se quedó un momento contemplando la aldea. La temprana oscuridad del invierno había caído, pero la noche era aún joven. Aquí y allá, la luz de las antorchas brillaba intensamente. Desde el Pequeño Salón, donde se reunían los guerreros, se oían conversaciones y risas. La luz brillaba en las ventanas del Gran Salón. Stefan vio a los sirvientes corriendo de un lado a otro, preparando la comida y colocando las mesas.

La princesa Astrid entró en la sala, y Stefan se apoyó en el marco de la puerta y la observó. Su pelo brillaba plateado a la luz de las antorchas. Alta y esbelta, era una de las mujeres más hermosas que Stefan había visto nunca.

—Es preciosa, —dijo Maigrey, uniéndose a él,

Rodeó a Maigrey con un brazo y la atrajo contra sí.

—Sí, Maigreyy, lo es.

—Me gustaría odiarla, —dijo Maigrey—, pero no puedo. En lugar de eso, estoy celosa.

Stefan rio entre dientes.

—De momento, no tienes motivos para estarlo. Aunque admiro a la princesa, no deseo tenerla como esposa.

¿No? —Maigrey pareció exhalar las palabras.

Sujetándola con un brazo, Stefan cerró la puerta con el otro. Luego le pasó la mano por el pelo.

—No. Una Highlander de pelo otoñal me tiene completamente atrapado en una sedosa red de deseo. —Stefan bajó la cabeza y Maigrey levantó la suya. Sus labios se encontraron en una cálida dulzura. Pero ninguno de los dos estaba satisfecho con eso. Stefan se volvió para estrecharla más plenamente en su abrazo. Maigrey también se volvió, deslizando los brazos alrededor de él y apretándose.

Sus pechos se hincharon. Palpitaban por el contacto de su mano, de su boca. Ella los frotó contra su pecho.

Las manos de Stefan se deslizaron hacia las nalgas de ella, y la empujaron más plenamente contra su creciente deseo.

El beso se hizo más profundo, sus lenguas se entrelazaron. Luego se burlaron y se batieron en duelo en ese antiguo juego de apareamiento. Cada uno tomaba del otro. Cada uno también dio.

Rápidamente encendieron las llamas del deseo.

Stefan soltó su boca, pero siguió abrazándola.

—¿Te duele?

—Sí.

Stefan se apartó.

—¿Te hice daño cuando me apareé contigo? —le preguntó.

—No.

Miró su rostro sonriente, esos gloriosos ojos de oro leonado que coqueteaban con él.

—Me duele porque te deseo tanto, sire.

El agarre de Stefan se estrechó en torno a ella y enterró la cara en la curva de su cuello.

—Maigreyy —murmuró—, eso es lo que siento por ti. —Después de un momento añadió —: No deseo estar cerca de Lachlann más de lo necesario. Hagamos saber que deseamos pasar la velada a solas.

Maigrey se retiró suavemente de sus brazos.

—No, Stefan, no dejaré que me utilices como excusa para no reunirte con tu hermano.

—Einar se parece más a mi hermano que Lachlann—, replicó Stefan, con voz dura.

—Sí, es natural. Creciste con Einar. Pero Lachlann es tu hermano biológico, y los dioses han tenido a bien reuniros. Por una razón, Stefan.

Caminando a grandes zancadas hacia el hogar, Stefan echó más leña al fuego y Maigrey encendió las lámparas. Luego hicieron lo mismo en la cámara de dormir, de modo que el calor y la luz pronto impregnaron la cabaña. Echando un vistazo al equipaje, Stefan vio las carteras que se habían caído de su sitio cuando Lang había recogido la suya. Stefan cogió una pequeña bolsa. Era el bolso de Maigrey, el que él le había quitado cuando la había rescatado de los hombres de Farlan.

Sentándose en la silla, lo desabrochó y dejó las dagas de Maigrey sobre la mesa.

Eran cuchillos pequeños, exquisitamente diseñados, las hojas brillantes y afiladas. Tocó con la punta del dedo varias de ellas.

—Veinte. —Maigrey se sentó en la silla frente a él.

—Quince. —Cogió uno de los cuchillos y lo estudió—. Utilizaste uno para cortar tus ataduras, y cuatro cuando me ataste y escapaste.

—¿Qué hiciste con ellos? —preguntó ella.

—Decidí que ya que me los habías dado, ahora me pertenecían. Las empaqué con mis propias armas.

—Son bastante pequeñas para un hombre, —indicó ella—. Creo que tú los llamabas juguetes.

Stefan se rio.

—Así era, hasta la noche en que me ataste gracias a ellas. —Dio la vuelta a la daga en su mano y frotó la hoja con la yema del pulgar—. Fue el último regalo que te hizo tu madre.

—Sí. —Contestó Maigrey, sorprendida de que se hubiera acordado.

Dejó el bolso sobre la mesa y pasó sus manos amorosamente sobre él.

—Pasó muchas horas trabajando en él. Curtiendo el cuero. Cortando las piezas y cosiéndolas. Ella pasó días revisando nuestro cofre del tesoro buscando las joyas adecuadas con las que adornar la bolsa. —Tocó las piedras de peridoto verde pálido—. Mi madre las eligió para que sus poderes me protegieran y fortalecieran mi mente. Incluso mi talismán tiene los peridotos.

Stefan miró hacia arriba.

—No, tiene el jaspe negro.

Maigrey tocó el amuleto del claustro que yacía bajo su túnica. Casi había revelado su secreto. Quizá pudiera corregir su error.

—Sí, éste lo tiene, —respondió—. Mi padre adoptivo, Morcar, me dio éste. El que hicieron mis padres cuando era un bebé tenía piedras de peridoto.

Inclinándose, Stefan introdujo la parte plana de la hoja bajo la cadena de oro y sacó el amuleto de Maigrey.

—¿Puedo verlo más de cerca? —preguntó.

Ella no quería, pero sabía que sería mejor no darle demasiada importancia a su petición o correría el riesgo de despertar sus sospechas. Se pasó la cadena por la cabeza y se la entregó.

Él sostuvo el medallón, estudiando primero un lado y luego el otro. Pasó los dedos por el intrincado diseño. Luego le dio la vuelta. Lo recorrió ligeramente con la uña del pulgar. Se inclinó y lo acercó al fuego.

—Tiene un pestillo, —dijo.

—Sí. —Maigrey tragó saliva ante su descubrimiento—- Se puede llevar como collar y como prendedor.

Stefan deslizó su uñero entre las dos piezas de oro. Se abrió con un chasquido, sacó' el alfiler y lo hizo girar.

—Esto es ingenioso, —dijo—. La dríade, —miró a Maigrey—. ¿Así es como llamó al orfebre que lo diseñó?

Ella asintió.

—Es exquisita.

Maigrey se sintió más incómoda cuando Stefan se movió en la silla, se inclinó aún más hacia el fuego y estudió los diseños del interior del amuleto. Mientras él se concentraba, sus cejas se fruncieron.

—Me crie en un claustro —Maigrey no estaba segura de porqué dijo eso, pero funcionó pues él levantó la vista.

—¿Sabes leer los caracteres ogham? —A Maigrey le dio un vuelco el corazón.

—Sí.

—¿Has leído esto? —Señaló la inscripción.

Ella contraatacó con:

—¿Lees los caracteres oghan?

—Sí.

Mirándola fijamente, cerró el amuleto y lo frotó entre sus dedos durante largo rato.

—¿Es éste el objeto sagrado que Farlan te acusó de haber robado del claustro y sacado de Thornsgate?

—Sí.

—¿Lo robaste?

—No. Mi padre me lo confió para que lo guardara.

—De la lectura de la inscripción deduzco que hay dos de estas insignias, un par emparejado. La Piedra Lidia y el Broche de Piedra de Sangre.

—Sí. —Preocupada, Maigrey se mordió el labio inferior. Su mirada fija le daba ganas de retorcerse.

—Después de leer la inscripción, entiendo por qué Farlan quería este amuleto. Es la llave de las riquezas del claustro. Con él podrá localizar el segundo Alfiler de pecho. Cuando juntes ambos alfileres, tendrás las indicaciones para encontrar la cámara secreta del tesoro del claustro.

Ella asintió. Maigrey había hecho el amor con Stefan, le había tocado de la forma más íntima, pero no le conocía realmente. No confiaba realmente en él. Su conocimiento del amuleto secreto la asustaba. Era un saqueador marítimo confeso de Northland.

—¿Has visto el otro broche? —le preguntó.

—No.

La luz del fuego parpadeó en su rostro mientras la miraba fijamente.

—Me pregunto si me estás mintiendo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Has estado alguna vez en la Cámara de los Regalos?

—Sí. Mi padre me llevó allí cuando me habló de los Breastpins, pero no pude encontrar el camino de vuelta. Me vendó los ojos y me hizo dar vueltas por los pasadizos hasta que me desorienté.

Omitió hablarle de la Cámara Secreta, donde habían trasladado el tesoro.

Extendió la mano, la cadena enroscada en un dedo, el medallón brillando a la luz.

—Por favor, devuélvemelo y no digas nada. Su secreto pertenece a los dioses.

—¿Es Farlan un dios?

—No.

—Sin embargo, conoce la existencia del broche.

—El conocimiento de los broches del Claustro se mantiene dentro del sacerdocio, —explicó Maigrey—. Pero sólo el sumo sacerdote, el Anciano de las Noches y los Días, posee la Pechera de Piedra Lidia. Sólo él sabe dónde está escondido el otro. Mi padre cree que uno de los sacerdotes traicionó al claustro y le habló a Farlan de los broches. —Maigrey se dio cuenta de que ya no tenía nada que perder contándole a Stefan toda la historia, excepto la existencia de la Cámara Secreta.

—Mi padre cree que Farlan y los asaltantes del mar fueron cómplices. Mataron al rey y a su familia e intentaron saquear el claustro. Sólo que no encontraron nada porque las riquezas están escondidas en la Cámara de los Regalos. Para conseguir el tesoro, Farlan debe tener este amuleto u obligar a mi padre a llevarlo a la Cámara de los Regalos. Hace cuatro días los otros Dagas de Plata y yo llegamos al claustro. Esa tarde también llegó Dacy con noticias de que los asaltantes del mar habían atacado la aldea y que algunos de ellos se dirigían al claustro. Nos informó de que Farlan y el Alto Consejo me habían declarado traidora y proscrita. Me vi obligada a abandonar Thornsgate inmediatamente, huyendo por mi vida. Mi padre me dio la Pechera y me ordenó que viniera aquí en busca de santuario y ayuda. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Ya conoce el resto de la historia.

Stefan levantó su jarra y bebió un trago de vino. Sosteniéndolo en la boca, saboreó el gusto.

—Es un amuleto valioso, Maigrey, —dijo finalmente.

—Sí, —respondió Maigrey, y he jurado protegerlo con mi vida.

—Votos. —La mirada de Stefan se clavó en la de ella—. Todos estamos unidos por votos. Tú has jurado morir por ese maldito santuario, y yo porque mi padre no recibió un cierto número de cofres del tesoro llenos en lugar de una nuera. Estamos completamente ligados por los votos que dictan nuestras vidas.

Llamaron a la puerta. En un grácil estiramiento de músculos, Ulf estaba en pie, preparado para defender.

—Lord Stefan, ¿podemos entrar? Le traemos regalos del alto rey y la reina del norte de Escocia.

—UIf, siéntate, —dijo suavemente Stefan. El animal volvió a su lugar junto a su amo—. Entrad.

Maigrey oyó abrirse la puerta principal. Sintió la ráfaga de aire frío.

—¿Qué vas a hacer con el amuleto? —susurró.

—Sire, —llamó un joven—, ¿dónde ponemos los baúles?

—Ahí dentro, —respondió Stefan.

Maigrey esperaba ansiosamente su respuesta.

—Necesito reflexionar sobre el asunto, —le contestó.

—La bañera, Sire... —El muchacho puso una mano a cada lado del marco de la puerta y echó un vistazo a la cámara de dormir. —Habrá que dejarla aquí. Es demasiado grande para pasar por esta puerta.

Stefan asintió. Contra el ruido del agua que salpicaba al ser vertida en la bañera, le dijo a Maigrey:

—Mientras tanto, Maigrey, me quedaré con el broche.

—Es mío.

—No, ahora es mío.

—Por favor, Sire, no hable con nadie de ello.

—Reflexione sobre tu petición.

Con el corazón encogido, Maigrey miró fijamente a Stefan. El sagrado Broche le había sido confiada para su custodia. Ahora Stefan, un norteño, lo había reclamado. ¡Maigrey no había salvaguardado el amuleto!

Stefan se levantó y le tendió la mano.

—Ahora, Maigrey, veamos lo que el gran rey y su Señora nos han enviado.



Feich revolvió la cabaña. Sabía que debía vestirse para la cena. Lachlann había insistido en que cenara con ellos, y si ella no estaba allí, enviaría a un criado a buscarla. Hacía tiempo que había asumido la responsabilidad de su cuidado.

Feich se rio entre dientes. Quería al chico como si fuera su nieto, y él le correspondía a ese amor. Pero a veces la enfurecía. Podía ser sofocante en su amor y tenía mucho de dictador benevolente.

De pie junto a la mesa de su pequeña cabaña y atando su última cosecha de hierbas sagradas, inhaló profundamente. Le encantaba el pesado aroma a hierbas y plantas que impregnaba la habitación. Del techo colgaban alimentos secos ensartados. Plumas, que ella utilizaba para talismanes mágicos y en pociones sagradas, también revoloteaban desde las vigas del techo. Frascos de líquidos opacos y lámparas de esteatita estaban dispuestas sobre la mesa. Un fuego ardía en el centro de la habitación, las llamas rodeaban un enorme caldero negro.

El líquido salobre del caldero burbujeaba, escupiendo y chisporroteando al chocar con la madera ardiente. Feich cruzó cojeando la habitación, sumergió una cuchara de mango largo en el brebaje y removió. Miró una cesta llena de bayas rojas y blancas. Sentada en su taburete, recogió un puñado de las bayas en su mano.

Con la otra mano seleccionó dos bayas blancas de muérdago y las sostuvo contra el resplandor del fuego. Cada una simbolizaba la semilla de la vida del hombre.

Una para el Lobo. Una para el Caballo. Seleccionó dos bayas rojas de acebo, simbólicas del flujo mensual de la mujer. Una para Maigrey. Una para Astrid.

Sí, pensó con tristeza, sobre todo una para Astrid. Ella y Lachlannn tenían a Catriona, su hija adoptiva, pero ninguna hija biológica. Astrid era mayor que Maigrey, y la maternidad sería dura, si no imposible, para ella. Había perdido el primer hijo que una vez tuvo de Lachlann. Feich sabía lo afligidos que tanto Astrid como Lachlannn habían estado, y lo desesperadamente que Astrid deseaba darle a Lachlannn más hijos, especialmente un hijo varón que llevara su nombre.

Feich dejó caer primero una baya blanca, luego una roja, en un pequeño caldero limpio colocado frente a la chimenea sobre un cuadrado de material azul. Enroscadas alrededor de la base del caldero había enredaderas de madreselva.

Miró el gran caldero sobre el fuego e invocó a los dioses... para que concedieran el don de

la vida al Lobo y al Caballo.

—Caldero, revélame lo que busco, —cantó—. Gran Madre, abre mi ojo interior para que pueda ver de verdad.

Se quedó mirando largo rato, musitando sus plegarias. Se inclinó más cerca. Uno. Entrecerró los ojos, contando una vez más. Pasó la mano por encima del líquido, cortando la espiral de vapor. Volvió a mirar el brebaje burbujeante. Uno. Dos.

—Gran Madre, gracias por darme una respuesta.

Agitó el caldero y estudió el líquido arremolinado una vez más. Uno. Dos. Sí, había contado correctamente. Habría dos bebés, uno para el Lobo y otro para el Caballo.

Capítulo 16

La diadema verde, bordada con madreselva amarilla, complementaba el rico rojo del pelo de Maigrey. Habiendo sido recortado y moldeado por un barbero, sus mechones de color rojizo ondeaban suavemente alrededor de su cara y rozaban seductoramente sus hombros.

La propia túnica amarilla era escotada, dejando al descubierto la parte superior de sus pechos. Su faja de tela, verde como la cinta del pelo y con lazos amarillos, acentuaba su pequeña cintura y sus pechos llenos. El suave material de gasa resaltaba su esbelta belleza.

Stefan apenas podía apartar los ojos de ella mientras caminaban por el pasillo del Gran Hall aquella noche. Por primera vez en su vida, quiso encerrarse a solas con una mujer. Quería dejar fuera al mundo y crear uno nuevo sin nadie más que ella y él

—Oh, sire. —Maigrey pronunció las palabras con asombro—. Mira.

La habitación estaba en llamas. La luz de las lámparas de aceite de esteatita que había sobre las mesas y colgaban del techo brillaba por toda la habitación. Las lámparas de caldero, apoyadas en varillas metálicas de tres puntas a cuatro manos al final de cada mesa, agregó su brillo.

En todas direcciones unas llamas saltarinas proyectaban sombras danzantes sobre las paredes tapizadas con tapices de vivos colores y tapices bordados. El calor de estas lámparas junto con el fuego del hogar central ahuyentaba el frío otoñal del exterior.

La luz brillaba en los mástiles de hierro forjado desde los que ondeaban los estandartes de los numerosos clanes que se habían reunido para celebrar la coronación de Lachlann Mac Gordon.

—El Gran Salón por la noche con todos los fuegos encendidos es un espectáculo digno de contemplar, —indicó Maigrey.

—Tú, Maigrey eres un espectáculo mucho más hermoso de contemplar.

Maigrey se volvió para mirarle.

—Gracias, sire.

Unas pestañas largas y rizadas, oscurecidas con zumo de bayas, enmarcaban sus ojos luminosos. Llamas rojizas danzaban en sus profundidades doradas. Sus labios, también suavemente coloreados, temblaron en una sonrisa que tiró del corazón de Stefan.

—Generalmente—, dijo ella—, cuando entro en un salón de banquetes como éste, soy una de las que entretienen.

—A partir de ahora, Maigrey, tu entretenimiento será sólo para mí.

La palma de su mano extendida se posó sobre la de él. Observó la oscuridad de su piel contra la blancura de marfil de la de ella. Ella era suave; él, duro. Sus dedos eran largos y delgados: las manos de un músico. Sus uñas eran ovaladas y de color rojo.

—Ah, sire, aunque he disfrutado mucho entreteniéndole, estoy deseando aclarar el malentendido de que soy una proscrita para dejar de ser su esclava y poder elegir a quién entretengo—. Inclinando la cabeza y mirándole, Maigrey sonrió y parpadeó coquetamente. Por un momento, sus pestañas se posaron como un abanico sobre sus tersas mejillas; luego las levantó y le miró fijamente. Sus ojos brillaban con diablura.

—Eres muy impertinente.

—Sí, sire, y tú disfrutas con ello.

Él arqueó una ceja y ella rio.

—No, sólo tolero tu impertinencia.

Fijó su mirada en la cremosa extensión de sus pechos revelados por la túnica de corte bajo.

—En lugar de cenar en la mesa de Lachlann, Maigrey, me gustaría cenar en la suya.

Aunque las mejillas de Maigrey habían estado suavemente sombreadas de ruano, ahora enrojecieron de un rojo vivo.

—Tienes un apetito insaciable, sire.

—Sí, y lo compartes, —bromeó. Esta vez Maigrey arqueó una ceja, y Stefan rio—. Si no recuerdo mal, fuiste la que…

—Sire —sus mejillas se tornaron de un sonrosado rosa—, ¡seguramente una charla así debe hacerse en privado!

—Cuando te tenga en privado, —añadió Stefan mientras bajaba su voz—, mi mente estará en otros asuntos que no serán hablar.

Susurrando, Maigrey contestó:

—La sala está repentinamente silenciosa.

—Sí.

Ambos estudiaron la multitud de gente reunida en el Gran Comedor. Estaban sentados en las mesas, sus cabezas giraban de un lado a otro entre Stefan y Lachlann.

Algunos sacudían la cabeza confundidos; otros fruncían el ceño; unos pocos se limitaban a mirar. Todos contemplaban. Stefan comprendía su incredulidad, su asombro. ¿Acaso no lo había experimentado él mismo?

—Se parecen tanto que no puedo distinguirlos, —Las palabras susurradas llegaron a sus oídos.

—Y lleva ropa igual que la de Lachlann, —comentó otro.

Maigrey ahogó una risita y Stefan la miró, ambos conscientes de que, efectivamente, llevaba la ropa de Lachlann.

—Le has dado un buen cotilleo a la gente, —dijo Maigrey en voz baja.

—Ni de lejos la vuelta que me dio Lachlann. Debería haberme puesto mi propia ropa.

—No, sire. Estás muy guapo.

Y lo estaba. Llevaba el pelo oscuro recogido en la nuca y atado con una cinta azul. Llevaba un manto azul noche, decorado con hilo de plata, con una camisa azul claro y pantalones azul más oscuro. Sus botas eran negras, al igual que su faja de cuero y los guantes que llevaba metidos en ella.

—¡Por la bendita madre! —exclamó alguien—. Mirad a Lachlann.

Maigrey y Stefan miraron hacia el Asiento Alto. Lachlannn, también vestido de azul, se había recogido el pelo y lo llevaba atado con un cordel de cuero. Los dos hombres no podían ir vestidos de forma más parecida si lo hubieran planeado. Ambos eran oscuramente guapos, sus rostros un estudio de ángulos y planos escarpados.

Aunque recién afeitados, sus mandíbulas estaban ensombrecidas a causa de sus espesas barbas. Sus ojos reflejaban el azul profundo de la noche.

—Lord Stefan L ạ ngssonn y Lady Maigrey hija de Morcar, —dijo Lachlann. Les hizo señas para que se acomodaran cerca—. Bienvenidos al Gran Salón y a la mesa de Lachlann mac Gordon. Es un honor para nosotros compartir la cena con ustedes. Por favor, siéntense en el lugar de honor.

—Gracias, Sire—. Stefan guió a Maigrey hasta el lugar indicado.

Miró a su alrededor y vio a su padre sentado en una mesa de honor junto a la reina madre Muireall. Luego, Stefan barrió con la mirada el Gran Salón. Al igual que antes, la sala y su mobiliario estaban resplandecientes. Los metales preciosos y las joyas que adornaban la vajilla brillaban a la luz. Los sirvientes corrían de un lado a otro de la cocina, llevando bandejas cargadas de fuentes de comida y jarras de cerveza. El humo salía en espiral hacia el techo desde el hogar central y se escapaba por el techo de paja. El aroma de la comida cocinándose impregnaba la habitación.

Cassian se levantó.

—Pueblo del norte de Escocia, hoy nuestro alto rey, Lachlann mac Gordon, ha ejecutado la Danza de la Espada sin tocar ninguna de las espadas. —Los vítores, las palmas y los pisotones reverberaron por toda la sala. —Mañana por la noche celebraremos su aceptación del Alto Asiento del Norte de Escocia con el banquete de coronación. Lachlann mac Gordon les invita a todos a asistir. —Siguieron más vítores.

Finalmente Lachlann se puso en pie y acalló a la multitud.

—Gentes del norte de Escocia, estoy seguro de que han corrido rumores por todo el pueblo con la noticia de la llegada de Lord Stefan Vaderfjord.

—Sí, —gritaron muchos; otros asintieron

—Sabía que tenía un hermano mayor, pero creía que había muerto en una incursión treinta inviernos atrás. Hoy me enteré de que mi hermano mayor está vivo y que somos gemelos idénticos. —Lachlann se volvió hacia Stefan—. Sire, ¿quiere ponerse a mi lado?

Stefan se levantó y se puso al lado de su hermano.

La gente arqueó el cuello para ver. Algunos se levantaron y se acercaron; entrecerraron los ojos y caminaron alrededor de ellos. Murmuraban y asentían con la cabeza. Finalmente volvieron

a sus asientos.

—Como podéis ver, —dijo Lachlann secamente—, nos parecemos mucho. —En voz baja les contó la historia de su separación al nacer y la razón de la presencia de Stefan ahora en el norte de Escocia. Al concluir, un jefe de clan se levantó.

Lachlann le saludó.

—Scully.

—¿Qué hay del desafío entre tú y el norteño?

—Eso se ha pospuesto, —dijo Lachlann.

—¿Porque es tu hermano?

—No, porque ha consentido en darme tiempo para encontrar a la persona que robó la dote de ruptura.

—¿Él cree que eres inocente? —preguntó Scully.

—Lord Stefan tendrá que responder a eso, —respondió Lachlann.

—Estoy dispuesto a dar tiempo a Lachlann para que demuestre su inocencia, —indicó Stefan.

Preguntas similares surgieron de todos los lados de la sala. Lachlann y Stefan escucharon atentamente y respondieron con calma. Muchas personas se levantaron y dieron su apoyo verbal a su rey.

Otros felicitaron a Stefan por su renuncia pública a ser heredero del reino del norte de Escocia. Cuando todos estuvieron satisfechos, empezaron a relajarse. La cerveza, el hidromiel y el vino fluyeron libremente. Pronto las risas sustituyeron a las caras largas. Todos empezaron a entretenerse. El bardo escocés cantó canciones de valor sobre Lachlann mac Gordon. El skald de Northland cantó lo mismo sobre Stefan Vaderfjord. Como era costumbre, Lachlann se levantó, con su jarra de vino en la mano.

—Pueblo del norte de Escocia, —comenzó, pero la reina Muireall se levantó, interrumpiendo.

—Gran rey, ¿puedo tener el honor del primer brindis?

Sorprendido, Lachlann asintió.

—Mis lores y damas, todo el pueblo del norte de Escocia, —dijo la reina madre, su profunda y ronca voz resonando por todo el Gran Salón—, deseo alzar mi copa de vino en agradecimiento a los dioses por haber salvado a mi hijo mayor, Stefan Vaderfjord, y por haberlo reunido con su hermano, el Alto Rey Lachlann mac Gordon.

—¡Oír! Oír! —Lang se levantó y alzó su jarra de cerveza—. Que los dioses bendigan a los dos hermanos, Lord Stefan Vaderfjord y el Alto Rey Lachlann mac Gordon.

Por toda la sala se lanzaron al aire vasos, jarras y cuernos para beber... todos menos dos. Ni Stefan ni Lachlann levantaron las suyas. Muireall quiso que sus hijos se unieran al saludo. Lang les miró con el ceño fruncido. Stefan y Lachlann se miraron.

Maigrey recuperó el aliento mientras, una vez más, la tensión se extendía por la sala. Entonces, como por comunicación tácita, ambos caudillos cogieron sus jarras, uno con la mano

derecha, el otro con la izquierda, y las alzaron al aire. Maigrey y el pueblo suspiraron aliviados. Se hicieron brindis tras brindis. Maigrey se dio cuenta de que ni Lachlann ni Stefan bebían mucho, aunque cada uno comía con ganas.

Varias horas después, Maigrey, junto con todos los demás, estaba de un humor festivo. Con los estómagos llenos con suculenta comida, bebían libremente el vino. Aunque ella y Stefan no participaban en los juegos, disfrutaban observándolos. Muchos de los guerreros luchaban con los brazos; otros jugaban a juegos de mesa, y otros se contentaban con sentarse y cotillear... hasta que los músicos entonaban una animada melodía. Rápidamente, las mesas y los bancos se arrimaron a las paredes y el centro de la sala quedó libre para bailar.

—A los montañeses nos encanta bailar, —explicó Maigrey a Stefan en voz baja.

Entonces todos empezaron a aplaudir y a corear la misma frase una y otra vez. El cántico no le resultaba familiar a Stefan.

—Te están pidiendo que hagas el honor de abrir el baile, —dijo Maigrey—. Es costumbre que los invitados bailen primero.

—No, —dijo Stefan.

—No declines la oferta, —comentó Maigrey—. Se lo tomarán como un insulto.

—Tus bailes de las Highlands son demasiado complicados y no conozco los pasos. Recuerdo demasiado bien los pasos que Lachlann bailó antes. Vosotros los montañeses podéis llamarlo baile, pero yo lo llamo castigo.

Maigrey se rio mientras decía en un tono bajo:

—Inventa tu propio baile.

Él frunció el ceño como respuesta.

—Probablemente me cortaría las piernas si me pusiera a retozar alrededor de dos espadas desenvainadas y afiladas como ha hecho hoy Lachlann.

—Bromeas, sire.

—Sí. —Su expresión se suavizó—. Tal vez no sea tan peligroso, pero si lo hiciera sería humillante.

—No esperan que hagas nuestro baile. Seguro que los norteños tenéis vuestras propias danzas.

—Sí, los norteños bailan, —respondió Stefan, hablando más alto de lo que pretendía—, pero yo no.

—Entonces, hermano mayor, —intervino Lachlann—, lo haré por ti.

La gente gritó, aplaudió y zapateó en señal de aprobación a su rey. Lachlann se levantó cuando los músicos empezaron a tocar. El inquietante gemido de las gaitas llenó la sala. Stefan observó por segunda vez cómo bailaba su hermano.

—Stefan. —Maigrey le llamó

Él se tocó el labio con el dedo.

—Shh.

Maigrey se apartó y notó que escuchaba atentamente la música con los ojos cerrados. Cuando terminó el baile, Astrid voló a los brazos extendidos de Lachlann. Él la besó profundamente y luego la balanceó en el aire. Maigrey sintió una punzada de celos al ver a Astrid y Lachlann juntos. Parecían tan felices y enamorados.

De nuevo la gente llenó el edificio de vítores, risas y aplausos. Respirando hondo, riendo con la gente, Lachlann dio palmadas en la espalda a sus hombres y abrazó a las mujeres al pasar junto a ellos en su regreso al Alto Asiento.

—Sire Lachlann, —dijo Stefan cuando su hermano se hubo acomodado—, tengo entendido que los galos apreciáis a vuestros bailarines.

Sonaron vítores por toda la sala.

—Sin duda deberían apreciarle, Sire Lachlann. Cortas una buena figura en la pista de baile. —Stefan bajó del estrado y se dirigió a los músicos que estaban sentados en un grupo cerca de la mesa de la reina Muireall—. ¿Los galos aprecian tanto a sus músicos?

Sonó otro coro de vítores. Las manos golpearon la mesa; los pies golpearon el suelo; las armas tintinearon.

—¿Me prestas tu flauta? —preguntó Stefan a uno de los músicos. Sorprendida,

Maigrey sólo pudo mirar. Lo mismo hizo el flautista. Maigrey no tenía ni idea de que Stefan supiera tocar la flauta. Stefan repitió su pregunta, y el músico entregó el instrumento al norteño. Cesó toda celebración.

—Hermano menor, —dijo Stefan—, aprenderé los pasos de tu baile de las Highlands y pronto seré mejor bailarín que tú.

Lachlann se rio.

—¿Hacemos una apuesta?

—Sí, siempre creo en las apuestas seguras.

—Quiero el lobo, —dijo Lachlann.

—Quiero tu caballo semental.

—Hecho.

Con la flauta en una mano, Stefan volvió al estrado. Él y Lachlann se dieron una palmada para sellar su apuesta.

Lachlann y Astrid volvieron a sus asientos; Stefan permaneció de pie. Llevándose la flauta a la boca, empezó a tocar la melodía que Lachlann había bailado recientemente. Maigrey se perdió ante la belleza de la melodía y la dulzura de los tonos. Stefan era un músico consumado.

Maigrey se levantó y se dirigió al centro del edificio. Hizo una reverencia baja y, entregándose de nuevo a la música, comenzó a bailar. Un «ah» de asombro y admiración zumbó por la sala. Los otros músicos comenzaron a tocar suavemente como acompañamiento.

La gente observaba embelesada. Cuando se apagó la última nota, cuando Maigrey giró por última vez, hubo un momento de silencio apreciativo antes de que el edificio estallara en gritos, aplausos y pisotones.

Stefan cogió la mano de Maigrey.

—Maigrey, bailas maravillosamente.

—Y tú tocas igual de bien, —sonrió ella—. Como dijo antes, Stefan, tenemos muchas cosas en común.

Stefan le devolvió la sonrisa y luego la condujo a la sala de invitados. Le tendió la flauta a Lachlann.

—¿Sabes tocar la melodía?

—No. —Lachlann frunció el ceño.

Stefan sonrió.

—Entonces, hermano menor, por el momento, estamos en paz.

—Sí, —dijo Lachlann—, por el momento —Se levantó—. Ahora, todos, ¡a bailar!

Acomodándose en la silla de invitados, Stefan observó el jolgorio. Al cabo de un rato, se inclinó hacia Maigrey.

—Es hora de que le demos las buenas noches a nuestro anfitrión.

Maigrey atrapó su bostezo con la mano.

—Sí, Sire.

Antes de que pudieran levantarse, uno de los guerreros de Lachlann entró en el Gran Salón. De aspecto salvaje y bárbaro, vestía pantalones de piel y chaleco. Una ancha cinta atada alrededor de la frente sujetaba su largo cabello. Una fina trenza le caía sobre un hombro. —

Salve, Lachlann.

—Finn.

El hombre avanzó a grandes zancadas por el pasillo central, deteniéndose bruscamente cuando vio a Stefan sentado en el reclinatorio de invitados. Le miró fijamente; él devolvió la mirada a Lachlann.

—Sire Stefan Vaderfjord, —dijo Lachlann—, permítame presentarle a Finn mac Gordon.

—¿El norteño? —preguntó el guerrero.

—Sí.

—Es una larga historia, Finn, —comentó Lachlann—. Otros te la contarán. Acompáñanos en la cena.

—Gracias, sire, lo haré, —respondió Finn—. pero antes debo daros malas noticias. Unos asaltantes han robado vuestro rebaño de ganado.

—¡El ganado! —exclamó Lachlann, su grito furioso resonó por toda la habitación.

Cassian mac Weir se puso en pie de un salto y se unió a Lachlann en el estrado.

—Es bastante grave, —dijo Maigrey a Stefan—. En las Tierras Altas la riqueza y el poder están determinados por el tamaño y la salud de los rebaños de ganado de un hombre. El sustento depende de ellos, al igual que el favor de los dioses

—Dos pastores han muerto y otro está herido de muerte, —informó Finn.

—¿Sabes quiénes eran los asaltantes? —preguntó Lachlann.

—Creo que hablaban un dialecto athdariano.

—¿Cuántos eran?

—Era un grupo de asalto grande, sire. No menos de veinte.

—Se han enterado de la muerte de Fergus, —dijo Cassian—, y están poniendo a prueba nuestras fuerzas.

—Yo me ocuparé de esto, Finn —aseguró Lachlann—. Refréscate.

—Está oscuro afuera, Lachlann, —dijo el pastor—. Nos vendría bien esperar hasta la madrugada antes de empezar a rastrearlos.

—No, nos llevan demasiada ventaja, y si consiguen que nuestro ganado cruce la frontera, puede que nunca los volvamos a ver.

Cuando el pastor se dirigió a una de las largas mesas, Lachlann gritó:

—Que todos disfruten del festín. Yo recogeré el ganado y regresaré en breve. Y estaré aquí con nuestro ganado para celebrar el banquete de la coronación mañana por la noche.

Los aplausos sonaron de todas partes.

Por todo el edificio, los guerreros se levantaban y se dirigían hacia la puerta.

—Cassian, —dijo Lachlann—, elige a diez guerreros para que nos acompañen.

—¿Diez? —cuestionó el padrino.

—Sí. ¿Has olvidado que Magnus tiene a muchos de nuestros guerreros con él, dejándonos en inferioridad numérica? Además, nuestras fronteras están demasiado cerca, y no puedo arriesgarme a dejar desprotegidos a los aldeanos y granjeros de los alrededores. Estaré listo para cabalgar

—No, Lachlann —cuestionó Cassian—. Yo me ocuparé de esto.

—No, es mi responsabilidad. Soy el alto rey.

—Por eso no debes ir —aseguró Cassian. —No podemos permitirnos perder a nuestro rey.

—Lachlann debe ir —indicó Stefan—, y yo iré con él.

Los dos caudillos se miraron fijamente.

—Tengo veinte guerreros que también cabalgarán contigo, —dijo Stefan.

Lang se levantó

—Que sean veintiuno, hijo mío.

Muireall estrechó la mano de Lang.

—Padre, —intervino Stefan—, sería mejor que permanecieras aquí como padrino de Lachlann.

Lachlann miró de Stefan a Lang, luego de nuevo a Stefan. Finalmente asintió:

—Que así sea.

Feich se había movido para colocarse detrás de Maigrey.

—Que así sea, —murmuró ella—. El Caballo y el Lobo se unirán en hermandad.



—¿Has visto a Ulf? —preguntó Stefan mientras montaba el semental cerca del porche del Gran Salón donde se encontraba Maigrey.

—No, —respondió ella—. Creía que estaba contigo.

Stefan sacudió la cabeza.

—Hace tiempo que no lo veo.

—Stefan, —llamó Lachlann—, ¿estáis listos tú y tus hombres?

—Sí.

Stefan se inclinó, agarró a Maigrey por la cintura y la levantó.

—Volveré pronto.

Le dio un beso largo y completamente satisfactorio, y luego la dejó en el suelo. Maigrey le observó mientras se reunía con Lachlann y los hombres delante del pequeño hall. Aunque la luz resplandeciente de las antorchas le proyectaba sombras oscuras y el casco distorsionaba sus rasgos, Maigrey ya no temía al norteño.

Él sonrió, y ella supo que era para ella. Ella le devolvió el gesto. Para asegurarse de que la estaba mirando, Maigrey le puso a prueba. Le saludó con la mano. Él esperó un momento y le devolvió el saludo.

Maigrey se quedó mirando mientras el ejército, una mezcla de norteños y escoceses, salía a caballo del pueblo. Su corazón se hinchó de orgullo al ver a Stefan desvanecerse en la oscuridad. Era un guerrero. Era un caudillo. Más aún, era el hombre al que ella amaba con todo su corazón.

Stefan miró una vez más por encima de su hombro para ver a Maigrey, iluminada por la luz de las antorchas, de pie en el porche del Gran Salón. Estaba demasiado lejos para que pudiera distinguir sus rasgos, pero reconoció el color de su túnica y el resplandor del corto cabello rojo que enmarcaba su rostro. Estaban en un derrame de luz de luna fuera del pueblo cuando Lachlann habló.

—Tienen la capacidad de introducirse en nuestras vidas, y luego en nuestros corazones, sin que seamos conscientes de ello.

Stefan le dirigió una mirada.

—Mujeres. —Lachlann respondió a la pregunta no formulada—. Me casé con Astrid para tener un hijo a fin de asegurar un acuerdo de paz entre nosotros y un reino más al norte. Antes de darme cuenta, estaba haciendo cosas por ella que no haría por ninguna otra persona.

—Sí, —dijo Stefan—. Ya he estado haciendo eso por Maigrey, y sólo siento lujuria por ella.

Lachlann soltó una carcajada.

—Yo también me escondí detrás de esas palabras. En nombre de la lujuria, Stefan, he roto tantas de nuestras costumbres tribales que no puedo enumerarlas. Pero un día admití por fin que amaba a Astrid.

—¿La niña es suya por su matrimonio anterior?

—No, es una huérfana que encontró abandonada. La rescatamos y la adoptamos. Es Catriona, nuestra hija. Y hasta ahora nuestra única hija.

—¿Tú y Astrid sois felices?

—Sí, —respondió Lachlann—. Astrid es mi vida.

—Y tú eres la suya, —replicó Stefan—. Ella estaba dispuesta a dar su vida por ti cuando entró en la Cámara de Fuego.

Lachlann asintió.

—¿Alguien te habló de ello?

Stefan vaciló y luego dijo:

—Soñé con ello.

—¿Tú también tienes los sueños? —preguntó Lachlann.

—Sí. Reconocí la colina cuando pasamos por ella hoy.

—Fue una experiencia dolorosa.

—Sentí su dolor.

Lachlann dijo:

—A menudo sueño que estoy en un barco.

Stefan se sorprendió de la precisión con la que describía al Lobo de Mar.

—Tengo un sueño recurrente en el que soy dos guerreros, luchando codo con codo, —dijo Lachlann—. Uno es diestro y el otro zurdo. Luego se fusionan para convertirse en uno.

—Sí, —admitió Stefan—, yo he tenido ese mismo sueño. Toda mi vida me he preguntado cómo podía ser a la vez diestro y zurdo. Todo el tiempo soñábamos el uno con el otro.

—Sí. Siempre he sentido que faltaba algo en mi vida, una parte de mí que no estaba allí.

—Hoy, —dijo Stefan—, cuando te vi de pie en la puerta, ataviado con tu cota de malla y tu casco, sentí como si fuera a fundirme contigo, como si el sueño por fin se hiciera realidad. Nunca te había visto, pero te conocía.

—Así me sentí yo cuando subiste al estrado, —confesó Lachlann.

A medida que los hermanos hablaban, se enteraron de que compartían otros sueños comunes. Lachlann había tenido una visión en la que recibía el par de plata como símbolo de heredero; Stefan había soñado con recibir el par de oro.

Stefan había soñado con Lachlann rescatando a Astrid de la Cámara de Fuego. Lachlannn había soñado con la batalla de Stefan contra el jabal y su rescate por el lobo.

Cabalgaron y cabalgaron, siguiendo al guía varios tramos por delante de ellos, hablando de sus infancias, comparando sus vidas y descubriendo que habían tenido muchas experiencias similares. Alcanzaron la guerrera a la misma edad. Ambos sabían leer y escribir y hablaban varias lenguas. Cada uno había recibido un anillo de hoz. Incluso ahora, sus cabellos tenían la misma longitud y se peinaban igual. Su gusto por la ropa era similar.

En el mismo momento ambos dejaron de hablar. Lachlann ordenó a la compañía que se detuviera. Escuchó, al igual que Stefan.

—Espero que sea mi espía, —dijo Lachlann—. Lo envié en cuanto Finn nos dio la noticia.

Lachlann hizo un gesto a los hombres para que abandonaran el sendero y se adentraran en las sombras de las rocas.

—La luz de la luna es lo suficientemente brillante para que veamos y seamos vistos, —indicó Lachlann a los hombres.

—Lo más importante es recuperar nuestro ganado. Una vez que lo tengamos, entonces podremos encargarnos de los athdarianos.

Tensos, todos esperaban el regreso del espía. Un pequeño punto negro en la distancia creció hasta convertirse en un hombre. Lachlannn cabalgó a su encuentro. El jinete se detuvo bruscamente. Stefan, Cassian y Einar se desplegaron a su alrededor.

—¿Athdarianos? —preguntó Lachlann.

Asintiendo, el jinete dijo:

—Creo que sí. Pero es extraño. Un grupo de veintidós está trasladando el ganado al río. Dos jinetes se separaron de ellos y tomaron el sendero por encima de Acorn Ridge, en dirección noroeste.

—Esa es una de las zonas más remotas de Athdara, —dijo Cassian—. Nadie va por allí a menos que tenga prisa por llegar a Thornsgate.

A través de la bruma plateada, Lachlann miró a Stefan y luego dijo:

—Cassian, llévate a los hombres y ve tras el ganado. Stefan y yo seguiremos a los dos jinetes.

Stefan y Lachlann se alejaron al galope del resto de los hombres. Cuando llegaron a Acorn Riđge, Lachlann los guió hasta un bosquecillo de árboles fuera de la luz de la luna. Se bajó del semental negro y abrió la mochila, de la que sacó un fajo de cuadrados de cuero. Se quedó con la mitad de ellos y le dio los otros a Stefan.

—Dóblalos para que sean doblemente gruesos y átalos alrededor de las pezuñas de los caballos, —dijo—, Así nadie sabrá que les seguimos hasta que estemos casi sobre ellos, y será más difícil seguir nuestro rastro. ¿Dónde está ese lobo tuyo? —preguntó Lachlann—. Podríamos hacer buen uso de él esta noche.

—No lo sé, —respondió Stefan—. Estaba en la cabaña cuando Maigrey y yo salimos para la cena, pero cuando volví, se había ido.

Pronto estaban cabalgando de nuevo, el clop de los cascos amortiguado por el acolchado. Lachlann se detuvo intermitentemente para buscar huellas de cascos de los jinetes a los que seguían.

La última vez que se detuvo, dijo:

—Parece que siguen por el sendero. No creo que tengan ni idea de que les estamos siguiendo.

Mientras cabalgaban de nuevo, Stefan dijo:

—Cassian me habló de vuestro sistema de relevos. Dijo que vuestros caballos son los más rápidos de las Tierras Altas.

—Sí, —coincidió Lachlann—. Y los más robustos, con un alto índice de resistencia. Mis jinetes también son muy hábiles. Creo que los caballos pronto serán una parte importante de nuestras vidas, tanto en tiempos de paz como de guerra. Estoy tan seguro de ello que he empezado a criar especialmente a mis caballos.

En voz baja, Lachlann le habló de los caballos hasta que llegaron a la cima de una colina y vieron a dos jinetes silueteados en el pequeño barranco que había debajo. Rápidamente se adentraron en las sombras. Mientras discutían las distintas estrategias que podían utilizar para apresar a los hombres, Stefan deseó que Ulf estuviera con él. No se había dado cuenta de lo mucho que había llegado a depender del lobo. Finalmente Lachlann y Stefan decidieron que cada uno rodearía a los jinetes desde direcciones opuestas y se reunirían frente a ellos.

Abriéndose paso, Stefan cabalgó cautelosamente a través de la arboleda. En el claro de delante vio a los dos jinetes. Avanzaban a paso lento, hablando en voz baja. Stefan no podía ver a Lachlann, pero sintió su presencia. Sin revelarse, Lachlann gritó:

—En nombre de Lachlann, alto rey del norte de Escocia, os ordeno que os detengáis.

Los hombres detuvieron sus caballos.

Con la espada desenvainada, Lachlann salió de entre las sombras por un lado y Stefan por el otro.

—¿Quiénes sois? —preguntó Lachlann.

—Thornsgateianos —respondió uno de los hombres—. Soy Gerce. Él es Dall.

—¿Quién es tu sire?

—El rey Farlan.

—Me resultas familiar, —dijo Lachlann a uno de ellos, entrecerrando los ojos a la luz de la luna. Cabalgó más cerca—. Te conozco. Solías cabalgar con Ghaltair.

El hombre pateó su caballo y galopó entre Stefan y Lachlann. Con la misma rapidez, Lachlann fue tras él. El otro hombre sacó su espada y atacó a Stefan. El choque del acero sonó mientras Stefan y el Thornsgateian luchaban. Stefan le golpeó duro, hasta que finalmente atravesó al hombre en el pecho. El herido gritó de dolor y se desplomó de su caballo. Stefan bajó de un salto y se arrodilló junto a él.

—¿Qué estabas haciendo aquí, en el norte de Escocia? —El hombre tosió, la sangre le goteaba de la boca.

—¿Robando ganado? —preguntó Stefan.

—No. Eran Athdarians. Nos topamos con ellos mientras cabalgábamos hacia la aldea del rey. Cuando nos dimos cuenta de que habían robado el ganado, nos separamos de ellos. No queríamos ser parte del robo y regresábamos a Thornsgate. —Habló entrecortadamente—. Buscábamos a dos forajidos que escaparon de Thornsgate. Perdimos su rastro en Athdara y pensamos que tal vez habían venido aquí.

—¿Los encontraron? —preguntó Stefan.

El hombre negó con la cabeza.

—¿Por casualidad serían sacerdotes?

El hombre se estremeció, tosió y luego se quedó sin fuerzas. Él estaba muerto. Lachlann no había regresado, y Stefan no podía verle ni oírle. Montó y galopó tras él. Cuando lo encontró, estaba de pie junto al segundo guerrero. Stefan desmontó y se unió a su hermano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Ave.

—¿Y él?

—Muerto, —dijo Lachlann.

—El otro habló, —dijo Stefan—. Son hombres de Farlan, buscan a dos forajidos fugados. Éste era amigo de Ghaltair, un guerrero escocés que fue desterrado del norte de Escocia hace seis temporadas por conspiración. —Lachlann se enderezó—. ¿Crees que los hombres que buscaban eran sacerdotes del santuario?

—Eso mismo me lo estaba preguntando, —respondió Stefan.

Entonces Stefan oyó un ruido de forcejeo detrás de Lachlann. Stefan tocó a Lachlann en el hombro y le presionó la boca con un dedo para que guardara silencio. Una sensación interior le decía que había alguien ahí fuera, espiándoles.

Cerró los ojos y se concentró como le había enseñado su padre cuando era niño. Estate quieto y escucha, le había dicho Lang cuando le vendó los ojos a Stefan. Una voz interior, una visión interior, te guiará.

Como si Lachlann también sintiera la presencia, como si supiera lo que Stefan estaba haciendo, no se movió.

Relajándose, entregándose a su espíritu interior, Stefan se concentró. Escuchó. Entonces oyó el leve crujido de un material, de cuero pisando suavemente sobre una superficie rocosa. Alguien se movía. Sabía dónde estaba la persona. Esperó... con calma... con paciencia, tal como Lang le había ordenado.

—Sé que estás ahí fuera, —dijo Stefan en voz baja—. Si eres amigo de Lachlann mac Gordon, muéstrate. Si no, te mataré.

Stefan deslizó la mano en su faja y sacó las dagas de Maigrey.

—Túmbate en el suelo, —le susurró a Lachlann.

Por el rabillo del ojo, Stefan vio la sombra y lanzó la primera daga. Oyó pisadas y un gemido de respuesta en el aire. Se zambulló, se agachó y rodó. Lanzó la segunda daga. Quedándose quieto, escuchó. No oyó nada más que el lúgubre susurro del viento, el susurro de la hierba y las hojas que caían.

—Se acabó, —anunció. Se acercó al fuego, cogió la antorcha y caminó hacia donde creía que yacía la otra persona.

La luz jugaba sobre una figura despatarrada, un hombre con dos puñales en el pecho. Junto a su mano yacía su daga. Stefan se acuclilló a su lado.

Lachlann se situó sobre ellos.

—Éste es uno de los hombres que me vendió a Maigrey, —anunció—. También es uno de

los hombres de Farlan.

—Eres bueno en la lucha a ciegas, —dijo Lachlann.

—Mi padre me enseñó. Einar y yo pasamos más tiempo entrenando con los ojos vendados que con la vista. Nos enseñaron a confiar en otros sentidos además de la vista.

—Me alegro de que lucharas conmigo y no contra mí, —dijo Lachlann.

—Yo también.

Stefan y Lachlann envolvieron los tres cuerpos en mantas, los echaron sobre los sementales y caminaron de vuelta a la aldea. Llegaron temprano a la mañana siguiente. Tras ordenar a un sirviente que enterrara los cadáveres, Lachlann y Stefan se dirigieron al Gran Salón, donde Astrid y Maigrey les saludaron. Las mujeres escucharon mientras Stefan y Lachlann les contaban lo sucedido.

—Quizá fueron dos Dagas Plateadas las que escaparon, —dijo Maigrey, esperanzada—. Quizá Rob era uno de ellos.

—Sí, —señaló Stefan—. Yo también pensé en eso.

No mucho después regresaron los otros guerreros.

Cassian informó de que el ganado había sido encontrado y recuperado y ahora estaban cercados de forma segura. Los athdarianos habían huido al otro lado de la frontera. Mientras intercambiaban amablemente historias de sus aventuras, con Lachlann exclamando sobre Stefan luchando a ciegas y burlándose de él por sus dagas de juguete, todos tomaron un copioso desayuno. Cuando los escoceses se enteraron de que Einar era tan hábil en la lucha a ciegas como Stefan, organizaron algunas justas.

Más tarde, Lang y Muireall se unieron a ellos, y las historias se repitieron. Cuando el sumo sacerdote cristiano entró en el Gran Salón, Stefan se negó a quedarse para un tercer recuento, a pesar de que las historias se volvían más interesantes con cada repetición.

—He tenido una noche agitada, —indicó Stefan—. Ahora me voy a la cabaña a dormir un rato.

Einar sonrió.

—¿Piensas dormir, Stefan?

Maigrey se sonrojó y Stefan le devolvió la sonrisa a su amigo.

—Sí, Einar, voy a dormir. —A Maigrey le dijo—: ¿Por qué no te quedas más tiempo y visitas a Astrid y la reina Muireall.

—Me gustaría hacerlo, —respondió Maigrey—. Quiero conocer mejor a tu cuñada y a tu madre.

—Quizás, Stefan, —dijo Muireall—. tú y yo podamos visitarnos alguna vez. Me gustaría conocerte mejor.

—Sí, mi señora reina, —dijo él—. Eso haremos.

Mientras Stefan regresaba a la cabaña, reflexionó sobre lo que había dicho el hombre de Farlan y esperó por el bien de Maigrey que su prima hubiera escapado. De vez en cuando se desviaba del camino mientras buscaba a Ulf. No vio señales del lobo. Cuando entró en la cabaña,

se desnudó hasta los pantalones y se tumbó en la cama. Se quedó tumbado, pensando aún en Maigrey.

Había temido por su seguridad, sobre todo cuando los hombres habían dicho que buscaban a dos forajidos. Se había preguntado si realmente buscaban a Maigrey.

Deseaba a Maigrey y la quería con él. Quizá pudiera convencerla de que se marchara con él cuando hubiera completado su misión. Compartían el amor por los viajes y podrían estar juntos hasta que se les pasara la necesidad de estar juntos.

Por otra parte, se preguntó si tal vez debería escoltarla de vuelta a Thornsgate.



El amanecer no era más que un atisbo de gris en el horizonte mientras Ardac, maestro de los hombres de Farlan, paseaba ansiosamente en un bosquecillo de árboles. Dos de los sacerdotes del claustro, Morcar y Kinner, habían escapado y se dirigían al norte de Escocia. El informante del claustro le había dicho a Farlan qué ruta era probable que tomaran los sacerdotes. La edad impedía a ambos hombres viajar con rapidez, pero Morcar se movía aún más despacio. La paliza que había sufrido a manos de los hombres de Farlan le había incapacitado.

Ardac y sus hombres no habían tenido dificultad en seguirlos hasta la frontera entre Athdara y el norte de Escocia, pero aquí, a orillas del río entre los dos reinos, los habían perdido. Ardac había enviado inmediatamente a cuatro hombres al otro lado del río, al norte de Escocia, en busca de señales de los sacerdotes. Los hombres habían partido ayer al mediodía y no habían regresado.

Ardac estaba preocupado. Se paseó un poco más.

Entonces vio un borrón oscuro en la distancia. ¿Un destello del día? No estaba seguro. Pero mientras miraba, parecía acercarse. Sus hombres, tal vez. Dio varios pasos y miró con más atención en la oscuridad menguante. Sí, era un jinete. ¿Qué había pasado? Quizá nada. Ern era joven y siempre aventajaba a los demás. El borrón adquirió la figura de un hombre. Luego empezaron a distinguirse los rasgos. Era Ern.

El caballo cruzó el río al galope y Ern se detuvo frente a Ardac. Se deslizó hasta el suelo.

—Están muertos. Todos ellos.

—¿Los sacerdotes o nuestros hombres?

—Los nuestros, —dijo Ern—. No encontramos ninguna señal de los sacerdotes.

—¿Qué pasó?

—Nos encontramos con una partida de incursión Athdarian. El gran rey Fergus ha muerto, y su hijo, Lachlann mac Gordon, se ha convertido en el nuevo gran rey. Los athdarianos decidieron que era un buen momento para robar ganado escocés. Los cuatro cabalgamos lejos de ellos, y más tarde nos separamos. Acordamos reunirnos de nuevo en una cresta cercana a la frontera.

>>Ongus y yo regresamos primero a la cresta. A los otros les siguieron dos de los hombres

de Lachlann mac Gordon. Los hombres de Gordon mataron a los dos nuestros. Entonces uno de ellos pareció saber que Ongus y yo estábamos escondidos allí. Nos llamó para que nos rindiéramos. Ongus iba a acercarse sigilosamente en la oscuridad, pero… —se pasó la mano por la pernera del pantalón.

>>Ardac, te juro que el hombre puede ver en la oscuridad. Se dio la vuelta y, antes de que supiera lo que había pasado, Ongus estaba muerto y ellos se abalanzaban sobre él. Envolvieron los cuerpos en mantas y se los llevaron. Permanecí escondido durante mucho tiempo, asegurándome de que se habían ido,

Ardac se frotó la mano sobre la cicatriz que le acuchillaba la mejilla.

—Odio tener que hacer este informe a Farlan. Estará furioso con nosotros por dejar que los sacerdotes se nos escaparan de las manos, sobre todo después de que el informante del claustro nos dijera qué camino tomarían y adónde se dirigían.

—No debemos preocuparnos, Ardac, —dijo Ern—. Morcar no vivirá mucho más. Casi lo han torturado hasta la muerte.

—¿Hablaste con alguno de los Gordon?

—No, la mayoría de ellos están en la aldea de Lachlann. El banquete de la coronación tendrá lugar esta noche.

—Así que no hemos sabido nada de Maigrey ni de su padre. —Ardac se volvió hacia el hombre más joven—. Ern, necesito que te quedes en territorio de Gordon.

—Pero, Ardac, Lachlann reconoció a Dall. Podría reconocerme a mí también,

—No. En las últimas seis estaciones has cambiado mucho. Además, te mantendrás alejado de la aldea. Visita a los granjeros y a los pastores. Mantén los ojos y los oídos abiertos. Aprende todo lo que puedas. Ralf se quedará en la aldea del rey en Athdara. Infórmale de lo que sepas y él me avisará. —Ambos hombres montaron. Ardac cabalgó hacia el interior del territorio de Athdara; el hombre más joven cruzó el río hacia el territorio de Gordon.

Capítulo 17

La luz del sol entraba en la habitación por la ventana abierta. Stefan, tumbado en la cama, con los ojos aún cerrados, oyó el zumbido de Maigrey en la otra habitación.

Levantándose de la cama, se acercó a la puerta. Vestida con su larga túnica interior, estaba rebuscando en los baúles que Astrid y Lachlann les habían enviado. Cuando le vio, se levantó.

—¿Por fin te has decidido a levantarte? —le preguntó.

Se pasó una mano por el pelo.

—¿Me has echado de menos?

—Sí.

Se movió alrededor de la bañera y la cogió en brazos.

—Echaba de menos acostarme contigo. ¿Te das cuenta de que ésta es la primera noche de las cinco que no me he acostado contigo?

—Sí, sire, me he dado cuenta.

Stefan le dio un beso rápido.

—¿Qué has estado haciendo todo el día?

—Ayudando a Astrid y a tu madre a preparar el banquete de coronación de esta noche,

Stefan inspiró profundamente

—Tendremos que asistir.

—Sí, tenemos que hacerlo, —murmuró ella, buscando su boca, hambrienta de sus besos. La boca de Stefan se inclinó sobre la suya, moviéndose suavemente, sus labios amoldándose a los de ella, su mano recorriendo su espalda hasta abrazar sus caderas. La atrajo contra él. La pasión, tan caliente como cualquier líquido que hubiera hervido en un caldero, tan potente como cualquier medicina jamás confeccionada, fluyó por el cuerpo de Maigrey. Envolvió a Stefan con sus brazos, deseando poder atraerlo hacia sí.

La boca de Stefan tiró suavemente. Se burló. Dio. Tomó.

—La cama, —dijo, con voz gruesa.

—No podemos.

—¿Por qué?

Stefan hizo llover ligeros besos desde su boca hasta su mejilla, luego por la esbelta columna de su garganta y de nuevo hasta sus orejas. Su lengua exploró cada tierna curva y

hueco, mientras sus dedos trazaban un sendero caliente por su espalda hasta las caderas. Sólo un poco de presión de sus manos, un ligero movimiento de sus caderas, y Maigrey empezó a arquearse hacia él, una intensa y dolorosa necesidad reavivada en la parte inferior de su cuerpo.

—Ya ha pasado el mediodía, —susurró.

—Me gusta tenerte durante el día. A ti también.

—Las festividades ya han comenzado.

—Sí, Maigrey y las nuestras empezarán pronto.

Maigrey frotó sus manos sobre los musculosos hombros de él.

—Debemos irnos, Stefan. Lang y Lachlann han planeado que tú y Einar os entretengáis con vuestra lucha a ciegas.

Stefan se echó hacia atrás.

Ella se rio de su expresión.

—Sí, sire, han maquinado mientras dormías. —De mala gana se retiró de su abrazo—. Necesito tiempo para encontrar ropa presentable que ponernos. Tendré que pedir más ropa de tu hermano.

—Para que la gente haga comentarios sobre ella.

—Seguro que a Lachlann le quedan bien, —comentó Maigrey—, pero a ti te quedan mejor.

Le mostró una amplia sonrisa.

Stefan abrió uno de los baúles que estaba lleno de ropa de hombre. Levantó una camisa, midiéndola de hombro a hombro.

—Ayer, Maigrey, querías saber lo que sentía por Astrid.

—Sí.

Creo que es una mujer hermosa y una buena esposa. Para Lachlann. Incluso si tuviera que luchar a muerte con él, y si saliera vencedor, liberaré a la dama de su compromiso conmigo.

Con el corazón palpitando, la felicidad cantando por sus venas, Maigrey sostuvo una túnica marrón contra su pecho.

—¿Por qué, sire?

—Voy a casarme contigo.

Maigrey no pudo contener la sonrisa.

—¿Quieres casarte conmigo, Stefan?

—Sí. Esta noche, después de cenar, rectificaré el flaco favor que te he hecho, —dijo él—. Anunciaré nuestro matrimonio.

La felicidad de Maigrey se disipó. Le miró con incredulidad.

—Flaco favor, —murmuró.

—Sí, Maigrey, —dijo Stefan—, En un momento de debilidad, te utilicé, y estoy dispuesto a ofrecerte matrimonio.

La ira sustituyó rápidamente a la decepción, fluyendo caliente y pesada a través de ella.

—No estoy preparada para aceptar tu generosa oferta.

Habló en voz baja, como un padre a un hijo.

—Maigrey, por mi culpa has perdido tu inocencia.

Sus ojos azules estaban velados. Anoche, haciendo el amor con ella, había revelado un lado maravilloso y bondadoso de sí mismo. Ahora se había retraído y se escondía tras ese maldito escudo invisible. Maigrey no vio más que el hermoso color de sus ojos, no más de lo que él estaba dispuesto a revelar.

Bajó la mirada hacia la ropa del baúl.

—¿No tienes otra razón para casarte conmigo? —preguntó.

—¿Acaso el haberte agraviado no es razón suficiente?

Ella se encaró con él.

—No, Sire, en verdad, no lo es. No me has quitado nada. Me apareé contigo porque quise. Me entregué libremente como un regalo para ti. Te acogí en mí como un regalo para mí misma. Ambos estábamos igual de necesitados, Sire. —Profundamente dolida, Maigrey arremetió contra él—. También me apareé contigo porque…

—¿Porque...? —incitó él. Algo en la acerada tranquilidad de su voz atrajo sus ojos a los de él una vez más. Su suavidad y calidez habían desaparecido; eran afilados y cortantes.

—Sentía curiosidad por saber como se aparean un hombre y una mujer.

—Ya veo, —Volvió su atención a su propia ropa, Después de doblar cuidadosamente las prendas que había seleccionado—. No debería haberme apareado contigo, Maigrey. No debería haberte quitado la virginidad. En aquel momento no tenía intención de pedirte que fueras mi esposa. —Su voz se sumió en el silencio—. Soy un Sire de la guerra, pero no un hombre que toma la virtud de una dama.

Maigrey apenas podía serenarse. Sin embargo, se negó a dejar que Stefan viera lo profundamente que la estaba hiriendo.

—Sire, no siento culpa por lo que hicimos. Si lo haces, y si sientes que debes absolverte de ello, debes acudir a los dioses. Yo no puedo hacerlo por ti. Aunque pudiera, no lo haría. —Su voz se agudizó con exasperación.

—Magrey, desde el principio tu temperamento me ha desconcertado e irritado.

—Si te hace sentir mejor, te agradezco que quieras casarte conmigo, pero no necesito el matrimonio. Y no lo aceptaré en estas condiciones.

—Magrey, puede que ya estés embarazada. No dejaré que tú y mi hijo sean acosados porque tú no estás casada.

—Gracias por preocuparte, Stefan, —dijo Maigrey—. Si he concebido, seré feliz. Eres en verdad un guerrero valiente, un padre apropiado para mi hijo. Pero no debes preocuparte por mí ni por el bebé. Aquí, en las Tierras Altas, los niños son bienvenidos. Nuestro pueblo no vilipendia a una madre soltera ni a su hijo. Nuestro linaje se traza a través de la madre, porque podemos estar seguros de su linaje.

—Magrey, no entiendo tus costumbres, pero sí las mías. En las Tierras del Norte un guerrero no se toma sus deberes a la ligera, ni abandona a sus hijos.

—No me importa lo que haga un guerrero. No me casaré con ningún hombre por deber.

—Te casarás conmigo por deber, Maigrey hija de Morcar. —Su voz ardía de ira.

—Puedes casarse, Stefan, pero no conmigo.

—Si concibes a mi hijo, —insistió—. Quiero que lleve mi nombre. Mi hijo sabrá de quién es la sangre que corre por sus venas.

El niño. Stefan quería casarse con ella por el niño. Aunque Maigrey apreciaba que él sintiera tal obligación hacia su vástago, sintió una aguda sensación de pérdida al ver que él no tenía un sentimiento tan intenso hacia ella.

—Stefan, estimo tu sentido del deber. Yo también le debo tal lealtad a la Piedra Refugio. Pero cuando se trata de matrimonio, quiero amor. Mi madre y mi padre se amaron profundamente. No me conformaré con un matrimonio que ofrezca menos de lo que ellos tuvieron. —Hizo una pausa—. Me honra que desees hacer lo que consideras respetable, pero no deseo casarme contigo. Cuando decida que ha llegado el momento de casarme, encontraré mi propio marido.

El rostro de Stefan se dibujó en líneas duras e implacables. Sus ojos se volvieron agudos.

—Si estás embarazada, Magrey, te casarás conmigo.

Aunque temblaba por dentro, Maigrey se inclinó sobre el baúl y buscó una vez más una túnica que ponerse. Stefan le importaba de verdad y consideraría la posibilidad de convertirse en su esposa si él sentía alguna ternura por ella. Y a veces ella sentía que él sí sentía cariño por ella. Pero él siempre volvía a ser el duro y frío guerrero de las Tierras del Norte.

Stefan estaba aquí, en las Tierras Altas, por una razón: venganza. Se había apareado con ella por una razón, la lujuria. Ninguno de los dos auguraba una relación permanente entre ellos. La lealtad de Maigrey estaba con Thornsgate; la de Stefan, con la gente de las Tierras del Norte.

Sacó una túnica y se enderezó.

—Stefan, ¿has decidido lo que vas a hacer con Farlan?

—No hay necesidad de apresurar una decisión, —respondió—. Le he prometido a Lachlann tiempo para investigar su reclamación.

La desesperación recorrió a Maigrey. Había que darse prisa. El tiempo se acababa para Gienmuir. Para Rob. Para Morcar. Había explicado, había suplicado, pero no podía convencer a nadie de la gravedad de la situación de su reino.

—Stefan, por favor, escúcheme. Mi padre... el reino... el claustro, todo ello está en grave peligro. Seguramente, a la luz de lo que ocurrió anoche, te das cuenta de esto. Si deseas expiar el haberme quitado mi inocencia, escóltame de vuelta a Thornsgate.

—Ya te dije una vez, Maigrey, que no deseo verme envuelto en problemas locales. Cuando llegue el momento de marcharme, pienso hacerlo sin trabas.

—Pero ibas a casarte conmigo.

—Sí, como mi esposa, regresarías a las Tierras del Norte conmigo.

—Entonces me alegro doblemente de no casarme contigo, sire, pues no tengo intención de abandonar las Tierras Altas. Regresaré a Thornsgate. —Dejando caer la túnica en el baúl, comenzó a buscar de nuevo—. Sé que no puedo efectuar muchos cambios por mí misma, pero haré todo lo que pueda.

—No, Maigrey, no te irás, —dijo Stefan en voz peligrosamente baja—. No sin mi permiso.

—No necesito tu permiso. —Ella sacó una hermosa túnica verde—. Llevo el tatuaje sagrado. Soy libre de viajar por estas tierras sin trabas ni molestias. —Sostuvo la prenda sobre sus hombros—. ¿Cómo le queda, Stefan?

—Hermoso.

—Por favor, —dijo ella, —¿por qué no me proporcionas una escolta hasta Thornsgate? Si es un premio lo que quieres, haré que merezca la pena.

—Maigrey, tanto si vamos a Thornsgate como si nos quedamos aquí en el norte de Escocia, tú harás que merezca la pena. —Sonrió perezosamente—. Además, tengo el broche de Piedra Lidia, la llave de las riquezas del claustro. Sospecho que lo que me ofrezcas... en forma de objetos de valor material... palidecería en comparación con los tesoros del santuario.

La aprensión de Maigrey se convirtió en un miedo que le oprimió el corazón.

—Ese es un sagrado tesoro, Stefan. Los dioses te maldecirían si lo tocaras.

—No creo en tus dioses. Pero... pensaré en tu regreso a Thornsgate,

Tocó el amuleto que colgaba de su cuello.

—Tal vez reflexione seriamente sobre el asunto.

Maigrey abrió la boca.

Stefan levantó la mano.

—No hablemos más de este tema. Es hora de que nos bañemos para poder cenar en el Gran Salón.

Maigrey Asintió con la cabeza.

Miró la enorme bañera. Era lo bastante grande para que cupieran los dos. Bañarse juntos sugería una intimidad que estimulaba e inquietaba a la vez a Maigrey.

De repente, las dudas sobre su relación con Stefan la acosaron. Al entregarse a él, le había permitido entrar en su alma, en su ser. No podía permitir que volviera a ocurrir, porque estaba claro que él no sentía lo mismo por ella.

—Puedes darte un baño completo aquí —anunció ella—. Yo me bañaré con el agua de la palangana en la cámara de dormir.

—No, Maigrey, sé lo mucho que te molesta tener que bañarte solo con el agua de la palangana cuando viajamos. Ahora que puedes tomar un baño completo, no debería robarte el placer.

Al ver un brillo decidido en sus ojos, Maigrey retrocedió. Él extendió la mano hacia ella y se acercó.

—¿Nos desnudamos mutuamente?

Maigrey negó con la cabeza.

—¿Te estás volviendo tímida? —Ella le miró—. Anoche no lo eras.

Su apareamiento había parecido correcto entonces. Ahora parecía incorrecto.

—Stefan, seguro que comprendes que ya no soy tu esclava. Ya no te pertenezco.

—Pero lo haces, —respondió suavemente.

—Pero la reina madre confirmó que soy un bardo de la Piedra del Refugio.

—Sí, lo hizo. Pero es lógico que si eres una proscrita, te hayan despojado de tu vestimenta y título

—No, —susurró ella, sacudiendo la cabeza.

—Hasta que resolvamos el asunto, me perteneces.

—Stefan, ¿seguro que no lo dices en serio?

—Sí lo hago. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia él—. Ahora, ¿te vas a desnudar tú misma o lo hago yo por ti?

Se miraron fijamente.

—De una forma u otra, Maigrey, te bañarás.

Maigrey deslizó su mano fuera de su agarre, y con un aplomo que estaba lejos de sentir, comenzó a despegarse su ropa y dejarla caer a sus pies. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Stefan la observaba con los ojos entrecerrados. Maigrey seguía fingiendo indiferencia, pero le temblaban las manos. No podía creer que él la estuviera tratando una vez más como a una pieza de su propiedad... o que se sintiera emocionada y excitada ante la sola idea de tal intimidad con él.

Stefan no empezó a desvestirse hasta que ella estuvo desnuda ante él. Tan descaradamente como la había mirado a ella, Maigrey lo miró a él. Le observó desabrocharse la tapeta de los hombros de la camisa y luego tirársela por encima de la cabeza. Se desabrochó la faja, dejándola caer a sus pies. Sus pantalones y polainas se deslizaron por sus caderas para revelar toda su masculinidad.

Desnudo, caminó hacia ella, la estrechó entre sus brazos y se metió en la bañera.

Lentamente la puso sobre sus pies y luego la arrastró hacia el agua con él. Abrió las piernas y la introdujo entre ellas, de espaldas a su pecho.

—Te dije anoche que acabábamos de empezar nuestro viaje. Ahora me gustaría lavarte el pelo.

Extendiendo la mano por encima del borde de la bañera, cogió un puñado de jabón suave de un plato que había en el suelo y lo frotó entre las palmas. Le enjabonó el pelo, limpiándolo y masajeando el cuero cabelludo, amasando la tensión de su cuello y hombros. Sumida en un hermoso olvido, dejó que los dedos de él la llevaran cada vez más lejos de la realidad.

Se deslizó bajo el agua tibia, sintiendo el suave chapoteo contra su piel. Vagamente fue consciente de que él levantaba el cazo de calabaza y lo utilizaba para enjuagarse la espuma del pelo, evitando que le entrara en los ojos. Sintió que él le echaba algo en el pelo; inhaló la dulce fragancia de las hierbas.

Luego volvió a masajearle el cuero cabelludo. Una vez más la enjuagó. Con los dedos extendidos, peinó los enredos.

—Ahora a bañarte.

—Um… hum. —Estaba demasiado relajada para preocuparse.

Él se movió para sentarse frente a ella. Ella le miró fijamente a los ojos, que ahora eran de un azul intenso y profundo, más oscuro porque el fuego parpadeaba a su espalda. Empezó a lavarle la cara, con cuidado de que la espuma no le llegara a los ojos. Le tocó ligeramente las mejillas, la frente, la barbilla. Pasó la mano por su cuello arqueado, le limpió las orejas, metiendo los dedos en cada rincón y alrededor de cada curva.

Poco a poco su cálido letargo se disipó, sustituido por una ardiente necesidad.

Cogió la pequeña toallita y descendió lentamente sobre sus pechos húmedos y suaves, cada caricia encendiendo un nuevo fuego de excitación en su cuerpo hasta que estuvo en llamas por todas partes. Dejó caer el paño en el agua, luego vertió un líquido ámbar en sus palmas y extendió la loción sobre sus pechos, su tacto una caricia sedosa que Maigrey apenas podía soportar. Sus dedos hicieron rodar sus pezones; sus manos se deslizaron por debajo y por encima de sus pechos.

Se levantó, tirando de ella para ponerla en pie. Sus manos se deslizaron sobre sus hombros, bajando por la hendidura de su espalda hasta sus caderas. Con suavidad, aplicó la loción sobre el suave ensanchamiento de sus caderas. Cuando su dedo tocó tentativamente su punto más sensible, ella gimió suavemente.

—Sí, mi gatita, maúlla —dijo él—. Hazme saber cuánto te gusta.

Sus manos se deslizaron hasta su estómago, y luego bajaron hasta el triángulo rojizo entre sus muslos. Ella se balanceó hacia él.

Él sonrió.

—Sí, mi pequeña bardo, es hora de enjuagarte. —Su voz era gruesa. Cogió el cazo y lo llenó de agua. Una y otra vez vertió el agua sobre ella, dejando que cayera en cascada por su cuerpo.

Cuando su piel brilló limpia en el apagado resplandor del fuego, cuando la fragancia de la loción de hierbas llenó sus fosas nasales, Stefan dejó caer el cazo al suelo. La miró fijamente a los ojos vidriosos por la pasión. Es hora de secarte.

Su lengua lamió suavemente las gotas de agua de cada seno. Los suaves gemidos de Maigrey se convirtieron en un ronco gemido. Su boca se cerró en torno a uno de los endurecidos pezones y succionó suavemente. Ella se estremeció cuando sintió sus dedos acariciando el interior de sus muslos. Subieron más y más, buscando su interior. Despertaron su hambre, recordándole la pasión que habían compartido la noche anterior. Débil por el deseo, se agarró a sus hombros en busca de apoyo.

Él se apartó y salió de la bañera. Ella le siguió. Cogió un paño grande y empezó a secarla. Cuando terminó, le entregó el paño.

—Sécame ahora.

Le estaba exigiendo que se entregara más a él, a este hombre que se iría en breve. Ella no

podía permitir que él hiciera más incursiones en su corazón.

—Quiero que me toques como yo te he tocado a ti, —le pidió él.

Maigrey cogió el paño, no porque fuera su esclava y él ordenara, sino porque era una mujer llena de deseo que ansiaba compartirlo con él. Agarrando el paño con ambas manos, empezó a secarle los brazos. Su respiración se volvió superficial; le dolía el pecho; su corazón latía frenéticamente. Cerró los ojos.

—No, Maigrey, mírame.

Él le dio unos golpecitos en la barbilla, levantándole la cara. Ella abrió los ojos. Apartando la vista de su oscura y sombría mirada, frotó la suave tela sobre su cuerpo bronceado. Con delicadeza, acarició la humedad de sus hombros y pecho, bajando por su estómago, contemplando las cicatrices que decoraban su cuerpo.

Tocó con los labios una cicatriz de su hombro.

—Te hirieron gravemente.

—Sí.

Le secó la espalda, las nalgas y luego se arrodilló para secarle las piernas. Antes de que ella tocara sus tobillos, él la agarró de los brazos y la levantó.

—¿Qué tal si continúas por el pecho y el estómago?

Con la respiración cada vez más agitada, ella se movió hasta colocarse frente a él y le pasó la tela por el pecho. Sus pezones se endurecieron, y él atrapó y sujetó las manos de ella contra sí. Mientras se perdía en su ardiente mirada azul, sintió el subir y bajar de su pecho, los latidos de su corazón. Colocando sus manos sobre las de ella, las empujó por su vientre hasta la unión de sus muslos.

—Sécame, —susurró.

Ella bajó la cabeza y le secó suavemente, sintiendo una sensación de asombro cuando él crecía bajo su tacto. Dejó caer el paño y le tocó con suaves y delicadas caricias, sintiendo de nuevo la maravilla del cuerpo masculino, la maravilla del cuerpo de Stefan. Sintió que la vida latía fuerte y vibrante en él. Con ternura, ella ahuecó los hinchados sacos que albergaban la semilla de la vida.

El enorme guerrero tembló bajo su tacto, y ella experimentó algo nuevo y estimulante. Miró aquellos ojos vidriosos de pasión.

—¿Te gusta esto, Stefan?

—Sí, —murmuró él, con voz gruesa. Se inclinó, la levantó y la llevó a la cámara de dormir —. Eso me gusta, Maigrey, pero también quiero más.

—Sí, Stefan, yo también estoy lista para más.

Por segunda vez, Stefan la tomó. No tenía prisa. Sus manos y sus labios- le hablaban de sus necesidades y deseos, y del placer al tocarla y amarla. Se entregó sin miramientos, siendo una experiencia nueva para él. Aparearse con ella era diferente de lo que había compartido con otras mujeres. Era más suave, más gentil. Tenía un verdadero significado. Antes, había tomado, Ahora su máximo pensamiento era dar de sí mismo como nunca antes lo había hecho.

El cuerpo de Maigrey se tensó al alcanzar la cima de la plenitud. En ese momento de gozo explosivo, cuando los amantes se convierten en uno, ella separó sus labios de los de él y jadeó de placer, luego gimió suavemente. Su cuerpo se estremeció. Sus brazos se apretaron en torno a él. Volvió la cara hacia su pecho, sus dientes mordieron suavemente su carne acalorada, sus dedos se clavaron en sus hombros. Sintió las gotas de humedad que se formaban en la piel caliente de Stefan y frotó la mejilla contra su pecho, sus lágrimas de alegría mezclándose con su transpiración.

Stefan se incorporó y la miró preocupado. Con un pulgar le secó suavemente las lágrimas.

—¿Te he hecho daño?

Era la segunda vez que le hacía esa pregunta, y la respuesta era la misma. Sí, me has hecho daño, Stefan Vaderfjord. Pensaste en maniatarme con un par de plata y marcarme como tu esclava. Pero, en verdad, he permitido que me marques con tu tacto y tu pasión. Quiero ser poseída por ti. No, Stefan Vaderfjord, quiero ser amada por ti. Ella suspiró y le pasó las palmas de las manos por el pecho.

—Nunca supe que pudiera existir tanto placer entre un hombre y una mujer. —Ella rio débilmente—. Si lo hubiera sabido, tal vez no habría esperado tanto para probarlo.

—Por tu bien, Maigrey, —dijo Stefan—, me alegro de que lo hicieras.

—¿Por mi bien?

—Sí. Es mejor cuando una mujer tiene un buen amante que le enseñe los caminos del apareamiento. Entonces aprende que el apareamiento es un placer, no una monotonía que hay que soportar.

Maigrey rio entre dientes.

—Eres muy arrogante, Stefan, pero dices la verdad. Me has enseñado bien los caminos del apareamiento. He encontrado en la carnalidad un placer tan grande que no quiero volver a estar sin ella.

—¡Margrey! —La voz de Stefan se había endurecido—. Me gusta tu descaro, pero mientras me pertenezcas, eres mi mujer y no te acostarás con ningún otro hombre.

—Ah, Stefan, con toda seguridad no hablo de dormir. Hablo de placer carnal.

Stefan la miró solemnemente antes de decir:

—Siendo así, Maigrey, tendré que asegurarme de satisfacer todas tus necesidades.

Rodó sobre su costado, abrazándola con fuerza. Él le apartó el espeso pelo rojizo de las sienes y le cubrió la cara con suaves y rápidas caricias.

—Eres tan dulce, mi pequeña bardo.

—Y tú ,Stefan, eres maravillosamente masculino.

Pasó ligeramente los dedos por la cara interna de su muslo para tocarlo, para sentirlo una vez más responder a sus caricias.

—Y duro... otra vez.

Él se rio entre dientes.

—¿Sabes lo que pides?

—Sí.

—Creo que nunca tendré suficiente de ti.

Riendo suavemente, Stefan capturó su confesión con un beso.



—Sire Lang, —llamó Einar desde delante del pabellón de Lang—. Tiene una visita.

Lang se levantó de la silla y atravesó la tienda. Abriendo la solapa, miró a la mujer que estaba de pie junto al jefe de su hijo. Reconoció a la reina Muireal. Se sorprendió pero se alegró de verla.

—Mi señora, ¿qué la trae por aquí?

—Sé que mi presencia va contra la costumbre, sire, —dijo ella—, pero necesito hablar con usted.

—Por favor, pase, mi señora, —Lang la guió al interior de la tienda.

—Gracias, Einar, —dijo por encima del hombro—. Acompañaré a la dama a casa.

—Sí, sire.

—¿Quiere sentarse, mi señora? —Lang dirigió su mano hacia la pequeña silla.

Muireall se volvió, el susurro de su manto suave y seductor. Con ambas manos se apartó la capucha de la cabeza.

—Estoy asustada, sire.

—Sí, mi señora.

Las lágrimas humedecieron sus ojos. Incapaz de contenerse, Lang la atrajo hacia sus brazos. La abrazó con fuerza, saboreando la dulce calidez y suavidad de su cuerpo. Había soñado con esta mujer, con abrazarla así. Se sentía maravilloso y correcto. Aspiró su fragancia herbal.

Ella acurrucó la mejilla contra su pecho. Él apoyó la barbilla sobre la cabeza de ella.

—Me siento tan sola, —susurró ella.

—Lo sé, mi señora.

—Necesitaba... hablar.

Ella se separó de él y le miró a la cara.

—No —susurró—, no quieres hablar.

Ella se humedeció los labios.

—Tiene razón, sire.

—Yo tampoco.

Se sintió como un hombre joven, fuerte y potente, con la necesidad de unirse a ella.

—No deberías estar aquí, —dijo.

—En cierto modo tienes razón, —murmuró Muireall—. Mi marido, Fergus, lleva muerto sólo un poco tiempo, y lloro su muerte. —De nuevo levantó su rostro hacia el de él—. Extrañamente, siento que estar contigo es donde debería estar, donde debería haber estado durante los últimos treinta inviernos.

—A mí me ocurre lo mismo, —aseguró Lang—. Yo también lloré la pérdida de mi esposa. Era una buena mujer y la quería.

Muireall asintió.

—Yo amaba a Fergus, sire. Fue un buen marido para mí, y le echaré de menos. Pero nunca tocó ese punto secreto de mi corazón que había entregado a mi enemigo hacía mucho tiempo.

—Señora, no puedo tenerla a mi alrededor sin que tenga pensamientos íntimos, —Lang cogió suavemente a Muireall por los hombros y la apartó de él—. La acompañaré a su cabaña.

—No quiero estar sola. —Muireall se desabrochó el broche y se quitó el manto de los hombros. Flotó en el aire y luego aterrizó enredado a sus pies.

—Si se queda, señora, ¿sabe lo que ocurrirá?

—Sí. —Ella se apartó de modo que el fuego quedara a su espalda. Su túnica fluía suelta por sus hombros. La luz del fuego se reflejaba a través de ella para delinear su cuerpo desnudo.

—Si nos unimos, señora, —su voz era gruesa— será para el resto de nuestras vidas.

—No lo querría de otro modo, sire.

Capítulo 18

El Gran Salón bullía de jolgorio. Todos habían comido de la suculenta comida hasta hartarse, y aun así la cerveza, el hidromiel y el vino fluían libremente.

Temporalmente, Maigrey había dejado de lado sus preocupaciones y disfrutaba de las festividades. Le había gustado especialmente ver a Stefan y Einar luchar a ciegas con espadas. Se maravillaba de la destreza y precisión de su amante, de su capacidad de concentración y de utilizar sus otros sentidos.

—Ahora, —anunció Lachlann—, tenemos una sorpresa. Lady Maigrey es juglar del claustro, además de maestra de la espada.

Maigrey miró a Stefan sorprendida. Éste sonrió.

Inclinándose, susurró:

—Lang y Lachlann maquinaban mientras yo dormía, mi pequeño juglar. Yo maquinaba mientras tú comías.

—Lady Maigrey —llamó Lachlann—, ¿nos hará una demostración con sus dagas?

—Sí, sire Lachlann, pero debo enviar a…

Un muchacho se precipitó por el pasillo, tendiendo la bolsa de cuero de las dagas de Maigrey.

—Aquí están, sire Stefan.

—Buen muchacho, —Stefan le dio al muchacho una pieza de oro—. Entrégaselas a la dama. —Levantándose, Maigrey cogió su bolsa y se lo ajustó a la cintura, en medio del estruendo de vítores y aplausos.

Levantó las manos para pedir silencio.

—Lord Lachlann, —lo llamó—, ¿se pondrá aquí delante de mí?

—Tal vez, señora, —contestó Lachlann—, esto es algo que debería permitir hacer a mi jefe.

—No, sire, —replicó Maigrey—. Formará parte de mi demostración.

Lachlann parecía desconcertado, pero se dirigió hacia donde ella señalaba.

Maigrey desabrochó la solapa de la bolsa, sacó cuatro dagas y las sostuvo en la mano. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces.

Al abrir los ojos, dijo:

—No mueva el pie.

Antes de que Lachlann pudiera responder, ella hizo girar la primera daga, que aterrizó con la empuñadura hacia arriba en el extremo de su bota. Murmurando sus alabanzas, la gente torció el cuello para ver. Dos, tres y luego cuatro de las dagas perfilaban la mitad delantera de la bota de Lachlann.

Lachlann extrajo las dagas del suelo entarimado y confirmó que ella no había dañado su bota.

—Ave, mi señora, —dijo Lachlann—, sí que es hábil. No ha dañado el cuero en absoluto.

—Gracias, sire.

—Yo puedo hacerlo, —gritó uno de los guerreros—, y no se me considera un maestro de la espada.

—Entonces venga a hacerlo, sire, —gritó Maigrey.

El hombre se puso en pie y se tambaleó.

Riéndose, Lachlann dijo:

—Siéntate, hombre. Nadie va a dejar que le lances dagas.

Siguieron más risas.

—Hagamos esto más interesante, milady, —gritó otro—. Algo sobre lo que podamos hacer apuestas.

—¿Interesante? —preguntó Maigrey.

—¿Puede delinear el cuerpo de una persona?

—Sí.

—Sin hacerle daño, —Siguieron unas carcajadas estridentes.

—Sí.

—Hágalo.

—Acérquese, —llamó Maigrey al hombre—, y colóquese contra la pared con los brazos y las piernas bien abiertos. Delinearé todo su cuerpo con las dagas.

—No.

—Entonces, sire, no exija para los demás lo que no está dispuesto a hacer usted mismo. —Dio un paso hacia su silla.

Stefan se levantó.

—Me ofrezco voluntario, mi señora.

—No, sire, —susurró ella—. No tengo intención de…

—Pero la tendrá, señora, —Él le sonrió tranquilizadoramente.

—Necesito que esté atado a la pared por las muñecas y los tobillos, con los brazos y las piernas estirados.

—No hace falta que me ate.

—Preferiría que estuviera atado, —insistió ella—. No quiero correr el riesgo de que se acobarde si la hoja se acerca demasiado.

—No lo haré, —le aseguró Stefan—, y no me atarán.

Se acercó a la pared y apoyó la espalda contra ella, abriendo los brazos y las piernas.

—Stefan, —susurró Maigrey—, preferiría que….

—No, Maigrey, no me atarás. Procede.

Maigrey se limpió las palmas de las manos en la túnica y luego sacó sus dagas de la bolsa. Siguió el ritual de cerrar los ojos y respirar profundamente, de calmarse y concentrarse en lo que tenía que hacer.

Abrió los ojos y miró a Stefan. Con la hoja en equilibrio entre los dedos, echó el brazo hacia atrás y dejó volar la daga. Golpeó la pared por encima de su cabeza. Otra zumbó en el aire, retumbando cuando entró en la pared.

Y otra. Otra. Y otra más.

Cuando estaba preparada para lanzar la última daga, que caería bajo la entrepierna de Stefan, un vigilante gritó desde la puerta.

—¡Se acercan jinetes! —La gente miró hacia la puerta. Los pies se arrastraron. Se alzaron voces.

Maigrey bajó el brazo y aspiró el aire que necesitaba en los pulmones. Vio que Stefan no se había movido. Sonrió y asintió. Maigrey se secó el sudor de la frente y volvió a adoptar su postura. Marcó su punto, deseó que la hoja aterrizara allí y la dejó volar de sus dedos. Cerró los ojos y oyó el ruido sordo al hundirse en la madera.

—No hay daños, mi señora, —gritó Stefan, alejándose de la pared y agitando la mano sobre el contorno de su cuerpo marcado con las dagas.

Todos estallaron en vítores.

Stefan cogió a Maigrey por la cintura y la hizo girar. Apoyando sus manos en los hombros de él, ella le miró a la cara. Estaba muy contenta.

Ayer había sentido envidia cuando Lachlann se lo había hecho a Astrid. Ahora Stefan se lo estaba haciendo a ella.

La bajó lentamente, dejándola deslizarse por su cuerpo. Cuando sus labios se posaron sobre los de ella, dijo:

—Maigrey, no recuerdo haber pasado más miedo.

La risa de Maigrey se convirtió en la esencia de su beso.

Habían vuelto a sus lugares en la mesa alta cuando dos hombres entraron en el salón. Uno de ellos era joven y vestía como el boyero; el otro era anciano. Su ropa estaba sucia y hecha jirones, su pelo blanco enmarañado.

—¡Kinner! —exclamó Maigrey. Corrió por el pasillo—. ¡Sacerdote Guardián Kinner!

—Maigrey, hija de Morcar. —Él la atrapó en un feroz abrazo—. Gracias a los dioses, escapaste. Pensábamos que Farlan te había hecho prisionera.

—Gracias a los dioses que estáis aquí.

—Sí, escapé, al igual que Rob y tu padre.

—¡Tanto Rob como padre! —gritó Maigrey. Entonces sintió a Stefan detrás de ella, su brazo alrededor de su hombro. Giró para ver a más guerreros trayendo a un segundo hombre en una camilla.

—¡Padre! —gritó.

Dejaron la camilla frente al estrado del rey.

—Maigrey... —Morcar intentó levantar la cabeza pero no pudo.

—¡Morcar! —Cayó de rodillas.

Stefan se arrodilló junto a ella. La cara de Morcar estaba hinchada y descolorida por los moratones; grandes cortes le atravesaban la frente y le bajaban por una mejilla. Maigrey quería abrazar a su padre, pero no se atrevía a tocarlo por miedo a hacerle daño. Las lágrimas corrían por su rostro.

—Te han torturado.

—Un poco.

—Soy galeno, sire, —dijo Stefan.

—Necesito uno. —El anciano intentó sonreír.

Stefan, examinando los cortes y magulladuras, tocó la mejilla de Morcar a lo largo de la mandíbula y giró suavemente la cabeza. Lachlann se arrodilló al otro lado.

—Farlan me dijo que te había capturado, hija mía. —Morcar le tocó la mejilla con la mano —. Te cortó el pelo.

—Sus hombres lo hicieron, —dijo ella.

Morcar tosió, el sonido profundo y áspero. Respiró varias veces, con el rostro contorsionado por el dolor.

—¿Dónde está Rob? —preguntó Maigrey.

—Está bien, —aseguró Morcar—. Ahora llévame ante el gran rey.

—Estoy aquí, sire. —Morcar miró a Lachlann a la cara—. Eres un alto rey además de galeno.

—No, sire, —dijo Stefan desde el otro lado de la camilla—, yo soy el galeno. Soy Stefan Vaderfjord.

—¿El norteño?

Stefan asintió. Moviendo sólo los ojos, Morcar miró a Stefan, luego a Lachlann. Contempló de nuevo a cada uno.

—Gemelos, —murmuró—, Idénticos.

—Sí, —respondió Stefan.

—La noche y el día, —murmuró Morcar.

Stefan desenvainó su daga y cortó la túnica de Morcar. Maigrey jadeó cuando vio las

heridas que le habían infligido. Su pecho y su abdomen estaban oscuramente magullados e hinchados. Stefan apoyó la oreja contra el pecho del anciano. Morcar tosió y se tensó con un espasmo de dolor.

—Está gravemente enfermo, —anunció Stefan, —Debes permanecer en la cama, donde puedas descansar y yo pueda tratarte mejor—, el pecho de Morcar subía y bajaba rápidamente.

—Un momento. —Morcar empezó a toser, la carraspera tan profunda, que su cuerpo se convulsionó y su cara se retorció. Enredó sus largos y huesudos dedos alrededor de la muñeca de Lachlann.

—Kinner... díselo.

—Hombres Gordon, —gritó Stefan a los guerreros que habían traído a los sacerdotes a la habitación—, llevad a este hombre a la cabaña de invitados donde me hospedo.

—No, todavía no, —ordenó Morcar, su voz sonaba más fuerte—. ¡Kinner!

—¿No puede esperar, Morcar? —preguntó el sacerdote guardián.

—No.

Astrid puso un vaso de vino en las manos de Kinner.

—Gracias, —murmuró, y dio varios tragos. Colocando el vaso en la mesa más cercana, Kinner dijo—: El reino de Thornsgate está gobernado por un gobernante provisional llamado Farlan. Hace seis días, cuando nuestro reino fue atacado por asaltantes del mar y nuestro rey fue asesinado, Farlan y sus guerreros cabalgaron hasta el pueblo y expulsaron a los asaltantes al mar. Al menos, eso es lo que pensábamos cuando el Alto Consejo nombró a Farlan nuestro rey provisional hasta que se encontrara un heredero de sangre.

>>Desde entonces nos hemos enterado de que Farlan es un usurpador. Contrató a salteadores para atacar nuestro pueblo, matar a nuestro rey y a toda su familia y dejar a Thornsgate sin heredero para el Alto Asiento. Pero Farlan no planeó esto solo. Un sacerdote del claustro nos traicionó.

Kinner bebió otro trago de vino.

—Varias temporadas atrás, el rey Ido había roto los esponsales de Maigrey y había casado al guerrero con su propia hija. En un arrebato de ira, Maigrey juró vengarse. Maldijo a Ido y a toda su familia. Cuando el sacerdote traidor se enteró de que Maigrey y los juglares del claustro con los que viajaba habían visto y hablado con hombres del norte, le contó a Farlan la promesa de venganza de Maigrey. Farlan fue al Alto Consejo con la historia de que Maigrey había conspirado con los asaltantes del mar. Les dijo que ella les había prometido las riquezas del claustro y el Alto Asiento de Thornsgate si mataban al rey y a su familia.

Mientras Maigrey escuchaba al sacerdote guardián relatar la secuencia de los hechos, dio a su padre un trago de agua.

—El sacerdote traidor, sin embargo, no contempló qué acciones tomarían Šholto y Maigrey. Cuando Maigrey supo que había sido proscrita por traidora, huyó de Glenmui. Farlan tenía que recuperarla. Necesitaba a la hija de Morcar si quería encontrar la Cámara Secreta donde se guardan las riquezas del claustro. Pero Maigrey fue rescatada por un norteño llamado Stefan Vaderfjord y ahora está a salvo, al igual que Morcar y yo.

—¿Cómo escapasteis mi padre y tú? —preguntó Maigrey.

—El Alto Consejo exigió a Farlan que retirara a sus guardias del claustro. Lo hicieron, pero encerraron a Morcar solo en una de las cavernas exteriores del santuario. De hecho, nos mantuvieron a todos en residencias individuales y no nos permitieron visitarnos.

—Temían vuestra comunicación silenciosa, —dijo Maigrey.

—Sí, —respondió Kinner—. Pero una noche Farlan se frustró y torturó a Morcar. Farlan subestimó a su enemigo. Morcar habría muerto antes de traicionar a los dioses diciendo dónde estaba el tesoro.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Maigrey mientras miraba el cuerpo golpeado de su padre.

—La noche después de que Morcar fuera golpeado, Farlan temió que se estuviera muriendo. Hizo que lo llevaran al Gran Salón y por primera vez nos permitió estar juntos. En lenguaje de signos, Morcar me dijo que le dolía, pero que estaba plenamente consciente. Había planeado nuestra huida. Sabiendo lo débil y lisiado que estaba, intenté convencerle de que no lo hiciera, pero Morcar estaba decidido. Aquella noche, en cuanto oscureció, dominé a nuestro guardia. Morcar y yo nos escabullimos por la entrada trasera de la Gran Casa. Encontramos a Blar en el bosque detrás del claustro. Afirmó haber escapado, pero no quiso venir con nosotros. Nos dijo que sería de más ayuda si permanecía allí. Le hicimos saber adónde íbamos y qué ruta seguíamos.

—¿Blar? —preguntó Maigrey. ¿Crees que fue él quien os traicionó?

Kinner asintió.

—Farlan conocía todos los movimientos que se hacían en el claustro, excepto los que Morcar se guardaba para sí. Sólo Blar podría haberle dicho a Farlan la ruta que seguíamos Morcar y yo cuando escapamos del claustro. Cuando llegamos a la frontera del norte de Escocia, Morcar y yo nos dimos cuenta de que nos seguían. Aunque sabíamos que eso nos retrasaría un día, cambiamos de ruta. Dimos gracias cuando dimos con una granja y los pastores nos trajeron aquí.

Kinner se llevó una mano a la frente.

—Hemos viajado mucho, parando para descansar y comer con la menor frecuencia posible. Estoy cansado y debo sentarme. —Malcoln le acercó una silla y el viejo sacerdote se hundió en los cojines—. Farlan aún tiene encarcelados a los miembros del Alto Consejo y ha lanzado un ultimátum. Para el decimoctavo día de su reinado, si nadie se ha presentado para mostrarle la ubicación de la Cámara Secreta, ejecutará a un miembro del Alto Consejo cada día, empezando por Conn. Tenemos doce días para salvar la vida de estos hombres, —dijo Kinner.

—Ayúdame a levantarme, —ordenó Morcar.

Rodeando con sus brazos al sacerdote, Stefan hizo palanca para que se sentara.

—Quiero ponerme de pie.

—Sire, —dijo Stefan—, está demasiado débil.

—Debo ponerme de pie.

Suavemente, Stefan ayudó a Morcar a ponerse en pie. Aunque tenía el pelo enmarañado y

la ropa sucia y harapienta, Morcar enderezó la espalda. Con ojos penetrantes, recorrió la sala con la mirada.

—El usurpador y el sacerdote traidor creen que han matado al rey y a todos sus herederos al Alto Trono, —dijo Morcar—, pero se equivocan. Sólo yo conozco la identidad del heredero legítimo. Ella está aquí en esta habitación, a salvo de Farlan. Ella es Maigrey, mi hija adoptiva.

Kinner dejó caer la copa de vino que sostenía. Maigrey palideció.

—No, padre, no puede ser.

—Ave, es verdad. Hasta este momento era mi secreto. Cuando la familia de Ido ‘ s estaba viva, no era necesario que te lo dijera, —dijo Morcar. —Pero ahora, Maigrey, eres la heredera del Alto Asiento de Thornsgate.

Aturdida, Maigrey escuchó mientras su padre empezaba a recitar su genealogía, remontándola a la realeza. Cuando Morcar terminó, dijo:

—Kinner, ¿eres testigo de esta genealogía?

—Sí. —Sacudió la cabeza—. Todo este tiempo, Morcar, y no se lo has dicho a nadie.

—No, —respondió el sumo sacerdote—, he sospechado todo este tiempo que alguien del claustro nos estaba traicionando. No se lo dije a nadie, ni siquiera a Maigrey, porque temía lo peor para ella. Mi secreto era su protección. Confieso ahora porque es el momento, porque aquí en el norte de Escocia Maigrey puede reunir un ejército que luchará por ella, —Morcar extendió la mano—. Maigrey, ponte a mi lado.

Maigrey, aturdida se levantó y se acercó a su padre, sin atreverse a mirar a nadie o a decir algo.

—Yo, Morcar, sumo sacerdote y el Anciano de las Noches y Días del Santuario de Piedra del Refugio, en este día ante toda esta gente proclamo que Maigrey hija de Morcar, por su linaje de sangre, es la legítima heredera del Alto Asiento de Thornsgate. ¿Queda esto atestiguado? — Los guerreros golpearon sus espadas contra sus escudos; otros dieron palmadas sobre las mesas.

—Alto rey Lachlann, —dijo Morcar—. Le pido que conceda santuario formal a Maigrey, la reina de Thornsgate. También, sire, le pido que la ayude a establecer su legítimo gobierno.

Lachlannn se inclinó ante Maigrey.

—Esta noche, Maigrey hija de Morcar, te reconozco como reina de Thornsgate y me comprometo a ayudarte a reclamar tu legítimo Alto Asiento.

—Ahora, Sumo Sacerdote, —dijo Stefan—, Le llevaré a la cabaña, donde podrás descansar.

Una sonrisa tocó el rostro demacrado de Morcar.

—Ya estoy listo.



La cabaña estaba brillantemente iluminada con antorchas y lámparas encendidas: Dos calderos, llenos de agua hirviendo, colgaban sobre el fuego central. Stefan dispuso su parafernalia médica; Veld le ayudó.

Maigrey se arrodilló junto a la cama y lloró. Sintió que algo frío y húmedo le acariciaba la mano. Miró hacia abajo y vio a Ulf tumbado boca abajo. Gimoteó suavemente y le lamió la mano.

—¿Dónde has estado? —le preguntó, sorprendida de que le prestara atención.

Él la miró con ojos azules plateados, y ella podría haber jurado que le estaba sonriendo.

—Stefan, —dijo ella—, ¿sabías que UIf ha vuelto?

Él la miró y comentó distraídamente:

—Bien. He estado preocupado por él. —Luego volvió a centrar su atención en las hierbas.

—Maigrey. —Los párpados de Morcar se alzaron, y con ojos vidriosos por el dolor la miró fijamente a la cara—. Farlan no debe encontrarte.

—Estoy a salvo aquí, —le aseguró ella.

—No.

—No me hará daño, padre mío. El Alto Rey Lachlannn me ha dado santuario.

—Sí, —afirmó Morcar—. pero no será suficiente. Farlan es un hombre malvado, Maigrey, y te dañará de la forma que menos esperas—. Cuando un rayo de dolor le atravesó el pecho y la espalda, gimió. Cuando amainó, dijo—: Ruego a los dioses que no sepa ya que eres la heredera —. Respiró hondo, contuvo el aliento y luego lo soltó con un suave gemido. —Sabe todo lo que ocurre en el claustro. Cuando se entere, Maigrey, te obligará a casarte con él... para tener derecho legal al Alto Asiento de Thornsgate. Una vez que des a luz a su hijo, te matará.

—Dime que se ha cometido un error. Dime que no soy la heredera del Alto Asiento. Estás haciendo esto para salvar a Thornsgate, ¿verdad, padre?

Morcar no contestó.

—Padre. —Maigrey le puso una mano en el brazo.

—Está inconsciente, —dijo Stefan.

Stefan extendió sus cuencos, viales, cestas y bolsas sobre la mesa junto a la cama. Él y Veld midieron, vertieron y mezclaron. UIf estaba tumbado en un rincón de la habitación, abriendo de vez en cuando un ojo para ver qué pasaba.

Pronto Stefan le había dado a Morcar una cucharada de un tónico de aspecto vil. Extendió un feo ungüento amarillo sobre el pecho y la espalda de Morcar, y luego lo envolvió holgadamente en vendas blancas. Horribles vapores llenaron la habitación.

—Si la podredumbre no lo mata, —dijo Maigrey, haciendo una mueca—, el olor lo hará.

—No, el vapor es curativo, —respondió Stefan. Puso la mano sobre la frente de Morcar—. Su cuerpo aún está caliente por la fiebre, pero ahora descansa mejor. Dormir le sentará bien.

Aún así, Stefan mezcló medicinas. Sonó un golpe.

—¡Sire Stefan! —Kinner gritó—. Maigrey.

—Ven, —llamó Maigrey.

La puerta se abrió. El sacerdote guardián llamó:

—Maigrey.

—Aquí dentro, —respondió ella.

La puerta se cerró, se oyeron pasos en la habitación contigua y Kinner entró en la cámara de dormir. Se había bañado, cambiado de ropa y peinado.

—¿Se recuperará?

—Es demasiado pronto para saberlo, —respondió Stefan—. Maigrey, por qué no os trasladáis a la sala principal. Terminaré aquí en breve, y quiero que Morcar descanse tranquilo.

—Por supuesto.

Kinner siguió a Maigrey a la otra habitación.

—Estoy tan aliviada de saber que tú, Rob y Morcar habéis escapado, —dijo ella—. He estado tan preocupada, Kinner. Ahora, si tan sólo Morcar mejorara.

—Lo hará.

—Han pasado tantas cosas, Kinner.

Él le acarició los hombros.

—Sí, hija mía, así es.

—No puedo creer que Blar sea un traidor.

—Ni tu padre ni yo podíamos, —aseguró Kinner—. Pero sólo Blar podría haberles dicho la ruta que recorreríamos.

—Por favor, dime que se ha cometido algún error y que no soy la heredera del Alto Asiento de Thornsgate. Morcar está diciendo una mentira para salvar a Thornsgate, ¿no es así?

—No, Maigrey, sabes que Morcar no lo diría si no fuera verdad. —Sacudiendo la cabeza con incredulidad, con el pelo rozándole las mejillas, preguntó—. ¿Por qué yo no lo sabía?

—Porque ninguno de nosotros lo sabía. Sólo tu padre, y él no sintió ninguna necesidad de confiar en nosotros. —Kinner sonaba amargado, pero luego se encogió de hombros—. Quizá fue lo mejor. Si lo hubiera revelado antes, el traidor habría informado a Farlan.

—Soy una bardo, —proclamó Maigrey, más para sí misma que para Kinner—, no la futura reina de Thornsgate.

—Tú, Maigrey, —dijo Kinner—, eres la reina de Thornsgate.

Ella miró y vio a Stefan apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Aunque la luz del fuego parpadeaba intensamente en la habitación, ella no podía ver con claridad los rasgos de Stefan. Su expresión era sombría.

Maigrey sintió que su mundo se desmoronaba bajo sus pies. Como si Stefan comprendiera lo que le estaba ocurriendo, se apartó de la puerta y caminó hacia ella, con los brazos extendidos. Ella corrió hacia ellos, y él la atrapó y la sostuvo. No la dejó caer.

—Oh, Stefan, —murmuró ella— no puede ser.

Stefan le pasó las manos por la espalda en caricias reconfortantes.

—Tranquilízate, querida, —dijo Kinner, con amabilidad—. No tenemos tiempo para histerias. Tenemos que…

—Sírvale un vaso de vino, —pidió Stefa—¿No ve que está en estado de shock?

La apartó con suavidad y la llevó de nuevo a la silla mientras Kinner se dirigía a la mesa de caballete. Cuando ella estaba sentada, Stefan cogió el vino que le entregó el sacerdote y le acercó la jarra a los labios.

—Bebe, —le ordenó.

Cuando ella se hubo serenado, le sonrió terntativamente.

—Gracias, —murmuró ella—. Estoy: bien ahora.

Él se levantó para colocarse detrás de ella, con las manos enroscadas en el respaldo de la silla. Ella respiró un poco más tranquila.

—Como dijo mi padre, Farlan querrá casarse conmigo para poder reclamar libremente Thornsgate. Eso, no lo permitiré. Si queremos salvar Glenmnuir, debo regresar y reclamar el Alto Asiento.

—Sí, como reina, —indicó Kinner.

Como reina, pensó Maigrey. Bebió otro sorbo de vino. Stefan había hablado ayer del extraviado sentido del humor de los dioses. Ella tenía que estar de acuerdo con él. Había crecido pensando que era una campesina; la habían adoptado en una familia rica y noble que la había elevado a la posición de dama.

Esta noche había aprendido que, desde el principio, ella había pertenecido a la realeza.

—¿Puedo reinar como reina sin consorte? —preguntó.

—Puedes sentarte como reina sin marido, —le explicó Kinner—, pero debes casarte y estar encinta en el plazo de un año y un día desde tu coronación. Si esto no ocurre, tendrás que abdicar el Alto Asiento en el siguiente heredero más cercano. Si no hay ninguno más cercano que tú, el Alto Consejo elegirá al próximo rey.

—Entonces no necesito preocuparme por un matrimonio inmediato y puedo concentrar mi atención en recuperar el Alto Asiento.

—Si bien es cierto que debes centrar tu atención inmediata en recuperar tu Alto Asiento, debes pensar en un futuro rey. Será una ventaja para ti tener un esposo que pueda fecundarte inmediatamente y que sea lo bastante fuerte para luchar contra Farlan y sus hombres. Hablaré del asunto con el Alto Rey Lachlann. Seguro que tiene un hombre así entre sus guerreros con el que puedes desposarte.

—No, Kinner, —dijo Maigrey.

—¿Por qué no? —preguntó el sacerdote guardián, con tono irritado—. Debemos resolver este asunto para poder regresar a Thornsgate. Los esponsales son tan vinculantes como el matrimonio. Tu prometido se verá obligada a luchar por tu reino. Si, después de recuperar tu reino, no deseas casarte con él, podemos romper honorablemente el compromiso.

Después de que lo utilicemos y ya no nos sirva de nada, pensó Maigrey.

—Gracias por su consejo, —dijo Maigrey—, pero la decisión es mía. Tendré que pensarlo.

Kinner parecía desconcertado.

—Muchacha...mi señora… —comenzó a decir Kinner.

—Sire, —dijo Stefan, de nuevo hablando con esa voz suave que Maigrey reconocía demasiado bien. Estaba sentado, con los codos apoyados en los brazos de la silla y la barbilla sobre las manos enlazadas—. Maigrey le ha dicho que debe reflexionar sobre el asunto. Dejémoslo así.

Kinner parecía sobresaltado.

—Sire, está interfiriendo en asuntos que no son de su incumbencia.

—Sí, sacerdote, Maigrey es de mi incumbencia, —respondió Stefan. Con una gracia pausada que no engañó a Maigrey, Stefan se levantó de la silla.

—Soy su amante, —Maigrey jadeó. Fuera lo que fuera lo que ella había esperado de Stefan, no era esta confesión. ¿Cómo se atrevía a ¡humillarla delante del sacerdote guardián del claustro!

Kinner tragó saliva, su laringe se bamboleó notablemente.

—¿Su... su prometido?

—No, sacerdote guardián, su amante. Una injusticia que he cometido con ella y que pronto rectificaré. Maigrey y yo vamos a casarnos.

Capítulo 19

-Tal vez ibas a casarte con Maigrey, —Kinner habló sin rodeos, enfatizando sus palabras— pero no tomarás por esposa a la reina de Thornsgate.

—Soy amante de la mujer —dijo Stefan, sin alzar la voz— no del bardo ni de la princesa. Es con la mujer con quien me casaré.

—Mis sires, —dijo Maigrey, levantando una mano en señal de silencio. Siempre había despreciado que hablaran de ella como si no estuviera presente—. Con quién me case es un asunto que yo, y sólo yo, decidiré. Y, Kinner, si así lo decido, me casaré con este hombre.

¡No! —exclamó Kinner—, eres la reina de Thornsgate. Casarte con él no sería lo mejor para tu reino.

—Sire —Maigrey habló más agudamente—, recuerde con quién está hablando.

Con la boca abierta, Kinner la miró fijamente.

—Como ha señalado repetidamente desde que puso un pie en esta casa de campo, soy la reina de Thornsgate.

Maigrey no había pedido ser reina, pero si lo era, entonces sería tratada como tal. ¿Y por qué no? La habían despreciado como a un bien mueble. Ahora sería respetada como la realeza.

Por el rabillo del ojo, vio la boca de Stefan sonreír.

—No se regodee, Sire Stefan Vaderfjord. Una vez que me haya asegurado de que Kinner comprende su posición en relación con la mía, le aclararé la suya.

—Sí, usted es la reina. —Kinner pareció marchitarse ante ella, aunque sonrió—. Le pido disculpas. Sigo pensando en usted como nuestra pequeña Maigrey, y es nuestra pequeña Maigrey quien me preocupa.

—Gracias, Kinner —Maigrey devolvió la sonrisa del sacerdote y aceptó sus disculpas.

—¿Su primo, Rob, también es heredero del Alto Asiento? —preguntó Stefan.

Maigrey negó con la cabeza.

—No, es sobrino de mi padre.

Sonó un golpe y la Alta Reina Astrid llamó:

—Sire Stefan.

—Entre, —contestó Stefan.

La puerta se abrió, haciendo entrar una ráfaga de viento frío. Las llamas se agitaron en el

hogar central. Lachlann y Astrid, seguidos por Lang y Muireall, entraron en la cabaña.

—Disculpen que hayamos venido todos a la vez, —Astrid se adelantó, apartándose la capucha de la cara—. Pero estábamos preocupados por el sumo sacerdote de la Piedra del Refugio y queríamos ver cómo se encuentra.

—Es un poco pronto para saberlo, —respondió Stefan—. Pero está descansando.

De pie ante el fuego, Maigrey observó a Stefan y Astrid. Formaban una pareja atractiva, la oscuridad de él complementaba la belleza de ella. A la luz del fuego, el pelo de Astrid, que colgaba suavemente alrededor de su cara y por su espalda, brillaba como la plata más pura. Sus labios y mejillas estaban sonrosados; sus ojos, enmarcados por largas pestañas oscuras, brillaban.

Lachlann miró a su esposa con una tierna expresión de amor. Sí, también había pasión, pero era la que iba de la mano del amor. Maigrey tenía la pasión de Stefan… Pero ella quería más. Quería su amor. Y quería que él diera rienda suelta a sus emociones en lo que a ella se refería.

Mientras Maigrey observaba a Lachlann y Astrid juntos, sintió una punzada de celos. La Alta Reina Astrid era una mujer hermosa, y Maigrey podía entender por qué cualquier hombre la querría como esposa.

—He dado instrucciones a mi cocinera para que prepare un caldo curativo, —comentó Astrid—. Lo traerá en breve. Además, ire Stefan, soy docta en el uso de hierbas y medicinas. ¿Puedo ayudarle en algo?

Lachlann se adelantó y le tendió un gran cofre.

—Es el cofre de mi galeno, —dijo Astrid—. Pensé que tal vez algunas de las hierbas le serían de utilidad. Cuando tenga tiempo, Sire, se las mostraré. Si aquí hay algunas con las que no está familiarizado, se las explicaré.

—Gracias, señora.

—¿Puedo ver a Morcar? —preguntó Astrid—. No le molestaré.

—Sí. —Stefan tomó el cofre de Lachlann—. Mi hombre Veld está con él.

Mientras la conducía a la cámara de dormir, el lobo se levantó y caminó hacia ellos. Olfateó a Astrid.

—No se asuste, mi señora, —dijo Stefan—. No le hará daño a menos que se sienta amenazado.

—Lo sé, sire, yo también tengo un lobo, —rio ella suavemente—. Lachlann y yo la rescatamos en el viaje al norte de Escocia después de nuestro matrimonio.

—Creo, esposa, —dijo Lachlann secamente—, que sólo tú la rescataste.

Brevemente, Astrid explicó cómo había encontrado a la cría de Catriona, a la que luego adoptaron, abandonada con el lobo. El animal había sido muy golpeado y estaba casi muerto, pero había protegido a la cría.

—Astrid rescató a las dos, —dijo Lachlann, mirando a su esposa con cariño. Astrid le sonrió—. Ahora Magda, la loba, y Catriona son inseparables.

—Igual que Stefan y su lobo—, dijo Lang—. Ese lobo era un cachorro cuando encontró y

salvó a Stefan.

Stefan y Astrid entraron en la cámara de dormir, dejando a los demás compartiendo historias. Cuando Lang terminó de hablar, Lachlann preguntó a Maigrey:

—¿Ha podido hablar Morcar?

—No. —Muireall, tras desprenderse de su manto, cogió las manos de Maigrey entre las suyas y apretó suavemente—. Siento mucho que haya ocurrido esto, querida. Pero tienes suerte de que tu padre y tu primo hayan escapado.

Maigrey asintió.

—Estoy agradecida a los dioses, mi señora reina.

Lang, que había ido a la cámara de dormir a por más sillas, las dispuso alrededor del fuego. Tocando a Muireall en el hombro, le indicó en silencio que tomara asiento. Los demás siguieron su ejemplo.

Lachlann miró al sacerdote.

—Sire Kinner, ¿se ha refrescado de su viaje?

—Algo, sire rey, —respondió—. Gracias por el banquete. Me habría quedado en mis aposentos a dormir o a esperar nuevas noticias suyas, pero estaba preocupado por Morcar. Quería informarme personalmente sobre su estado.

—Sí, —dijo Lachlann—, es comprensible.

Maigrey se sentó frente al fuego, pero sentía frío por todas partes. Estaba agradecida de que tanto su padre adoptivo como su primo hubieran escapado de las garras de Farlan. Sin embargo, se preocupaba por ellos, por las heridas de Morcar, por cómo sobreviviría Rob ahora que era libre.

Le preocupaba ser reina de Thornsgate. Nunca había soñado que un día gobernaría su país. Recordó lo que Stefan había dicho antes sobre que ambos estaban enredados en votos. Con el anuncio de que era la heredera del Alto Asiento de Thornsgate, se vio fuertemente atada por otro voto, uno del que no podía escapar. Los dioses habían ordenado que fuera reina de Thornsgate. Y lo sería.

Miró a los presentes en la sala. Lord Lang estaba sentado junto a la reina madre, los dos se sonreían tiernamente de vez en cuando. Lord Kinner estaba sentado solo, inquieto en la silla y frotándose la barbilla. Con las manos sujetas detrás de la cabeza, Lachlann había estirado las piernas, calentándose los pies frente al fuego.

Astrid regresó y se sentó en la silla vacía junto a su marido. Maigrey se volvió para buscar a Stefan. Estaba apoyado contra la pared junto a la puerta interior. Se miraron, pero Maigrey no pudo leer su ex- presión. No sabía lo que él pensaba y le preocupaba lo que planeaba hacer.

Su revelación al sacerdote guardián de que eran amantes la había asombrado. Cuanto más pensaba en ello, más inquieta se sentía.

Stefan Vaderfjord era un enigma para ella, uno que dudaba que llegara a comprender.

—Sire Kinner, —dijo Lachlann—, ahora que estáis algo fresco y descansado, ¿por qué no nos explica de nuevo lo que ha sucedido en Thornsgate.

Kinner suspiró y asintió.

—Ah, Sumo rey, han sucedido tantas cosas... tantas cosas. —Acomodándose más en su silla, empezó a describir con más detalle lo que les había contado antes. Terminó diciendo—: Pero los asaltantes del mar no encontraron la mayor parte del tesoro del claustro. Está oculto en una cámara subterránea secreta, sire, de la que sólo el Anciano de las Noches y los Días tiene conocimiento.

—¿Y quién más? —preguntó Lachlann.

—¿Quién más?

Kinner se quedó con la mirada perdida.

—Sí, por si le ocurriera algo al anciano que conoce el paradero de la Cámara Secreta, —dijo Stefan desde detrás de ellos—. ¿Usted, sire Kinner, ya que es el sacerdote guardián? —preguntó Lachlann.

—Conozco la ubicación de la Cámara de los Regalos—, admitió Kinner—, pero Morcar no confió a nadie la ubicación de la alternativa.

—Cuando mi padre se enteró de que los asaltantes marchaban hacia el santuario, —dijo Maigrey—. nos cegó a mí y a varios otros de los Dagas de Plata y nos condujo a la Cámara de los Regalos. Trasladamos todos los tesoros a otra sala más profunda de las cavernas.

Maigrey vio el dolor de la traición reflejado en el rostro de Kinner.

—No fue porque no confiara en ti, —dijo suavemente—. Lo hizo porque temía que uno de los miembros del Alto Consejo pudiera ser torturado para que revelara la ubicación de la Cámara de los Regalos.

—Pero le confió las insignias del claustro, —acusó Kinner.

—Sí, —respondió Maigrey—. Cuando mi padre se enteró de que Farlan conocía los sagrados broches, sospechó que había un traidor entre los miembros del claustro. Temiendo lo peor de Farlan, Morcar decidió confiarme el secreto. Quería que transportara el broche de piedra lidia fuera de Thornsgate por seguridad.

—Cosa que hizo, —dijo Kinner—. Tal y como yo lo veo, Alto rey Lachlann, Maigrey debe regresar a Thornsgate a toda prisa con una escolta militar. Farlan no renunciará fácilmente al Alto Asiento. Le sugiero que envíe un mensajero a Thornsgate inmediatamente para que la gente sepa que Maigrey es la heredera del Alto Asiento y que regresará pronto.

Stefan puso ambas manos sobre los hombros de Maigrey.

—Maigrey ha estado en grave peligro desde que salió de Thornsgate. Una vez que Farlan reciba este mensaje, ella estará en un peligro aún más grave.

Lachlann estuvo de acuerdo.

—Ésa es una de las razones por las que Morcar no reveló su linaje. Temía que Farlan se enterara de quién era ella.

—Todo lo que Farlan quiere ahora son los broches para acceder al tesoro, —les recordó Stefan—. Cuando se entere de que Maigrey es la heredera, también la querrá a ella. A través de ella, tendría acceso permanente al Alto Asiento. —Hizo una pausa—. Maigrey debe tener un paladín.

—Sí, debe tenerlo, —coincidió Kinner. Miró a Lachlann—. Seguramente, sire, tiene uno para darle, un hombre con el que pueda desposarse.

—Un hombre no es suficiente, —dijo Stefan—. Debe tener un líder que le sea leal, con guerreros que le sean leales.

Lachlann sacudió la cabeza.

—Ojalá todos mis guerreros y yo pudiéramos marchar a Thornsgate con ella, pero no podemos. Con la reciente muerte de mi padre, nuestras fronteras son inseguras. Muchas de las tribus están incursionando en nuestro territorio.

—Si tan sólo Morcar estuviera lo suficientemente bien como para aconsejarnos.

El sacerdote guardián se levantó, se dirigió a la puerta de la cámara de dormir y miró a su amigo. Volvió a la mesa de caballete bajo la ventana. Con manos temblorosas, llenó una jarra de cerveza.

—Temo por Maigrey y por Thornsgate, —se lamentó.

—Yo también temo por Thornsgate, —aseguró Maigrey—. Temo que otros reyes, más fuertes y posiblemente más codiciosos que Farlan, sigan su ejemplo si no es castigado.

—Eso es posible, —indicó Kinner—. Antes de la masacre, nuestro reino era estable con un rey fuerte. Ahora estamos maduros para el desplume. —Kinner dio un trago a la cerveza y bajó la jarra.

—Detendré a Farlan y a cualquier otra persona que intente arrebatar Thornsgate a su pueblo, —dijo Maigrey—. Con o sin ayuda.

—Mi señora, —habló Kinner—. no sería lo mejor para usted ni para Thornsgate que volviera a casa sin guerreros. ¿Por qué no podemos esperar hasta que los guerreros del Alto rey Lachlann…

—No, —interrumpió Maigrey—, no me atrevo. El tiempo no está de nuestro lado.

—Es cierto, —convino Stefan—. Cuanto más esperen, más atrincherados estarán Farlan y sus aliados. Mis guerreros y yo os escoltaremos hasta Thornsgate.

Kinner abrió la boca para hablar con Stefan, luego se volvió hacia Maigrey.

—Mi señora, no podemos aceptar los servicios de este norteño. Fueron asaltantes marinos de Northland los que invadieron originalmente nuestra aldea. Puede que fueran él y sus hombres.

—No fue así, sacerdote, —dijo Lachlann—. Si hubiera sido Stefan o Lang, del Clan de los Lobos, lo habrías sabido. Habríamos encontrado el tesoro del claustro.

—Sí, —asintió Lang.

Aunque Maigrey sabía que Stefan estaba provocando al sacerdote guardián, un escalofrío recorrió su espina dorsal. Ella le había dado el broche de Piedra Lidia. En cualquier momento él y sus hombres podrían saquear los tesoros del claustro. Y ahora se ofrecía a escoltarla hasta Thornsgate para luchar por ella. ¿Pero quería luchar por ella o por sí mismo?

—Sire Stefan, —dijo Maigrey—. le agradezco que se haya ofrecido a ayudarme, pero aunque el sacerdote guardián tiene poco tacto, dice la verdad. No puedo regresar a casa escoltada por hombres del norte. Los asaltantes del mar son nuestros enemigos. Temo que alejen a mi

pueblo de mí y que comprometan su apoyo a Farlan. ¿Qué reina traería a casa una escolta que infundiría miedo en los corazones de su pueblo?

—¿Qué reina volvería a casa sin un hombre que pudiera infundir miedo a su enemigo y asegurar su coronación como reina?

Maigrey intentó leer los ojos de Stefan, deseando que confiara en ella lo suficiente como para bajar la guardia. Pero tal y como estaba, el escudo invisible estaba en su sitio.

—¿O, señora, no le importa que pueda acabar casada con Farlan?

Claro que le importaba, pero no iba a dejar que la provocara.

—Ya he hablado, sire, —Maigrey se volvió hacia Lachlann—. Alto rey, le agradeceré cualquier escolta que pueda proporcionarme. Por favor, haga correr la voz de que estaré dispuesta a pagar mercenarios...

—¡No! —bramó Stefan—. Los mercenarios luchan sólo por el botín, Maigrey,

Ella se apartó de él. Él la cogió y la hizo girar para que le mirara.

—Farlan no renunciará al Alto Asiento sin luchar.

—Gracias por ofrecer sus servicios como mi guardián, sire

—No sólo como su guardián, señora, sino como esposo. Usted necesita un marido que pueda luchar con éxito contra Farlan y sus hombres.

Y un hombre que te preñe, dejó sin decir.

—¡Si Maigrey desea heredar el Alto Asiento de Thornsgate, debe casarse con un Highlander de sangre noble! —exclamó el sacerdote guardián, y luego añadió apresuradamente —: Sé que usted es el hermano biológico del Alto Rey Lachlann, pero seguramente, sire, puede comprender las ramificaciones de un matrimonio entre usted y Maigrey. —Sacudió la cabeza y apeló a Maigrey—. No puede hacerse, mi señora.

—Sire Stefan, —dijo Maigrey en voz baja—, no puedo. Como dijo antes esta noche, todos estamos ligados por votos. Debo pensar en mi pueblo. Es un Highlander por nacimiento y un Norteño por crianza. Mis enemigos usarían sus lazos contra nosotros.

—¿Esta es su decisión, mi señora? —preguntó Stefan.

—Sí.

En dos pasos estaba junto a ella. La cogió de la mano y le susurró:

—Quiero hablar contigo en privado, Maigrey.

Su apretón era fuerte y Maigrey no quiso montar una escena. Le siguió hasta el otro lado de la habitación.

—Te he ofrecido matrimonio y protección, Maigrey, pero has rechazado ambas cosas. Ahora te digo que si deseas proteger las riquezas de la Piedra del Refugio, debes casarte conmigo.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Si no te casas conmigo, mis guerreros y yo podremos marchar hacia Thornsgate y derrotar a Farlan, y podré establecerme como rey sin ti. En cualquier momento, mi señora, puedo

robar tu santuario.

Cogió la cadena que llevaba al cuello y sacó el amuleto sagrado.

—Sólo a través del matrimonio conmigo, Maigrey, podrás salvar tu reino.

—Sin embargo, a través del matrimonio contigo, Stefan, me arriesgo a perder mi reino.

E—s un riesgo que debes correr.

—No tengo elección, ¿verdad? Muy bien, Stefan, nos desposaremos.

Complacido de haber conseguido lo que deseaba, ambos volvieron con los demás, y Stefan levantó sus manos entrelazadas.

—Mis sires y señoras, con ustedes como mis testigos, —dijo—, Yo, Stefan, hijo biológico de Camshron mac Gordon y la reina Muireall del norte de Escocia, y también hijo biológico de las tierras Altas, me desposo hoy con Maigrey hija de Morcar en matrimonio para ser atado por un año y un día.

La mano de Stefan era grande y cálida, pero la sentía como un grillete que la ataba a él. La había utilizado para llegar al norte de Escocia y a Lachlann mac Gordon. Ahora la estaba utilizando de nuevo... para llegar a las riquezas del claustro y ganar otro reino.

—Pasado el año y un día, cualquiera de las partes de esta boda será libre de seguir su propio camino, —continuó Stefan—. Si en ese momento una de las partes no está de acuerdo con el matrimonio, esa parte se llevará consigo a cualquier hijo nacido del matrimonio.

Ahora Maigrey conocía todas las implicaciones de lo que estaba haciendo. Le había preocupado cuando la compró a los hombres de Farlan que no se conformara sólo con su cuerpo, que pensara que había comprado su alma. Sus recelos ahora resultaron tener fundamento.

Según las leyes de Thornsgate, disponía de un año y un día para quedar embarazada si deseaba conservar el Alto Asiento. Stefan los había unido por ese mismo periodo de tiempo, excluyendo la posibilidad de que cualquier otro hombre pudiera ser su esposo, el padre de su hijo o su consorte en el Alto Asiento de Thornsgate. Cualquier hijo que ella diera a luz a Stefan, él podría reclamarlo legalmente como su heredero... y como heredero del Alto Asiento de Glenmui.

La esclavitud que sintió Maigrey cuando Stefan la había comprado a Ardac palidecía en comparación con lo que sentía ahora. Con el nacimiento de su hijo, él la ataría a su lado permanentemente ... a menos que ella se opusiera antes al matrimonio con él. Y ella sabía que eso era dudoso. Un rey, inmediatamente después de recibir a su hijo mientras su esposa estaba aún en el lecho de parto, llevaría al niño al Gran Salón y, ante todos sus súbditos, lo bautizaría, nombraría y proclamaría su heredero. Al mismo tiempo, Stefan Vaderfjord también podría romper el enlace.

Frunciendo el ceño, Lang se levantó.

—Stefan

Muireall le cogió la mano.

—Se solucionará solo, sire.

Kinner parecía horrorizado.

—Anunciemos sus esponsales con este norteño, Maigrey, no una unión de manos, —

suplicó—. Un desposorio puede romperse honorablemente en cualquier momento, mi señora. El desposorio es vinculante...

—Sí, Sacerdote Guardián, —dijo Stefan—, ésa era la razón de la unión de manos. Para hacerlo vinculante.

Por el reino. Por las riquezas. Por el niño. Pero no a Maigrey.

—Para que la unión de manos sea vinculante, —exclamó Kinner—, ambas partes deben estar dispuestas.

Stefan apretó la mano de Maigrey con tanta fuerza que ella se estremeció.

—Maigrey está dispuesta. Si parece vacilante, es porque se resiste a verme expuesto a semejante peligro por ella.

Los ojos de Maigrey se abrieron de par en par. Levantó la mano y tocó la cadena de oro que colgaba de su cuello.

—Maigrey comprende que este matrimonio es lo mejor para Thornsgate... y para el claustro, que ha jurado proteger con su vida. —Stefan la miró a los furiosos ojos—. ¿No es así, señora?

—Sí, sire Stefan. —Forzándose a sonreír, Maigrey levantó las manos para que todos la vieran—. Yo, Maigrey hija de Morcar, me desposo con Stefan Vaderfjord mac Gordon en matrimonio por un año y un día.

—¡No! —gritó Kinner—. No doy testimonio. No lo permitiré, ni tampoco Morcar.

—Ni tú ni Morcar tenéis voz en lo que hemos hecho, —replicó Stefan—. La unión de manos es vinculante.

—Sí, —respondió Lachlann—, la unión de manos es vinculante. Sólo requiere su consentimiento, Sacerdote Guardián, no el de los testigos.

—Ella no estaba dispuesta—, dijo Kinner—. De alguna manera él la ha forzado a este matrimonio.

—Esta es mi elección, Sacerdote Guardián Kinner, —aseguró Maigrey en voz baja.

Stefan se quitó el anillo de su dedo meñique.

—Mi señora esposa...

Qué palabras tan hermosas, pensó Maigrey, pero aún más anhelaba oírle llamarla su amor.

—Quiero que lleves mi anillo de matrimonio.

Maigrey contempló el anillo con su marca, el símbolo de los dioses Noche y Día y de su Piedra de Refugio. También la marca de Stefan. ¿Blasfemaría este hombre al darle su anillo con el mismo símbolo? ¿Profanaría el templo que ella había jurado proteger con su vida? Ella cerró los dedos en un puño. Stefan los desenroscó y deslizó el anillo en su cuarto dedo.

—Este anillo te marca como mía, mi señora Maigrey, —le dijo.

Había prometido marcarla. Ella había pensado que sería una banda soldada alrededor de su cuello. En lugar de eso, era una banda alrededor de su dedo. En cierto modo, el par habría sido más honorable, más honesto. Como esclava, había sabido lo que él quería y esperaba de ella. Como su esposa, no comprendía del todo su propósito, pero temía que fuera un mal presagio para

ella y Thornsgate.

—Lang, —llamó Stefan—. Enviaré la flecha de guerra esta noche. Tanto a sus guerreros como a los míos.

—Mis guerreros y yo estaremos encantados de cabalgar con usted, —respondió Lang.

—Quiero que tú y tus guerreros viajéis al barco, —dijo Stefan—. Prepararos para zarpar hacia Glenmuir cuando mis guerreros y yo lleguemos.

Lang asintió. Stefan se dirigió a su hermano.

—Lachlann, solicito tantos de tus guerreros como puedas disponer—. Al sacerdote guardián le añadió—: Quiero que se reúna conmigo y con mis jefes esta noche. Ya que ha estado recientemente en Thornsgate, necesito que me describa cómo está utilizando Farlan a sus guerreros.

Kinner fulminó a Stefan con la mirada, pero finalmente inclinó la cabeza,

—Lang, —llamó Stefan—, necesito saber sobre el puerto.

—¿Qué está planeando, sire? —preguntó Maigrey

—Tengo varias ideas, —respondió Stefan—. Pero necesito saber más sobre la situación antes de elegir mi estrategia.

—Mi señora Astrid, —llamó una mujer desde fuera de la cabaña—, tengo el caldo que quería para el sacerdote enfermo.

Maigrey se levantó y abrió la puerta. Una anciana entró apresuradamente en la habitación. Le siguió un hombre que sostenía un caldero caliente por un asa envuelta en un paño grueso para proteger su mano.

—Llévelo a la cámara de dormir, —indicó Maigrey.

—Mi señora esposa, —dijo Stefan— es hora de que usted y las mujeres se retiren.

—¿No crees que debería…?

Stefan sacudió la cabeza.

—Soy la reina de Thornsgate, y te he dado una orden. —Sus ojos eran azules y duros.

Maigrey giró sobre sí misma.

—Sire Stefan, —llamó Astrid desde la puerta—, con su permiso me quedaré para atender al padre de Maigrey.

—Gracias, mi señora reina, —le dijo Stefan. Luego se dirigió a Lachlann—. Necesito a mis jefes.

Lachlann asintió.

—Clete, —llamó al sirviente masculino—, dile a Cassian que reúna a los mejores hombres, tanto de los Gordon como de Vaderfjord, y que se reúna con nosotros aquí.

¡El Caballo y el Lobo estaban uniendo sus fuerzas!

Capítulo 20

Stefan Vaderfjord y Lachlann mac Gordon -hermanos de nacimiento y enemigos por educación- eran ahora compañeros de armas por necesidad, planeando la batalla que se avecinaba contra Farlan.

Uif había abandonado a las mujeres para reunirse con su amo en la sala principal. Maigrey se sentó en una silla que había arrastrado cerca de la cama y observó a su padre mientras dormía febrilmente. Al otro lado de la habitación, Muireall se sentó en una silla junto a la mesa. A la luz de las lámparas, trabajaba en un bordado que había mandado traer a una sirvienta. Astrid estaba sentada en un taburete junto a la cama, atendiendo a Morcar.

— Es un viaje peligroso el que emprendes, Maigrey, —dijo Astrid en voz baja mientras pasaba un paño húmedo por la cara de Morcar.

—Sí, —respondió Maigrey, pensando más en su desconfianza hacia Stefan que en lo que le esperaba con Farlan.

—Pero regresas a tu patria con un marido y un rey que te ayudarán.

—Sí, mi señora reina, así es.

Maigrey miró su alianza. Stefan ya actuaba como si Thornsgate le perteneciera a él y no a ella. O tal vez era el claustro lo que sentía que le pertenecía. Incluso siendo su esposa, Maigrey se sentía como una de sus posesiones.

La gente de Thornsgate no vería a Stefan como un Highlander vengador. A la luz del reciente ataque y masacre de la familia del rey, le temerían como a un norteño empeñado en saquear y usurpar su reino. Su presencia podría llevarles a apoyar a Farlan. No importaba que Farlan fuera un extraño, era un Highlander. Y por lo que Maigrey sabía, la mayoría del pueblo aún podría apoyarle.

En la sala principal el lobo ladró, sobresaltando a Maigrey.

—UIf, —llamó Stefan, su voz llegó hasta la cámara de dormir—. ¿Quién va allí?

—El Anciano de las Noches y los Días está aquí, y nadie me ha mandado llamar, —gritó Feich enfadada desde el otro lado de la puerta.

—No te necesitan, —respondió Stefan.

—Me envían los dioses, no los hombres.

Sonriendo, Maigrey cruzó hacia la puerta. Antes de que pudiera abrirla, la vidente entró corriendo en la habitación.

—¿Por qué no se me llamó? —Preguntó Feich, con su manto arremolinándose en torno a

su enjuto cuerpo.

—Sire Stefan estaba atendiéndole, —La suave voz de Astrid llegó desde la cama—. Quería dejarle descansar.

Feich gruñó mientras dejaba varias bolsas de cuero y un surtido de cestas en el suelo junto al fuego. Se enderezó y se quitó la capucha, con su enjuto cabello erizado en todas direcciones.

Stefan la fulminó con la mirada.

—Esposa, no creo que sea…

—Yo me ocuparé del asunto, Stefan —Maigrey giró la puerta para cerrarla, pero rebotó y se abrió con un chasquido. La palma de la mano de Stefan se aplastó contra ella y la miró fijamente a la cara.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Si, marido.

Stefan inclinó la cabeza y cerró la puerta.

—Tu marido, —murmuró la vidente.

—Sí, nos hemos casado esta noche por el rito de la unión de manos, —contestó Maigrey.

Feich sonrió y se adentró en la habitación.

—Eso está bien, señora. Muy bien.

—No estoy tan segura de ello.

—Sí, pero será bueno, —Se acercó cojeando a la cama y se arrodilló junto a Morcar—. ¿Lo ha estado atendiendo, mi señora reina?

—Al igual que sire Stefan, —respondió Astrid.

Feich apoyó ligeramente la oreja en el pecho de Morcar y escuchó.

—Ah, el traqueteo no es tan profundo, ya no amenaza su vida... veamos, —Levantó la cabeza y retiró suavemente las vendas para mirar el pecho magullado de Morcar, cubierto del ungüento parduzco—. ¿Stefan hizo esto?

Astrid asintió.

Feich soltó una carcajada.

—El chico lo hizo bien, Muireall.

—¿El chico? —repitió Maigrey, sorprendida por la falta de respeto, por la idea de que aquella anciana considerara al guerrero oscuro como un niño.

—Los dioses le han hecho un regalo. Por derecho, el sacerdote no debería haber vivido. —Feich levantó una lámpara de piedra jabonosa y la acercó a la mesa de los medicamentos. Uno a uno, cogió los frascos, los estudió y los dejó de nuevo en el suelo. Levantó las cucharas de los cuencos de pastas y polvos. Olfateó; probó; frotó pizcas entre el pulgar y el índice. Cuando lo hubo examinado todo a su satisfacción, devolvió la lámpara a la mesa y se levantó de donde estaba arrodillada.

—Se recuperará, mi señora, pero estará extremadamente débil y necesitará cuidados

constantes.

—Necesitaré ayuda, vidente, —dijo Maigrey—. Partiremos hacia Thornsgate en cuanto podamos reunir un ejército.

—Sí, Morcar debería quedarse aquí, en la villa de Lachlann, hasta que haga más calor. Yo lo cuidaré mientras usted no está. Mi Señora reina, traslade al sacerdote a mi cabaña.

—Cuando los hombres terminen sus planes de batalla, lo haré, —respondió Astrid—. Si Maigrey está dispuesta.

—Sí, —respondió Maigrey.

La habitación se quedó en silencio y Maigrey escuchó el viento aullando alrededor de la cabaña. Sabía que ella y Stefan debían emprender el viaje a Thornsgate, pero también sabía que sería duro en esta época del año. Debían darse prisa para vencer a las nieves otoñales.

—El viento del norte sigue soplando, —observó Feich.

—Sí, —murmuró Muireall.

—Pero también siento el viento del este.

Feich colocó un taburete frente al hogar. Luego abrió la bolsa de cuero que llevaba en la cintura y sacó objetos, que dejó caer en el agua hirviendo.

Se dirigió a la mesa junto a la cama y cogió varios viales. Al volver, los sostuvo en sus manos, cerró los ojos y entonó un cántico sobre ellos. Añadió varias gotas de cada recipiente al caldero. Cuando un espeso vapor surgió del brebaje, sumergió una cuchara de mango largo en el caldero y removió.

La puerta se abrió y entró Lachlann.

—Esposa, es hora de que nos retiremos.

—¿Has terminado con los asuntos de tus hombres? —preguntó Muireall.

—Sí, —respondió Lachlann—. ¿Cómo está el sacerdote?

—Mejor, —contestó Feich.

Astrid se levantó y se acercó a su marido.

—Mi reina Muireall, —dijo Lang, de pie en la puerta detrás de Lachlann—, si estáis lista, os acompañaré a vuestra cabaña.

—Sí, sire, —Muireall se enderezó y dobló su bordado, metiéndolo en su costurero.

Mirando a Feich, Lachlann preguntó:

—¿Qué ves en el agua, vieja madre?

Para entonces Stefan se había unido a Lachlann. Lang se reincorporó en la puerta.

—Acércate al fuego, norteño, —pidió Feich.

Stefan miró a su padre.

— Los espíritus me hablan. —añadió Feich—. Le leería las aguas.

Con el lobo acampando a su lado, Stefan cruzó hasta donde estaba sentada la anciana.

—¿Qué dicen los espíritus, anciana?

Feich metió la mano en una cesta y seleccionó varias nueces. Con un martillo de madera intentó romper las nueces contra las rocas que rodeaban el pozo de fuego, pero tenía las manos demasiado rígidas. Las nueces seguían rodando lejos de ella.

—¿Arruinaré tu magia si te ayudo? —preguntó Stefan

—No, será bueno, —contestó Feich.

Stefan se puso en cuclillas junto a ella y partió rápidamente cinco de las nueces.

—¿Conoces el número mágico? —murmuró ella.

—No, acabo de seleccionar esa cantidad. Sabía que si no tenía el número correcto, me lo dirías.

Feich se las cogió y echó tanto la carne como las cáscaras en el caldero. Revolvió y estudió el contenido.

—Estás destinado a gobernar un reino poderoso, sire.

—Sí, las tierras de mi padre.

—Una de las más grandes de las Tierras Altas. —Stefan sonrió.

—Tal vez, —murmuró Feich—. Las aguas no son claras. —Levantó un cazo de líquido del caldero y volvió a verterlo lentamente—. Antes de gobernar este reino, honrarás tu voto a los dioses.

—Sí, —dijo Stefan—. Mataré al hombre que deshonró el nombre de mi padre.

—Lo harás.

Stefan sonrió.

—Gracias, anciana, pero no necesitaba que los espíritus me lo dijeran.

—Sire Stefan. —llamó Kinner desde la sala principal—, una pregunta más, una pregunta de importancia.

Cuando Stefan empezó a levantarse, Feich le agarró del brazo. Ulf gruñó y enseñó los dientes. Stefan pasó su brazo sobre el cuello del lobo y lo calmó.

—Veo una época oscura, sire, —dijo Feich—. Un tiempo muy oscuro. Necesitará la ayuda de los dioses.

Se inclinó y miró dentro del caldero con ella.

—Recuerde que es el gobernante de la oscuridad, el rey de la época oscura del año. —La anciana lo acercó más—. Usted, sire, puede ver en su oscuridad. No lo olvide. —Ella lo soltó, pero siguió murmurando—: No lo olvide. Puede ver en la oscuridad.

—Sire Stefan, —volvió a llamar Kinner.

Con el ceño fruncido de preocupación, Stefan salió de la habitación. Lachlann y Lang le siguieron.

Se hizo un silencio ominoso. No importaban las dudas de Maigrey respecto a Stefan, ella lo amaba y no quería que le ocurriera nada malo.

—Anciana, —llamó Astrid— ¿es a Lachlann a quien mata Stefan?

—Los espíritus no me muestran el rostro del hombre, —respondió Feich—. Sólo me hablan de lo que sucederá.

—¿No hay magia que puedas realizar para garantizar su seguridad?

—No, los dioses han decretado el futuro. Ningún mortal puede cambiarlo.

Astrid se arrodilló junto a Feich y puso sus manos sobre el regazo de la anciana.

—Por favor, encuentra una manera.

Feich pasó su mano por el pelo de Astrid.

—Haré lo que pueda, hija mía, pero ésta es la época oscura del año, y la Noche es su reina suprema.

—Me alegro de que Stefan viaje a Thornsgate contigo, Maigrey, —dijo Astrid—. Tal vez eso le dé tiempo a Lachlann para averiguar quién asaltó el barco del sire Lang. Quizá salve a un inocente de ser asesinado.

Stefan, pensó Maigrey. Lachlann, pensó Astrid.

Feich se levantó.

—Ahora, mi señora, es hora de que traslademos al sumo sacerdote a mi cabaña para que pueda atenderle.



Una vez más, Maigrey y Stefan estaban solos en la cabaña. El viento soplaba con mayor furia, pero un cálido fuego ardía en el hogar central. Maigrey estaba de pie frente a las llamas, enroscando el anillo de Stefan en su dedo. Se sentía extraño en su mano.

—¿Por qué te has casado conmigo?

Se puso la camisa por encima de la cabeza y la apoyó en el respaldo de la silla más cercana a la cama.

—Necesitas mi ayuda y no la aceptarías de otro modo.

—¿Cómo te beneficiarás del matrimonio?

Se desató las correas que ataban sus botas a las piernas.

—Te tendré.

—Me tuviste sin casarte.

—Ahora tengo a la reina de Glenmnuir.

—Sí, Stefan, eso es lo que me preocupa. ¿Qué tiene la reina que tú deseas?

Se quitó la bota derecha, luego la izquierda.

—¿Su reino? —Preguntó Maigrey—. ¿Su claustro?

—Ambas cosas vinieron a mí cuando me casé contigo, —respondió Stefan.

—¿Planeas quedarte en Thornsgate una vez que Farlan haya sido derrotado y mi trono esté asegurado?

No, —respondió—. Cuando te compré a los hombres del rey, les dije -a ellos y a ti- que yo era un trotamundos. No tengo ningún deseo de gobernar un reino de las Tierras Altas. Me casé contigo porque podemos ayudarnos mutuamente. —Se levantó y empezó a desabrochar los cierres de su faja.

Ella contempló el broche de pecho del claustro que descansaba en el crujiente vello negro de su pecho. El amuleto que le había sido confiado para su custodia.

—Necesitas un consorte para poder reclamar tu Alto Asiento, —dijo.

—Podría haber encontrado otro consorte.

—Pero no un guerrero para luchar contra el usurpador Farlan, o los merodeadores del mar, o cualquier otro que intente tomar tu reino. Dijiste que un casco y una espada similares a los que describí estaban entre los tesoros del claustro. Si Magnus no es culpable del robo de la dote de ruptura, creo que el culpable puede estar en Thornsgate. Como rey, tengo el derecho y la libertad de buscarlo.

—¿Me devolverás el broche del Claustro?

—No, me lo quedaré—. Stefan se quitó la faja y la puso sobre la mesa.

—Stefan.

—Ya he dicho todo lo que pensaba decir. —Sonrió e hizo un gesto hacia la cama— A. hora, mi reina, es el momento del lecho nupcial.

—Nos casamos ante el pueblo, —dijo Maigrey—, pero será un matrimonio sólo de nombre, Stefan. Nos utilizaremos mutuamente para conseguir nuestros fines, pero no utilizarás mi cuerpo.

Sus ojos se entrecerraron.

—Nunca lo he hecho. He dado el mismo placer que he recibido de ti.

Lo que dijo Stefan era cierto, pero Maigrey se determinó a no ser utilizada por él.

—Dormiré en la Sala Pequeña.

—No, esposa, dormirás conmigo. No te compré a Ardac y me até a ti para poder dormir solo.

—Es porque me obligaste a desposarme contigo por lo que dormirás solo.

—Maigrey, tienes un año y un día para concebir un hijo. Sólo eso debería ser motivo suficiente para que durmieras conmigo. —Caminó hasta colocarse ante ella—. Seamos razonables.

¡Razonable! pensó Maigrey.

—Estamos casados. Saquemos lo mejor de la situación.

Él le cogió las manos y las sujetó sin apretar. Sus ojos, enmarcados por largas pestañas oscuras, miraron cálidamente a los de ella. Suplicaban tan elocuentemente como su suave voz.

—Disfrutamos apareándonos el uno con el otro, —añadió.

—Sí, Stefan, —confesó ella—, disfruto del placer carnal que compartimos, pero sin duda se obtiene más placer cuando ambas partes consienten en ello.

—Has consentido antes.

—Sí, pero pensaba que acabaría siendo libre. Ahora no creo que lo sea nunca. Te pertenezco, y si tenemos un hijo, también te pertenecerá.

La miró fijamente a los ojos.

—¿Y si durante este año se encontrara otro heredero, uno más cercano en linaje a la reina que tú? ¿No serías libre de ceder el Alto Asiento a esta persona y volver a tu antigua vida?

—¿Era ese tu razonamiento cuando te casaste conmigo?

—Había pensado fugazmente en el asunto, —admitió.

—Sería demasiado perturbador para el reino que cambiáramos de gobernante tan pronto. Una vez que sea coronada reina de Thornsgate, seré reina. Mi hijo mayor será el próximo gobernante del reino.

Ella retiró sus manos de las de él y bajó la mirada cuando los dedos de él rozaron su alianza. Vaciló y frotó el pulgar sobre la media luna dorada.

—Sólo me acostaré contigo, —dijo Maigrey—, si me obligas.

—Eso no lo haré, —replicó Stefan—, Pero dormirás en esta habitación, en esta cama, conmigo. A todos los efectos, por tu bienestar, harás que esto parezca un verdadero matrimonio.

—Gracias, Stefan, por comprender y por ayudarme, —dijo Maigrey—. Sé que esto será difícil para ti.

—No me des las gracias, —pidió él—. Te retengo en mi cama por razones egoístas, Maigrey. Eres una mujer fogosa por naturaleza y has probado el placer entre un hombre y una mujer. Pronto me suplicarás que te haga el amor.

—¡Eres insufrible!

—Así me lo han dicho muchas veces, esposa.

Stefan se quitó los pantalones y se encaró a ella, casi retándola a apartar la vista de su cuerpo desnudo. Ella lo miró. El ancho pecho cubierto de vello oscuro. El vientre plano. La pelambrera de vello púbico oscuro que rodeaba su virilidad semiexcitada. Maigrey le deseaba. Seguiría deseándole.

Por difícil que fuera la tarea que tenía por delante, no cejaría en su empeño. Había perdido su corazón a manos del norteño, pero no perdería también su reino y la Piedra del Refugio a manos de él.

Stefan se dirigió a la cama, se tumbó y se estiró. Parecía hacer alarde de su masculinidad, atreviéndola a rechazar la pasión que ardía entre ellos. Atravesó la habitación, como siempre, dando manga ancha al lobo, y abrió uno de los baúles, rebuscando en él mantas extra.

—Hace frío fuera de la cama, Maigrey, —comentó Stefan—. Y tenemos pocas horas para dormir. Quiero despedir a Lang. Él y sus guerreros parten mañana. —Dio unas palmaditas en el colchón—. Duerme aquí. No voy a tocarte.

Maigrey le miró. No tengo que forzarte, dijeron sus ojos azules. Pronto vendrás a mí. Ella casi jadeó. Por primera vez él le había permitido leer sus ojos.

—Sí, Maigrey, quiero aparearme contigo, y tú también lo deseas. Pero no lo haré, no hasta que vengas a mí.

—Entonces, nunca me tendrás. —Comenzó a desabrocharse la falda, con los dedos temblorosos—. No porque no te desee. Te deseo. Pero no cederé a mi lujuria. Y en cuanto pasen el año y el día, me opondré a nuestro matrimonio.

—Esa es la belleza de la unión de manos, —dijo Stefan—. Cualquiera de las partes puede pedir su fin.

—También debes saber esto, Stefan. Si ya he concebido de ti y de este matrimonio nace un niño, es mío. No me importa si anuncias tu objeción a la unión de manos primero, el niño es mío. Cualquier hijo que dé a luz, Stefan Vaderfjord, es mío, y sólo me separaré de él con la muerte.

—A menos que ya hayas concebido, esposa, —dijo Stefan—, no veo cómo te planteas tal situación, ya que vamos a tener solo un matrimonio de conveniencia.

Maigrey empezó a tirarse de la túnica por encima de la cabeza, con la intención de exhibir su cuerpo desnudo como él había hecho, pero se lo pensó mejor. Él no ocultaba que quería acostarse con ella. Fue ella quien se opuso. Aún vestida, sacó una túnica de dormir de su bolsa. Trasladándose a un rincón sombrío de la habitación, se puso rápidamente la túnica de dormir. Le quedaba ceñida al cuello, tenía mangas largas y colgaba hasta el suelo. Volvió a la cama, se metió bajo las sábanas y le dio la espalda a Stefan.

—Ah, esposa, —murmuró él, dándose la vuelta y acunando su cuerpo con el suyo—. Sólo abrazarte es un placer.

Maigrey sintió su cálido aliento contra su cuello. Él puso su brazo sobre ella y metió los dedos bajo su cintura y el colchón. Se estremeció y supo que amaba a Stefan Vaderfjord. Qué difícil sería apartarlo de su cuerpo cuando él ocupaba su corazón.

—Tu pelo, —murmuró—. Me hace cosquillas en la cara.

Se movieron y volvieron a acomodarse, la mano de él una vez más alrededor de la cintura de ella.

—¿Intentabas atarme en una red de seda, esposa?

—No, —murmuró ella—. No es necesario. Ya me has atado tan fuerte como es posible atar a otra persona.

Se había atado a él porque no podía dar la espalda a la Piedra del Refugio ni a su pueblo.

Pero, ¿cuánto tiempo más podría darle la espalda a su amor?

Sólo pasaron cuatro noches, pero con cada una, a Maigrey le resultaba más difícil mantener su juramento a Stefan. No importaba que él la hubiera obligado a casarse, ella lo amaba. Y le deseaba. Su cuerpo le dolía por la plenitud que sólo él podía darle.

Stefan también había sido fiel a su promesa. Se acostaba con Maigrey todas las noches, abrazándola fuertemente a él, pero no intentaba hacer el amor. Cuando ella se despertaba por la mañana, él se había ido y ella no lo veía hasta la cena, que siempre tomaban en el Gran Comedor.

Maigrey pasaba la mayor parte del tiempo en la cabaña de la vidente visitando a su padre, que cada vez estaba más fuerte. Como no quería aumentar sus preocupaciones, no le dijo que Stefan tenía el broche del Claustro. Cuando Morcar se fue a dormir, ella regresó a la casa de huéspedes.

Caminaba por el sendero cuando vio a UIf corriendo entre los almacenes. Lo siguió y lo encontró tumbado junto a uno de los almacenes detrás del Gran Salón. Se acercó y se asomó por la esquina del edificio. Allí yacía otro lobo, una hembra.

—Al igual que tu amo, —dijo Maigrey—, has encontrado una amante. —Ulf saltó, hizo cabriolas y ladró—. Ahora sé adónde has estado yendo, y tengo la sensación de que sé lo que ocurrirá en un futuro próximo. Disfruta de ella mientras puedas.

Regresó a la cabaña y sacó sus remiendos. Estaba preparando su propia ropa y la de Stefan para el viaje a Thornsgate. Los días pasaban. El tiempo se agotaba. Sólo tenían nueve días para salvar a la gente que Farlan había apresado. Y generalmente, con las mejores condiciones de viaje y los animales más fuertes, el viaje duraba siete días completos. Si se encontraban con cualquier tipo de problema, bandidos o inclemencias del tiempo, podían retrasarse mucho más.

Le preocupaba que Stefan no estuviera organizando el viaje con la suficiente rapidez. No habían recibido noticias de Thornsgate desde que su padre y Kinner habían llegado. Se preguntó qué estaría ocurriendo allí.

Al oír voces, Maigrey dejó a un lado sus remiendos y se dirigió a la puerta. Stefan y Lachlann caminaban por el sendero hacia ella. Durante los últimos días, habían desarrollado un respeto mutuo y estaban en camino de establecer una verdadera amistad.

Se maravilló de que se parecieran tanto. A pesar de ser idénticos, Maigrey estaba convencida de que Stefan destacaba sobre todos los demás hombres, incluido su hermano. Siempre que le miraba, su corazón latía más deprisa y se sentía ligera y feliz. Él era su amor.

—Buenas tardes, esposo mío. Tengo noticias para ti. Tu lobo tiene una compañera. Los encontré de visita hoy detrás del Gran Salón.

—Así que ahí es donde se ha estado escabullendo.

Lachlann sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que Astrid va a querer quedarse con toda la camada.

—Ya que somos una especie de abuelos, —dijo Maigrey—, creo que tenemos algo que decir al respecto, sire.

Se rio, y Stefan tiró de Maigrey hasta colocarla entre sus brazos y la besó.

—También tengo buenas noticias para ti, esposa. Podremos partir hacia Thornsgate por la mañana.

—¡Qué buena noticia! ¿Lo sabe mi padre?

—No, acabo de enterarme yo mismo.

—He recibido noticias de uno de mis jinetes. —señaló Lachlann—. Magnus y sus hombres están regresando a casa. Deberían estar aquí al anochecer.

—Gracias, sire, —dijo Maigrey—. Mi padre y yo apreciamos su apoyo.

—Lo hago porque hice un juramento a su padre, —indicó Lachlann—. pero también voy porque Stefan y yo sentimos curiosidad por el yelmo y la espada que vio entre los tesoros del claustro. Me he preguntado si tal vez un viejo enemigo mío, Ghaltair, está en Thornsgate. El hombre al que maté la otra noche era amigo suyo, y es lógico que aún cabalguen juntos. Tal vez Ghaltair sea también uno de los hombres de Farlan. Cabalgaría con un hombre como Farlan.

—Creo que la respuesta para limpiar el nombre de Lachlann está en Thornsgate, —comentó Stefan—. Además, su alianza con nosotros tiene peso. Cuando otros vean que el alto rey más fuerte de esta parte de las Tierras Altas te apoya, dudarán en ponerse del lado de Farlan.

—Sire Lachlann —dijo Maigrey—, ¿nos acompañaría a Stefan y a mí a tomar una galleta y un vaso de cerveza?

—Sí, señora, lo haré.

Cuando entraron en la cabaña y se sentaron, Maigrey dijo:

—Stefan, me alegro mucho de que nos vayamos. He estado preocupada, sentada aquí sin poder hacer nada mientras tú organizabas a tus guerreros.

—La tarea que nos espera es difícil, —comentó Stefan—. Debemos cabalgar pronto y con fuerza. Una vez que lleguemos al barco, los hombres y los caballos tendrán algo de descanso.

—Sería bueno que tuviéramos el elemento sorpresa de nuestro lado, —dijo Lachlann.

Stefan asintió.

—Espero que lo tengamos, hermano. Viajar por el río nos ahorrará varios días.

Maigrey sonrió para sí mientras levantaba las galletas de la cesta y las ponía en la fuente. Era la primera vez que oía el cariño deslizarse de la boca de Stefan con tanta facilidad, y evidentemente sin que ninguno de los dos lo notara.

—Como la aldea del rey está construida en la bifurcación de los ríos, Farlan tendrá vigilantes apostados. —dijo Lachlann.

—Desembarcaremos al sur de la aldea, —dijo Stefan—, y recorreremos el resto del camino a caballo.

Mientras comían sus galletas, los hermanos discutieron diferentes estrategias para tomar la aldea. Maigrey, volviendo a sus labores de zurcido, se unió a la conversación. Cuando oyó un ladrido fuera, dejó a un lado la prenda que estaba cosiendo y dejó entrar a Ulf.

—Así que, amigo mío, —dijo Stefan—, te has buscado una compañera.

Ulf acarició con el hocico la mano de Stefan, girando la cabeza y gruñendo juguetonamente hasta que Stefan le rascó detrás de las orejas.

Lachlann se levantó.

—Es hora de que me vaya.

—¿Has olvidado nuestra apuesta? —preguntó Stefan.

—No, hermano. Tú bailarás y yo tocaré una gaita.

Stefan se rio.

—El semental ya es mío, hermanito. Creo que aprenderé a bailar mucho antes de lo que tú

aprendas a tocar la gaita, —Hizo una pausa y luego añadió seriamente—: Pero primero debemos vencer a Farlan.

Capítulo 21

-Es hora de dejar Thornsgate, Farlan, —dijo Ardac. Se paró frente al estrado del Gran Salón—. Tanto Morcar como Trever están vivos. Ern habló con los pastores que los llevaron a la aldea de Lachlann. Morcar anunció ante testigos, entre ellos el Alto Rey Lachlann y Trever, que Maigrey es la heredera. Citó su genealogía, remontándola a la familia real. —Con el rostro cabizbajo y los hombros caídos, Farlan se desplomó en el Alto Asiento—. Ern también se enteró de que Maigrey está casada con el norteño, Stefan Vaderfjord, y que él y Lachlann mac Gordon han unido sus fuerzas.

—Juntos cuentan con sesenta guerreros, —continuó Ardac—. Tenían previsto iniciar su viaje ayer.

Farlan se levantó de la silla y se acercó al fuego, pero las llamas no le dieron calor. Se sentía viejo, usado y frío. Cogió una de las pinzas metálicas para el fuego y empujó los troncos ardientes. Las brasas chisporrotearon; el humo empañó la habitación. Sosteniendo la tenaza frente a él, se quedó mirando la punta incandescente.

—¿Me has oído, Farlan? El ejército combinado es grande y está bien entrenado. Puede que seamos iguales en número, pero no somos tan fuertes como ellos, y no podemos contar con la lealtad de nuestros hombres.

—No me iré sin mi tesoro, —declaró Farlan—. Le robé la dote de ruptura a Malcolm, y es mía.

—Farlan, lo que dices no tiene sentido, —dijo Ardac—. No tienes el broche, ni a Maigrey, ni a Morcar. Desde que tomaste prisioneros a los miembros del Alto Consejo, la gente de Thornsgate ya no te es leal, y no tenemos el botín para contratar mercenarios que luchen por nosotros. Demasiadas cosas están en nuestra contra. Es hora de partir.

Farlan sacudió la cabeza.

—No me iré antes de sacar mi tesoro de ese claustro. Me pertenece a mí, no a la Piedra del Refugio, —Farlan dejó las tenazas—. Es extraño que no haya llegado ningún mensajero con noticias de que Maigrey está en camino para reclamar su trono.

—No han tenido tiempo, —respondió Ardac—. Ern cabalgó día y noche, deteniéndose en el camino sólo para cambiar de caballo.

—No, —dijo Farlan—. No creo que tenga que ver con el tiempo, Ardac. Creo que mantienen deliberadamente esta noticia en secreto porque no quieren que yo lo sepa.

Ardac parecía escéptico.

—Les tenderemos una emboscada y capturaremos a Maigrey, —dijo Farlan—, y me casaré

con ella en el santuario. —Se rio—. Haré que Blar bendiga la unión y me pronuncie rey de Thornsgate. Entonces, Ardac, habremos ganado.

—¿Y las ejecuciones? —preguntó Ardac.

—Procederán según lo planeado.



—¡Lang no está aquí, y mi barco ha desaparecido! —Stefan exclamó incrédulo. Se quedó mirando el río embravecido que separaba el Territorio Dun de Athdara.

La lluvia había arreciado durante dos días y dos noches. El río estaba turbulento y crecido. Crecería aún más. El tiempo pasaba y pronto Farlan comenzaría las ejecuciones. UIf, con su pelaje húmedo pegado a su cuerpo liso, corría arriba y abajo por la orilla.

—Tenemos que buscar el barco, —indicó Stefan. —La tormenta puede haber obligado a Lang a moverlo.

—Este es el lugar más seguro para cruzar, —aseguró Lachlann.

—Cruzaremos, —dijo Stefan—, y buscaré el barco por esa orilla. Si no lo encontramos, viajaremos por tierra. Einar, ¿tienes tu arma?

—Sí.

Dado que los hombres del norte preferían las espadas y las hachas de batalla como armas, utilizaban el arco con poca frecuencia. Sin embargo, durante sus viajes, Einar había hecho trueque por uno y se había vuelto diestro en su uso.

Ambos hombres miraban fijamente al otro lado del río.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Stefan.

—¿Cruzar a nado y tirar la línea de vuelta aquí? —Stefan asintió.

Einar sonrió.

—Sí, soy tu nadador más fuerte y el mejor arquero. —Stefan sonrió y le dio una palmada en el hombro a su amigo—. Eres el nadador más fuerte y el único arquero.

Después de quitarse la ropa, Einar se puso el arco y el carcaj de flechas sobre los hombros. Todos observaron cómo luchaba contra las aguas embravecidas, los remolinos y los escombros flotantes. Finalmente se arrastró hasta la orilla, arrodillándose sobre manos y rodillas mientras recuperaba el aliento. Luego se levantó y rápidamente aseguró la cuerda alrededor de un gran roble. Ató el otro extremo de la cuerda a la flecha, le puso el culatín y la dejó volar. La flecha navegó, segura y rápida, hasta aterrizar frente a las botas de Stefan. Stefan miró hacia abajo y luego al otro lado de la orilla, hacia Einar. Ambos hombres rieron.

Pronto, el equipo, los caballos y los guerreros se movían cautelosamente por el agua que embravecida. Sólo quedaban Maigrey, el sacerdote guardián, Stefan, Lachlann... y el lobo...

—Sacerdote guardián, ¿es usted un buen nadador? —Preguntó Stefan.

—Sí, sire.

—Entonces le dejaré ir ahora. Maigrey le seguirá.

Kinner asintió y se quitó el manto. Maigrey lo dejó caer en una bolsa. Cuando fue a pasarle la correa por el hombro, Stefan se la arrebató.

—Yo la llevaré por ti.

Soplaba el viento y Maigrey se estremeció.

El sacerdote guardián le acarició el hombro.

—Hace frío y hará aún más en el agua, pero tenemos un reino y un santuario que salvar. Nuestro pueblo depende de nosotros.

Se volvió, se agarró a la cuerda y empezó a cruzar.

—Maigrey, —dijo Stefan—, es tu turno.

—Sí—. Se quitó el manto y lo dejó caer en su bolsa. Se echó la correa al hombro, pero Stefan también tiró de ésta y deslizó su brazo por la correa.

—No, Stefan, yo lo llevaré. Es mi talismán de la buena suerte.

—Estaré detrás de ti, Maigrey, y es más seguro que yo lo lleve.

Se miraron a los ojos. La lluvia caía sobre ellos. El agua resbalaba por sus rostros. El pelo de Stefan estaba recogido en la nuca, pero algunos mechones se habían escapado de la correa para posarse sobre su frente y sus mejillas. No se había tomado la molestia de afeitarse, y la barba incipiente oscurecía sus mandíbulas y su barbilla.

Recordando la profecía de Feich, Maigrey pensó que Stefan sí se parecía a la tormenta, al Sire de Thunder, el soberano de la noche y de la época oscura del año. Y este hombre era su marido.

—Por favor, Stefan, —le dijo—. Sé que intentas ayudarme, pero quiero la bolsa conmigo.

Stefan asintió, pero cogió las manos de ella entre las suyas.

—Ten cuidado, esposa, —Se inclinó y posó sus labios sobre los de ella. Brevemente, dulcemente, se besaron. Luego se apartó—. Que los dioses te protejan.

—Que te protejan a ti también, esposo.

Con una última mirada a Stefan, Maigrey se adentró en el río. Mientras el agua fría corría a su alrededor, aspiró el aliento. Le castañetearon los dientes. Stefan entró detrás de ella. Sólo ahora UIF saltó al agua, utilizando su poderoso cuerpo para luchar contra la corriente.

Más adelante, el sacerdote se había detenido. Una pequeña rama de árbol le había golpeado, y miraba salvajemente a su alrededor mientras se aferraba al cabo.

—Maigrey, —gritó—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —respondió ella.

En la cuerda detrás de Maigrey, Stefan gritó:

—No se asuste, sacerdote. Tire con los brazos y empuje con las piernas.

—Los dioses están enfadados, —gritó Kinner—. Mira. Nos maldicen.

Maigrey se volvió para ver un tronco de árbol que navegaba río abajo hacia ellos.

—¡Muévase, anciano! —tronó Stefan.

El árbol chocó contra una roca, rebotó y cruzó el río. Una enorme ola los golpeó a los tres con toda su fuerza. Kinner jadeó, gritó y perdió el agarre de la cuerda. Agitó los brazos, pataleó y chapoteó en el agua, luego consiguió agarrar la cuerda salvavidas con una mano.

—¡Ayudarme! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

—¡Sujétate! —gritó Maigrey.

Con los ojos ardiendo y mechones de pelo pegados a la cara, luchó contra la corriente. Tiró con los brazos. Empujó con las piernas. Por fin agarró la túnica del sacerdote en su puño. La correa de su bolsa se deslizó de su hombro.

—Agarra la cuerda, —ordenó.

Kinner agarró a Maigrey.

—A mí no, a la cuerda, Kinner.

—Maigrey. —Stefan llamó—. Ya voy.

—Coge la cuerda, —siguió gritando Maigrey mientras luchaba contra Kinner con una mano y se agarraba a la cuerda con la otra. Su bolsa cayó al agua.

—¡Mi bolsa! —gritó. Una oleada de agua la golpeó a ella y a Kinner. La cuerda le cortó los dedos; le quemó la palma de la mano, pero aguantó. Sentía como si le fueran a arrancar los brazos de las cuencas.

Kinner luchó. Pateaba y balanceaba los brazos.

Entonces Stefan estaba allí, con un brazo alrededor de ambos. Clavó un puño en la cara del sacerdote. Con un gemido, Kinner se hundió en el olvido. Stefan le cogió con un brazo y la cuerda con el otro.

—¿Estás bien, Maigrey? —llamó.

—Sí. —Respirando profundamente, se agarró a la cuerda con ambas manos.

Miró río abajo. Su bolsa se balanceaba arriba y abajo. La bolsa que su madre le había hecho.

Sus hierbas. Sus dagas. Le dolía el corazón al pensar que perdería su talismán mágico.

Ulf se arrastró hasta la orilla, descansó un momento, luego se levantó y se sacudió salvajemente. Dio vueltas y miró al otro lado del río como si buscara a Stefan.

—Maigrey, —volvió a llamar Stefan.

—Llévate a Kinner, —dijo ella entre jadeos—. Yo estoy bien.

—Os llevaré a los dos. —Stefan sujetó al sacerdote con una mano y la cuerda con la otra.

—No. —Ella aspiró el preciado aire en sus pulmones—. Puedo hacerlo. Necesito tiempo para descansar.

—Llévate al sacerdote, —gritó Lachlann, moviéndose a través de la línea—. Yo la ayudaré.

Asintiendo, Stefan cruzó lentamente el río con su carga. Cuando llegó al otro lado, miró de nuevo a Maigrey.

—Estoy bien. —llamó ella—. Puedo hacerlo.

Lachlann estaba justo detrás de ella.

Stefan tiró de sí mismo y del sacerdote hasta la orilla. Ulf corrió hacia él y le lamió la cara. Riendo, tosiendo, escupiendo agua, Stefan rodeó al animal con un brazo y lo abrazó con fuerza.

Colgada de la cuerda, avanzando lentamente hacia la orilla, Maigrey miró su bolsa. Estaba momentáneamente encajada contra una roca.

Stefan, atraído por la línea de su visión, también miró río abajo. Vio el cuero marrón meciéndose en el agua. La bolsa de Maigrey. Vio la consternación en su rostro y saltó al agua.

—¡No, Stefan! —gritó ella.

—¡No, Stefan! —gritó Einar.

Stefan era un nadador fuerte, pero estaba agotado tras su combate con el sacerdote. El agua intentaba atraparlo en sus remolinos y succionarlo hacia abajo. Le dolían los brazos y el pecho. Apenas podía respirar. Siguió adelante. A Maigrey le habían arrebatado brutalmente a su familia y a sus dos amigos. No la dejaría perder su bolsa.

Lo vio. Extendió la mano. Se balanceó contra la punta de sus dedos. Se alejó bailando. Con un estallido de energía, un gemido, se lanzó hacia delante y agarró la correa. Se le escapó; volvió a agarrarla.

La tenía. Se relajó, se hundió bajo el agua y se arremolinó.

Luego empujó hacia arriba y salió. Sacudiéndose el pelo de los ojos, miró a su alrededor para orientarse. Vio a todos ellos esperándole, corriendo por la orilla llamándole. Vio la rama del árbol que Lachlann y Einar extendieron hacia el agua.

Estaba cansado. Estaba demasiado cansado para moverse. Sus ojos se cerraron. La diosa del río le llamaba.

—¡Stefan! —Maigrey gritó—. Stefan, por favor, no te mueras. Agárrate a la rama.

Stefan abrió los ojos. Empapada, con la ropa pegada al cuerpo y el pelo rojizo enredado en la cara, Maigrey estaba arrodillada en la orilla, tendiéndole las manos. UIf ladró frenéticamente. Stefan no nadó hacia la rama. Nadó hacia ella, hacia su pequeña bardo. Pero no podía levantar los brazos. Sus piernas eran un peso muerto sobre su cuerpo, tirando de él hacia abajo... hacia abajo.

Entonces sintió que algo le agarraba la camisa. Oyó el gruñido y supo que era Ulf.

—Vuelve, —dijo Stefan, pero estaba demasiado cansado para convertirlo en una orden. El lobo tiró.

A lo lejos, Stefan oyó la voz de Maigrey.

—¡Stefan, no mueras!

—Canta —susurró—. Canta... Canta mi canción mientras…

Su mente se deslizaba hacia el olvido.

Entonces algo le pinchó en la cara. Abrió los ojos y maldijo. La rama del árbol. De alguna manera había chocado contra ella. No se agarró a ella, sino que quedó enredado en ella. Pero se aferró, y Ulf se aferró a él. Stefan se quedó quieto mientras permitía que los dos guerreros lo arrastraran.

—¡Por los dioses, Stefan! —maldijo Einar con rabia—. Si vuelves a hacer una tontería como ésta, te dejaré morir y te arriesgarás con los dioses.

Stefan sonrió. UIf se tumbó a su lado, recostando la cabeza sobre el muslo de su amo. Stefan frotó el hocico del animal. Sentada en el suelo mojado, Maigrey acunó la cabeza de Stefan en su regazo.

—Oh, Stefan, —susurró, apartándole los húmedos mechones de pelo de los ojos. Sus lágrimas y besos se mezclaron con la lluvia en su cara.

Cuando por fin se incorporó, le entregó la bolsa.

—Esposa, no creo que vuelva a hacer esto.

Maigrey rio temblorosamente.

—No, Stefan.

Stefan se puso en pie, arrastrando consigo a la temblorosa mujer.

—Maigrey— Se detuvo y la miró a los ojos, hinchados por las lágrimas. Luego la estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza, cálidamente—. Esposa, no tienes manto.

Entre dientes castañeteantes, ella dijo:

—Y tú no tienes ninguno para darme, marido.

En pocos minutos, Einar y Lachlann habían echado mantos secos a su alrededor.

—¿Seguiremos adelante… —preguntó Einar— o nos detendremos aquí?

—Si podemos encontrar refugio, —comentó Stefan—, acamparemos para pasar la noche. Si no, seguiremos adelante.

—Hay una caverna a cierta distancia por allí, —señaló Lachlann—. Es lo suficientemente grande como para albergar a algunos de nosotros. Tenemos suficiente luz del día para construir algunos refugios para los animales.

—Guíanos hasta ella, hermano.

Con Lachlann a la cabeza, comenzaron a caminar. Estaba anocheciendo cuando llegaron a la cueva. Sin hablar mucho, los guerreros empezaron a montar el campamento. Pronto ardía una gran hoguera en el centro de la caverna y los guerreros cortaban ramas para construir refugios adosados a las rocas y a los árboles dispersos. Una vez atadas las ramas con troncos, rellenaron las grietas con brezo y helechos. Era suficiente para mantenerlos relativamente secos.

Para dar intimidad a Maigrey y Stefan, los guerreros apilaron más ramas delante de la cueva. Stefan la ayudó a quitarse la ropa empapada. La secó con movimientos firmes y enérgicos, intentando dar calor a su cuerpo, color a su piel. Cuando estuvo vestida con una camisa y unos pantalones secos, se acurrucó bajo las mantas. UIf también se acurrucó en una vieja manta que Stefan le tendió entre su jergón y el fuego. Stefan se cambió rápidamente, extendió sus ropas sobre unos petates frente al fuego para que se secaran, y pronto estuvo junto a

ella, abrazándola.

—Stefan, —murmuró ella, con la cara apretada contra su enorme pecho, —estaba tan asustada. Creí que no sobrevivirías. —Ella se estremeció, pensando en él ahogándose.

Su abrazo se estrechó.

—No llores más, —susurró él—. No me ahogué y recuperé tu bolsa.

Ella contempló el rostro del hombre al que amaba más que a la vida misma.

—La bolsa es una de mis posesiones más preciadas, Stefan, pero no vale tu vida. Significas más para mí que cualquier cosa material—. Tumbado cerca de ella, le acarició la espalda hasta que se durmió.

Stefan no durmió. Se sentía diferente respecto a Maigrey. Por una razón que aún no había identificado -o que no estaba dispuesto a reconocer-, no había querido que ella hiciera el viaje a Thornsgate sin antes casarse con él. Sentía que su seguridad estaba en sus manos, no como su protector sino como su marido. Su padre la quería, Kinner se preocupaba por ella, pero Farlan representaba una amenaza para ella que sólo él, Stefan, podía destruir.

Además, se dijo a sí mismo, no había razón para que no la acompañara. El duelo entre él y Lachlann se había pospuesto... y esperaba encontrar pruebas que hicieran innecesario un duelo.

Stefan también admitió que no le había gustado la idea de que Maigrey buscara otro marido. Sus problemas y objetivos se estaban entrelazando tanto que resultaba difícil distinguirlos.

Por inquietante que fuera el pensamiento, el futuro de ella se había convertido también en el de él.

Capítulo 22

Stefan estaba soñando. Lo sabía, pero no podía despertar. Se estaba ahogando.

—¡Stefan!

Oyó a Maigrey gritar su nombre. La vio en la orilla. Pero la corriente lo succionaba bajo el agua.

—¡Stefan!

No podía llegar hasta ella.

—Despierta, Stefan.

Ella le agarró por los hombros y le sacudió. Sintió como si ella le sacara del agua. Mojado por el sudor, abrió los ojos y contempló el rostro de Maigrey, iluminado por el resplandor del fuego. Su respiración era agitada, los latidos de su corazón se aceleraron. Arrastraba aire hacia sus pulmones.

—Stefan, —la voz de Einar llegó desde el otro lado de las rocas—. ¿Has llamado?

—No, Einar, —respondió Maigrey—. Estaba... estábamos.

Einar rio suavemente.

—Le pido disculpas, mi señora, no pensé que los gritos de…

—¿Todo está bien? —interrumpió Maigrey.

—Sí, señora, todo va bien.

Agradecido a Maigrey por ocultar su angustia, Stefan se sentó. Se pasó las manos por el pelo.

Agarrando la cola de su camisa, se la pasó por la cabeza y la tiró a un lado del jergón. Con la misma rapidez, se despojó de sus pantalones húmedos, tirando de las mantas sobre sus piernas y caderas.

Se sentó a su lado.

—¿Otro de tus sueños?

—Ave.

Stefan respiró profundamente, dando la bienvenida a la brisa refrescante. Consideraba sus sueños y visiones una debilidad, y no había hablado de ellos con nadie... hasta que había visto la Colina del Laberinto. Entonces le había confiado un poco a Maigrey, y más plenamente a Lachlann porque Lachlann también tenía sueños. Él lo entendía.

Esta noche su sueño le atormentaba como ninguno de los otros lo había hecho.

—Lachlann y yo nos ahogábamos, —comentó—. Cada uno de nosotros llamaba al otro, pero estaba oscuro y no podíamos ver. Intenté alcanzarle, pero no pude encontrarle.

El viento arreció y Stefan se deslizó sobre el jergón, hundiéndose en el calor de las mantas y la suavidad de su mujer. Maigrey se acurrucó contra él y él la envolvió en sus brazos. Escuchó el río que corría fuera de la cueva. En su sueño estaba en la ladera de una montaña. De algún modo, tiró de Lachlann y ambos cayeron al río.

Stefan no estaba asustado por sí mismo. Era un nadador fuerte y había nadado en agua fría toda su vida. Pero estaba asustado por Lachlann.

—Creo en los sueños, —le dijo Maigrey—, pero a menudo el significado es diferente de los hechos reales. —Le pasó los dedos por el pelo—. Quizá hayas soñado esto esta noche por todo lo que ha pasado hoy.

—Puede que parte de ello haya sido causado por los acontecimientos de hoy, —admitió Stefan—. pero no todo, Maigrey. Fue real. —Se quedó callado durante un largo rato. Luego dijo —: Pasará.

—Todo saldrá bien. —Quiso añadir; Mi amor.

Stefan aún no se había hecho a la idea de lo que sentía por Lachlann. Al no haber tenido nunca un hermano, no estaba seguro de lo que debía sentir. Pero no quería que Lachlann muriera, no como en el sueño y no por su mano.

—Tengo el presentimiento de que Lachlann dice la verdad cuando dice que no sabe nada del robo de la dote de ruptura, —indicó Stefan—. Espero que encontremos al hombre que lo robó.

Maigrey continuó estrechándolo entre sus brazos. Sentía que él necesitaba su consuelo. Más aún, ella deseaba su cercanía.

—Por primera vez en mi vida, estoy empezando a entender mis sueños y visiones. Siempre creí que me veía a mí mismo, pero soñaba con Lachlann. —Stefan hizo una pausa—. Al principio me sorprendió saber que yo no era el hijo biológico de Lang. Pero ahora siento una plenitud que nunca antes había sentido. —Stefan se rio—. Mi madre me dijo que, cuando llegara el momento, lo entendería. Ahora lo hago.

Respiró profundamente y se quedó quieto. Sus manos empezaron a bajar por la espalda de Maigrey.

—A veces estoy casi seguro de que sé lo que piensa Lachlann. Sé lo que va a decir.

Se sumieron en un silencio de compañía, acariciándose mutuamente. Ella le pasó la mano por el amuleto del pecho.

—¿Stefan?

—Umm. —Él bajó la boca.

Maigrey levantó la cara al mismo tiempo y sus labios se rozaron. Mientras el deseo fluía ardiente por ella, se olvidó del broche del claustro. Deslizó las palmas de las manos por el pecho de él.

—¿Maigrey?

Ella sabía lo que él le estaba preguntando. Le había dicho que no caería en la tentación,

pero se trataba de Stefan Vaderfjord, el hombre al que amaba, el hombre que había arriesgado su vida para salvar su posesión más preciada.

—Sí.

Se sentó, apartando las mantas, y se despojó de su ropa. Luego se acurrucó contra él, deleitándose con el fuego que desprendían cuando sus cuerpos desnudos se tocaban.

Incluso si Stefan no hubiera salvado la bolsa, ella habría respondido lo mismo. No quería otro marido ni otro amante. Él era su hombre, y ella tenía un año y un día para convencerle de que le correspondía a las Tierras Altas y a ella.

En el momento en que sus labios tocaron los de ella, un rápido torrente de pasión le recorrió las venas. Stefan esparció besos por su clavícula mientras sus manos exploraban su cuerpo, excitándola con su febril búsqueda. Captó sus gemidos de placer con sus besos.

Cuando levantó la boca de la de ella, le pasó la mano por el pelo.

—Gracias por salvar la bolsa, —susurró ella.

—Esto no es un agradecimiento por eso, ¿verdad? —preguntó él.

—No, —respondió ella—. Quiero hacer el amor contigo.

—Y lo haremos.

Su dedo tocó la suave boca de ella. Ella separó los labios y se lo llevó a la boca. Lo rozó con los dientes y con la lengua, subiendo por un lado, bajando por el otro. Lo chupó, pasando la lengua por encima y alrededor de la punta.

Retiró la mano y pasó el dedo húmedo sobre sus pechos, rodeando las areolas. Luego cambió de peso, deslizando ambas manos por debajo de sus pechos. Se deleitó con la sensación del peso suave como el satén en sus palmas. Besó las suaves hinchazones hasta llegar a una tentadora cresta. Sus labios se cerraron sobre ella y succionó. El deseo inundó su cuerpo.

—Nadie más, —murmuró él, su aliento rozando la piel húmeda y avivando el deseo de ella a un tono cada vez más alto.

—¿Nadie más qué? —murmuró ella, inundada por un torrente de pasión—. No quiero que nadie más ame tu cuerpo como yo.

—¿Hablas de mis pechos? —preguntó ella.

Ella sintió el tentador roce de su boca contra su carne altamente sensibilizada mientras él asentía.

—Algún día los tendrás que compartir con un bebé, Stefan.

Él la soltó y levantó la cabeza.

—Sí, esposa, con nuestro bebé.

La cabeza de Stefan bajó y sus labios tocaron la punta de la nariz de ella.

—Creo que debería estar celoso de esa cosita.

Sus palabras hicieron que el placer recorriera a Maigrey.

—No, Stefan, las diosas han dado a la mujer un cuerpo especial. Ella entrega su cuerpo a su guerrero en amor y recibe su semilla de vida. Ella lo sostiene dentro de su cuerpo mientras

crece y se convierte en un bebé, y su corazón alberga amor más que suficiente para su guerrero y sus bebés,

Puso la palma de su mano sobre el vientre plano de ella.

—Aquí está el caldero donde ella guarda la semilla de la vida—. Luego guió su mano más abajo—. Aquí es donde ella recibe a su guerrero en el caldero.

Los dedos de Stefan se enroscaron suavemente en ella mientras volvía a captar sus labios, con urgencia. Maigrey se retorció bajo las caricias de amor, con el estómago congestionado por el dulce dolor del deseo. Como si fuera la primera vez que se apareaban, Maigrey recuperó el aliento y gimió suavemente. Se arqueó, empujando con más fuerza contra la mano de él.

—Oh, esposo —gimoteó Maigrey—, me haces sentir como el río fuera de nuestra cueva.

—¿Cómo es eso, Maigrey?

—El deseo por ti me recorre el cuerpo. Eres el trueno, el relámpago, la lluvia.

Como el relámpago y el trueno iban juntos, así iban ella y Stefan. Gracias a él, Maigrey conoció el gozo de la comunión perfecta entre hombre y mujer.

Enredó las manos en su pelo y acercó su cara a la suya. Sus labios capturaron los de él y atrajo su cuerpo sobre el de ella. Su pecho enmarañado de vello rozó los pechos palpitantes de ella; el vientre lleno de músculos se frotó contra el más blando de ella.

Metió la rodilla entre los muslos de ella, separándole las piernas con cuidado. Con el mismo cuidado bajó, su dureza presionó contra la suavidad de ella. Ella estaba preparada. Él lo sabía.

—Esposa, —Con la mano la preparó suavemente para la entrada. Sus labios se cerraron sobre los de ella.

Simultáneamente ella recibió su lengua en su boca y su virilidad en su feminidad. Se besaron. Salvajes. Urgentes. Exigentes. Las manos de ella acariciaban mientras le daba placer. Las caderas de ella se balanceaban con el movimiento de él, aumentando su anticipación.

Empezó a moverse más deprisa. Sus brazos se cerraron alrededor de su cuerpo y sus dedos se clavaron en su espalda. Ella se arqueó para recibirlo más profundamente; se retiró, luego se arqueó de nuevo... y otra vez. Ella no quería ningún acoplamiento suave. Realmente quería convertirse en una con la furiosa tormenta que era su marido. Cuanto más empujaba él, más se elevaba Maigrey. Como un rayo de luz, el placer la atravesó hasta incendiarla en lo más profundo de su ser. Ella jadeó; él se tensó.

Llegaron juntos a la culminación, sus gritos siendo la esencia de su beso.

Yacieron en el apacible resplandor posterior, sin apenas moverse, sin apenas respirar, sin atreverse a romper el hechizo que los unía. Se deleitaron en su mento de unidad, un momento que nadie, nada, podría arrebatarles. Cayeron en un sueño saciado en los brazos del otro.

El pelo de la mujer, brillante como el oro hilado, colgaba por su espalda en una larga y espesa trenza. Su manto rojo le caía hasta los tobillos y se arremolinaba alrededor de su cuerpo alto y esbelto. Su suave risa bailaba en el viento.



La mañana había amanecido fresca y soleada, y Maigrey yacía sola en su jergón de la cueva, disfrutando tanto del resplandor de su encuentro amoroso con Stefan como del calor del fuego. Se quedó mirando a la mujer que estaba hablando con su marido.

Maigrey no sabía quién era la desconocida, pero era una mujer sorprendentemente hermosa. Ojos muy abiertos. Labios carnosos. Rostro ovalado. Cabello dorado. Era la combinación de estos rasgos lo que le daba una apariencia que los hombres encontraban seductora.

Aunque a su alrededor había arreciado una tormenta, esta mujer era la esencia del verano: cálida, alegre y luminosa.

Una ráfaga de viento hizo ondear el manto rojo a un lado y Maigrey vio que la desconocida llevaba camisa, pantalones y botas. En su cintura llevaba atadas una espada y un puñal. También era una dama de guerra.

Contenta por el calor del fuego, Maigrey bajó las mantas, se vistió rápidamente y se calzó las botas. En cuanto se hubo peinado, estaba en pie, echándose el manto por encima de los hombros. Salió corriendo de la cueva.

A lo lejos, Cassian y Einar ladraban órdenes mientras los guerreros cargaban su equipo y sus caballos a bordo de un barco. ¡El barco de Stefan! Maigrey volvió a mirar. Evidentemente, Lang había llegado durante la noche.

Uiff correteaba de un lado a otro de la orilla y subía y bajaba del barco.

—¿Has encontrado tú barco, Stefan? —preguntó Maigrey mientras se unía a Stefan

—No, Maigrey, no es mío —Stefan rodeó a Maigrey con un brazo—. Este pertenece a Lady Brenna. Lady Brenna, permítame presentarle a Maigrey hija de Morcar.

La mujer miró a Maigrey con ojos grises centelleantes.

—¿Se da cuenta, señora, de que vale usted cinco libras de oro si la llevo a Thornsgate y se la presento sana y salva a Farlan?

Maigrey rio suavemente.

—Mi valor ha subido. Cuando salí de Thornsgate, Farlan pensó que yo valía sólo una libra. Sus hombres pagaron tres. Ahora son cinco. —Volvió a reír—. Si vivo lo suficiente, mi valor será bastante alto.

—Señora Brenna, —comenzó Stefan.

—Brenna, —le corrigió la mujer, sus labios carnosos curvándose en una sonrisa luminosa —. Cuando elegí ser capitana, sire, dejé atrás las formalidades. Sólo se me conoce como Brenna la Capitana.

—Una capitana, —dijo Maigrey.

—Un marino de las Tierras Altas, mi señora, no un asaltante marítimo, —explicó Brenna —. Ni yo ni mis hombres participamos en el asalto a su pueblo. Hoy, por ser amigo de su primo,

Rob, estoy aquí para ayudarle a reclamar el Alto Asiento.

Sorprendida, Maigrey dijo:

—¿Lo sabes?

—Sí, comercio con los athdarianos. Mientras navegaba río arriba, vi el barco del norteño escondido en una cala. Se lo dije a Rob.

—¡Rob! —exclamó Maigrey.

—Sí, a su primo. Les conté a él y a sus dos amigos lo del barco, y pensaron que podrían ser los asaltantes del mar que habían atacado el pueblo. Puse a mis hombres a vigilar. Finalmente llegó sire Lang y tuvimos una larga charla. Le estaba esperando. —Brenna se rio—. Voy a transportarla a Thornsgate a bordo de mi barco.

—¿Dónde está Lang? —preguntó Maigrey.

—Se ha adelantado, —explicó Brenna—. Como conozco las vías fluviales mejor que él, le envié por la ruta más fácil. —Sus ojos grises centellearon—. Y envié a Rob y a dos de sus amigos como navegantes.

—Dettra y Bhaltair. Los Puñales de Plata, —gritó Maigrey—. Están libres.

—Sí, y estoy segura de que cuando la vean, tendrán una historia sobre una audaz huida que contarle, —bromeó amablemente—. Están guiando a Lang y a sus guerreros hasta la Piedra del Refugio. Vamos a navegar por el Río Traicionero.

El miedo envió escalofríos por el cuerpo de Maigrey.

—Capítana Brenna, —dijo—, los que han vivido por la zona toda su vida y conocen las vías fluviales no se aventuran por el Río Traicionero.

—Sí, por eso lo haremos, —respondió Brenna—. Usted y Stefan rodearéis la aldea. Stefan y Lachlann vendrán por tierra, Lang y yo por agua.

—¿Lucharás con nosotros?

—Sí. Normalmente no me involucro en estos asuntos, —dijo Brenna—, pero no me gusta Farlan y no me gusta lo que le ha hecho a Thornsgate.

En ese momento llegaron dos guerreros de las Tierras del Norte, cargando entre ellos el seguro cofre de Stefan. Uno desató las correas y levantó la tapa. Pronto había colocado la balanza. Mientras medía el oro y la plata, el otro guerrero llenaba varias bolsas. Cuando se completó la transacción, Maigrey observó que el cofre de Stefan estaba vacío.

—Gracias, sire —Brenna sonrió a Stefan. El brillo de su sonrisa la transformó de una mujer corriente en el mismísimo sol.

—Es lo menos que puedo hacer para devolverle toda su ayuda —dijo Stefan. Aunque él y la mujer no estaban flirteando, una sacudida de celos golpeó a Maigrey al presenciar el cambio entre su marido y la mujer. Reforzó su sentimiento de incertidumbre en lo que a Stefan se refería. Sabía que él la deseaba, pero por lo demás no estaba segura de sus sentimientos ni de sus motivos. Se había desposado con ella, pero el suyo era un matrimonio temporal.

Anoche se habían apareado. Maigrey había querido ahuyentar los demonios de Stefan tanto como satisfacer su necesidad de él. En las sombras de la noche y al resplandor de la luz del

fuego, a Maigrey le había parecido que su apareamiento había ido más allá de la mera lujuria, aunque Stefan nunca le profesó amor. Para Maigrey había sido una maravillosa experiencia de amor. Mientras tocaba el anillo de Stefan en su mano, sólo podía preguntarse qué significaba su unión para Stefan. A la luz del día se vio obligada a admitir que para él probablemente sólo era una gratificación carnal.

Stefan le devolvió la mirada escrutadora, pero ella no sabía nada de sus pensamientos.

El viento sopló con renovado fervor, separando el manto de Stefan. El amuleto brillaba en su nido de crujiente vello negro del pecho.

—Su amuleto —dijo Brenna.

Maigrey echó un vistazo y vio a la Capitana mirando fijamente el medallón de oro. Se puso tensa. Se preocupaba cuando alguien mostraba un interés inusual por el amuleto. Temía que su secreto fuera revelado para que todos lo supieran. También sentía un profundo sentimiento de culpa. Su padre le había confiado el broche y ella no había sabido salvaguardarla.

—Es una artesanía única, —dijo Brenna.

—Sí, —replicó Stefan, con tono despreocupado. Recogió el amuleto entre el pulgar y el índice y se lo tendió.

—Yo se lo di. —dijo Maigrey, reivindicando a Stefan, no gustándole el interés que Brenna la Capitana estaba mostrando por su marido—. Fue diseñado y confeccionado por una religiosa que vive en un claustro de la arboleda.

Brenna lo miró atentamente.

—Sí, las dríades. Son orfebres de renombre. También llevo un talismán hecho a mano por...una de ellas.

Kinner, que paseaba junto al río, les dirigió una mirada que aumentó la preocupación de Maigrey. Ella no apreciaba la forma en que Stefan parecía alardear del amuleto. Stefan lo dejó caer y se ciñó más el manto.

Kinner saludó y siguió caminando. Deseando que Stefan le devolviera el broche, preguntándose qué pensaba hacer con él, Maigrey los dejó y entró en la cueva.

Quería a Stefan y confiaba en él. Pero él le había dicho una vez que no creía en sus dioses. Por lo tanto, no veneraba el claustro ni sus posesiones. Para Maigrey los tesoros eran objetos sagrados. Para Stefan eran un botín que había que tomar.

Maigrey estaba enrollando su jergón y atándolo cuando oyó la llamada de Kinner.

—Adelante, Sacerdote Guardián.

—Me preocupa navegar con esta mujer, Maigrey. No sabemos nada de ella. Podría ser cómplice de Farlan.

—Sí, yo también he estado pensando en esa posibilidad. —Recogió sus ropas y las de Stefan que se habían secado frente al fuego—. ¿Oíste las buenas noticias sobre Rob, Dettra y Bhaltair?

El sacerdote sacudió la cabeza.

—La Capitana dijo que los tres están libres. Están navegando con Lang.

—Por supuesto, —dijo Kinner en voz baja—, ¿eso es lo que afirma la Capitana?

—Sí.

—¿Dónde afirma ella que Lang va a desembarcar?

Maigrey pensó un momento.

—Ella no lo dijo. Pero vamos a navegar por el Rio Traicionero.

Los ojos de Kinner se redondearon.

—¡Por los dioses, la Capitana hará que nos maten a todos!

Maigrey se rio.

—Hablaré con Stefan de ello.

Kinner le estrechó las manos.

—Por favor, hazlo, Maigrey, y recuerda que eres la reina.

Para cuando Stefan se unió a ella, sus bolsas estaban en la boca de la cueva esperando a ser atadas a los caballos.

—Bien, —dijo—. Estás lista para partir. —Llevaba el casco bajo el brazo y su manto ondeaba con la brisa de la mañana.

—Sí. —Se puso la capucha sobre la cabeza—. ¿Te parece prudente confiar en esta mujer? Es capitana, Stefan, y los cómplices de Farlan eran marinos. Y sólo tenemos su palabra sobre Lang, Rob y los otros Dagas de Plata.

—Sí, creo que es digna de confianza, —respondió—, pero aunque no lo fuera, me arriesgaría a utilizarla.

—¿A riesgo de que nos haga caer en una trampa elaborada por Farlan?

—Por una oportunidad de salvar tu reino. —Stefan la miró a los ojos—. Por el momento, necesitamos llegar a Thornsgate lo antes posible. Soy tu paladín y te protegeré. Deja que yo me preocupe del resto.

—Si has vaciado tus arcas personales para salvar mi reino, —dijo Maigrey—, te lo pagaré doblemente cuando...

—¿Has olvidado que Thornsgate es también mi reino?

Maigrey respondió con la misma suavidad.

—Por un momento, lo había hecho.

—Entonces lo que hacemos, Maigrey, es por nuestro reino.

Ella asintió.

—Si he de reclamar el trono para ti, y evitar que Farlan mate a gente inocente, debo llegar a la aldea cuanto antes. Y ya sea Brenna digna de confianza o no, ella y su barco ofrecen el método más rápido de transporte.

—Sí. —Maigrey se retorció las manos.

—Maigrey —Stefan le tendió la mano, y ella se puso en sus brazos—, debes confiar en mí.

—Es difícil hacerlo, Stefan, cuando no estoy segura de tus motivos. —Ella apoyó la cabeza en su pecho.

—No importa lo que pienses, no importa lo que ocurra, siempre sabrás que soy tu protector, Maigrey, para luchar contra tus dragones. Salvaré a tu reino, pero debo tener tu confianza.

Era un hombre duro, nacido en la agreste grandeza de las Tierras Altas pero criado en la dura frialdad de las Tierras del Norte. Sin embargo, Maigrey había visto su lado amable. Y sabía que era un hombre que nunca se retractaba de su palabra. Ella confiaba en él.

—Brenna es una mujer hermosa, —dijo.

—Sí, lo es, —admitió Stefan. Metió la mano bajo la barbilla de Maigrey y le levantó la cara—. Pero no es ni de lejos tan hermosa como tú, Maigrey. Eres el fuego que un hombre necesita para mantenerse caliente.

—¿Un hombre, esposo?

—Eres el fuego que necesito para mantenerme caliente, Maigreyy.

Ella levantó la cara para aceptar sus besos. Largos. Profundos. Completamente excitantes, con la promesa de más por venir.

—Ah, Maigrey, —respiró él, con voz ronca—, no puedo tocarte sin desearte.

—Me alegro de haberte encendido con el mismo deseo que arde dentro de mí, esposo.

—Stefan, —gritó Einar desde la distancia—, el barco está cargado. Estamos listos para zarpar.

—Sí, mi señora y yo iremos enseguida.

El viaje fue duro y el río traicionero, haciendo honor a su nombre, pero Brenna era una excelente capitana. Sus hombres la respetaban y seguían sus órdenes sin rechistar. Stefan y UIf eran marineros experimentados, pero Lachlann y Kinner se pusieron verdes, y Maigrey se colgó de la borda y tuvo arcadas.

Se sintió agradecida cuando, tras dos días y una noche de viaje, navegaron hasta una pequeña cala al sur de Thornsgate. Sintió un momento de intenso enojo cuando el lobo, más juguetón que nunca, saltó del barco, mientras ella estaba tan débil que Stefan tuvo que ayudarla. En cuanto estuvieron en tierra, Stefan, Lachlann y Maigrey fueron a espiar las tierras cercanas y el puerto.

Manteniéndose a cubierto de los árboles, subieron a la elevación. El sol de la mañana brillaba dorado contra el horizonte y rasgaba el agua.

—Nos acercamos por la parte trasera de la aldea. —explicó Maigrey—. Nuestro puerto se encuentra en la Piedra del Refugio, y el Gran Salón da a ella. Nadie sospechará que hemos navegado por el Río Traicionero.

Superaron la siguiente pendiente y se detuvieron. Los árboles habían empezado a ralear, y bajo ellos se extendía la hermosa cañada de Muir. Salpicando el paisaje hasta donde alcanzaba la vista había granjas individuales.

—¿El edificio rectangular más grande es el Gran Salón? —dijo Stefan, atrayendo de nuevo la atención de Maigrey hacia el pueblo.

—El más pequeño es para los hombres del rey que no están casados. Esos son talleres, —añadió, señalando un grupo de edificios a lo largo de la calle principal—. Las redondas con tejados de paja son casas individuales.

Los aldeanos acababan de empezar a despertarse, entrando y saliendo de las casitas y a lo largo de los caminos.

—Farlan sabrá que venimos mucho antes de llegar, —dijo Stefan.

Lachlann asintió.

—Tendremos que entrar con una demostración de fuerza.

—Bajo ninguna condición debe conseguir Maigrey, —dijo Stefan, con un tono acerado en sus palabras.

En cuanto los dos guerreros hubieron memorizado el terreno y los puntos de referencia, regresaron al barco, donde los guerreros estaban rompiendo el ayuno. Stefan y Lachlann los convocaron a todos. Les describieron la aldea y les explicaron su plan de ataque.

Comiendo pescado seco y fruta, Maigrey escuchó. Con el ceño fruncido, Kinner se paseaba.



—¿Sabes lo que tienes que hacer, Brenna? —preguntó Stefan.

—Sí, —respondió ella—. Y le daré tus instrucciones a Lang para que él y sus guerreros sepan lo que deben hacer.

—¿Estás seguro de que puedes prescindir de algunos de tus propios hombres? —Ella asintió—. Vosotros los necesitáis mucho más que yo.

—Eso es cierto, —Stefan estuvo de acuerdo.

Lachlann dijo:

—Contando a los tuyos, Brenna, tendremos ochenta guerreros cabalgando con nosotros. Pero eso os deja a ti y a Lang para proteger la nave con menos de veinte.

—Serán suficientes, —le aseguró Brenna.

—¿Cuánto tiempo necesitas para llegar a Lang? —preguntó Stefan.

—Puedo llegar a éln antes del mediodía, —dijo ella.

Stefan asintió.

—A mediodía marchamos.

—Sire, —llamó Kinner—, estáis cometiendo un error. Al marchar contra Farlan, está poniendo en peligro la vida de los prisioneros. Farlan no dudará en matarlos.

—Sí, sacerdote, —dijo Stefan—. Por eso no podemos retrasar nuestro ataque.

—¡Maigrey! —una voz masculina joven llamó desde el bosque detrás de ellos.

—¡Rob! —Maigrey se giró para ver a un joven salir de entre los árboles y acercarse a ella. Ella había pensado que era Rob. La voz sonaba como la suya. Pero este hombre no se parecía en nada a su primo.

Un gran turbante envolvía su rostro de piel oscura. Llevaba una camisa de mangas largas y unos pantalones igual de anchos. En los pies llevaba sandalias. Llevaba una flauta en una mano y una cesta en la otra.

Maigrey se acercó.

—¿Rob?

Él se rio y abrió los brazos para ella. Riendo y llorando a la vez, corrió hacia él.

—Oh, Rob, he estado tan preocupada por ti, —Ella se apartó—. ¿Por qué vas vestido así?

—He estado espiando en la ciudad y en el claustro, —respondió él—. Recuerda lo que nos dijo Morcar. Lo más obvio es lo que pasa más desapercibido.

Maigrey le acarició la cabeza cubierta con el turbante.

—¡Maigreyy! —protestó Rob, esquivando su contacto.

—Esposa —dijo Stefan, uniéndose a ellos—, estás avergonzando al guerrero.

—Pero es mi primo, —contestó ella, sin arrepentirse, pero apartándose.

Cogiendo la mano de Stefan, tiró de él para acercarlo.

—Bueno, norteño—, dijo Rob—, nos volvemos a encontrar.

—Pero en circunstancias diferentes, —indicó Stefan. —Ahora soy el marido de tu prima.

—Así nos lo explicó tu padre, —comentó Rob—. También nos dijo que tú y el Alto Rey Lachlann de Escocia del Norte sois hermanos gemelos idénticos.

—Sí.

—¡Rob! —Kinner se acercó a donde estaban parados.

—Sacerdote Guardián, —dijo Rob, devolviéndole el saludo.

—Tu padre y yo hemos estado preocupados por ti.

—Teníais derecho a estar preocupados, —replicó Rob—. Tú y Morcar no bien se fueron esa noche cuando los hombres de Farlan estaban tras de mí. Es como si supieran adónde iba.

—Lo sabían, —respondió Kinner—. Blar se lo dijo.

Rob se balanceó sobre sus talones.

—¿Blar?

—Sí, es el sacerdote traidor.

—No, —respondió Rob—. no puede ser él. La noche que escapaste lo encontré

—No importa lo que pienses, —interrumpió Kinner—. Blar nos ha traicionado. Se pegó a ti para saber cuándo Maigrey regresaba a Thornsgate.

—¿Mi padre acusa a Blar? —preguntó Rob.

—Mi padre siempre supo que uno de los miembros del claustro era un traidor, —respondió

Maigrey.

—¿Dijo tu padre que era Blar? —insistió Rob.

Maigrey negó con la cabeza.

—No, pero estaba débil, y no discrepó de Kinner cuando anunció la traición de Blar.

Rob frunció el ceño con incertidumbre y cambió de tema.

—Tengo una gran deuda de gratitud con Brenna. Ella se aseguró de que no me volvieran a capturar.

—Tengo un agudo sentido de la justicia, —explicó Brenna—. Vine aquí para comerciar y estaba navegando fuera del puerto cuando vi a seis guerreros persiguiendo a uno. Seis contra uno no es una lucha justa. Mis hombres y yo igualamos las probabilidades para Rob. Le invitamos a navegar con nosotros, pero prefirió quedarse atrás para ayudar a sus amigos.

—¿Quiénes son los otros prisioneros de Farlan y dónde están retenidos? —preguntó Stefan.

Rob respondió.

—Los diez miembros del Alto Consejo están retenidos en el claustro. Los habríamos liberado, pero Farlan sigue teniendo un ejército formidable, bien entrenado y equipado.

Tirando de Rob hacia abajo con éln, Stefan se acuclilló cerca del suelo. Otros guerreros, entre ellos Malcolm, Einar, Cassian y Brenna, se reunieron alrededor. Maigrey y Kinner escuchaban.

Stefan cogió un palo y empezó a dibujar.

—Aquí está la aldea y los dos ríos. Aquí estamos nosotros y así es como planeamos atacar.

Cuando Stefan terminó de hablar, Kinner dijo:

—Sire Stefan, envíame a mí y a varios guerreros al Gran Salón. Digámosle a Farlan que Maigrey es la heredera del Alto Trono y que ella y su marido han venido a reclamarlo. Quizá aún podamos evitar el derramamiento de sangre. —Se retorció las manos—. Nunca en mis días Thornsgate ha estado en guerra.

—No confío en Farlan, —indicó Stefan. —Mi hermano cree que tiene guerreros deshonrosos a su servicio, forajidos del norte de Escocia. No podemos negociar con gente así, Sacerdote Guardián. Además, no tengo intención de exponer a Maigrey al peligro.

—No puedes impedir que cabalgue contigo, Stefan—, dijo Maigrey en voz baja.

—¡No!

—En las Tierras Altas, las mujeres suelen ir en bote con sus hombres.

—No has sido entrenada como guerrera, —argumentó Stefan.

—He sido entrenada para usar la espada, la lanza y las dagas. Y lo que es más importante, yo soy la reina y dirigiré mis fuerzas.

Ella le dirigió una mirada comedida, haciéndole saber que no cambiaría de opinión.

—Ella tiene razón, Stefan, —dijo Lachlann en voz baja—. Como reina de Thornsgate, tiene derecho a dirigir a sus guerreros.

—Que así sea, —dijo Stefan con dulzura.

—Maigrey. —llamó Kinner—: Deseo hablar contigo.

—¿Sobre qué? —preguntó Stefan.

Kinner miró de Stefan a Maigrey.

—Creo, sire, que dadas las circunstancias, debería confiarse a otra persona el broche sagrado del claustro... por si acaso.

—Sí, Stefan, —dijo Maigrey—. Tal vez...

—Tu padre te lo confió a ti, —dijo Stefan—. Y lo has puesto en un lugar seguro. Además, esposa, tu padre vive al igual que el secreto.

—Sire Stefan —comenzó Kinner—. He hablado sobre el asunto.

Maigrey deseó haber sido más cuidadosa con el amuleto, que Stefan nunca se lo hubiera quitado. Al igual que Kinner, se preocupaba por su seguridad, pero no tenía más remedio que confiar en Stefan.

—Será un día triste para el reino, Sire, si ese amuleto cae en las manos equivocadas, —advirtió el Sacerdote Guardián.

—¡Sí, Kinner, lo sería! —gritó una profunda voz masculina desde las profundidades del bosque.

Como golpeado con un garrote, Kinner dio un respingo.

—¿Blar? —Miró a su alrededor salvajemente—. ¿Eres tú, Blar?

—Sí, Kinner, soy yo. ¿Te sorprende?

El enorme sacerdote guerrero salió de entre los árboles. Vestido con camisa y pantalones, se había atado una espada y una daga a la cintura. Su capa estaba echada negligentemente sobre un hombro. Tenía la cara oscurecida por los moratones, los labios y la frente hinchados por los cortes. La sonrisa de Blar era dura y cínica.

—Tal vez pensaste que estaba muerto. Un sacerdote, un hombre al que creía amigo, intentó matarme.

—Eres un traidor. ¡Matarle! —gritó Kinner.

Conmocionada, Maigrey se quedó boquiabierta. Stefan y Lachlann no se movieron. Dettra y Bhaltair salieron del bosque y se situaron detrás de Blar. Rob se acercó para unirse a ellos. Y entonces una mujer que llevaba una capa con capucha también se materializó saliendo del bosque.

Kinner señaló a Blar.

—Es el hombre que nos traicionó. Ahora pretende llevarse el amuleto sagrado para que él y Farlan puedan robar las riquezas del claustro.

Blar cruzó los brazos sobre el pecho en una postura de inmovilidad.

—Tus mentiras no te llevarán a ninguna parte esta vez, Kinner. El Alto Consejo de Sacerdotes ya se ha reunido.

—¿Cómo podrían? Los guerreros de Farlan los están custodiando.

—No, los hombres de Farlan se asustaron y muchos le abandonaron. Nosotros nos encargamos de los pocos que quedaron. Sabemos que nos traicionaste.

—Estás mintiendo.

—Ojalá fuera así, mi amigo. Traicionaste a tus dioses, a tus amigos y, sobre todo, a ti mismo por una oportunidad de convertirte en el sumo sacerdote del santuario y en el Anciano de las Noches y los Días.

—No tienes pruebas de ello, —señaló Kinner—. Es tu palabra contra la mía.

—Tengo un testigo. —Blar hizo un gesto y el anciano dio un paso adelante. Se apartó la capucha de la cabeza.

—No, —susurró Kinner, con el color escurriéndose de su rostro.

—Sí, es la sirvienta que te oyó conversar con Farlan en el Gran Salón.

—¡Miente! —Kinner gritó salvajemente.

—Ella no podría haber sabido del estuche del broche en el que estaba escondido el amuleto sagrado si no lo hubiera visto y oído a alguien hablar de ello. A ti, Kinner. Ella os oyó a ti y a Farlan.

—¡No!

—Sí, Sire sacerdote guardián, —dijo la mujer—, tú eres el que vino a ver a Lord Farlan. Le oí hablarle del norteño llamado Stefan Vaderfjord que había llegado a las Tierras Altas para matar a Lachlann mac Gordon.

Atónita, Maigrey escuchó mientras la anciana repetía la conversación entre Kinner y Farlan, relatando detalles del matrimonio de Lachlann y Astrid, el pago de la dote de ruptura y su posterior robo por los piratas.

—Basta, buena mujer —dijo Blar.

Hizo un gesto y las tres Dagas de Plata rodearon a Kinner.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —gritó.

—Rob, Dettra y Bhaltair van a llevarte al santuario —indicó Blar—. Allí esperarás el juicio.

—No. —Kinner tembló—. Sabes lo que me harán, Blar. Mátame ahora. No dejes que me arrojen al Lago de las Brujas.

Mientras Kinner seguía suplicando y gimiendo, las Dagas de Plata se lo llevaron a rastras. Blar se volvió hacia Maigrey.

—Ah, Maigrey, me alegro de que estés en casa y de que Morcar esté bien.

—Blar, —dijo Maigrey—, me alegro de que estés bien y a salvo. —Sacudió la cabeza—. Creí a Kinner. No tenía ni idea de que era él quien nos había traicionado.

—Ninguno de nosotros lo supo hasta la noche en que Kinner y Morcar escaparon, —comentó Blar—. Yo también escapé, pero Kinner me encontró en el bosque detrás del claustro. Me atravesó el hombro con una daga y me dio por muerto. Si esta buena mujer no me hubiera encontrado, yo habría muerto. Para cuando pude viajar, Morcar y Kinner estaban demasiado lejos para alcanzarlos. Recé para que Kinner no se enterara de la ubicación de los broches

sagrados.

—No lo hizo, —aseguró Maigrey—. Tampoco le dijo mi padre que soy heredera del Alto Asiento hasta después de que hubieran llegado a salvo a la aldea de Lachlann.

—¿Y Morcar está bien? —preguntó Blar.

—Sí, —asegutó Maigrey—. Todo está bien. —Cogió la mano de Stefan y lo acercó—. Sacerdote Guardián, me gustaría presentarle a mi marido, Stefan Vaderfjord.

—Rob me habló de tu matrimonio, —dijo Blar. Su mirada pasó de Stefan a Lachlann.

—Lord Stefan, usted y su hermano sí que se parecen. —Luego Blar se volvió hacia Maigrey—. Mi Señora reina, ofrezco mis servicios a usted y a su esposo. ¿Marcharemos a la aldea del rey para que podáis reclamar el Alto Asiento?

—Sí, sacerdote guardián.

A Stefan Blar le dijo:

—Tengo doce hombres que ofrecen sus servicios.

—Gracias, sacerdote guardián, —respondió Stefan—. No tenemos ni idea de la oposición que encontraremos cuando marchemos hacia la aldea del rey.

—Yo tampoco, —respondió Blar—. No hemos podido averiguar cuántos guerreros se han mantenido leales a Farlan.

—Sire Stefan, —dijo Brenna—, partiré ahora.

—Que los dioses te acompañen, Brenna, —dijo Maigrey.

—Sí, mi señora reina, y que también estén con usted. —Brenna sonrió y saludó con la mano mientras se adentraba en el bosque.

Stefan rodeó con sus brazos el hombro de Maigrey y la abrazó contra sí.

—Ya es hora, mi reina.

—Sí, esposo, ya es hora.

Capítulo 23

Justo antes del mediodía, su ejército estaba reunido y listo para marchar.

—Eesposa, —dijo Stefan—, desearía que no cabalgarais con nosotros. Temo por tu seguridad.

—Lo sé, —murmuró ella—. Porque soy la reina de Thornsgate.

—No, porque eres Maigrey, —respondió él—. La que amo.

—¿La mujer que amas? —repitió ella lentamente.

—Sí, Maigrey hija de Morcar, te amo, —aseguró Stefan en voz baja—, y creo que lo he hecho desde que te vi con Ardac y sus hombres.

Ella levantó la cabeza, él bajó la suya al mismo tiempo, y sus labios se encontraron en un beso ardiente y exigente. Maigrey hundió los dedos en los hombros de Stefan; él la abrazó tan fuerte que ella no podía respirar.

—Oh, Stefan, —susurró ella—, te quiero tanto.

Él le besó las mejillas, la frente, la punta de la nariz. Luego reclamó su boca. Por fin la apartó con suavidad, manteniéndola sujeta por la cintura.

—Por favor, quédate aquí, mi amor. Debo saber que estás a salvo.

—No puedo. —Ella le rogó que comprendiera.

—Entonces será mejor que sepas, mi amor, que protegeré el broche con mi vida.

Éstas eran las palabras que Maigrey había deseado oír.

—Sí, Stefan lo sé. Te lo confío plenamente.

—Ya no crees que quiera el tesoro

—Puede que lo quieras, —indicó ella—, pero no te lo llevarás.

Stefan sonrió.

—Al principio, mi pequeña bardo, tenía todo pensado en relación tanto para ti como para el tesoro de tu claustro. Ahora sólo tengo designios sobre ti. Y haré lo que sea necesario para mantenerte a mi lado.

—¿Incluso entregar el sagrado broche a otra persona para su custodia? —Maigrey le miró interrogante.

—Se lo di a Blar, —indicó Stefan.

—Gracias, esposo. —Su expresión estaba repleta de amor y confianza.

—Ahora, esposa, es hora de irnos. —Stefan le dio un breve beso y la hizo girar sobre su yegua.

Apoyando sus manos en los hombros de él, Maigrey sonrió impúdicamente.

—Stefan, ¿no crees que una guerrera debería montar su propio corcel?

Stefan sonrió y sus ojos centellearon con malicia.

—Sí, mi amor, desde luego que sí.

Cuando Maigrey se dio cuenta de lo que quería decir, sus mejillas se sonrojaron.

—Eres de lo más exasperante, esposo, —dijo—, pero te quiero.

—Debo admitir que tú también eres exasperante, esposa, pero te amo.

El cuero crujió. Los cascos atronaban mientras cien guerreros seguían a Stefan y Lachlannn a través de la amplia cañada hasta la aldea del rey. A la cabeza de la procesión iban el gaitero, el soplador de cuernos y el portaestandarte. Detrás cabalgaba Blar.

El sol brillaba con fuerza y una suave brisa enrollaba el estandarte verde y amarillo. Maigrey miró a Stefan y sonrió.

—Cuando me fui de aquí, Thornsgate no tenía rey.

—Ahora, tiene una reina.

—Y un rey... El pueblo está tranquilo —murmuró—. Demasiado tranquilo.

—Sí, —convino Stefan.

La aldea era más pequeña que la de Lachlann, pero no menos grandiosa. Por encima de la valla que rodeaba el pueblo, a la altura de los hombros, Stefan vio el altísimo tejado del Gran Salón. Aquí y allá vislumbró los tejados de paja de otros edificios: residencias, almacenes, talleres. Pero no vio gente. Al acercarse a las puertas abiertas, les recibió el silencio.

—Stefan, —susurró Maigrey.

—No tengas miedo, —dijo en voz baja.

Blar aminoró la marcha de su caballo hasta que cabalgó junto a Stefan. Antes de que atravesaran las puertas, Stefan levantó la mano, deteniendo al ejército.

—Sacerdote, —dijo Maigrey—, ¿y si Farlan tiene prisioneros a todos los aldeanos?

—No, —respondió Blar—. Puedo sentir sus ojos sobre mí. Sospecho que están tan asustados que se esconden en sus casas.

—Sí, —convino Stefan—. Temen que seamos otra fuerza invasora. No saben que tienen una reina.

—Entonces debemos decírselo —indicó Maigrey. En voz alta gritó—: Gaitero, toca la canción de los Galloway. Que la gente de Thornsgate sepa que tienen una reina.

Una música estridente llenó el aire.

—Einar. —Stefan llamó—. toma algunos de los hombres y muévete por la ladea en busca de guerreros que Farlan pueda haber escondido. Cassian, toma un grupo y rodea la aldea. El resto cabalgaremos por la calle principal hacia el Gran Salón.

Cabalgando junto a Stefan, Blar gritó:

—Pueblo de Thornsgate, soy Blar, sacerdote guardián de la Piedra del Refugio. He venido a deciros que tenéis una reina, una heredera del Alto Asiento. Maigrey hija de Morcar. —Todavía gritando, Blar recitó la genealogía de Maigrey para que todos supieran que era de ascendencia real.

Mientras cabalgaban más lejos, el gaitero siguió tocando y Blar proclamó a Maigrey reina de Glenmui. Mirando a su alrededor, Stefan vio que se abrían algunas puertas. Las tartanas se apartaban de las ventanas.

—No temáis, pueblo de Thornsgate, —gritó Blar—. La Alta Reina Maigrey y su esposo, el Alto Rey Stefan, han venido a reclamar su Alta Sede. Maigrey hija de Morcar es la legítima soberana de Thornsgate. Farlan es un usurpador, el hombre que asesinó a vuestro rey y a toda su familia. Es el hombre que ha encarcelado a vuestro consejo y a los sacerdotes del Claustro de Piedra del Refugio.

>>Pero él no es vuestro rey y ya no puede haceros daño. Cabalgando con vuestra reina está el Alto Rey Lachlann mac Gordon del norte de Escocia.

Las puertas se abrieron de par en par y la gente salió a la calle. Poco a poco su cautela terminó en gritos de alegría y adulación.

—¿Dónde está Farlan? —gritó Blar.

—Estaba antes en el Gran Comedor, —contestó una de las mujeres.

Mientras Stefan y Maigrey cabalgaban, la gente los tocaba y los bendecía, agradeciéndoles su rescate. Stefan no vio guerreros ni caballos ante el Gran Salón. El silencioso edificio parecía austero y vacío. No le gustó. Era el edificio donde el Rey Ido y toda su familia habían sido masacrados. No permitiría que Maigrey viviera allí.

Maigrey tenía la cara blanca y las manos cerradas en puños apretados.

—¿Tienes miedo? —le preguntó.

—Sí.

Él capturó su mano entre las suyas.

—Todo irá bien, Maigrey, —le prometió, sin bajar la guardia—. Construiremos un nuevo Gran Salón, uno que nos pertenezca.

—¿Estará terminado antes de un año y un día, Stefan?

—No importa. Seguiré aquí.

Los ojos de Maigrey cambiaron de dorados a rojizos.

—¿Te quedarás, Stefan?

—No tengo elección, esposa.

¿Vio un destello de decepción en sus ojos?

Suavemente añadió:

—Tienes mi corazón. Si te dejara, lo dejaría atrás, y no puedo vivir sin mi corazón.

—Te quiero, Stefan.

—Te quiero, Maigrey.

La calidez de su sonrisa ahuyentó la aprensión de él. Cabalgaron en silencio, cogidos de la mano, deleitándose en la maravilla de su amor.

—Mira allí, Stefan, —Ella señaló un pico lejano—. Ése es el Santuario de Piedra del Refugio.

Estaban demasiado lejos para que Stefan pudiera distinguir ningún detalle, pero era extraño cuánto de lo que estaba viendo aquí, en las Tierras Altas, le parecía familiar. No lo había visto en sueños ni a simple vista, pero se sentía como si hubiera llegado a casa. Marchaba hacia la batalla, y sin embargo se sentía completamente en paz. Northland era el reino de su padre. El norte de Escocia pertenecía a Lachlann. Thornsgate era suyo y de Maigrey.

—¿Lo sientes, Stefan? —preguntó Maigrey—. ¿La maravilla y la belleza de Thornsgate?

—Sí.

Blar se detuvo frente al Gran Salón.

—Farlan, acércate, —gritó—. Maigrey hija de Morcar es la legítima heredera del Alto Asiento de Thornsgate. Ha venido a hacer su reclamación. —Esperaron.

Blar volvió a gritar. Seguía sin haber respuesta. Stefan hizo un gesto a varios de sus hombres. Desmontaron y entraron en el edificio. Tenso, esperó su regreso. Maigrey permanecía pálida pero erguida sobre su yegua. Finalmente los guerreros regresaron, sacudiendo la cabeza.

—Está vacío, sire, —informó uno de ellos.

Blar desmontó y se acercó a las puertas dobles. Las abrió de par en par y entró mientras Stefan se bajaba de su semental y ayudaba a bajar a Maigrey, luego la escoltó hasta el Gran Salón. Ulf le siguió olfateando los rincones. Caminaron hacia el centro de la sala.

—No hace mucho que está vacío, Stefan, —indicó Maigrey. El fuego ardiente y el aroma de la comida cocinándose hablaban de la precipitada marcha de sus ocupantes.

Blar salió de la cocina con un muchacho a su lado.

—Cuando los otros le vieron, se marcharon y dejaron a Farlan, —confesó el muchacho—. Luego él también huyó.

Blar colocó al niño frente a Stefan.

—¿Adónde fueron?

Se encogió de hombros.

—Sus hombres se dirigieron hacia Athdara. Él fue al santuario.

Maigrey se inclinó sobre su yegua y la impulsó hacia el Claustro de Piedra del Refugio. Cabalgaban junto a ella Stefan y Lachlann, seguidos por un tercio de sus guerreros. Otro tercio permaneció detrás defendiendo la aldea mientras Blar dirigía al último tercio en persecución de los hombres de Farlan, dispersos y en fuga.

Cuando llegaron al santuario, la noche había caído, aunque la luna estaba llena y brillante. En la aldea del claustro, no vieron señales de los guerreros.

Maigrey se bajó de su yegua y corrió hacia el Gran Salón. Estaba vacío. Lachlann y Stefan, con el lobo a su lado, comprobaron los otros edificios, pero también los encontraron vacíos. Con

Maigrey a la cabeza, corrieron hacia el propio santuario y luego se dispersaron en busca de Farlan. Minutos después, con la antorcha en alto, Rob salió corriendo de la Cámara del Refugio, la primera de las salas de la caverna.

—¡Farlan! —gritó, y señaló hacia la montaña que se alzaba sobre ellos—. Se está escapando.

—¿Dónde están todos los prisioneros? —gritó Stefan.

—Están aquí dentro, —respondió Rob—. Los hombres de Farlan lo han abandonado. Seguirme.

—No, Rob, —dijo Stefan—. Farlan me pertenece.

Oyó un ruido de arrastre y levantó la vista para ver una sombra oscura que escalaba la ladera de la montaña. Observó el puente de roca natural que cruzaba la cascada. Lo había visto antes en sus sueños. Si Farlan lo cruzaba, había muchas probabilidades de que escapara hacia el desierto de la montaña.

—Le cortaré el paso por este lado —llamó Stefan a Lachlannn—. Tú acércate a él por el otro lado.

Ambos hermanos salieron en direcciones opuestas.

Varios minutos de dura escalada dejaron a Stefan sin aliento en la cima de la colina. Hizo una pausa, aspirando aire en sus pulmones, y escuchó. UIf saltó hasta ponerse a su lado. Era difícil oír por encima del rugido de la cascada, pero Stefan cerró los ojos y se concentró. Farlan estaba cerca. Stefan sintió su presencia.

Con pies silenciosos, él y Ulf se movieron entre las sombras. A lo lejos Maigrey gritó.

Ulf se alejó y Stefan giró sobre sí mismo, corriendo por donde había venido. Tenía que correr más deprisa. No podía verla, pero oía los sonidos de una lucha terrible. Dobló la curva y la vio luchando con Farlan.

Ella gruñó. Gritó. Rodaban por el estrecho sendero. Tenía que llegar hasta ella, tenía que salvarla.

—Maigrey —gritó.

—La mataré antes de dejar que sea tuya, —gritó Farlan.

Stefan vio el destello de plata cuando la luz de la luna atrapó la daga que Farlan blandía.

—¡ÜLf! —ordenó Stefan.

El lobo era un arco de plata en el aire mientras se abalanzaba sobre Farlan. El hombre gritó. La hoja entró en el lobo y éste aulló de dolor.

Mientras, Maigrey se puso en pie, pero Farlan se abalanzó, agarrándola por los tobillos. Maigrey se zafó, pero perdió el equilibrio.

—¡Stefan!

La sangre corría por su espalda, el lobo apretó su boca alrededor del material suelto de sus pantalones. Y ante los ojos horrorizados de Stefan, ambas figuras se agitaron y retorcieron y desaparecieron por la ladera del acantilado.

—¡Maigrey! —gritó Stefan.

La risa de Farlan se burló de Stefan.

—Está muerta, Vaderfjord. No hay forma de que ella pudiera haber sobrevivido a una caída como esa.

—Te mataré. —juró Stefan.

Farlan se puso en pie de un ágil salto.

—No, Norteño, yo te mataré primero. —En el brillante derrame de la luz de la luna, Stefan vio la sonrisa del hombre. Vio la hoja de la daga, ahora manchada con la sangre de Ulf.

—Si no hubiera sido por ti, tendría el tesoro del claustro. Además, estoy destinado a ser rey de Thornsgate, y lo seré. —Farlan resopló amargamente—. Sí, Norteño, yo mismo te mataré.

—Stefan, —llamó Maigrey desde lejos—. Estoy bien. Farlan no puede tocarme ahora. Estoy a salvo.

—Después de que te mate, —se burló Farlan—. Mataré a Lachlann mac Gordon. Lo burlé una vez y lo haré de nuevo. —Farlan se rio—. Dile a Lachlann que Ghaltair le envía saludos.

Con una poderosa embestida Farlan se abalanzó sobre Stefan, haciéndole trastabillar. Pero Stefan se hizo a un lado y recuperó rápidamente el equilibrio. Con la daga en la mano, estudió al enorme guerrero que tenía delante. Acorralado, Farlan era un hombre desesperado... y por lo tanto altamente peligroso.

Farlan arremetió, su espada alcanzó el hombro derecho de Stefan. El dolor recorrió el cuerpo de Stefan y casi perdió el agarre de su propia daga. Apretó los dientes y se obligó a alejar el dolor, forzó los músculos del brazo y los dedos para sujetarse con fuerza.

Con fuerzas renovadas, se echó hacia atrás, enviando guijarros que saltaban por el borde del acantilado. Farlan corrió hacia delante. Stefan saltó a un lado. Su mano salió volando y atravesó a Farlan profundamente en el brazo.

Farlan gruñó y luego maldijo. Stefan vio la mancha de sangre en la manga de su camisa, pero el resto de Farlan permaneció en la sombra. Stefan se obligó a respirar profundamente y escuchar con atención. Farlan saltó hacia delante, su espada pasó zumbando junto a la cara de Stefan. Stefan se sacudió hacia un lado, su mano golpeó el borde dentado de una roca. Le cortó la carne y le sacudió el hombro herido. Esta vez dejó caer su daga.

Farlan se rio.

—Ahora te tengo donde quiero, norteño. —Corrió a matate.

Usando su otro brazo y mano, Stefan agarró la muñeca de Farlan, y gruñó mientras intentaba retorcer el cuchillo para sacarlo de su agarre. Al ser un hombre fuerte, Farlan se rehízo para soltarlo. Presionó hacia abajo hasta que la punta de la hoja se apoyó contra el corazón de Stefan. Stefan sintió el pinchazo de la punta contra su ropa.

Inspirando profundamente, metió la mano entre ellas, giró con fuerza y arrojó a Farlan por la ladera de la montaña. Farlan gritó y Mi chael oyó varios golpes cuando su cuerpo rebotó contra las rocas antes de aterrizar en el suelo.

Siguió un silencio espantoso.

—Stefan, —llamó finalmente Rob—. ¿Dónde estás?

—Por aquí. Trae una lámpara. Necesito saber dónde está Maigrey. —Se enderezó—. Maigrey —llamó— ¿dónde estás?

—Aquí abajo, —llamó ella—. ¿Estás bien?

—Sí, un poco agotado, pero bien, mi amor. ¿Qué tal tú?

Ella rio aliviada.

—UIf y yo aterrizamos en un estrecho saliente.

—¿Es resistente? —preguntó Stefan.

—Sí, —respondió ella, con voz temblorosa—, pero si nos movemos un poco, nos caeremos.

—Bajaré enseguida a por vosotros.

Stefan pidió a gritos cuerda y antorchas. Buscó frenéticamente algo en lo que atar la cuerda. Las rocas estaban demasiado sueltas, los árboles demasiado pequeños. Para entonces Lachlann y muchos de sus guerreros se le habían unido.

—No hay nada a lo que anclar la cuerda, —dijo Lachlann—. Nosotros la sujetaremos mientras tú desciendes.

Seis guerreros sujetaron la cuerda a intervalos a lo largo de su longitud. Stefan se agarró al otro extremo y empezó a descender lentamente por la ladera de la montaña, empujando con los pies para evitar los salientes afilados y los matorrales ásperos.

Finalmente sus pies tocaron el saliente donde yacía Maigrey. Manteniendo la cuerda en una mano, la alcanzó con la otra.

—Stefan, —gritó ella—, sabía que vendrías a por mí.

—¡Maigrey! —Él torció el brazo alrededor de ella y le repartió besos por la cara—. Oh, Maigreyy, ¿estás herida?

—Solo son unos cuantos cortes y moratones, —contestó ella—. pero nada importante. Sin embargo, UIf está malherido. Ha caído en un estado de estupor.

En la oscuridad, Stefan se arrodilló y examinó a Ulf. Había sufrido un corte profundo en el costado derecho y parecía estar perdiendo mucha sangre.

—Primero voy a sacarte a ti, —dijo, atándole la cuerda a la cintura—. Cuando le diga a Lachlann que te suba, usa los pies para trepar y empuja.

Le dio un beso rápido y luego llamó:

—Lachlann, tira de ella hacia arriba.

Lentamente se elevó en el aire mientras los hombres de Lachlann la ponían a salvo. En cuanto Lachlann volvió a bajar la cuerda, Stefan la aseguró alrededor del vientre del lobo inerte y lo hizo subir.

—Ya estamos listos, Stefan —llamó Lachlann hacia abajo.

Stefan agarró la cuerda y empezó a subir, pero cuando miró hacia arriba, la luz de la antorcha reveló dónde había rocas afiladas cortando la cuerda. Una fibra cedió. Oyó otro chasquido y sintió que la cuerda cedía de nuevo.

—Las rocas están cortando la cuerda, —gritó Stefan hacia arriba. Lachlann miró por encima de la cornisa. Soltó la sección de cuerda de la que estaba tirando y metió la mano por debajo del punto débil, aliviando parte de la presión sobre la cuerda deshilachada.

—Sube un poco más, Stefan. —Gruñó—. Luego agárrate a mi mano.

Haciendo acopio de fuerzas, Stefan subió con dificultad y encajó el pie en un saliente de roca lo bastante fuerte como para soportar parte de su peso.

—Mi mano, Stefan, —gritó Lachlann—. Coge mi mano.

Pero justo en el momento en que cogió la mano de su hermano, la cuerda se rompió. Los guerreros que sujetaban el otro extremo se desplomaron hacia atrás. Lachlann, inclinado sobre el borde, fue arrastrado hacia delante por el peso del cuerpo.

—Cassian, agárrame de los pies, —gritó—. Me estoy resbalando.

La roca bajo el pie de Stefan se soltó. Cayó unos centímetros mientras Lachlann soportaba todo su peso y resbalaba aún más por el borde. Si no se soltaba, ambos caerían hacia la muerte en la creíble piscina bordeada de rocas que había muy por debajo.

—¡Suéltame, Lachlann! —gritó.

Pero era demasiado tarde. Los guijarros salpicaron la cara de él. Con un grito de angustia, Lachlann perdió su precaria posición en la cornisa y se precipitó por el borde. La tensión de la cuerda cedió y Stefan se precipitó con él.

Stefan golpeó primero el agua. El frío le atravesó con un salvajismo cortante. Sus ojos ardían y sus pulmones pedían aire a gritos. Se impulsó hacia arriba por encima de la superficie y aspiró aire.

—¡Lachlann! —gritó.

—Estoy aquí.

Stefan oyó la débil llamada y nadó tras él. Era un nadador fuerte, pero el agua le entumecía, la corriente era rápida. Luchó, pero el agua contraatacó, aparentemente decidida a quitarle la vida.

—Lachlann, —volvió a gritar... Esta vez no recibió respuesta.

El remolino le succionaba. Stefan descendió y luego volvió a subir. Le dolían los brazos. Apenas podía respirar. Siguió nadando. Gritó el nombre de su hermano una y otra vez.

Vio una sombra oscura. Con un estallido de energía, se lanzó hacia delante y alargó la mano, pero no encontró nada.

Con los pulmones doloridos, los brazos tan cansados que no podía levantarlos una vez más, se hundió bajo el agua y se entregó a la corriente arremolinada. No podía seguir luchando. Estaba demasiado cansado. Sus ojos se cerraron. La diosa del río le hizo señas.

—¡Stefan! —oyó que Maigrey le llamaba—. ¡Stefan!

Quiso nadar hacia ella, pero no pudo. Sus brazos no obedecían sus órdenes. Las piernas le pesaban. Le tiraban hacia abajo.



Los sacerdotes del claustro que conocían los caminos alrededor del santuario se ofrecieron voluntarios para buscar a Stefan y Lachlann. Entre ellos estaban Maigrey, Rob y Blar.

Silenciosos orbes de luz salpicaban la ladera de la montaña. Pero al cabo de varias horas, todos regresaron. No habían visto ni oído señales de los hombres.

—¡No! —gritó Maigrey cuando uno de ellos sugirió que los hombres se habían ahogado—. Stefan no está muerto. No lo está.

—Claro que no, —la consoló Blar—. Ven, Maigrey, descansemos en el Gran Comedor y quitémonos esta ropa mojada. Necesitas una taza de té de brezo caliente... o quizá un poco de cerveza.

Maigrey negó con la cabeza.

—Gracias, pero me quedaré aquí.

—No puedes, —argumentó Blar—. Hace frío y está húmedo.

—Stefan está aquí, —respondió ella, con voz firme—. Me quedaré con él.

—Sí, —murmuró Blar—. Te traeré mantas y té caliente.

Blar regresó en breve, y Maigrey se envolvió a sí misma y al lobo en las mantas, luego saboreó el té caliente. Pero se negó rotundamente a abandonar el lado del monte.

—He hecho lo mejor que he podido, UIf, —susurró, examinando el profundo corte que había vendado en el costado del lobo—. Sólo desearía que Stefan estuviera aquí para cuidarte.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y enterró la cara en el pelaje del animal.

—Stefan no puede morir. No puede.

Ulf gimoteó suavemente y Maigrey lloró con más fuerza. No creía que pudiera seguir viviendo sin Stefan. Thornsgate era su reino. Ella le necesitaba. Ella lo amaba.

Lloró y lloró.

Finalmente había derramado todas sus lágrimas. Estaba agotada. Se sentó a acariciar al lobo y a rezar para que viviera. Esforzándose por ver a través de la oscuridad, deseó que llegara la mañana para poder reanudar la búsqueda. Lo encontraría. Lo haría.

Lentamente, el alba comenzó a platearse en el cielo ensombrecido por la noche. Oyó un débil ruido. ¿Stefan? Se levantó de un salto y corrió por el estrecho sendero que conducía desde la cima de la montaña hasta el estanque de abajo. Oyó voces. Alguien iba delante de ella. Otros la seguían. Resbaló y se cayó. Se levantó y volvió a correr.

—Aquí abajo, Maigrey, —llamó Blar—. Los hemos encontrado.

Maigrey empujó alrededor de las rocas salientes, sus pies apenas tocaban el suelo mientras corría. Vio un cuerpo sin vida tendido en la orilla del Estanque de Piedra del Refugio. Su corazón dejó de latir, pero no dejó de correr hasta que estuvo inclinada sobre el cuerpo húmedo y supino de Stefan.

—¿Está muerto? —gritó.

Antes de que Blar pudiera responder, ella estaba sosteniendo a Stefan, meciéndolo de un lado a otro.

—Oh, Stefan. Oh, mi amor.

Él gimió.

Maigrey le abrazó con más fuerza. Él rio débilmente.

—Esposa, me estás asfixiando.

Maigrey se apartó y miró el rostro pálido de su marido.

—Te quiero, Stefan.

Él le tocó la mejilla con la mano.

—Te quiero, Maigrey.

Se sonrieron el uno al otro.

—¿Y Lachlann? —Preguntó Stefan.

—Estoy aquí. —Cojeando, Lachlann se unió a ellos, arrojando un escudo y desplomándose en el suelo. Qué extraño que se hubiera aferrado a su escudo todo este tiempo, pensó fugazmente Maigrey.

Mientras los hermanos se daban la mano, las lágrimas corrieron por las mejillas de Maigrey y ella empezó a reír de alivio y alegría.

—¿Y Farlan? —preguntó Stefan.

—Farlan está muerto, —respondió Cassian.

—Bien. —Stefan suspiró.

—También lo está Ghaltair, Lachlann. —añadió Cassian, con un toque de excitación en la voz.

—Así que estuvo aquí, —dijo Lachlann.

—Estuvo aquí, —replicó Cassian—. Ghaltair y Farlan eran el mismo hombre. Algunos de nuestros guerreros capturaron a Ardac anoche, y él confesó que fue Ghaltair quien robó la dote de ruptura a tu padre y masacró a su tripulación.

Stefan miró a su hermano con el alivio de haberse quitado un gran peso de encima. Luego se volvió hacia Blar.

—Sacerdote guardián, creo que es hora de que mi hermano y yo echemos un vistazo al claustro.

Blar frunció el ceño.

—Sire rey, no quiero faltarle al respeto, pero...

—Por favor, sire Blar, —dijo Maigrey—. Stefan y Lachlann tienen razones para creer que los bienes robados se encuentran entre los dones de los dioses. Si la dote de ruptura está ahí, entonces será innecesario el duelo a muerte.

Blar pensó un momento y luego asintió.

Mientras se ponían en pie, Cassian recogió el escudo de Lachlann. Desconcertado, preguntó:

—¿De dónde lo has sacado, Lachlann?

Lachlann miró sin comprender el disco dorado.

—Lo encontré. —Se lo quitó a su padrino y lo estudió—. O tal vez él me encontró a mí. Estaba en la piscina y pensé que me moría cuando mi mano golpeó algo. Mis dedos se enroscaron alrededor del borde liso y mi mano se deslizó a través de la pieza del brazo. Lo siguiente que supe es que yacía en la orilla.

—Algún guerrero debió dejarlo caer al estanque, —dijo Blar.

—Sí, —afirmó Lachlann lentamente—. Pero cuando lo encontré, parecía ser algo más que un escudo. Era como si algo más fuerte que yo tuviera el control, como si los dioses... —Se interrumpió y se encogió de hombros.

—Como si los dioses tuvieran el control, —murmuró Maigrey.

—Sí, señora, —confesó él, pareciendo un poco avergonzado.

—Lo tenían, Sire Lachlann, lo admitamos o no.

Lachlann se metió el escudo bajo el brazo y Stefan estrechó la mano de Maigrey mientras Blar abría el amuleto que había guardado para Stefan y empezaba a leer las instrucciones en voz alta. En poco tiempo los cuatro, portando antorchas, se encontraban en las profundidades del laberinto de cavernas subterráneas, serpenteando cada vez más hacia las entrañas de la tierra. Se retorcieron y treparon. Descendieron y volvieron a ascender. Finalmente, las indicaciones del amuleto les guiaron hasta un nicho oculto en la pared de una pequeña cámara, donde encontraron la segunda Clavija de Seno. Las manos de Blar temblaban mientras desabrochaba el pestillo y abría el amuleto de Piedra de Sangre.

Una vez más serpentearon, dando vueltas, adentrándose más, el aire cada vez más húmedo y frío. El resplandor de la antorcha apenas cortaba la oscuridad. Finalmente se detuvieron frente a una pared sólida. Una, dos, tres veces Blar leyó las indicaciones, pero no pudieron encontrar la abertura que se describía.

—Espera, —dijo Stefan—, déjame ver el amuleto.

Estudió las inscripciones y las releyó, utilizando diferentes inflexiones de su voz. Una vez. Dos veces. Tres veces. Cuatro.

—Eso es. —Blar chasqueó los dedos. Largos pasos le llevaron a través de la caverna hasta la pared del fondo. Pasó las manos por la superficie plana—. Lo he encontrado, —Gruñó, y una enorme piedra comenzó a deslizarse, revelando una puerta baja.

Los cuatro permanecieron un momento en atónito silencio, contemplando la oscura cámara que tenían ante ellos. Habían encontrado la Cámara Secreta.

Los hombres permanecieron en la puerta mientras Maigrey entraba en la habitación. La luz de las antorchas salpicaba las riquezas del claustro. Stefan había viajado por gran parte del mundo, había visto innumerables maravillas, pero se quedó boquiabierto al contemplar los dones de los dioses. Había oído hablar de los vastos tesoros del Santuario de Piedra del Refugio, pero nunca había imaginado que pudiera existir tanta riqueza en un solo lugar. La habitación estaba

llena de oro y plata y gemas preciosas y una costosa variedad de telas finas que brillaban a la luz de las antorchas.

La emoción recorrió a Stefan cuando entró en la habitación. Pateó algo y miró hacia abajo para ver rodar por el suelo una jarra de cerveza incrustada de gemas. Se detuvo, la recogió y la sostuvo. Pasó el pulgar por una de las joyas. Lachlann y Blar se unieron a él.

—Nunca he visto nada igual, —murmuró Lachlann, mirando a su alrededor. El escudo se deslizó de su mano y cayó sobre una túnica púrpura—. Nunca.

Maigrey encendió las demás antorchas de la sala hasta que una luz dorada parpadeó a su alrededor. El corazón de Stefan latió más deprisa. La sangre le corrio por las venas. Dejó la jarra de cerveza y se movió de un lado a otro, pasando la punta de los dedos sobre las riquezas.

Pasó por encima de platos de oro y plata y rozó mantos y capas ricamente bordados. Piedras preciosas le guiñaron un ojo.

—Mis sires, —llamó Maigrey en voz baja—, creo que esto es lo que buscan.

Stefan miró hacia ella y vio que le tendía un casco. Estaba hecho de oro, plata y bronce, y tenía incrustaciones de joyas preciosas.

Lachlann empujó a Stefan.

—¡Por los dioses! —juró en voz baja.

—Y aquí está la espada que hace juego, —dijo Maigrey.

Blar y Stefan se quedaron de pie junto a ellos, contemplando el magnífico armamento. Reverentemente, Lachlann la tocó.

—Pero no es de Magnus, —dijo, alzando la voz—. No puede serlo. Llevas el suyo, Stefan. Evidentemente, Ghaltair mandó fabricar un casco y una espada tan parecidos a los de Magnus que nadie pudo notar la diferencia.

Lachlann se paseó suavemente entre los tesoros, yendo de baúl en baúl, abriendo tapas y ojeando el contenido. Stefan hizo lo mismo, admirando la belleza del diseño y la artesanía.

—La dote de ruptura, —dijo Lachlann—. Debería estar aquí si Ghaltair escondió su tesoro robado entre los tesoros del claustro.

—Así es, sire, —indicó Maigrey. Sus pantalones rozaron los baúles mientras los rodeaba con cautela. Se colocó delante de Lachlann y fue a situarse bajo uno de los soportes de hierro forjado para antorchas. Agitó la mano—. ¿Es esto lo que buscan?

Los tres hombres miraron fijamente los cinco enormes baúles llenos de riquezas. Maigrey levantó una tapa tras otra.

—La dote de ruptura. —Lachlann rio aliviado. Giró sobre sí mismo—. Stefan, estos cinco baúles contienen la dote de ruptura.

—Lo sé, —dijo Stefan, y él y su hermano se abrazaron. Stefan se mordió las lágrimas ante todo el significado del descubrimiento.

Lachlann se apartó y contempló el rostro de Stefan.

—Todo el tiempo fue Ghaltair.

—Y está muerto, —aseguró Stefan—. He cumplido mi juramento a Thor. He matado al

hombre que trajo deshonor al nombre de mi padre. Y al hacerlo, he encontrado a mi hermano.

—Mi honor también ha sido restaurado, —indicó Lachlann.

—Sí, mis sires, —dijo Blar—. Los dioses han hablado.

Lachlann se volvió hacia Maigrey y Blar.

—Guardián, tendré que llevarme estos baúles. No eran regalos destinados a los dioses. Más bien son regalos destinados a Lang.

—Por supuesto, hijo mío, —habló Blar—. Los tendrás.

Stefan extendió los brazos y Maigrey corrio hacia ellos. Se rio, con los ojos empañados, y les condujo a una mesa cubierta de lino en el extremo opuesto de la sala. Sobre ella yacía una hermosa espada dorada en forma de hoz, con su media luna incrustada de plata.

—Nuestro símbolo, —dijo Maigrey, recordando las palabras de su padre—. La espada hoz pertenecía al dios Noche, y el escudo dorado al Día.

Stefan cogió la espada y la estudió mientras Maigrey recuperaba el escudo que Lachlann encontró en el estanque y lo llevaba a la mesa. Los tres guerreros se agolparon a su alrededor.

—Maigrey, —dijo Stefan, levantando la espada—, las inscripciones del escudo son las mismas que las de la espada.

Con las manos temblorosas, Maigrey asintió.

—Sí, son las mismas. —Puso el escudo junto a la espada.

Tanto si eran mágicos como si no, pertenecían el uno al otro. Los dioses habían hablado.



El fuego del hogar de la cámara de dormir del Gran Salón de Thornsgate ardía con fuerza. Ulf, gozando de los mimos de su ama, yacía en un cesto lleno de brezo y cubierto con una manta. Él abrió perezosamente un ojo y miró a Maigrey y Stefan, que estaban abrazados.

—¿Quieres casarte conmigo, Maigrey? —preguntó Stefan—. Un año y un día contigo no será suficiente. Necesito toda una vida.

Ella se ahogaba en sus hermosos ojos azules. ¿Cómo había podido pensar que eran fríos?

—Para siempre no será suficiente, —añadió.

—Sí, mi amor, —susurró ella, acercando su boca a la de él.

Stefan sintió su dureza contra la suavidad de ella mientras la estrechaba en un fuerte abrazo. Pero Maigrey no se resistió. La acarició por la espalda hasta llegar a la delgada línea de su cadera. La besó una y otra vez; aspiró su aroma.

Quería hacerla suya para siempre, marcarla con su cuerpo y con su nombre. Pero más que nada, quería hacerla feliz y protegerla. Ella susurró su nombre, su suave voz una canción que le llegó al corazón y al alma.

De nuevo atrapó su boca en un beso. Lentamente, vertió su amor y su necesidad en ella.

Su boca sabía a sol, a flores, a una miel que encendió su pasión hasta nuevas cotas. Tentó, sedujo, construyó la respuesta temblorosa de ella.

Pero cuando ella apretó las manos contra su pecho y lo recostó sobre el colchón, cuando empezó a hacerle el amor de la misma manera, Stefan se rindió a su mujer.

El pelo de ella le rozaba el pecho y el estómago. Las manos de ella le tocaban íntimamente, llevándole a la distracción. Cuando pensó que no podría aguantar más, gritó:

—Maigrey. Ahora.

Maigrey se apalancó sobre Stefan y lo recibió en su cuerpo. Él ahuecó sus nalgas, e iniciaron un ritmo urgente que prometía plenitud.

Stefan nunca le quitó la iniciativa. Dejó que su amor le guiara, y él le siguió. Se entregó a su alegría y a su pasión. Ya no se empeñaba en tener el control.

—Maigrey, —gritó mientras ella se levantaba y caía sobre él, mientras sujetaba sus nalgas con fuerza contra él—, primero te amé porque te necesitaba.

—Sí, Stefan. —Maigrey se inclinó hacia abajo, su pelo húmedo cayendo sobre su cara. Le introdujo uno de sus pechos en la boca. Mientras él chupaba, ella sintió el tirón en lo más profundo de su cuerpo. Estaba al borde, pero no se iría hasta haber traído a Stefan.

Él se tensó, sus dedos mordiendo sus caderas. Se arqueó contra ella. Se estremeció y la llenó con su semilla. Ella gritó al alcanzar su propia plenitud.

Rodaron hasta que Stefan se inclinó sobre ella.

—Ahora, mi amada, te necesito porque te amo.



Mucho tiempo después, Maigrey y Stefan salieron de su cámara de dormir y se unieron a Lachlann, Lang y Brenna, que descansaban en el reclinatorio para invitados del Gran Salón.

Lang sonrió.

—Bueno, hijo mío, pensé que Lachlann y yo íbamos a tener que irnos sin despedirnos.

—No.

—Capitana Brenna, —dijo Maigrey—. Quiero agradecerle que me haya ayudado a recuperar el Alto Asiento de Thornsgate. Sin usted, quizá no lo hubiéramos conseguido.

—Me alegro de haber prestado mis servicios, mi reina—, respondió Brenna.

Cassian la fulminó con la mirada.

—Y recibirás un buen premio, después de que ayudes a Lang a transportar la dote de ruptura de vuelta al norte de Escocia.

Ella rio, negándose a ser reprendida por el fornido guerrero.

—Sí, sire Cassian, lo haré.

—Ahora que todo va bien en tu reino, Stefan, regresaré al norte de Escocia, —anunció su hermano—. Hay asuntos que requieren mi atención.

Stefan asintió.

—Pero Maigrey y yo te esperaremos de vuelta en breve.

—¿Para la coronación? —preguntó Lang—. Por supuesto, todos estaremos aquí.

—No —dijo Stefan—, para nuestro matrimonio. Maigrey y yo nos amamos y vamos a casarnos. —Sonrió a Lang—. Por fin, padre, tendrás los nietos que has deseado.

—Sí, —murmuró Lang, con voz ronca—, nietos que continúen la Casa del Lobo.

Stefan asintió

—También la invitamos a usted, Capitana Brenna, —añadió Maigrey.

—Aquí estaré, mi reina, —aseguró Brenna—. Ahora me ocuparé de mi barco.

Mientras salía del Gran Salón, la luz del sol brillaba en su cabello dorado y su capa se agitaba sobre sus pies calzados.

—Es una mujer hermosa, —dijo Einar.

Cassian se encogió de hombros.

—Tal vez, pero no me atrae.

—Hombres, —gritó Lachlann—. ocupémonos de cargar el barco. Debemos ponernos en camino.

La multitud se despejó del Gran Comedor, dejando a Stefan y a Maigrey solos una vez más. El fuego del hogar central ardía con fuerza detrás de ellos, y la luz del sol brillaba a través de la ventana abierta a un lado. Pero ninguna luz brillaba más que lo que sentían el uno por el otro cuando Stefan la estrechó entre sus brazos y la llevó a su dormitorio, donde afirmaron su amor hasta bien entrada la noche.

Epílogo

-Los dioses siempre lo saben, —murmuró Feich mientras seguía el camino fuera de la aldea de Lachlann. El viento otoñal soplaba enérgicamente, agitando su capa. Pero ella disfrutaba del frío; le aseguraba que estaba viva... y que pronto emprendería un viaje. Estos días caminaba más despacio, pero era de esperar. Había visto pasar muchos inviernos. Pero aún quedaba trabajo por hacer. Se detuvo bajo un serbal. Ah, las bayas que habían caído del árbol habían teñido la tierra de rojo. Nacerían bebés.

Cantando suavemente, Feich regresó lentamente a su cabaña. Se quitó el manto y lo colgó en una percha dentro de la puerta. Luego se dirigió a la caja de madera y buscó hasta encontrar dos ramas de abeto. Las había cortado cuando el Gran Dios Madre le había revelado que habría dos nuevas vidas en las Casas del Lobo y del Caballo. Ahora era el momento de hacer las cunas, de decorar ambas con el lobo y el caballo. Ella ayudaría en cada parto, luego bendeciría a la madre y al niño llevando la antorcha de abeto encendida alrededor de la cama tres veces. Luego limpiaría al bebé y se lo entregaría a su padre: Tenía mucho trabajo por delante.



Lang y Muireall estaban de pie en su cámara de dormir en la aldea de Lachlann.

—¿Estás segura, mi amada? —preguntó Lang.

—Sí, Lang. Estoy deseando vivir contigo en las Tierras del Norte. Mi hogar está donde tú estés, —Muireall ahuecó la cara de su marido con ambas manos.

Él la cogió en brazos y la balanceó por el aire.

—Hoy, Muireall, soy el hombre más feliz del reino.

Muireall acercó sus labios a los de él. Ella le besó dulcemente.

—Y yo soy la mujer más feliz, —Ella rio, luego se puso seria—. Lang, ¿estás seguro de que no deseas casarte con una mujer más joven, que pueda darte un hijo?

—Ya me has dado un hijo. Al amarme, me has bendecido con mucho más de lo que jamás soñé posible.



Lachlann y Astrid estaban de pie en la cámara de dormir del Gran Salón de la aldea de Lachlann.

—¿Estás segura, mi amada? —Lachlann miró fijamente los ojos verdes de su esposa.

—Sí, esposo, —respondió Astrid—. Hace dos meses que no veo mi luna.

—Amor mío, me has dado más felicidad de la que jamás soñé posible.

—Cuando perdí al último bebé, Feich me prometió que concebiría de nuevo y que llevaría al niño a término.

—¿Te dijo si íbamos a tener un niño o una niña?

—No, dijo que los dioses no se lo habían revelado, pero… —Astrid hizo una pausa—. Yo creo que sí lo hacen. Ella sólo no quiere decírnoslo porque eso le da un cierto aire de superioridad sobre nosotros.

—¿Esto te impedirá volver a Thornsgate para la boda de Stefan y Maigrey?

—No, Lachlann, no estaré muy avanzada. Y hemos prometido al Anciano de las Noches y los Días que le acompañaremos en su viaje de regreso a la Piedra del Refugio.

—Lang y Madre viajarán con él, —le recordó Lachlannn—. Bueno, tu madre y Lang han insistido en que vayamos nosotros también.

—Eso no significa que tengas que ir.

Astrid se rio.

—Tú, esposo, eres el que no desea hacer este viaje. No deberías haberle prometido a Stefan que tocarías la flauta mientras bailaba.

Lachlann rio entre dientes.

—Estoy aprendiendo, pero mis dedos parecen ser demasiado grandes. Sin embargo, para cuando llegue la boda, seré bastante bueno en ello... bueno, en esa única canción.

—Tu madre dijo que te oyó tocar el otro día y tuvo que taparse los oídos con las manos. Lang no está muy seguro de que Stefan quiera que toques en la boda.

—Mi madre y ese norteño, —dijo Lachlann sacudiendo la cabeza—. Era una mujer sensata hasta que conoció a Lang. Ahora está como una cabra. Nunca pensé que vería el día en que ella actuaría como arcilla en sus manos.

—Pero ella es feliz.

—Sí.

—Y, esposo está bien ser como arcilla en manos de alguien a quien amas, si a veces son como arcilla en tus manos.

—Parece que hoy eres una mujer muy sabia.

Astrid rio.

—Oh, Lachlann, tu madre es mucho más feliz de lo que nunca la he visto. Recuerdo que cuando llegué por primera vez a la aldea, veía sombras en sus vísperas. Ahora ya no. Lang le ha quitado la pena.

—Sé que mi madre puede ser autoritaria, —indicó Lachlann—, pero la quiero de verdad.

No estoy seguro de aprobar que se vaya a vivir a Northland.

—Bueno —dijo Astrid, con un brillo en los ojos—, ella no te pidió permiso.

—Sí. —Lachlann también sonrió—. Como alto rey, ¿debería negarle el permiso?

—Me encantaría que lo intentaras, amor, —contestó Astrid—. Creo que tu madre, quizá también Lang, te volverían a convertir en un muchacho.

—Sí, —aseguró Lachlann frunciendo el ceño—. A pesar de los muchos inviernos que he visto, los ojos grises como el hierro y la expresión severa de Lang me echan para atrás.

—Algún día, esposo, tendrás un hijo que se preocupe por ti tanto como tú por tu madre.

—¿Un hijo? —preguntó Lachlann, arqueando una ceja.

—Sí, ¿no prometiste hace tiempo darme un hijo?

Se rio suavemente.

—Eso hice, señora.



—¿Estás segura, mi amor? —preguntó Stefan mientras yacían en cama una mañana en una de las cámaras de dormir del Claustro de Piedra del Refugio. Le pasó las manos por los sedosos mechones de pelo que le colgaban por debajo de los hombros.

—Sí, esposo, —respondió Maigrey—. Hace dos meses que no me llega la luna.

Stefan enterró la cara en el pliegue de su hombro y cuello. Amaba a esta mujer fogosa. Y ahora ella llevaba a su bebé.

—Stefan, si tú lo apruebas, me gustaría pedirle a la Vieja Madre Feich que me ayude a traer al bebé al mundo.

—Sí, me parece bien, —aseguró Stefan—, pero creo, mi amor, que vas a tener más comadronas de las que deseas. Feich, Muireall, Astrid, todas ellas estarán aquí diciéndote cómo dar a luz a este bebé. ¿Eso te molestará?

—No, me gusta Muireall. Puede ser dominante, pero eso le vendrá bien si va a ser la esposa de mi padre.

—Sí, tu padre también es autoritario, Stefan. —Ella apoyó la palma de su mano en la mejilla de él—. Además, están enamorados.

—Sí.

A Stefan aún le costaba aceptar que su padre y Muireall estuvieran tan enamorados como él y Maigrey. Lang había sido amable con su primera esposa, pero adoraba a Muireall.

—Pronto estarán todos aquí para la boda, —indicó Maigrey.

—Sí. —Stefan hizo una mueca—. Y tengo que aprender a hacer esa danza de la espada.

Maigrey se rio.

—Tal vez, Stefan, deberías tocar tu flauta y dejar que Lachlann hiciera el baile.

—No, mi amor. Si ese hermano mío puede bailar así, entonces yo también.

—Tal vez no sea algo que quieras hacer en nuestra boda.

—¿Por qué? —Maigrey arqueó las cejas y Stefan sonrió—. ¿Crees que me haré daño?

Se rieron juntos y se acurrucaron más.

—¿Echa de menos viajar?

—No. En invierno y primavera los norteños siempre se quedan en el pueblo, —indeicó Stefan. —En el invierno descansamos y permanecemos en casa, preparando nuestro equipo para los próximos meses cálidos. En primavera plantamos nuestros cultivos y cuidamos de nuestros animales. Sólo entonces salimos

—¿Saldrás este verano?

—No, pasaremos el invierno y la primavera preparándonos para la llegada del bebé. Dentro de unos años, mi amor, tú y yo -y nuestros hijos- viajaremos juntos por los mares durante el verano. Te llevaré a muchas tierras lejanas y te enseñaré a dibujar mapas.

—He traído aquí tu bolsa de mapas para ti, —dijo ella—. Pensé que te gustaría trabajar en ellos algún día.

—Así es.

—Pensé que podría mirarlos contigo. —Él sonrió y ella suspiró—. Nuestra vida va a ser maravillosa, Stefan. Siempre he querido viajar.

—Pero siempre volveremos aquí. Thornsgate es nuestro hogar.

—Sí, lo es.

—Sire y mi señora, —llamó Blar mientras llamaba a la puerta—. Es hora de la ceremonia de coronación.

—Así es, —murmuró Stefan—. Pero, Maigrey, lo primero es lo primero.

La agarró por los hombros y la atrajo contra su pecho. Y acercó su boca a la de ella en un beso profundo y pausado que los fundió en uno y los elevó al cielo.

Siguiente libro de la serie


Fuego Vikingo
LA ESTIRPE DEL LOBO - 3
SARAH SCOTT

Fuego Vikingo

Ella desafió las reglas para conseguir su libertad y no está dispuesta a perderlo todo por un Highlander: por muy tentador que este sea.

Tras sufrir los maltratos de un marido abusivo, **Brenna** decide tomar las riendas de su propio destino y se convierte no solo en una guerrera experta, sino en la capitana de varios barcos.

Como consumado guerrero y líder de su clan, **Cassian Mac Weir** nunca se pondrá bajo las órdenes de una mujer. Y mucho menos la llamará La Capitana, como hacen todos los demás. Hasta que necesita la ayuda de Brenna y no le queda más remedio que tragarse sus objeciones. Solo que, ahora que la conoce más profundamente, no concibe como una mujer tan decidida y dominante puede ser a la vez tan apasionada y seductora.

Juntos deberán aprender a tolerarse para salvar sus vidas, aunque no podrán salvar sus corazones.

?? No te pierdas esta tercera entrega de la serie La estirpe del lobo. Una serie llena de emoción, aventuras y romance.

Notas

[1] Vápnatak era una costumbre de los vikingos que consistía es chocar sus armas al final de un discurso o plegaria como muestra de aclamación.

[2] El alfabeto ogámico, fue un alfabeto utilizado para representar los idiomas irlandés y pictos sobre monumentos pétreos.